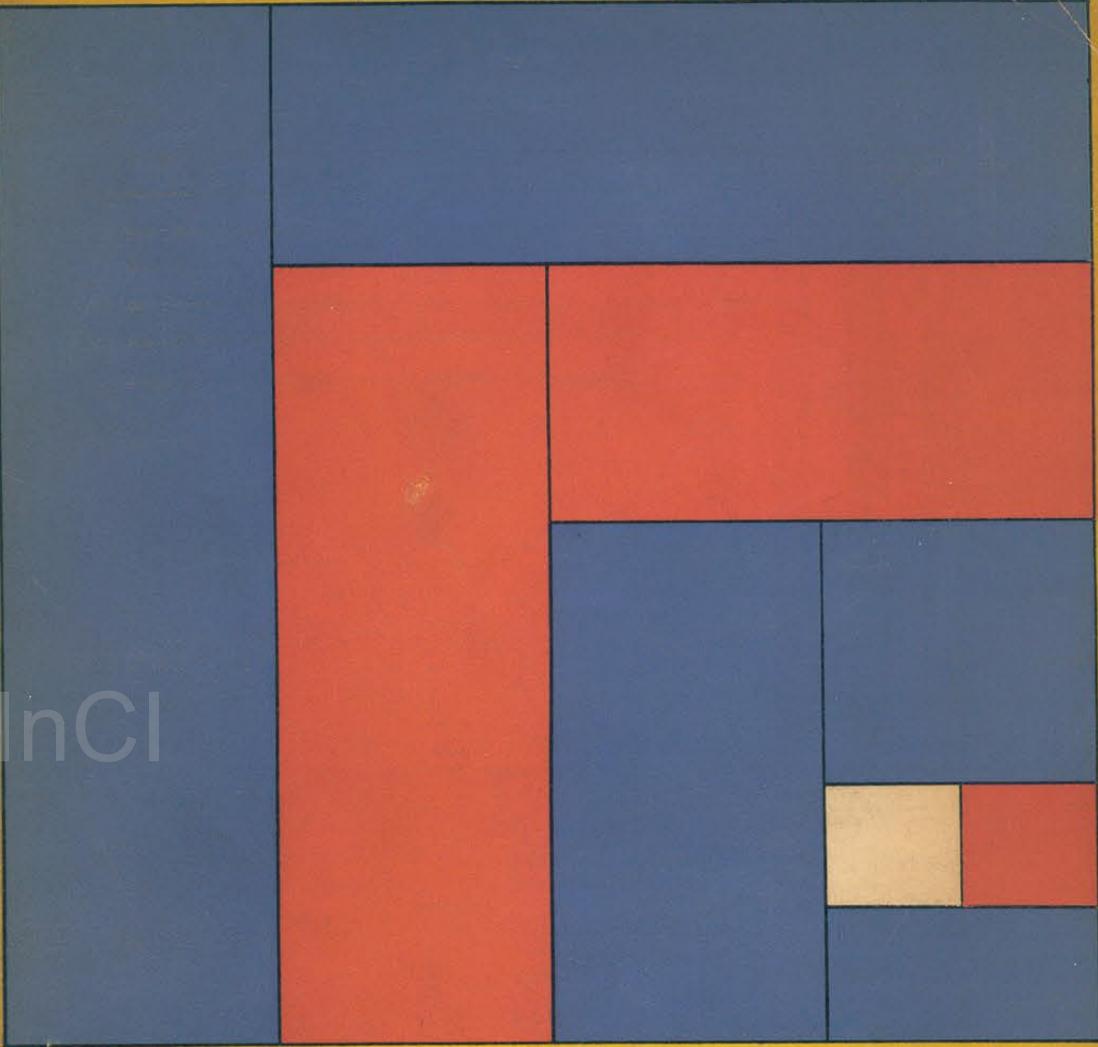


CeDInCI



pensamiento
crítico

pensamiento crítico

J 556, Vedado, Habana

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalía Fung

Diseño y emplane

Rostgaard

40 centavos
suscripción anual \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

INDICE

El marxismo como sociología 3 *Lucio Colletti*

La cultura de la pobreza 52 *Oscar Lewis*

Lineamientos de clase social
en un pueblo ladino rural
de Guatemala 67 *Aura Marina Arriola*

Sociología y espionaje 88 *Gregorio Selser*

Polémica en la Revolución 117 *Ignacio Urdaneta*

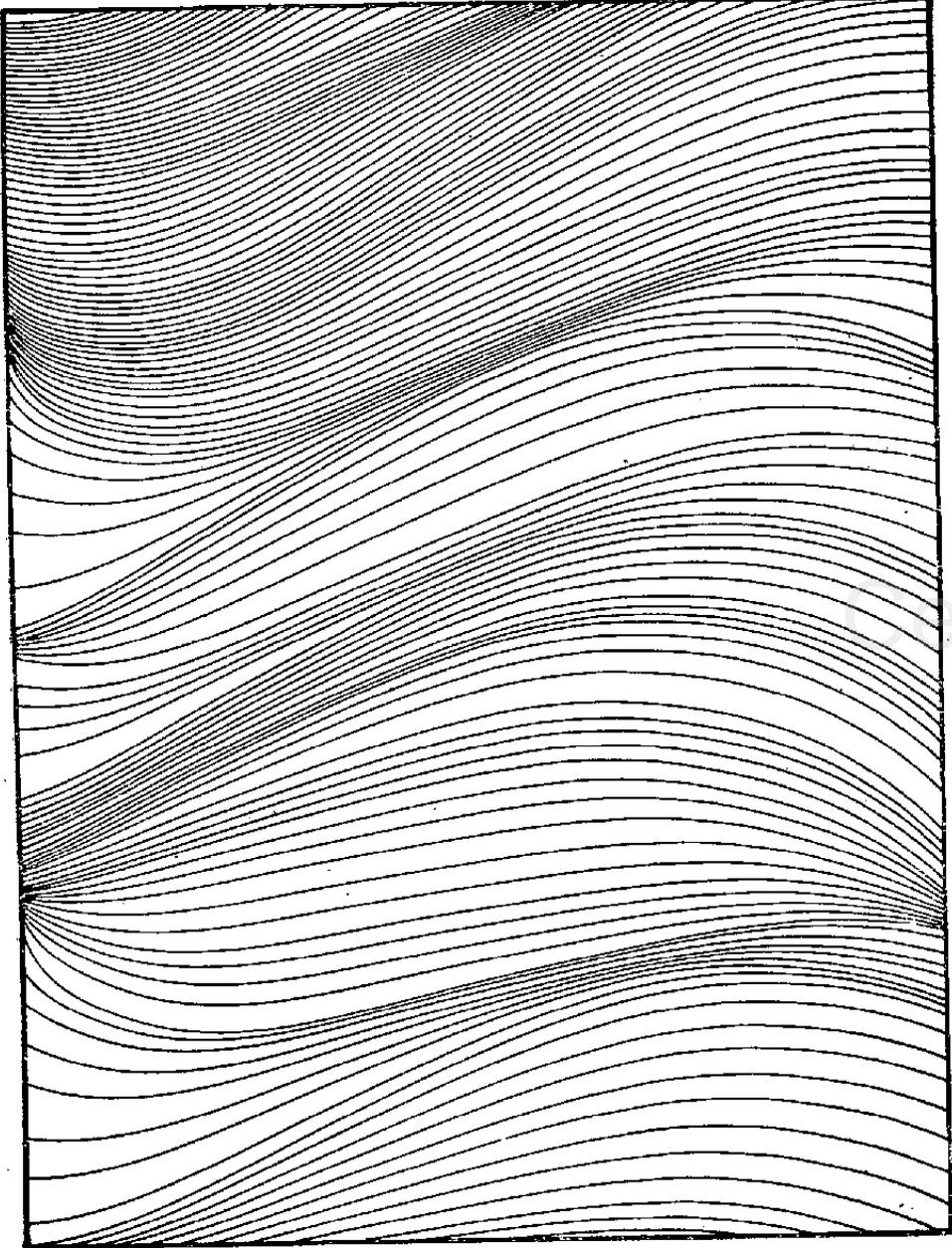
El desarrollo del subdesarrollo 159 *André Gunder Frank*

Preliminares al estudio de
la hegemonía en el Estado 174 *Nicos Poulantzas*

Documentos 209

Los autores 231

No. 7. Agosto de 1967. Año del Viet Nam Heroico



EL MARXISMO COMO SOCIOLOGIA

LUCIO COLLETI

1. *EL OBJETO DE «EL CAPITAL»*

Abramos *El Capital* en el prefacio escrito para su primera edición. En él notamos, ante todo, dos circunstancias, la primera de las cuales es ésta:

A diferencia de todos los economistas que antes que él hablaron de la sociedad «en general», Marx hablaba solamente de *una* sociedad, de la sociedad *capitalista* moderna, es decir, declara haber examinado las leyes del desarrollo de *esta* sociedad en especial. En *El Capital*, en otras palabras, no se estudia *la* sociedad, esto es, la *abstracción* sociedad «en general», sino *esta* sociedad; es conveniente aclarar que el argumento del análisis no es una *idea* (un objeto ideal), sino un objeto *materialmente determinado* o *real*. Esto en primer lugar. Y puesto que este «primer lugar» ya nos da pie para hacernos reflexionar, digamos unas cuantas palabras al respecto.

¿Quién puede limitarse a discurrir acerca de la sociedad en general? Aquellos que creen —podemos contestar— que el elemento específico de la historia y de las sociedades humanas es el factor «conciencia» y, por lo tanto, los que sostienen que las sociedades sean sondeables sólo a nivel de las relaciones sociales *ideológicas*. En efecto, en este caso, ya que las formas jurídicas y políticas de tales sociedades (las formas ideológicas en general) deben necesariamente aparecer —apunta Lenin— como «origi-

nadas por esta o aquella idea del género humano» y, por lo tanto, como simples *productos o momentos del pensamiento*; la investigación no se realiza en un objeto *real*, sino en una objetividad meramente *ideal*. La relación de la teoría con el objeto se establece, en otras palabras, por la naturaleza ideal de éste en una simple relación de idea a idea, en un puro monólogo interior del pensamiento. El objeto del análisis se nos va de entre las manos y estamos en la imposibilidad (dice Lenin) de acometer el estudio de los *hechos*, de los procesos sociales, precisamente porque no tenemos ante nosotros una sociedad, un objeto real, sino sólo la *idea* de sociedad, la sociedad en *general*. He aquí la hipótesis a la que pone fin la sociología burguesa. En este punto, se habla de la sociedad «en general», se discute con los Spencer «la definición de la sociedad en general, el fin y la esencia de la sociedad», es decir, de cómo ella *debería* configurarse para satisfacer una u otra exigencia de la «naturaleza humana», sin ver (señala Lenin) que «similares teorías son dañinas por el hecho mismo de existir, son perjudiciales por sus métodos fundamentales, por su carácter pura y enteramente metafísico». En efecto, el indicio más evidente de la metafísica, del cual ha surgido toda la ciencia, es precisamente éste. Mientras no se emprende el estudio de los hechos, se inventan a priori teorías generales, siempre infecundas, es decir, se sustituye o se superpone el objeto *real* a explicar por un objeto *genérico* o *ideal*. La metafísica, en resumen, no logra llegar jamás a un análisis efectivo puesto que para ella no existen los *hechos*, o mejor aún, porque interpela la idea en el punto de los fenómenos históricos concretos; en lugar de una concreta y determinada sociedad, su búsqueda se dirige hacia la sociedad «en general».¹

¹ Lenin, *Quiénes son los "amigos del pueblo"*, en *Obras escogidas*, Moscú, 1949, volumen 1, página 73-74 y siguientes también las citas que siguen son de esta obra. Acerca de la hipótesis o de la sustitución aquí señalada de la «idea» al «hecho», que es una crítica que va más allá de la sociología positivista de Spencer (como algunos podrían creer), esta interesante admisión de Alfred Weber (*Wesen und Aufgabe der Soziologie*), quien considerando los trazos generales de la sociología después de Marx, observa como en este punto sobreviene una ruptura: desaparecen del horizonte del análisis «las grandes fuerzas históricamente evolutivas», como el capitalismo, la ciencia moderna, etc., y en cambio surge, «una miríada de sociologías que, aunque diversas, no se proponen la tarea de ofrecer un análisis —del presente— como de una época histórica particular». Estas sociologías, al contrario, hablando de la «sociedad», sustituyen (según observa A. Weber) una realidad histórica por un «concepto» y para mejor decir, un concepto aplicable sólo hoy en día en el modo analizado por ellas. (*Einführung in die Soziologie*, von A. Weber in Verbindung mit Herbert von Borch, Nicolavs Sombart, Hannó Kesting, Graefin Leonore Lichnowsky, Heinz Markmann, Gotz Roth, Erwin Faul, Hans-Joachim Arndt, Heinz Hund, München, 1955, páginas 13-14). Por otra parte, para el abierto testimonio de las orientaciones espiritualistas e irracion-

Dice Lenin con gran agudeza: «el químico metafísico sin saber investigar aún, de hecho, los procesos químicos, inventaba una teoría que respondiese a la pregunta: ¿qué fuerza es la afinidad química? El biólogo metafísico disertaba en torno a la pregunta: ¿qué cosa es la vida y la fuerza vital? El sicólogo metafísico razonaba en torno a la pregunta: ¿qué cosa es el alma? Aquí —continúa Lenin— ya el procedimiento era absurdo. No es posible razonar en torno al alma sin haber explicado en particular los procesos síquicos. En este punto, el progreso debe consistir, precisamente en rechazar las teorías generales y las lucubraciones filosóficas relativas a la pregunta: ¿qué cosa es el alma? para saber en un terreno científico el estudio de los hechos que caracterizan a unos u otros procesos síquicos». El progreso debe consistir en restaurar y restablecer, en contra de la hipótesis que lo ocultaban aquellos «hechos», aquellos *procesos reales* eludidos por el metafísico, la existencia de los cuales es la premisa indispensable para acometer cualquier investigación científica.

Una investigación de la sociedad que se encuentra limitada solamente en la órbita *ideológica*, implica el que se aluda el objeto *real*, y por consiguiente, la contracción del análisis en un razonamiento apriorístico. Es evidente, al menos en vía de hipótesis, que la sola manera de garantizar la posibilidad de un análisis científico, no podrá consistir más que en sondear la sociedad a su nivel *material*, es decir, a nivel de aquella base real que la particulariza impidiéndole disolverse en una idea. Lo que a su vez significa que, (puesto que material o real es sólo *este* objeto y no *el* objeto, sólo *este* particular proceso y no el proceso) para estudiar el objeto determinado «sociedad» Marx debía inevitablemente estudiar, precisamente, *esta* sociedad. La primera circunstancia tomada del prefacio de *El Capital* parece más o menos aclarada.

Pero —y he aquí el reverso de la moneda— si en el estudio de la sociedad el limitarse solamente al nivel ideológico implica una contracción del análisis en un discurso apriorístico o metafísico: ¿es posible entonces que para hacer ciencia baste limitarse al estudio del solo nivel material?, o bien: ¿es suficiente decir que un objeto es *material* porque pueda llamarse *determinado* y, sea así, *este* objeto?

nalistas de la moderna *Konstellation-soziologie* y, en general del «subjetivismo en sociología» véase siempre la citada *Einführung* y, en particular, los ensayos en ella comprendidos de Alfred Weber, *Wesen and Aufgabe der Soziologie*, *Geistige Einordnung der Soziologie*, *Allgemeine Probleme*.

Comencemos por señalar que materia lo es todo, cualquier cosa que exista, lo que no excluye a las mismas filosofías más desesperadamente espiritualistas. Aunque, en efecto, el «espíritu» no sea la «letra», estas filosofías son organismos filosóficos determinados. Esto es, ya que son (existen), están expresadas, es decir, «el elemento de la manifestación vital del pensamiento, el lenguaje es de naturaleza sensible, como dice Marx». Decir pues que un objeto es material es prácticamente no decir nada. La materialidad cómo tal no especifica, sino que, más bien es una connotación genérica, una propiedad común a todas las cosas. Por lo tanto, por muy extraño que pueda parecer, y por lo tanto inducir a la protesta a cualquier «materialista» es necesario decir claramente que la materia como tal es en sí misma una idea, un puro flatus-vocis. En uno de los pasajes más agudos de la *Dialéctica de la Naturaleza*, donde razonando como un materialista coherente Engels nos da (si bien involuntariamente) los argumentos para rechazar todas las generalizaciones idealistas, a las cuales él, por otra parte, permite introducirnos en las restantes partes de esta obra, en la que nos hace comprender cómo no tenía ningún sentido hablar (como también lo hace) de «movimiento en el sentido más general, concebido como modo de ser, como atributo inherente a la materia» que «comprenda en sí todos los cambios y procesos que tienen lugar en el universo por el simple desplazamiento (de lugar) hasta el pensamiento»; y cómo no tenía ningún sentido hablar tampoco de una ley de este movimiento general, de «una ley general de desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento». En uno de esos pasajes —decíamos— Engels escribe lo siguiente: «La materia como tal es una pura creación del pensamiento y una abstracción. Nosotros no tenemos noción de las diferencias cualitativas de las cosas, en tomarlas conjuntamente como corporalmente existentes, bajo el concepto de materia. La materia como tal, a diferencia de las materias determinadas existentes, no posee, por lo tanto, existencia alguna sensible». En efecto «nadie hasta ahora ha visto o experimentado —continúa Engels— la materia como tal y el movimiento como tal, sino solamente las diferentes sustancias y formas de movimiento (que son las únicas) realmente existentes. La sustancia, la materia, no es otra cosa que el conjunto de sustancias de las cuales se hace la abstracción de este concepto. El movimiento como tal no es otra cosa que el conjunto de todas las formas de movimiento perceptibles por los sentidos; palabras como materia y movimiento no son otra cosa que abreviaciones en las cuales sintetizamos, de acuerdo con sus propiedades comunes, mu-

chas cosas diferentes, perceptibles por los sentidos. La materia y el movimiento no pueden ser conocidos de otro modo —concluye Engels— que no sea con el estudio de las sustancias simples y formas de movimiento».²

En conclusión, mientras fuera de la materia es imposible especificar, tomada como tal, o sola, la materia espera ser especificada. Lo que quiere decir que, al igual que una determinada sociedad se transforma en sociedad «en general» apenas se tome en consideración solamente su nivel ideológico y se prescindiera de las relaciones materiales de la producción; otro tanto sucederá también cuando se tome solamente la producción material y se prescindiera de las relaciones ideológicas. En efecto, ¿a qué se reduce la «producción» cuando se abstrae del elemento que hace de esta producción material también y conjuntamente, una producción de ideas y, por lo tanto, una producción de relaciones interhumanas (por lo que se necesitan de nuevo pensamiento, lenguaje y comunicación)? Esta se reducirá evidentemente a la relación del hombre aislado con la naturaleza; las célebres Robinsonadas burguesas!, esto es, a un hecho presocial o asocial. Lo que equivale a decir (si consideramos que el objeto de nuestro análisis es la sociedad) que ésta quedará reducida a una fuga del campo de la investigación, es decir, a una evasión del objeto en cuestión. En el primer caso, se eludía la sociedad trascendiéndola; en el segundo caso ésta es eludida por cuanto no se llega apenas a tocarla, es decir, por cuanto no se logra llegar al «nivel» social. Antes, exclusivamente con las relaciones ideológicas, la sociedad desaparecía en el espíritu, en la idea; ahora, con el nivel material, solamente, ésta queda dispersa dentro del gran escenario de la naturaleza. «Toda la concepción que hasta ahora se ha recibido de la historia (observaba ya la Ideología alemana) o no ha tenido absolutamente en cuenta esta base real de la historia (que es la producción), o la ha considerado sólo como colateral, ajena a todo nexo con el curso de la historia. Por esta razón, continúa diciendo Marx, se está siempre obligado a escribir la historia conforme a un criterio que le es extraño; la real producción de la vida aparece como un hecho prehistórico (presocial), mientras que el hecho histórico, entendido como cualquier cosa que está separada de la vida común, aparece como algo extra y sobrenatural. En consecuencia la relación del hombre con la naturaleza queda excluida por

² F. Engels, *Dialéctica de la Naturaleza*, Roma, 1955, página 247.

la historia y, de aquí se genera la antítesis naturaleza-historia, naturaleza-espíritu».³

Si tomamos *aisladamente* (es decir abstractamente) sólo el nivel ideal, o sólo el nivel material, nos resulta (como se ve) una separación dualista entre la producción de *las cosas* por una parte, y la producción de *las relaciones humanas* por la otra, o bien, una escisión de *producción y distribución*⁴ (entendida esta última, ante todo, como distribución de las fuerzas laborales humanas en varias ramas y sectores de la producción); e inclusive, una división entre *producción y sociedad*; o bien, en fin, una separación entre una relación tomada como exclusivamente *material* o natural por un lado, y una relación tomada como exclusivamente humana, o mejor aún, exclusivamente *espiritual* por el otro. La relación hombre-naturaleza, en otras palabras, es aquí excluida por la relación del hombre con el hombre; y en el hombre, por así decir se separan alma y cuerpo, considerando como cuerpo sólo al trabajador, al hombre en relación con la naturaleza (todo el proceso productivo como un proceso regulado por leyes «naturales» eternas), y considerando, a la inversa, sólo como alma, sólo como conciencia al hombre en relación con los otros hombres (todo el proceso histórico como un proceso exclusivamente espiritual o ideal).

Es imposible pues concebir una sociedad *concreta* si no es a condición de tomar conjuntamente producción y distribución, relaciones de producción y relaciones sociales, estructura económica y nivel ideologicopolítico, estructura y superestructura. Lo que a su vez es, posible sólo a condición de que se tome la realidad, esto es, que se rompa con el método de la *abstracción indeterminada o genérica* en virtud de la cual se produce —como hemos visto— la doble abstracción de *Monsieur l'Esprit y Madame la Matière* (el señor Espíritu y la señora Materia). Hay necesidad pues de un método o de una abstracción de nuevo tipo. Y precisamente, por una parte, necesidad de un método que —no prescindiera de las *diferencias* que presenta un objeto o una *especie* respecto a todos los otros como sucede en el caso de la sociedad burguesa respecto a la feudal— no finaliza en la noción *genérica* idealista de sociedad «en general» sino que se encuadra mejor en *esta* determinada sociedad, en el particular objeto de examen.

³ Este pasaje puede ser leído en Marx-Engels. *Sobre el materialismo histórico*, Roma, 1949, página 20.

⁴ Para el análisis de esta relación confróntese Carlos Marx, *Introducción del 57 a la crítica de la economía política*, Roma, 1954, todo el párrafo 2.

(Necesidad de un método que no nos dé abstracciones sino hechos). Y por la otra, sin embargo, encontrándose el hecho único como tal situado en su irrepetibilidad, en su singularidad *absoluta*, es, asimismo, genérico del género abstracto; de aquí la necesidad de un método no empírico que sea también además, de hecho, abstracción, o bien, que no prescinda de la *identidad* específica, de la *especie*, y por lo tanto, de esa *tipicidad* donde toda cosa es lo que es, precisamente porque es expresión de su «clase». Por un lado pues existe la necesidad de la observación-inducción: aquí, es inconcebible un objeto o proceso que no sea este *particular* proceso, esta particular *naturaleza*; por otra parte, en cambio, existe la necesidad de la *hipótesis-deducción*; es decir, es inconcebible para nosotros un proceso particular o fenómeno que no sea un fenómeno modelo o típico, es imposible para nosotros «este» determinado suceso de la *naturaleza* que no sea *ley* de la naturaleza, y, por lo tanto, que no sea individual y reiterable al mismo tiempo.

Digamos, para retornar al ejemplo anterior, que ni abstracciones de las diferencias entre la sociedad burguesa y los otros regímenes sociales, ni abstracciones como cuando se estudia un país en particular como la Inglaterra de los siglos XIX-XX, nos da lo que es el aspecto específico o *esencial* de este país: su organización *capitalista*. Necesidad, en suma, del método de la abstracción determinada, específica o científica, es decir —si es que se nos permite el juego de palabras—, necesidad de un método que no sea más o sólo método, al menos en aquel sentido formal tradicional por el cual el pensamiento y la lógica vienen sumidos aún como esferas en sí conclusas o autónomas. En efecto, mientras en este último caso nosotros tenemos la alternativa clásica, por una parte, de aquellos que creen que el discurso sobre el método pueda no ser al mismo tiempo un modo de implicar la realidad (Kant y los neocriticistas) y, por la otra, de los que resuelven, por el contrario, el discurso sobre la realidad en el discurso sobre la lógica (Hegel y Cia & Co);⁵ con Marx, al contrario, tenemos que el discurso sobre el método implica, conjuntamente, una particular aprehensión de la realidad, aunque sin llegar jamás a resolverla en sí o a anularla. Con Marx, en resumen, tenemos precisamente lo que ahora estamos viendo: *a parte objecti*, la necesidad de tomar siempre en conjunto producción y distribu-

⁵ Aún condicionado por esta alternativa está en nuestra opinión, todo lo actualmente discutido entre los partidarios del marxismo como «método» y los partidarios del marxismo como concepción del mundo.

ción, *economía y política*, porque sólo así el objeto será *determinado* y la «sociedad» será *esta* sociedad; *a parte subjecti*, la necesidad de que esta sociedad sea, sin embargo, al mismo tiempo también una *generalización* específica, un *tipo* o un «modelo», o bien, no Inglaterra, sino la *formación económico-social* capitalista (o mejor aún, Inglaterra como *sede* «clásica» de una fase del desarrollo capitalista). En consecuencia, se ve bien cómo una particular aprehensión de método implica una particular estructuración del objeto y viceversa; consiguientemente (y téngase bien claro esto), ni el método de Marx será posible desconectarlo de las particulares figuras objetivas que en él se reflejan y mucho menos del materialismo, ni estas figuras materiales objetivas podrán ser sustituidas e integradas por ningún marxista serio con los «objetos» así como son ofrecidos por los tratamientos de otras metodologías.

Encontramos aquí (finalmente) la segunda circunstancia que se debe señalar en la lectura del sencillo prefacio a *El Capital*. Marx, en efecto, estudia a esta sociedad *hic et nunc* (aquí y ahora), que es la sociedad «moderna», el modo de producción y cambio capitalista, y no Francia, Inglaterra, etc., como tales. «El físico observa los procesos naturales en el lugar donde éstos se presentan en la forma más definida y menos empañada por los influjos perturbadores; o bien, cuando es posible hace experimentos —explica Marx— en condiciones tales que garantizan el desarrollo del proceso en estado puro. En esta obra debe investigar el *modo capitalista de producción y las relaciones de producción y cambio* que le corresponden. Hasta ahora su sede clásica es *Inglaterra*. Por esta razón es Inglaterra, principalmente, la que sirve para ilustrar el desarrollo de mi teoría. Empero, en caso de que el lector alemán se encoja de hombros farisaicamente a propósito de las condiciones de los obreros ingleses industriales y agrícolas, o se someta optimistamente al pensamiento de que en Alemania falta aún mucho para que las cosas vayan mal, debo gritarles: *De te fabula narratur!* (De ti habla la fábula).»

Por lo tanto, Inglaterra entra en el análisis, pero, dice Marx: «*por esa razón*». Es decir, sólo en cuanto y en tanto en Inglaterra, en un determinado momento histórico, se produjo una situación objetiva tal en que se pudieran realizar las condiciones «modelos» que son indispensables para un análisis científico. El sujeto de la investigación sin embargo no es Inglaterra como tal, sino el *desarrollo del modo de producción capitalista* que, en una determinada fase propia ha encontrado en ese país las condiciones

y el escenario idóneo para desarrollar su dinámica y su parábola en formas «típicas» y «clásicas».⁶ «En sí y para sí» —añade Marx a continuación— aquí «no se trata del grado mayor o menor de desarrollo (en cada nación) de los antagonismos sociales derivados por las leyes naturales de la producción capitalista, *precisamente, por tales leyes*». «El país industrialmente más desarrollado no hace más que mostrarle a aquel menos desarrollado la imagen de su futuro».

Por un lado, *El Capital* trata no de *la* sociedad, sino de *esta* sociedad, no de una abstracción, sino de un proceso real (un proceso de la naturaleza), no de un *Objekt* (objeto), sino de un *Gegenstand* (cosa). Por otro lado, «esta sociedad es la forma típica generalizada de todas las sociedades capitalistas existentes» (Dobb), esto es, una abstracción que ha sido obtenida «discriminando», para explicarnos con un ejemplo, lo que distingue a un país capitalista de otro, y analizando lo que es común a todos» (Lenin). Por un lado, pues, tenemos un fenómeno natural; por el otro, empero, esta *naturaleza es ley* de naturaleza. Por una parte esta sociedad *hic et nunc*; pero por la otra, este *hic et nunc* es una formación económico-social.

2. UNIDAD DE LA ECONOMIA Y LA SOCIOLOGIA

El carácter de «integridad» que posee el objeto de *El Capital* y que, también lingüísticamente está dado a modo azar plástico por los términos de «formación económico-social», es resultado —como habíamos visto— de la imposibilidad de separar dualmente los dos niveles (*el nivel material y el ideológico*), o bien el hecho de que el objeto resulta, verdaderamente, un objeto y, por lo tanto, algo *determinado* sólo a base del aporte de estas dos modalidades; sólo a base —podemos decir— de su *interrelación*. Ello es por lo tanto un *totum* (todo), esto es, cualquier cosa que comprenda ya a la *conciencia social*, ya al *ser social* o bien, las condiciones a *parte objecti* o a *parte subjecti*.

⁶ Véase G. Pietranera, *La estructura lógica de El Capital*, parte II, en «Societas» agosto 1956. Estudio que aquí volvemos a señalar, en particular, por las consideraciones de gran importancia que desarrolla acerca del carácter histórico que posee la misma concepción marxista de la «igual composición orgánica del capital en todas las ramas de producción», como se sabe, la condición para la validez de la teoría de valor-trabajo y que está, en cambio, hoy en día considerada a veces (por el mismo Dobb) como una abstracción de tipo ricardiano.

No obstante, surge ahora la pregunta: ¿de qué modo, sujeto y objeto, están aquí unidas? Un primer modo evidentemente es este: el sujeto es *parte* del objeto, momento interno del objeto y, por lo tanto, él mismo *objetivo*. Es decir, objeto y sujeto forman aquí un proceso objeto-sujeto *objetivo*. La superestructura es un aspecto y una articulación de la estructura; la conciencia es un modo de ser; el conocimiento de la vida es en sí un modo y una manifestación de vida. Arte, filosofía y ciencia son, desde este punto de vista, realidades e instituciones sociales, es decir, expresiones, articulaciones de la sociedad. La crítica y la reflexión sobre esto es ya búsqueda sobre la sociedad, es decir, sociología. En la obra juvenil de Marx, observamos que éste, estudiando a Hegel y su *Filosofía del Derecho*, estudia no sólo la *teoría* burguesa del Estado, sino el *Estado* burgués mismo; a través de Smith, Ricardo o Say (Manuscritos del 44) estudia no sólo la economía teórica burguesa, sino (aunque sea en un primer intento) también las relaciones objetivas entre capital y renta de la tierra, por una parte y trabajo y asalariado por la otra.

Si esto es cierto, no es menos cierto también que el nivel superestructural e ideológico si es *parte* de la estructura y del ser social, lo es como *conciencia* e ideología; esto es, con su papel *específico* respecto a las otras partes de la estructura. Una obra de arte o de ciencia, en este caso la *Comedia humana* de Balzac, no es la red ferroviaria francesa. Antes bien, por el contrario, y solamente en virtud de esto, es parte de la sociedad: porque la sociedad, a través de ella, realiza una función suya específica que no podría realizar de otro modo (como por ejemplo produciendo tuercas). Lo que la hace *parte*, es pues, lo que la *distingue* de aquel *totum* al que pertenece y en el caso de la conciencia, su rasgo específico es precisamente éste: que mientras ella forma parte del ser social y por lo tanto está dentro de la vida, se *refleja* sobre ésta, es decir, la acoge mentalmente dentro de sí y, que de nuevo, mientras la lleva dentro de sí, es *parte* de ella, esto es, es sólo *una* función que tiene las otras funciones de la vida y la sociedad *fuera de sí*. El pensamiento y el ser, dice Marx, están ciertamente *unidos*, mas al mismo tiempo son *distintos* uno del otro. Es decir: la conciencia pertenece tanto al ser, como a la práctica social, la teoría es tanto vida, como práctica; entre las dos hay aquí ciertamente interrelación y unidad. Sin embargo, la conciencia pertenece a la vida ya que es una *parte* de ella; la teoría es práctica en cuanto es *un* aspecto y un momento de la práctica, es decir, ya que está comprendida en su interior como una

función específica y, por lo tanto, antes que agotarla dentro de sí, está a su alrededor y la mantiene fuera de sí. Por un lado la producción es distribución, cambio y consumo; por el otro, distribución, cambio y consumo son sólo momentos de la producción que presuponen a la producción como un antecedente. Comprendido esto que es precisamente la unidad de ser y conciencia, su interrelación, lo que implica la fundamentalidad o prioridad del ser sobre el pensamiento, es decir, el *materialismo*.⁷

Pero, si las cosas son verdaderamente de esta forma, podemos examinar dos consecuencias. Una primera, *de método*, en virtud de la cual debemos decir que, puesto que la superestructura refleja la estructura formando parte de ella, el contenido de la generalización teórica debe *verificarse* como una determinación, un lado o un aspecto del objeto en examen. Una segunda consecuencia, *estructural*, base que impone la conclusión de que si la estructura es siempre «estructura y superestructura» en conjunto, si la «sociedad» es siempre sujeto-objeto-objetivo, los términos objetivos del análisis deberán comparecer también como objetos *activos*, esto es, como objetos capaces de referirse teóricamente a sí mismos como objetos que, mientras por un lado son susceptibles de ser descritos en términos puramente *físicos*, su naturaleza es *históricosocial*.

En otras palabras, el análisis de la *estructura*, de la base real capitalista constituye, ciertamente, el *esqueleto* de *El Capital*; «todo está en el hecho —dice Lenin— que Marx no se contentó con este esqueleto, que no se limitó a la sola 'teoría económica' en el sentido habitual de la palabra, que él —explicando la estructura y la evolución de una formación social dada, *exclusivamente*, con las relaciones de producción— investigó siempre la superestructura correspondiente a estas relaciones de producción, revistió el esqueleto de carne y sangre», hizo, a un tiempo, economía e historia, economía y sociología.

⁷ Para esta relación producción-distribución-consumo, véase de nuevo Carlos Marx, *Introducción a la Crítica de la economía política*, párrafo 2. Toda la «contradicción» que Kelsen, *La teoría comunista del derecho*, Milán, 1956, cree encontrar en la concepción marxista del derecho, donde este último está entendido al mismo tiempo ya sea como *relación social* o realidad, como conocimiento y *reflexión sobre* esta relación social está explicada con el hecho de que Kelsen ha eliminado el nexo central del pensamiento de Marx, y, esto es, que la superestructura en conjunto sea parte o momento de la estructura, o *forma* de ella. Este nexo o unidad de heterogéneos le parece a Kelsen una contradicción, porque él parte de la vieja separación neocriticista de «hechos» y «valores»; separación a la cual se dirigen, si bien por partes opuestas, el *sociologismo* y el *normativismo* jurídico actual.

A este resultado, obviamente, Marx no llegó mediante un trabajo de yuxtaposición: realizando en primer lugar un análisis *puramente* económico y enriqueciendo más tarde los datos de este análisis con elementos históricos y políticos. Marx no trabajó con dos criterios, sino con categorías que desde el inicio y ya en su más íntima estructura representa, conjuntamente, factores (objetos, condiciones) de la producción y *agentes* históricos-sociales con un advenimiento económico e histórico. «El análisis científico del modo de producción capitalista demuestra —escribe Marx en la última página de *El Capital*— que (...) las condiciones de la distribución son en sustancia idénticas a las condiciones de la producción, constituyendo el reverso de estas últimas (...). El salario presupone el trabajo asalariado, la utilidad presupone el capital. Estas formas determinadas de distribución presuponen, pues, determinados caracteres sociales de las condiciones de la producción y determinadas relaciones sociales entre los agentes de la producción...»

Jamás encontramos en Marx categorías económicas que sean categorías económicas *puras*. Todos sus conceptos, al contrario, son económicos y sociológicos al mismo tiempo. La relación capitalista más abstracta y más simple, la relación D-M-D, es la relación capital-fuerza-trabajo; es decir, es ya una relación entre dos *clases sociales*. «En la argumentación marxista —escribe Schumpeter— sociología y economía se penetran recíprocamente»; «todas las tesis fundamentales y conceptos son económicos y sociológicos al mismo tiempo y tienen el mismo significado entre sus planos —admitiendo que desde nuestros puntos de vista se pueda hablar aún de dos planos. De esta manera la categoría económica (fuerza-trabajo) y la clase social (proletariado), vienen —al menos en la línea de principio— a converger y —en la práctica— a identificarse. O bien la distribución funcional de los economistas —es decir, la explicación del modo de surgir de la renta como correlativo a los servicios productivos, independientemente de la clase social a la que todo perceptor único pertenece— entra en el esquema marxista sólo bajo la forma de una distribución entre las clases sociales y asume connotaciones diferentes.»⁸

La «totalidad» —este efecto literariamente grandioso que surge también de las páginas de *El Capital*— no es el resultado de una superposición mecánica de «niveles»; de modo que —tomando en uso los términos metafóri-

cos de Lenin— *primero* se da un análisis del esqueleto y después su revestimiento con «carne y sangre». Pero el objetivo propuesto —como habíamos dicho— estaba ya dado en la relación inicial D-M-D-, tan abstracta y singular, con la que se abre *El Capital* y que es la verdadera «esfinge» de toda la inmensa construcción. Aquí en efecto, tenemos que la relación D-M, la relación capital-fuerza-trabajo, expresa la relación *capital constante - capital variable*, es decir, una relación entre simples *objetos* como son la materia prima y las máquinas por una parte, y el remanente de los instrumentos de producción por la otra, en el capitalismo. Y por otro lado, en cambio, tenemos que esta relación entre las simples *condiciones objetivas* de la producción, entre los simples medios e instrumentos con los que se cumple el proceso *material* objetivo de la producción, es una relación entre objetos, pero entre objetos *activos*, es decir, entre capital y fuerza-trabajo, entre empleador y obrero asalariado: una relación, en breve, entre *agentes* históricosociales.

Se comprende en este punto cómo esta *unidad* de economía y sociología, de naturaleza e historia en Marx, *no* significa identidad de los dos términos; se comprende también cómo esta unidad no comporta ni una reducción de la sociedad a la naturaleza ni una reducción de la naturaleza a la sociedad, ni una reducción de la sociedad humana a un hormiguero, ni una reducción de la vida humana a la vida filosófica. No se comprende, por el contrario, cómo se eluden estas dos antítesis unilaterales; ocurre precisamente en virtud de su posición orgánica, por parte de Marx, y por lo tanto, de su reunificación en un «todo»; que es sí una totalidad pero *determinada*, que es síntesis, pero de varios, que es *unidad*, pero de *heterogéneos*. De donde es fácil de ver (sea ya en forma de bosquejo) lo que Marx debe a Hegel y cómo, de otra parte, al mismo tiempo, se ha alejado de él.⁹

En otras palabras, *El Capital* tiene como argumento un proceso interhumano, es decir, relaciones sociales y no relaciones entre cosas; sin embargo, este proceso social es por otra parte un proceso natural-objetivo. Esto es, si bien es cierto que *El Capital* trata un proceso social humano, esto no quiere decir en lo absoluto que un proceso social humano no sea en lo adelante reducido a simples relaciones sociales *ideológicas*, es decir, a un complejo de meros comportamientos *intencionales* conocidos, a una simple

⁸ Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, Milán, 1955, página 41.

⁹ Para este concepto fundamental de la unidad de los heterogéneos, véase G. Della Volpe, *Lógica como ciencia positiva*, Messina-Florence, 1956.

relación de ideas. Esto es, una relación que se establece entre sujetos que son *estos naturales*; si bien es cierto que estos entes naturales tienen a su vez la peculiaridad de ser *sujetos*.

Ni una concepción, pues, del *sujetohistórico* como idea o espíritu del mundo o providencia vichiana o sujeto trascendental, ni una concepción de ellos como evolución o lucha por la existencia o instinto gregario o raza, etc. Contraria a esta abstracción genérica igualmente infecunda, Marx nos da más bien una concepción nueva del sujeto como ente histórico-natural, esto es, como *especie* o como conjunto de formaciones empíricas, las cuales son precisamente las *clases* sociales, cosa que él analiza a la luz de conceptos determinados o científicos y a la de los «pseudoconceptos» tan aborrecidos por el historicismo idealista y teologizante. He aquí la unidad orgánica de economía y sociología: el concepto de clase, en su doble significado, ya sea de factores o *condiciones objetivas* de la producción (naturalmente de una cierta fase histórica de la división del trabajo), o *agentes políticos* de todo el proceso social humano, es decir, las secciones que nos dan los estratos, ya sean verticales u horizontales de toda la sociedad, desde la base al vértice. Y se comprende ahora la unidad profunda y orgánica entre la obra *historicoeconómica* y la obra *historicopolítica* de Marx; que es lo que dice Lenin cuando observa que *El Capital* muestra «toda la formación social capitalista como una cosa viva, con sus aspectos de la vida cotidiana, con la manifestación social concreta del antagonismo de las clases, inherentes a las relaciones de producción con la superestructura política burguesa que protege el dominio de los capitalistas, con las ideas burguesas de la libertad, igualdad, etc.» «La síntesis de Marx —recalca Schumpeter— abarca todos aquellos hechos históricos (guerra, revoluciones, transformaciones legislativas) y todas aquellas instituciones sociales (propiedad, relaciones contractuales, formas de gobierno) que los economistas no marxistas habitualmente consideran como elementos de disturbios o como simples datos. El rasgo característico del sistema marxista es que éste también somete esos hechos históricos e instituciones sociales al proceso explicativo del análisis económico o, para utilizar el lenguaje técnico, lo consideran no como datos, sino como variables».¹⁰

¹⁰ Schumpeter, obra citada, páginas 42-43.

Verdadera y gran obra de la historia permanece pues, y sobre todo, *El Capital* mismo. *El 18 Brumario*, *Las luchas de clases en Francia*, etc., todos los escritos considerados históricos no sólo tienen sus raíces en esta obra, no sólo la presuponen y la tienen por base, sino que lejos de representar un «pasaje a otro género», en la investigación de Marx permanecen incluso en su mismo ámbito. No ver esto (como hasta ahora no es visto por muchos marxistas) significa, en la práctica, desconocer la saturación histórico-social que poseen todas las categorías económicas de *El Capital*, aún las más «abstractas»; y por lo tanto, perseverar en la separación burguesa de economía y política, de naturaleza e historia; como si para Marx el movimiento de la sociedad no fuese «un movimiento en sus fundamentos, sino sólo sobre sus fundamentos»;¹¹ no fuese precisamente un proceso *histórico-natural*, sino un proceso para mantenerlo aún en el terreno de las «relaciones sociales ideológicas».

La unidad orgánica de los dos «niveles» queda comprobada por el hecho de que los cuatro libros de *El Capital*, nos presentan ya el análisis de la estructura *económica* capitalista; es decir, la historia y la dinámica del modo de producción de la sociedad burguesa, ya un análisis de la economía política burguesa (la teoría de la plusvalía), esto es, la historia del *pensamiento económico*; y cómo se demuestra aún mejor por el plano originario de la obra, según el cual la historia debía haberse extendido hasta abarcar la «síntesis de la sociedad burguesa en la forma del estado, las clases 'improductivas', las imposiciones, la deuda del Estado, el crédito público, la población, las colonias, la emigración, la relación internacional de la producción, la división internacional del trabajo, el cambio internacional, la importación y exportación; los cursos del cambio, el mercado mundial y las crisis».¹²

¹¹ Dobb, *Economía política y capitalismo*, Turín, 1950, pág. 66.

¹² Carlos Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, obra citada, páginas 50-51. Hay un interesante aserto acerca de esta recíproca implicación de «problema de la historia» y «la historia teórica del problema» en G. Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, Berlín, 1923, páginas 45-47, donde tratando de la *Akkumulation* de Luxemburg, él considera como uno de los mayores méritos del método de la obra, el haber ligado en un todo unitario, el enfoque de los *problemas efectuales* y la *historia teórica* de los problemas mismos, es decir, el análisis de los problemas reales y el análisis de las interpretaciones teóricas de estos problemas. «*El Capital* y la *Teoría de la plusvalía* constituyen en cuanto a su esencia, dice él, una sola obra». Aquí, empero, es de notar que surge de pronto en el discurso de Lukács la tendencia a reducir, idealistamente, la historia real a la historia de la teoría. Antes de ver en la *historia rerum gestarum* (en Latín en el original) una función de la *res gestae*, él invierte la relación hegelianamente. (N. del T. reseña).

Y puesto que se tienen aquí orgánicamente *métodos y objeto*, bien se comprende cómo esos marxistas que solamente ahora no han logrado penetrar en la profunda originalidad del método de Marx, yerran asimismo en la identificación del objetivo de su obra. De frente al carácter vivo y dinámico con el cual el régimen de producción y de cambio burgueses salta fuera de las páginas de *El Capital*, estos marxistas han hecho apelación de la «falsa movilidad» (Marx) de la dialéctica hegeliana, a los juegos formales de «la negación», sin advertir que precisamente es de esa *unidad de heterogéneos* (donde, repetimos, los factores objetivos de la producción se presentan a la par como *sujetos* o clases sociales) que el análisis de Marx, deriva su carácter dinámico.¹⁸

De tal forma desviados del carácter literario «individualizante» que posee la narración histórica de *El 18 Brumario* en las *Luchas de clases en Francia*, etc., estos marxistas que establecen una división de principios entre estas obras y *El Capital* sin comprender que como los personajes de estas obras son siempre las clases sociales, de esta manera estos escritos no pueden dejar de ser obras de historiografía, esto es, análisis de una situación *modelo* que, por tanto, considera el desarrollo de las instituciones políticas burguesas y los modos en los cuales se complica y articula a este nivel la lucha de clases, Marx encontró —como es notorio— en la sociedad francesa, donde el Estado representativo moderno, el centralismo burocrático y, en suma, todos los subvertimientos políticos de una sociedad clasista burguesa, produjeron su fenomenología ejemplar y «clásica» de la cual él suministró no sólo la descripción, sino el análisis histórico-sociológico.¹⁸

¹⁸ Weber, *obra citada*, página 107: «con esta obra (*El Capital*) Marx viene a ser no sólo el primer descubridor correctamente, sino también el primer analizador que vea la moderna economía capitalista como un gigantesco mecanismo dotado de automovimiento».

¹⁴ Este significado de la obra histórico-política de Marx ha sido visto con claridad, como es sabido, por Engels en el prefacio a la II edición alemana del *18 Brumario*: «Francia es país en el cual las luchas de clases de la historia fueron combatidas hasta la decisiva solución más que en cualquier otro lugar; y en el cual, por lo tanto, también las mutables formas políticas, dentro de las cuales esas luchas se desarrollan y en las que se resumen sus resultados, toman los contornos más netos. Centro del feudalismo en el Medioevo, país clásico, a partir del Renacimiento, de la monarquía unitaria partimomial, Francia ha destruido (con su Gran Revolución) el feudalismo y fundado el puro dominio de la burguesía en forma clásica como ningún otro país europeo (...) Este es el motivo por el cual Marx no sólo había estudiado con especial predilección la historia pasada en Francia, sino que había seguido en todos sus aspectos su historia actual...» (Marx-Engels, *El 1848 en Alemania y Francia*, Roma, 1946, página 257-8). La naturaleza sociológica de la obra histórico-política de Marx y la importancia, para los fines del análisis, de los *modelos* históricos o reales es vista claramente

3. «DARWIN Y HEGEL»

En una carta a Kautsky del 26/6/1884, trayendo a colación el *Anti-rodbertus*,¹⁵ Engels alcanza un relieve crítico que puede bien servir de hilo conductor, al menos para la primera orientación en esa compleja empresa que es la historia de la interpretación de Marx en el período de la II Internacional. La observación es esta: «Apenas hablas de medios de producción —escribe Engels— dices también sociedad, y sociedad con-determinada (mitbestimmte) a un tiempo por estas estructuras de producción. De la misma manera que no existen medios de producción *en sí* fuera de la sociedad y sin influencia sobre ella, asimismo no existe un capital *en sí*». La observación que ulteriormente hace y profundiza en una carta de setiembre de 1884 —acerca del método de abstracción de Rodbertus y de los errores que conlleva, interpela también a Kautsky—, hace de uno de los motivos teóricos más interesantes el centro de la cuestión, la deformación que el concepto de *relaciones sociales* de producción había comenzado rápidamente a sufrir, ya sea por parte de los llamados «ortodoxos» (como Kautsky y Plejanov), ya sea más tarde y en sentido opuesto, por parte de la línea del austromarxismo.

¹⁵ F. Engels, *Briefwechsel mit K. Kautsky*, Viena, 1955, páginas 126-127 y aún más en la página 144.

también por Lenin en *El Estado y la Revolución* (Obras escogidas, volumen II, páginas 148-9) donde después de haberse preguntado «si es justo generalizar las experiencias, las observaciones y las conclusiones de Marx y aplicarlas a un período más amplio que la historia de tres años en Francia: desde 1848 al 1851», y después de haber enunciado la posición de Engels antes citada, prosigue así: «Empero, echemos un vistazo de conjunto a la historia de los países desarrollados a fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte. Veremos cómo con más lentitud, con formas más variadas, en un terreno más amplio se desarrolló el mismo proceso: por un lado la elaboración de un «poder» parlamentario tanto en los países republicanos (Francia, América, Suiza) como en aquellos monárquicos (Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, países escandinavos, etc.); por otro lado, la lucha por el poder de los diversos partidos burgueses o pequeño-burgueses que se dividen y se dividen y se redistribuyen el «botín» de los cargos estatales, mientras sientan las bases del régimen burgués; finalmente un proceso de perfeccionamiento y de consolidación del «poder ejecutivo» de su aparato burocrático-militar. No cabe aquí ninguna duda de que estas son las características comunes a toda la evolución moderna de los Estados capitalistas en general. En tres años, desde 1848 a 1851, Francia mostró en una forma rápida, neta y concentrada, los procesos de desarrollo propios del sistema del conjunto del mundo capitalista». Por el carácter de *historia razonada* de la misma obra de Lenin, una aguda observación de Lukács en *Geschichte und Klassenbewusstsein* citado, página 46, donde éste señala que *El Estado y la Revolución* es un conjunto, una teoría de la revolución, «una historia interna de las revoluciones europeas del siglo XIX».

Señalaremos a continuación cómo ambas orientaciones llevan los dos lineamientos fundamentales en los cuales se divide la cultura burguesa de la segunda mitad del 800; por ahora, limitándonos al primero de ellos, podemos observar cómo los términos fundamentales de la divergencia nos llevan precisamente a la forma de concebir esa unidad de producción *material* y producción *de las ideas*, de producción de *las cosas* y producción de *las relaciones interhumanas* en la cual habíamos visto cómo se cumple en Marx la unión de la historia y la naturaleza.

La producción es a un tiempo ya sea la unidad de distribución, cambio y consumo, o el fundamento de toda esta relación. Ella es, ya la totalidad de la relación, ya lo que condiciona o determina la relación misma. Esto es, ella no puede ser concebida como un antes de la cual se pase a *después* en las restantes determinaciones; no es un esqueleto al cual se añade a continuación carne y sangre. La relación D-M, repetimos, no sólo es también e inmediatamente la relación de clases sociales, sino una relación que implica ya toda una serie de condiciones políticas y superestructurales. El ejemplo de la relación fuerza de trabajo con los otros instrumentos de producción, es decir, con el capital, es inconcebible si no se incluyen las formas jurídicopolíticas que hacen del obrero moderno un obrero «libre», es decir, capaz de disponer de su propia persona, de estipular un *contrato*: si no se tiene noción de esa igualdad legal o formal que Marx *debe* precisamente tener en cuenta, al final del capítulo acerca de la «Transformación del dinero en Capital», es decir, en el umbral de la sección acerca de la «producción de la plusvalía absoluta» (*El Capital*, I, 1, pág. 193). Es sólo, por lo tanto, desde «el interior de esta unidad de economía y política» que Marx induce la función primaria o fundamental de la economía; precisamente porque de nuevo, y sólo a base de esta unidad, es que el objeto resulta verdaderamente un *objeto* y por lo tanto algo determinado. Por ende, tomar en conjunto las relaciones de producción y de cambio (y en lo interno de esta correlación, los primeros como base) es una necesidad que hace un todo unido con la otra relación y que está descrita, en virtud de la cual, el análisis, para ser efectivamente análisis, y por lo tanto, un estudio de un objeto determinado debe siempre partir del *presente*, es decir, en nuestro caso, «del capital presente» que, como dice Engels, es «el único realmente existente».

¡Cuán distinto no será el panorama que se nos presenta ahora si pasamos a Kautsky y Plejanov! Aquí, en efecto, producción y relaciones sociales,

relaciones materiales y relaciones ideológicas vienen a situarse precisamente como una serie cronológica, es decir, como un *antes* y un *después*, donde naturaleza e historia vuelven de nuevo a separarse, y donde, perdida la necesaria referencia a la puntualidad del presente; no queda más que una *filosofía de la historia*.

No es éste el momento de examinar en concreto cómo precisamente este nuevo contexto teórico condiciona gran parte de la interpretación misma de la teoría de la crisis; sea ya en la versión del bajo consumo, la que considera precisamente el consumo *solamente* por el aspecto en virtud del cual éste es un fenómeno externo de la producción; sea ya la versión que saca de nuevo Tugan-Baranowsky¹⁶ que hipotetiza, como advirtió justamente Hilferding en *Finanz Kapital* (Capital financiero segunda edición, pág. 378-9) lo opuesto, es decir, una mera producción en sí como base económica pura.

Es cierto, sin embargo, que por la obra de Kautsky y de Plejanov esa *unidad de heterogéneos* sobre la cual se apoya el esfuerzo teórico de Marx, se nos vuelva una serie formalmente coordinada pero intrínsecamente desunida en «factores» que se estratifican el uno sobre el otro en una sucesión cronológica, en la forma que está proyectado el ejemplo en *Cuestiones fundamentales del marxismo*, a saber: «1.—Estado de las fuerzas de producción. 2.—Relaciones económicas condicionadas por estas fuerzas. 3.—Régimen social político edificado sobre una base económica dada. 4.—Sicología del hombre social, determinada en parte por el régimen social político edificado sobre ella. 5.—Ideologías diversas que reflejan tal sicología».¹⁷

Ya se ha hecho notar cómo por esta concepción «las fuerzas productivas se desarrollan por sí mismas automáticamente, fuera de su forma de producción e independientemente de las relaciones de producción» y cómo éstas comparecen aquí a guisa de un presupuesto abstraído por el desarrollo de todos los «factores» remanentes.¹⁸ No obstante, para aquel que creyese que la importancia tiene valor para un caso único y excepcional, es con-

¹⁶ Tugan-Baronowsky, *Theoretische Grundlagen der Marxismus*, Leipzig, 1905, véase en particular la sección 3, página 209 y siguientes.

¹⁷ G. Plejanov, *Las cuestiones fundamentales del Marxismo*, Milán 1945, pág. 99.

¹⁸ W. A. Fomina, *Die Philosophischen Anschauungen G. W. Plechanows*, Berlin, 1957 pág. 303. El libro de la autora soviética es prácticamente inservible.

veniente señalar que, fundamentalmente, es ésta la posición que se encuentra en los escritos de Plejánov y de Kautsky. «La producción de los medios de vida y la producción de los hombres son dos procesos esencialmente distintos», afirma Kautsky en *Vermehrung und Entwicklung* (Aumento y desarrollo). «La relación del obrero con las cosas, la técnica, así como la relación del consumidor con las cosas que él consume, es evidentemente una cosa bien distinta de las relaciones de los hombres en el proceso laboral, en la economía.

Sólo esto último es un proceso social, los primeros no lo son.¹⁹ Esa unidad en base a la cual Marx podía afirmar en *El Capital* que «el proceso capitalista de producción considerándolo en sus conexiones, o como proceso de reproducción, produce no sólo mercancías, no sólo plusvalía, sino que produce y reproduce la relación capitalista misma; es decir, por una parte el capitalista, por la otra el obrero asalariado», esa unidad comparece aquí descompuesta en sus ingredientes abstractos y elementales: proceso *natural* por una parte y proceso *históricossocial* por la otra.

Primero la naturaleza, después la sociedad, es decir, la relación no está nucleada del único modo concreto posible, lo que equivale a decir que, pensando en la prioridad de la naturaleza en lo interior de aquella condición históricoconcreta en la cual surge el problema y que es evidentemente la condición donde está presente además de la naturaleza, el hombre que la interroga, y por lo tanto, la sociedad y donde el proceso simplemente natural está ya convertido en un proceso histórico natural; sin embargo, se nos remite ingenuamente al origen de los mundos, se remonta de la Wechselwirkung (interacción) a aquella «tercera cosa»,²⁰ es decir, a aquel principio del *monismo* (que en Hegel era la Idea y que aquí es la Materia *como tal*) el cual debe aparecer ahora como fundamento de todo el proceso históricodeductivo, sin jamás advertir que así se parte de nuevo de una abstracción.

«Las características del ambiente geográfico —escribe Plejánov— determinan el desarrollo de las fuerzas productivas el cual a su vez determina el desarrollo de las fuerzas económicas, y con éstas, el desarrollo de las

otras relaciones.»²¹ Hasta cierto punto está de acuerdo con Buckle, pero a medida que con la sucesión cronológica las categorías se estratifican, el el acuerdo tiende a desaparecer. La actividad productiva en la sociedad primitiva ejercía una influencia directa sobre la concepción del mundo, en la Francia del siglo XVIII, en cambio, operó a través de la psicología. Al igual que la estatua de Condillac, de la misma manera, la historia y la vida aquí se animan por aproximaciones sucesivas. En un principio tenemos al salvaje, después lo hacemos hablar, más tarde rezar, y al fin poetizar. A la categoría del lenguaje sigue la de la religión, a la de la religión la del arte y toda y cada una de éstas llena una época histórica.²² Es decir, «lo primero en el tiempo» llega a ser el *fundamento* de toda la construcción: El libro que suministrase «una justificación teórica del materialismo histórico» sería —escribe Plejánov— «un tratado resumido de la historia universal desde el punto de vista materialista». «En este momento —continúa— un tratado tal no podría ser escrito ni por un estudioso aislado, ni por un grupo de estudiosos; para un libro de este género no existen materiales suficientes y no los habrá por mucho tiempo.»²³ Pero la larga espera, el motivo de constante añoranza en todo el marxismo de la II Internacional (¿por qué Marx no nos ha dejado en lugar de *El Capital* la reconstrucción de toda la historia? (Habría encontrado después de no muchos años una primera satisfacción en el informe misceláneo del viejo Kautsky: Dice *materialistische Geschichtsauffassung* (concepto materialista de la historia).

No podemos aquí dispersar nuestro análisis aludiendo a todas las implicaciones que el argumento conlleva. Baste sin embargo subrayar la profunda alteración que reciben de esta manera los contenidos y el método de análisis de Marx. Aún en las publicaciones marxistas contemporáneas prevalece (y ésta es una típica consecuencia de la interpretación que se afirmó en el marxismo de la II Internacional) la idea de que *El Capital* no es más que un «ejemplo» o «una aplicación particular» de una concepción general de la historia. Se teme, en otras palabras, señalando cómo todo el marxismo gravita y se apoya alrededor de esta obra, que Marx resulte solamente el estudioso de *este fenómeno* y que, para todo lo restante

¹⁹ K. Kautsky, *Vermehrung und Entwicklung in Natur und Gesellschaft*, Stuttgart, 1910, p. 149 y p. 10.

²⁰ G. Plejánov, *Zu Hegel's sechzigstem Todestag*, "Die neue Zeit", X, Jahrgang, I. Band, 1981/2, página 202.

²¹ G. Plejánov, *Las Cuestiones...* obra citada, pág. 59.

²² Véase obra citada pág. 67 y sig. Acerca de la intervención del factor psicológico en particular, pág. 86 y 87.

²³ *Obra citada* pág. 107.

permanezca como un agnóstico. No se comprende en realidad en qué consiste el trabajo de la ciencia y mejor aún, no se acepta una interpretación empírica que, casi en el marxismo pudiese reproducir la tradicional escisión de planos entre el discurso acerca de la totalidad (o discurso *filosófico*) y el discurso sobre la parte (o discurso *científico*). Tomemos cualquiera de los conceptos de *El Capital*, por ejemplo, el de la fuerza-trabajo. Se trata aquí de comprender un fenómeno novísimo, peculiar sólo de la sociedad burguesa: el trabajo asalariado, es decir, se trata de comprender sólo un hecho *particular*. Basta seguir el análisis de Marx para ver cómo la comprensión de este «particular» no es otra cosa que la comprensión de las *diferencias esenciales* que éste presenta respecto a las otras formas con las cuales aparece en la historia la figura del obrero. En la sociedad burguesa, en efecto, a diferencia de la medieval, en la que el productor directo se encuentra en posesión de los propios medios de producción; el obrero trabaja en condiciones de producción pertenecientes a otros al igual que en la esclavitud; por otra parte, y a diferencia de la esclavitud, su relación con el poseedor de los medios de producción es puramente *contractual* (acto de cesión o de locación de obras terminables en breve tiempo), el obrero es libre de tomar un empleo y de cambiarlo y no está impuesto por la obligación de trabajo o pago por parte del contratante, que no sea lo establecido en el contrato. Comprender este fenómeno «particular» estudiado, no es otra cosa que comprender todas las diferencias que éste presenta respecto a los otros fenómenos de su género, esto es tener en cuenta este *género*, aunque sólo *negativamente*, sólo hasta que se halla tomado esa *oposición* o diferencia esencial que es lo que constituye, precisamente, el rasgo específico o fundamental del obrero moderno.

Además de oponer y diferenciar, es indispensable también referir y vincular; está claro que el concepto fuerza-trabajo nos dará también el elemento común a todas las formas históricas del trabajo *concreto* y, por lo tanto, nos dará el trabajo en *abstracto* o en «general». En efecto, para tener un elemento general de todos los trabajos no se puede dejar de prescindir de los diversos tipos de *objetos* en función de los cuales el trabajo vuelve a ser explicado y especificado en el curso de la historia, es evidente, que lo que quedará de común a todos será precisamente su carácter de gasto de fuerza-trabajo. El referir no es aquí un identificar o un confundir, sino precisamente, un *oponer* y el elemento común a todo el pasado viene así

tomado para comprender el presente, pero sólo con el fin de ser *excluido* de él, es decir, a fin de percibir de qué manera la sociedad de hoy *no es* igual a las otras y difiere por el contrario, esencialmente, de ellas. Tenemos que el trabajo abstracto resume ciertamente el elemento común a todos los trabajos concretos, pero precisamente para expresar esa novedad respecto *aparece de hecho* en la sociedad burguesa, equivale a decir el obrero a destajo o asalariado moderno, esto es, la fuerza-trabajo en su división efectiva a ellos es que la abstracción o separación *real* del objeto del trabajo como de los instrumentos de la producción. Es esto precisamente lo que hace Marx en el capítulo V del primer libro de *El Capital* (*Proceso laboral y proceso de valorización*) en el cual, para revelar el carácter que tiene el trabajo productivo en el capitalismo debe precisamente mostrar cómo es lo opuesto de lo que era en toda la sociedad preburguesa; y por lo tanto *no* un trabajo dirigido a la producción de valores de uso o de consumo (como fundamentalmente sucede en todo esto) sino trabajo que produce botas, telas, alfileres, etc., es decir, valores de uso sólo como *medio* (he aquí la inversión) para fijar o absorber la fuerza-trabajo. De donde se ve bien cómo la abstracción «trabajo», o sea, el no tener noción de la forma *concreta* de trabajo (es decir, arar o hilar) es aquí el único modo de tener noción de la diferencia específica, es decir, del carácter real que posee el trabajo en una sociedad burguesa en la cual los moldes concretos del trabajo son indiferentes, no es fin, sino medio; y precisamente, los trabajos concretos son medios para distribuir la fuerza-trabajo; los productos de los trabajos concretos son medios para absorber o fijar esta energía gastada. Y donde, en suma, se ve cómo Marx no va en busca de leyes «generalísimas» o de validez pueril para todas las épocas, sin embargo, con él se abre, al contrario, una perspectiva general sobre la historia precisamente en la medida en la cual profundiza el análisis del presente, precisamente en la medida en la cual toma las diferencias extremas o esenciales con las que el presente reclama e ilumina, si se quiere, indirectamente todo el pasado.

Aquí no se parte del género para deducir en lo adelante por él la especie; no se parte del proceso laboral simple para recabar después el proceso de valorización. Más bien se parte del análisis de este último; se constata cómo éste se presenta ya como proceso laboral, es decir, como formador de valores de uso, como proceso de valorización o mejor aún, como un proceso de valorización que se realiza *mediante* el proceso laboral. La naturaleza general del trabajo, por ejemplo: conformar, asimilar los objetos

naturales a las necesidades humanas, aparece aquí en otras palabras traídas a *mitad* de un proceso cuya mira no es ya asimilar y adaptar los objetos del trabajo al hombre, esto es, de satisfacer las necesidades, sino de incorporar más bien la fuerza-trabajo viviente a su muerta objetividad, de transformar valor en capital es decir en *valores autovalorizados*. El género (el proceso laboral) aparece, pues, no como lo primero sino como una articulación o una función interna para la especie (para el proceso de valorización); donde al adentrarnos en el análisis de ésta comprendemos que aquella era la naturaleza general de la producción en las otras sociedades, así, comprendiendo ésta captamos también al mismo tiempo la diferencia entre el trabajo humano por una parte y el trabajo animal por la otra; que es precisamente lo que Marx ve en el final del capítulo V del libro I: «La araña cumple operaciones que se asemejan a las del tejedor, la abeja hace avergonzarse a muchos arquitectos con la construcción de sus celdillas de cera. Sin embargo, lo que desde el principio distingue al peor arquitecto de la mejor abeja es el hecho de que éste ha construido la celdilla en su cabeza antes de hacerla en cera. Al final del proceso laboral emerge un resultado que estaba ya presente desde el inicio en la *idea del trabajador*, que por lo tanto estaba ya presente idealmente. No es que éste efectúe solamente un cambio de forma del elemento material; él realiza en el elemento natural, al mismo tiempo, el *propio objeto que conoce*, que *determina como leyes la forma de su obrar*» (I, 1, 196)

No se parte por lo tanto de la naturaleza para después descender a la sociedad; y de la sociedad «en general» a esta sociedad en particular. Operaciones de este género (salvo a Hegel) no darán resultado a nadie jamás. Porque —explica Marx²⁴— «No existe un puente a través del cual se pueda llegar de la idea general del organismo (sea éste, indiferentemente, organismo vegetal, animal o social, etc), a la idea determinada de organismo estatal o constitución política y, por la eternidad no se podrá rechazar ese puente». En cambio, se parte del presente donde a diferencia de «todas las formas (de sociedad) en la cual domina la propiedad territorial 'y' la relación con la naturaleza es aún determinante; domina en su lugar el capital, esto es, prevalece el elemento social producido históricamente»: ²⁵ para comprender más adelante (precisamente mientras se constata esta

²⁴ Carlos Marx, *Obras filosóficas juveniles*, Roma, 1954, página 24.

²⁵ Carlos Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, obra citada, página 48.

«diferencia» en la cual el orden histórico-cronológico aparece tergiversado) como en otras sociedades fue determinante la relación con la naturaleza, y más aún, como si antes de las sociedades humanas hubiese existido solamente la naturaleza.

No se da por descontado que a alguien pueda parecerle todo esto como un giro formal solamente. En realidad es un giro de contenidos en base del cual, por una parte, tenemos el análisis que nos da Marx: *El Capital*. Por la otra, el análisis, en cambio, que nos da, por ejemplo Kautsky, en un discurso que parte en el primer libro de la *Geschichtsauffassung* (concepto de la historia) de «Espíritu y Mundo», pasa en el segundo libro a la «Naturaleza humana» (los instintos, la adaptación, el sexo, etc.) y sólo en el tercer libro llega a la «sociedad humana»; sin embargo, nótese bien, comenzando por «La Raza» y después yendo a la «antropogeografía», de aquí a la «técnica» (organismos naturales y artificiales, etc.) y finalmente, sólo después de miles de páginas, a una serie de definiciones impotentes y genéricas sobre la historia «en general», las clases «en general» etc.²⁶

Y es esto lo que se dice principalmente del Kautsky «filósofo»; y que principalmente por esta consideración hay diferencias entre el Kautsky «ortodoxo» y el de después; pero un hilo conductor está siempre presente también en la obra de los años mejores, y es el principio del cual él parte: desde lo que es común a todas las edades para llegar hasta sus diferencias, sin comprender que así las especies o casos particulares quedan siempre como subdivisiones *aparentes* o internas de lo general-genérico y, que por eso no se llega nunca a salir de la abstracción. Permanece como el elemento continuo en su obra, por ejemplo, la protesta contra la explotación de las leyes biológicas a las leyes de todo el devenir, contra el malthusianismo, el darwinismo social, etc. Elemento continuo también es la alusión al hecho de que toda sociedad posee sus leyes específicas. Sin embargo basta conocer un poco su obra para ver cómo el marxismo conlleva en él una persecución del darwinismo con los dos momentos particulares del género «Evolución». ²⁷ Jamás se utiliza el *viraje*, el cambio, en virtud del cual lo que en la historia

²⁶ K. Kautsky, *Die materialistische Geschichtsauffassung*, Berlin 1927, volumen 2.

²⁷ K. Kautsky, *obra citada*, vol. 1, páginas 196-8. Polemizando con la afirmación de Waltmann de que «el materialismo económico se hace extensivo a *materialismo biológico* en el sentido de la doctrina darwiniana de la evolución», «Kautsky objeta que la observación es justa si por la que Waltmann llama la doctrina darwiniana de la evolución, se quiere entender la doctrina de la evolución en general».

era fundamental llega a ser secundario o genérico, lo que siendo por el contrario particular, se convierte de repente en esencial o específico. Por ejemplo, el capital que en el medioevo era sólo una articulación de la propiedad territorial, con la sociedad burguesa se convierte en base de todo el proceso productivo, en tanto la renta de la tierra pasa a ser función o momento. Otro tanto sucede en el condicionamiento natural. El clima, la fertilidad del terreno, etc., todas estas condiciones naturales operan en la historia humana como funciones de los regímenes sociales, jamás a la inversa. Ahora bien, en Kautsky todo esto se encuentra «dicho» a menudo y, sin embargo desmentido por la construcción e implantación de sus escritos. La vida social, por ejemplo, es para él una especificación del instinto de conservación, una de las formas particulares de la lucha por la existencia. Esta no se caracteriza, sin embargo, jamás por la *exclusión* de los caracteres que tienen la «lucha por la existencia» a otros niveles y por su sustitución por los caracteres fundamentalmente nuevos o históricos-humanos que subordinan a ellos las acciones de los primeros; sino los caracteres nuevos se añaden a los primeros que quedan así como fundamento.

No se llega jamás a salir fuera del «marco general» y la base de todo queda para decirlo como Marx; «el inmortal descubrimiento de que el hombre en todas las circunstancias debe comer, beber, etc.»,²⁸ o bien aquella generalidad a la cual Engels mismo más de una vez ha reducido el sentido del marxismo: «así como Darwin descubrió las leyes de la evolución de la naturaleza orgánica, de la misma manera Marx descubrió las leyes de la evolución de la historia humana», la ley «que los hombres deben ante todo comer, beber, habitar y vestirse»; leyes generales de desarrollo de todas las épocas.

No es este el momento de examinar cuánto de esta «rotación que sufre el pensamiento de Marx con Kautsky y Plejanov (y nos hemos limitado a citar solamente); se encuentra en parte separada aunque sea embrionariamente, en algunos aspectos de la obra de Engels. Tampoco es esta la ocasión de examinar cómo la búsqueda de las generalísimas del desarrollo de la naturaleza y de la historia ha llevado a éstos a preconstituir esa contaminación de hegelianismo y darwinismo (entendiendo por este último las extrapolaciones de Haeckel) en base de las abstractas «tesis»

y «antítesis» de la dialéctica hegeliana deben convertirse en «herencia» y en «adaptación» donde en *Vorarbeiten* (trabajo preparatorio) del *Anti-Dühring* él puede escribir que «Haeckel tiene plena razón al considerar la herencia esencialmente como el aspecto conservador o positivo y la adaptación como el lado negativo y revolucionario del proceso»,²⁹ transformando de esta forma a los personajes genéricos en agentes de todo el proceso evolutivo, desde la célula al socialismo. Ni es el caso aquí de ver cuánto este cambio «de lo más simple en el pensamiento», por el fundamento real y, por lo tanto, del curso lógico-abstracto por el curso histórico-concreto, ha contribuido (mediante la sobrevaluación de la obra de Morgan) al desarrollo de la dirección etnológica de buena parte del marxismo de la época (de Kautsky y de Cunow). Es sabido sin embargo, que ya sea sobre bases aproximadas y elementales, nosotros no sólo encontramos formulada la tesis en numerosos autores de la época, a partir de la *Historia de la filosofía moderna* de Kuno Fischer, según la cual es precisamente el principio fundamental de la teoría de Hegel —la idea del «desarrollo universal»— que triunfa con Darwin también en la ciencia de la naturaleza; pero, asistimos a la manipulación conjunta de positivismo e idealismo a favor de la disolución del concepto de *causa*; por una parte, por la repugnancia típicamente hegeliana contra las distinciones del intelecto y la explicación causal (el famoso *Erklären*: explicar) y, por otra parte, por la sustitución positivista de la abstracción científica con la simple descripción «histórica». «Las definiciones —escribe ya Engels— en la citada *Vorarbeiten*³⁰— carecen de valor para la ciencia porque son siempre insuficientes. La única definición real es el desarrollo de la cosa misma, que ya no es una definición. Para saber y mostrar qué cosa es la vida, debemos buscar todas las formas de la vida y representarlás en sus vinculaciones». Equivale esto a decir que la simple sucesión histórico-cronológica cumple todas las funciones de la explicación científica; la serie evolutiva de los organismos debe aclarar también todos los problemas sobre la estructura y la fisiología de los seres orgánicos; la ontogénesis no es otra cosa, como dice Haeckel, que «una breve y rápida recapitulación de la filogénesis».³¹ El factor histórico no

²⁹ F. Engels, *Herrn Enven Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, Berlin, 1954, página 424.

³⁰ F. Engels, *obra citada*, página 425.

³¹ E. Cassirer, *Historia de la Filosofía Moderna*, Turín, 1958, vol. IV, páginas 270, 280, 283-90.

²⁸ Carlos Marx, *Randglossen Zu Adolph Wagner en Das Kapital*, Berlin 1951, vol. I, página 852.

queda saldado, como en Marx, con el racional o causal-analítico, instituyendo esa recíproca funcionalidad de razón y materia que es el experimento, sino lo sustituye; la *continuidad* no se salda con la *discontinuidad* de lo real y la desunión de la especie, sino que se sobrepone a ella. «¿Qué diremos hoy —escribe Plejanov en la *Concepción monista de la historia*— del biólogo que pretendiese sostener que necesita buscar en la antogénesis la explicación última de la filogénesis? La biología moderna opera exactamente a la inversa; ella explica con la historia de la especie y la evolución embrionaria del individuo».³² «Darwin y Marx han construido un puente —explica Timiriázev en su décima y última lección sobre el *Método histórico en biología* entre biología y sociología, empleando el método histórico por ambos lados, como bien ve Engels en su discurso sobre la tumba del amigo». «Estudiando una tras otra, todas las particularidades del mundo orgánico y encontrando continuamente rasgos análogos y, sin encontrar jamás una sola distinción que incida de hecho con este curso continuo Darwin llega hasta las propiedades morales y espirituales».³³

Una ley única surca el curso homogéneo de los tiempos: sea ya la negación de la negación que nos explica cómo el líquido se torna en sólido, el renacuajo en rana, la sociedad burguesa en socialismo; o bien, «la gran ley de la adaptación y la herencia». Y como en el *Anti-Dühring* Engels advierte que «la economía política como ciencia de las condiciones y las formas en las cuales las diversas sociedades humanas han producido y cambiado, en las cuales una y otra vez han distribuido sus productos en un modo conforme a su producción y a este cambio; la economía política en esta acepción tan amplia debe ser creada» olvidando lo que había intuido justamente en el *Comentario a La Contribución a la Crítica de la Economía Política* de C. Marx, y que el método de la ciencia no es el método histórico-cronológico sino el método lógico-histórico, o bien, «que el reflejo en forma abstracta y teóricamente consecuente del curso de la historia» debe ser continuamente «corregido» y puesto a punto respecto al *presente* sobre la base del hecho que toda categoría y todo momento está considerado en el punto de su desarrollo en el cual ha alcanzado su plena madurez, su «clasicismo» y, por lo tanto, a la luz del presente, del mismo modo Vorlaen-

³² G. Plejanov, *Essai sur le développement de la conception moniste de l'histoire*, Moscú, 1956, página 48.

³³ K. A. Timiriázev, *Die Historische methode en der Biologieen en Ausgewaehlte Werke*, Berlin, 1954, 2 Band, pág. 481.

der (para tomar un ejemplo adecuado) lamenta en su *Karl Marx* a propósito del método de *El Capital*, que «el análisis científico de las formas de la vida humana no comienza, como habría de ser más fácil tanto para el autor como para los lectores... con la historia de su evolución efectiva, sino por así decir, «post festum» (después de la fiesta), con los resultados finales del proceso de desarrollo».³⁴ De donde se ve claro que no se entiende que si la ciencia debe ser ciencia de lo *real*, ésta no puede entender el pasado de otra forma que no sea partiendo de sus *diferencias* respecto al *presente* (que es el único existente) y, por lo tanto, que no sea partiendo de las categorías expresadas por éste. En efecto, como la renta de la tierra, por ejemplo, no puede ser entendida sin el capital, por el contrario, el capital puede ser comprendido aún sin la renta territorial, de esa misma forma sería cosa «impráctica y errónea» dice Marx, que la ciencia emplease las categorías en la sucesión en la cual éstas fueron determinantes en el curso general de la historia; ya que, su orden de sucesión, dice él, está decidido más bien por las relaciones que tiene la una con la otra en la moderna sociedad burguesa y, este orden es exactamente el inverso *de su sucesión natural*, así como, no se trata del lugar que las relaciones económicas ocupan históricamente en la sucesión de las diversas sociedades, y mucho menos, de su sucesión «en la Idea», tal y como fantasean Hegel y Proudhon, si no de su *articulación en el interior de la sociedad moderna*.³⁵

Sólo por la materialidad del presente puede surgir la abstracción o la hipótesis científica, es decir, la explicación causal-analítica así como, a la inversa, es sólo el material real de las observaciones el que, como justamente ha indicado Engels en un pasaje de la *Dialéctica de la naturaleza*,³⁶ «depura estas hipótesis, descarta las unas, corrige las otras, hasta que por último logra completar y poner en su lugar la ley». Perdido el materialismo se pierde también la ciencia, sin embargo, perdida esta última y, por lo tanto, la determinación o especificidad de las abstracciones, se pierde a su vez toda referencia a la materia. Se finaliza en aquellas vaguísimas leyes buenas para todo tiempo y lugar, cuyo único efecto es el de explotar las relaciones válidas dentro de *determinadas condiciones* a todos los aspectos y a todos

³⁴ F. Engels, *Anti-Dühring*, Roma, 1950, página 166; F. Engels *Comentario o Por la Crítica en Marx-Engels, Sobre el materialismo histórico*, citado; K. Vorlaender, *Karl Marx*, Roma, 1946, página 240.

³⁵ Carlos Marx, *Introducción a la crítica de la economía política*, obra citada pág. 49.

³⁶ F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza*, obra citada, página 234.

los niveles de la realidad; —como señalaba con gran agudeza Lenin en el *Contenido económico del populismo* (1894) precisamente haciendo referencia a aquella ley de la población que tan diversamente sería tratada por Kautsky, dieciséis años después en *Vermehrung und Entwicklung* (aumento y desarrollo). «Las condiciones de la reproducción del hombre —escribía entonces Lenin en polémica con Lange y Struve— dependen directamente de la estructura de los diversos organismos sociales, y por ello, las leyes de la población deben ser estudiadas separadamente por cada uno de estos organismos y no abstractamente, sin atender a las formas históricamente distintas de la estructura social. La explicación de Lange de que la abstracción es la enucleación de lo universal de los fenómenos *homogéneos*, se vuelve enteramente contra el mismo autor: nosotros podemos mantener homogéneas (tratándose de la sociedad humana) sólo las condiciones de existencia de los animales y de las plantas, pero en ningún modo las del hombre, puesto que sabemos que el hombre ha vivido en diversas formas sociales por el tipo de organización». «La teoría de Marx —continúa Lenin— no rompe el hilo que atraviesa toda la naturaleza orgánica, incluyendo al hombre», no rompe la *continuidad*; «exige sólo que el problema obrero —ya que tal cuestión sólo existe en la sociedad capitalista— no sea resuelto sobre la base de investigaciones generales acerca de la reproducción del hombre, sino sobre la base de investigaciones particulares sobre las leyes de las relaciones capitalistas»; exige sólo que la continuidad no llegue a ser un pretexto para cancelar todas las *diferencias*; es decir, para transformarse de continuidad en confusión. «Lange —agrega Lenin— ha puesto todo su celo en defender al obrero de Marx, demostrando a Marx que el obrero está empujado por la necesidad y que (...) esta necesidad no es otra cosa que una metamorfosis de la lucha por la existencia. ¿He aquí a que descubrimientos conducen las investigaciones generales sobre la existencia, la producción y el perfeccionamiento del género humano? ¿Sabemos quizás algo acerca de las causas de la necesidad, acerca de su contenido político-económico y acerca de su desarrollo si se nos dice que esta causa es una metamorfosis de la lucha por la existencia? Sin embargo, si se quiere, lo mismo puede decirse de toda cosa: de las relaciones del obrero con el capitalista, del terrateniente con el fabricante y con el campesino siervo de la gleba, etc. La tentativa de Lange de corregir a Marx no nos da otra cosa que símiles inconsistentes, banalidad o ingenuidad», las cuales sólo atestiguan —concluye Lenin— «la imposibilidad de construir

una ley abstracta sobre la población de acuerdo con la fórmula de la correlación entre su aumento y los medios de subsistencia, ignorando los sistemas históricos particulares de las relaciones sociales y las fases de su desarrollo».³⁷

4. MAX WEBER Y ALGUNOS ASPECTOS DE LA SOCIOLOGIA BURGUESA CONTEMPORANEA.

En la introducción a *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung* (Los límites de la formación de conceptos de las ciencias naturales)³⁸ Tomando posición respecto a las orientaciones tradicionales de la reflexión sobre la historia, Rickert bocetó un rápido discurso acerca de Hegel y Comte, cuyo último sentido es prácticamente este: ya sea la filosofía de la historia de tipo idealista o de tipo naturalista, ha «descubierto» —dice él— un «sentido de las leyes» en la historia sin jamás dilucidar el problema de la teoría de la conciencia, sin investigar si este «sentido» o estas «leyes» existen realmente, o al menos si son conocibles por el espíritu humano. Desde este punto de vista, él añade, ambas posiciones están faltas de un fundamento gnoseológico, y aunque a muchos pueda parecer aún hoy en día muy moderna, la filosofía de la historia de Comte es, frente a la crítica de la conciencia no menos inerte que la del idealismo alemán. Tanto Hegel como Comte, concluye Rickert, han teorizado sobre el objeto sin estudiar al mismo tiempo las condiciones de la relación sujeto-objeto, es decir, las condiciones del *juicio* historiográfico.

Dentro de los límites circunscritos, la observación tiene su validez. Al igual que, según Hegel, la discusión sobre la lógica, es decir, la relación sujeto-objeto *en el sujeto* se valora repentinamente no sólo en la discusión sobre *toda* la realidad, sino en el proceso real mismo, de esta misma forma para las filosofías positivistas de la historia sucede lo inverso, en el sentido de que este naturalismo ve al-objeto en sí mismo como un momento de la objetividad, sin embargo, no lo considera después como formando parte de ésta con una función específica, es decir *reflejándolo* en ella, y por lo tanto, no lo considera al mismo tiempo. Además de como *parte*, también como *criterio*, selector de la realidad misma.

³⁷ Lenin, *Obras*, Roma, 1954, vol I, págs. 466-73.

³⁸ H. Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, 3/4, Verbesserte Auflage, Tübingen, 1921, pág. 10-12.

En ambas direcciones existe el defecto de ser direcciones monistas, es decir, de reducir la unidad-distinción de pensamiento y ser, a la mera *identidad*: la primera de la Idea, la otra en la Materia *como tal*. Lo que significa que por este monismo abstracto suyo, ambas líneas llegan en conclusión a un *dualismo* de hecho: como Hegel en la conocida restauración del «positivismo acrítico»; cuando habiendo elaborado «la teoría de la luz y los colores del pensamiento puro», cae así —dice Engels— en el *empirismo más grosero* propio de la restringida experiencia de los filisteos; Kautsky, al contrario, se *parva licet* (permite lo pequeño) poniendo término a la conocida restauración del idealismo ético; como cuando por ejemplo, después de haber razonado hasta lo último en la *Ética* en términos de instinto animal, se encontró postulando un *Sollen* (deber), un ideal moral que no tiene nada que ver con el «determinismo» de la ciencia,³⁹ pero que, precisamente por esto le habría impuesto un precio alto cuando salieran a colación los nudos históricos de las «libertades» burguesas.

Ateniéndonos a esta última orientación, que es aquella sobre la que se lanza fundamentalmente Rickert en la medida en que su trabajo está orientado ante todo contra el naturalismo y (a través de éste) contra las formas entonces en boga de materialismo o economismo histórico el punto principal a resaltar es la incapacidad de principio de esta dirección de dar cuenta del momento de la *acción* y de la intervención del hombre en la historia. Incapacidad que sigue a la de concebir conjuntamente producción y relaciones sociales, o bien, de entender cómo los *objetos* del proceso económico son a un tiempo *sujetos* o clases sociales.

Sin llegar al caso límite de Lafargue que en *Le déterminisme économique de Carlos Marx*, llega a concebir las modificaciones del ambiente social como «modificaciones que actúan directamente y mecánicamente» sobre los hombres *haciéndoles funcionar*,⁴⁰ se puede decir que, a pesar de los esfuerzos contrarios, que más o menos explícitamente es ésta la posición de los «cortodoxos» de la época, incluyendo al mismo Plejanov, quien en el capítulo III de *El papel de la personalidad en la historia* demuestra no llegar a en-

³⁹ K. Kautsky, *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, Stuttgart, 1906, pág. 140-2. Esta implicación recíproca de determinismo económico y kantismo moral ha sido bien acogida por Lukács, *Geschichte und Klassenbewusstsein*, obra citada, pág. 50, donde él señala que «fatalismo económico y neofundación ética del socialismo se llevan bien». No es el caso —añade— que nosotros veamos estas cosas de la misma manera en Bernstein, en Tugan-Baranowsky y en Otto Bauer».

⁴⁰ P. Lafargue, *Le déterminisme économique de K. Marx*, Paris, 1909, pag. 40.

tender el momento de la intervención *conciente* o de la acción sino como un factor de una suma matemática, o bien —por lo que él tiene de propiamente individual— como una simple *casualidad* que se manifiesta en el punto de intersección de los procesos *necesarios*.⁴¹

Sería interesante ver cómo estas posiciones coinciden de hecho con algunos lineamientos del positivismo; por ejemplo, cómo ciertas formulaciones de Plejanov reclaman también literalmente formulaciones semejantes desarrolladas por John Stuart Mill en el libro VI de su *Sistema de lógica*, en la parte dedicada a la «lógica de las ciencias morales»; y en conjunto, naturalmente, cuánta diferencia existe aún entre los dos lineamientos. Con todo, ajustando los tiempos del discurso, basta señalar cómo esta orientación por entre sus innegables diferencias internas reduce, en sustancia, el momento de la *subjetividad* a un simple anillo de la cadena *casual* objetiva, o de otro modo, a una simple accidentalidad; y cómo, finalmente, ello impide la posibilidad de entender que la práctica humana, incluyendo aquí la práctica misma del *saber*, está ciertamente inscrita en la objetividad, es también una causalidad tergiversada, esto es, un *finalismo*, o bien un proceso que se caracteriza (recuérdese el pasaje de Marx acerca del trabajo humano) por la anticipación o la presencia *ideal*, en la mente, del resultado.

Aquí no se ve, en otras palabras, que si la subjetividad es una función de la objetividad y que si la relación hombre-naturaleza es ciertamente (y fundamentalmente) una relación dentro de la naturaleza, se produce sin embargo, como una relación interhumana donde el mundo sensible es —como el lenguaje en el saber, y como el objeto en el trabajo— trámite y *medium*, (medio) a su vez, de las manifestaciones vitales del hombre. En cuanto la filosofía de Hegel es ella misma un dato objetivo, una institución histórica real, una manifestación de la sociedad; está claro que cuando Marx acierta en la relación viciosa o incongruente que viene formulada entre el pensamiento y el ser, entre teoría y práctica, dentro de *esta filosofía*, él señala al mismo tiempo también la falsa relación que existe *entre* esta filosofía y el mundo, es decir, entre teoría y práctica, entre dirección y ejecución en la objetividad, o bien, la falsa relación que existe entre las partes constitutivas de la sociedad burguesa. En este sentido —hemos dicho— la obra juvenil

⁴¹ Véase Lenin, Obras, vol. I, página 412, para la contraposición de objetivismo y materialismo. En particular: «el objetivista habla de 'irresistibles tendencias históricas'; el materialista habla de la clase que 'gesta' un determinado orden económico...»

de Marx, la obra llamada filosófica, es ya una investigación sobre la sociedad, es ella misma sociología. Por lo que, si es cierto que la filosofía es también una parte, una manifestación, una articulación real de la sociedad, no es menos cierto que sería un error identificar inmediatamente una filosofía con los objetos sobre la cual ésta *discurre*. En efecto, el modo en el cual ésta testimonia la realidad alude directamente al modo en el cual ella trasciende, selecciona los datos de esta realidad, y, por lo tanto, a su naturaleza de *criterio*. Para continuar en el ejemplo, Marx, estudiando la *Rechtsphilosophie* (Filosofía del Derecho) de Hegel, estudia el Estado burgués mismo, pero a la par, estudia también la filosofía de Hegel como *método* o *criterio* con el cual se proyecta sobre este Estado, y por lo tanto, como cualquier caso cuyo valor de testimoniar la realidad no puede ser establecido de otra manera que *verificándole* de hecho la congruencia con ésta, es decir, pasando al análisis *directo* del Estado y de la sociedad burguesa misma. Desde este punto de vista la obra juvenil de Marx no es aún *El Capital*; en ella el análisis de la sociedad real se articula sólo por lo indispensable que es igualarlo a la crítica del *método* de Hegel y, la realización de una perspectiva metodológica nueva, que tiene en cambio su acabado y perfeccionamiento con la *Einleitug* (Introducción) de 1857 en los *Grundrisse*, (Bases o Fundamentos) es decir, con el primer bosquejo en grande de *El Capital*.

De la misma manera que es imposible cambiar la objetividad social por una objetividad natural cualquiera, que no se puede ignorar la torsión profunda que, al menos, la naturaleza terrestre experimenta con el advenimiento del hombre, que es imposible cambiar la sociología y biología, de esa misma manera debe ser también imposible tomar la práctica humana o el *saber* como la *única* objetividad; esto es propiamente la solución que nos presenta el otro filón teórico de la II Internacional, el austromarxismo.

«Toda causalidad social —escribe Max Adler— (y aquí podríamos multiplicar a voluntad las citas), se mueve en el interior de una determinada forma teológica que le imprime la naturaleza espiritual del hombre y que es por lo tanto intrínsecamente finalista».⁴³ «A nivel de la naturaleza espiritual», es decir, del hombre, «el *ser* no es más un estado material, sino otra cosa que no puede considerarse de otra manera que como realización espiritual, como pensamiento, voluntad, acción». Lo que equivale a decir:

⁴³ Max Adler, *Marx als Denker*, Berlin, 1908, página 35.

«el no poder ser diferente el curso necesariamente objetivo de la sociedad se manifiesta idénticamente en la *selección* y en la reflexión deliberada de la conciencia creativa que es la única que pone y produce, con sus actos de voluntad, este curso necesario».⁴³ «Base y superestructura —concluye Max Adler— son de una misma e idéntica naturaleza», éstas constituyen «un todo inseparable», «una conexión funcional unitaria en la cual estructura y superestructura posee un mismo e idéntico carácter y, precisamente, un carácter espiritual».⁴⁴

En otras palabras, la teoría no es una manifestación de vida, sino que es la *única* forma de vida; la realidad no es otra cosa que tener lugar o acaecer de la selección; la objetividad no es otra cosa que el ser del *deber ser*, el producirse o el efectuarse de la reflexión deliberada. Resistiendo las extrapolaciones naturalistas del determinismo «económico», esta segunda orientación, toma así la *Wechselwirkung* (interacción) la intrínseca implicación de producción y relaciones sociales; afirma —como dirá muchos años más tarde Hilferding en su último escrito sobre *el problema histórico*⁴⁵ que «las relaciones de producción son las relaciones de los hombres entre sí y con las fuerzas de producción existentes» y por lo tanto que, «como las relaciones de producción son siempre al mismo tiempo una relación de derecho», así, «a toda estructura económica es inmanente una determinada relación de propiedad, una relación jurídica». Sólo que esto no comprende cómo la *Wechselwirkung* precisamente por ser tal —implica la *distinción* de los dos términos, y por lo tanto la *prioridad* del ser—, pierde la relación haciéndola suya de nuevo en la *identidad*. La relación de producción —escribe Hilferding— «es siempre la suma de las relaciones de los hombres entre sí, relaciones que éstos establecen y en las cuales están ubicados para poder producir lo que necesitan con el fin de conservar y mejorar su vida». La relación de producción, la estructura económica, no es pues un elemento natural, sino una relación jurídica y política, cuyo contenido está determinado por las exigencias de la producción», «la relación de producción, aún la más simple, no es una cosa corpórea, sino una relación humana y por consiguiente, siempre espiritual, en virtud de la cual las condiciones económicas hacen, por así decir, historia en modo humano». Lo que quiere

⁴³ Obra citada, pág. 38.

⁴⁴ Max Adler, *Die Staatsauffassung der Marxismus*, Viena, 1922, pág. 88.

⁴⁵ R. Hilferding, *El problema histórico*, Roma, 1958.

decir que contra el «misticismo económico, autónomo tras la conciencia de los hombres reales» se reconoce ciertamente que no hay producción material que no sea también producción de relaciones humanas y por lo tanto también de ideas; sino en modo tal que este reconocimiento se convierte después en la afirmación exactamente inversa de la primera, y no sólo en la tesis que «los intereses pueden llegar a ser eficientes sólo cuando lleguen a ser concientes» sino que, «sólo hechos de conciencia pueden ser determinados por la voluntad, motivos de la acción humana», o bien que la fuerza del Estado es «autónoma»; que la política determina la economía; la violencia, la historia. De dónde tenemos al fin que, puesto que la «violencia» es «ciega» y «su resultado no es previsible», «basta pues limitar la concepción de un desarrollo de la historia regulado por leyes»; o bien, —como concluye Hilferding— que «nosotros no podemos hablar de necesidad en el sentido de Marx, sino sólo en el sentido de Max Weber».⁴⁶

Por una parte la incapacidad de tener en consideración que «la libre actividad conciente es el carácter específico del hombre»; es decir, «que el hombre hace de su actividad vital misma el objeto de su valor y su conciencia», y por consiguiente, «que la actividad vital conciente distingue al hombre directamente de la actividad vital animal» (Marx). Por otra parte, en cambio, incapacidad de considerar que esta actividad conciente es la propiedad del hombre como ente natural, esto es, como parte de la naturaleza y, por lo tanto, que el referirse del hombre a su propio género o a sí mismo, es también y fundamentalmente una referencia a los otros entes de la naturaleza, un *producir* de acuerdo con la talla de cada especie. Por una parte, en resumen, generalizaciones que toman por homogéneo lo que no lo es, que confunden la biología y la sociología y que, precisamente, por esta naturaleza genérica o indeterminada no pueden confinar el momento de la intervención subjetiva al papel de la simple accidentalidad inesencial. Por otra parte, al contrario, re-evaluación del momento subjetivo o *individual* como momento que concluye la generalización y por lo tanto, como simple *irrepetibilidad* que es irreducible a leyes y, por consiguiente, al conocimiento propiamente científico. Encontramos aquí las varias filosofías neo-

⁴⁶ En general para la connotación de las clases, no en base de su función en la producción, sino en base a la simple relación de poder político, véase también H. Kelsen, *La teoría comunista del derecho*, pág. 109: «Una clase tiene el carácter de proletariado sólo porque y en cuanto está oprimida por otra clase... y una clase tiene el carácter de una clase burguesa sólo porque y en cuanto oprime a otra clase con el fin de explotarla. Apenas llega a ser ésta la clase oprimida cesa de ser una burguesía».

criticista y en particular, la filosofía de los «valores» de Windelband y Rickert con su separación de principio entre naturaleza e historia, entre *Naturwissenschaften* (ciencias de la naturaleza) y *Kulturwissenschaften*, (ciencias de la cultura) entre causalidad y finalismo, entre el saber generalizante y el saber individual, entre *Erklären* (explicación) y *Verstehen*, (comprensión) cuyo principal objetivo no es ya el de constatar la posibilidad de la «sociología» (que más bien ésta acepta a condición que se la entienda como ciencia de regularidades *simplemente* naturales), sino el de rechazar la posibilidad de una *naturwissenschaftlichen* (científiconatural),⁴⁷ la posibilidad de comprender la historia como «proceso histórico natural», de lo cual se habla en *El Capital*; y que, como dice Lenin, ha hecho posible por primera vez «una actitud rigurosamente científica ante los problemas históricos y sociales 'permitiendo' destacarles la reiterabilidad, y la regularidad», o bien, poniendo por primera vez a la «sociología sobre un terreno científico, estableciendo el concepto de formación económico-social como un sistema de determinadas relaciones de producción y estableciendo (en fin) que la evaluación de tales formaciones es un proceso histórico-natural».⁴⁸

No es el caso ahora de detenernos a ver en detalles como esta reparación de saber generalizante (en el sentido de las generalizaciones genéricas) y saber individualizante, concebida en un principio por Rickert como simple distinción de «métodos» o de «puntos de vista» subjetivos, devenga inevitablemente después en una separación de «campos» y de esferas objetivas de la búsqueda. Interesa más bien destacar cómo este dualismo entre historia y naturaleza se refleja después en el interior del saber histórico mismo, determinando por una parte la reducción del *objeto* individual a la simple *categoría* que lo comprende, como cuando Rickert escribe que «nosotros buscamos por doquier, no ya sacar las ciencias del concepto de su objeto, sino por el contrario, tratamos de extraer el concepto del objeto del concepto de la ciencia que lo trata»;⁴⁹ y por otra parte, determinando un dualismo insoluble entre el concepto histórico mismo y el individuo que éste trata; como cuando (teniendo constatado que el individuo es *indivisible*,⁵⁰ irrepetible y por lo tanto no susceptible de un análisis) Rickert confía

⁴⁷ H. Rickert, *Die Grenzen...*, pág. 201.

⁴⁸ Véase C. Luporini, *Marxismo y sociología. El concepto de formación económico-social en Filosofía y sociología*, Bolonia, 1954, pág. 195 y siguientes.

⁴⁹ H. Rickert, *obra citada*, pág. 173.

⁵⁰ *Idem*, págs. 242-3.

la ejecución historiográfica a la «fuga» del pensamiento⁵¹ que es la institución de lo histórico.

Por una parte pues, distinción de principio entre ciencias sociales y ciencias de la naturaleza, entendidas las primeras como aquellas ciencias que se *construyen* y se crean el propio objeto, y las segundas, en cambio, como las que tienen que ver con los datos *físicos*. Por otra parte, sin embargo, (en el interior mismo de las ciencias sociales) división, de nuevo, entre las disciplinas que en cualquier modo generalizan la historia propiamente dicha, o bien, entre conceptos «relativamente históricos» y conceptos «absolutamente históricos» o, para llegar finalmente a Max Weber, entre «tipos ideales» y realidad. Considerando el primer punto como dice Dobb, una observación, según la cual, «los 'todos' de los cuales se ocupan las ciencias sociales no pueden ser descritos en términos de las propiedades físicas comunes, sino sólo en términos *teológicos* de actitudes que, nosotros reconocemos en base de su analogía con los caracteres de nuestro espíritu», puesto que «todos los conceptos generales que son objeto de la teoría de las ciencias sociales pueden sacarse a priori de la conciencia de nuestro espíritu»; y consecuentemente, en lo que respecta a la economía que —estando la sociedad reducida a simples relaciones interhumanas— «se aísla el mercado como único objeto de la ciencia económica»: es decir, que «el problema de adaptar a fines medios escasos (en donde los fines son definidos subjetivamente en términos de deseos humanos) deviene el aspecto del mercado, al cual el estudio económico esencialmente se refiere». En lo que respecta, en cambio, al segundo punto, tenemos para decirlo siempre como Dobb que, mientras la «teoría económica, al menos a partir de Jevons y de la escuela austríaca» viene «siempre formulada en términos de propiedad comunes a cualquier tipo de sociedad de cambio», al contrario, «el material institucional, o bien, históricamente relativo, no dejado completamente aparte» es sin embargo «introducido sólo en un plano ulterior del edificio y tratado generalmente sólo como conjunto de variaciones de «elementos» que pueden influir sobre el valor de las variables a éstas relativas, sin alterar empero las ecuaciones generales y las relaciones fundamentales dominantes en todo el sistema que ellos expresan». O bien, tenemos que «se distinguen netamente dos esferas: la primera es la de las relaciones de cambio en la cual rigen propiedad y necesidad en general, independientes de todo

⁵¹ *Idem*, pág. 266.

cambio de «sistema» y que es el objeto de la investigación de los economistas; la otra esfera, la de la propiedad institucional y de las relaciones de clase en la cual los sociólogos y los historiadores de las instituciones pueden desarrollar a gusto sus contrastantes y no científicos discursos sobre los sistemas».⁵²

Disociaciones de naturaleza e historia, de economía y política, de economía y sociología, que mejor iluminan y hacen entender la grandeza del esfuerzo teórico de Marx. Hay —escribe Schumpeter— una cosa de importancia fundamental para la metodología económica que Marx ha hecho. Los economistas, o han desarrollado una obra personal en el campo de la historia económica o se han servido de la obra histórica de los demás. Los hechos de la historia económica han quedado confinados en una sección aparte. Estos hechos jamás entraban en la teoría y si lo hacían era sólo a título de ejemplificación o —eventualmente— para confirmar los resultados, fundiéndose mecánicamente con ella. En Marx la fusión es de naturaleza química; en otras palabras, aquí *los hechos son introducidos en el corazón del razonamiento por el cual los resultados surgen*. Marx ha sido el primer economista que comprendió y demostró en modo sistemático de cómo la teoría económica puede transformarse en análisis histórico, y, el relato histórico en *Histoire raisonnée* (historia razonada).⁵³

Podemos acercarnos en este punto a la teoría weberiana de los «tipos ideales», es decir, al encuentro del «criticismo» y el «marginalismo»: un esfuerzo subjetivamente no exento de grandeza pero objetivamente desesperado, de apresurar por la parte burguesa una respuesta, o mejor, una refutación junto a la presión de algunos nudos fundamentales del pensamiento de Marx.⁵⁴

No es este el momento de subrayar, como Max Weber, tomando y actualizando los intentos críticos de Rickert con respecto a Hegel y Comte; dominaba la situación a menudo frente a las interpretaciones entonces en boga en Alemania, respecto al pensamiento de Marx; y cómo él se encontraba acreditado en esta polémica precisamente por su «reinterpretación»

⁵² M. Dobb. *Problemas de historia del capitalismo*, Roma, págs. 44-5.

⁵³ Schumpeter, *obra citada*, página 40.

⁵⁴ Para una semblanza de Max Weber trazada en función de su crítica a Marx, véase la introducción de E. Baumgarten a Max Weber, *Soziologie, Weltgeschichtliche Analysen, Politik*, Stuttgart, 1956, pág. XXVII y siguientes.

de algunos temas de fondo de este pensamiento que habían salido hacia ya tiempo del horizonte teórico de la II Internacional. Sus consideraciones sobre la «confiada disposición del monismo naturalista» surgida por el «potente desarrollo de la búsqueda biológica por un lado, y el influjo de panlogismo hegeliano por el otro» «a subordinar todo lo que es esencial» en objetos determinados «a un esquema de leyes válidas en general»;⁵⁵ sus mismos sarcasmos contra los aficionados que por «el ineliminable carácter monista de toda forma de conocimiento exenta de conciencia crítica en las confrontaciones de su propio trabajo», «se contentan con las hipótesis más endeble y con las formulaciones más generales», poseen indudablemente —si bien son repentinamente extensiva en modo demasiado común también a la «así llamada concepción materialista de la historia, en el viejo sentido genialmente primitivo que se muestra en el *Manifiesto Comunista*»⁵⁶— una carencia objetiva de la línea «ortodoxa» del marxismo de la época. Otro tanto dígase, por ejemplo, de alguna de sus agudas observaciones acerca del método histórico-cronológico, es decir, sobre el cambio de lo «primero en el tiempo» con el fundamento general o la causa. «Un 'estado originario' del cosmo que no lleve en sí un carácter individual o, que le lleve en la medida menor que la realidad cósmica presente, sería naturalmente un principio carente de sentido. ¿Y sin embargo —se pregunta Weber— un remanente de representaciones similares no queda fuera de nuestro campo en aquellas asunciones, ya entendidas por derecho natural periódicamente, ya verificadas en base a las observaciones de carácter naturalista de los 'pueblos primitivos', de 'estados originarios' económico-sociales que están exentos de 'accidentalidades' históricas —como en el caso del 'comunismo agrario primitivo', de la 'promiscuidad' sexual, etc. por las cuales surge el desarrollo histórico individual mediante una especie de caída en lo concreto?».⁵⁷

Es fácil aceptar que la observación es justa, que es poderosa en general —si se refiere al contexto histórico cultural del tiempo— la exigencia que «para el conocimiento de los fenómenos históricos en su base concreta, las leyes más *generales*, las cuales están vacías de contenido, son por regla general, las más exentas de valor»: «puesto que cuanto más extendida está

⁵⁵ M. Weber, *El método de las ciencias histórico-sociales*, a cargo de Pietro Rossi, Turin, 1958, pág. 102-3.

⁵⁶ Idem, pág. 80.

⁵⁷ Obra citada, pág. 86.

la validez de un concepto, es decir, su *ámbito*, tanto más nos *desvía* de la realidad concreta».⁵⁸ Reconocido esto último, es fundamental comprender que la respuesta de Weber a las extrapolaciones de varios monismos no va nunca más allá de los límites que les son impuestos por su sustancial «crítico», es decir, por las respuestas de una división de campos entre las ciencias de la Naturaleza (orientadas hacia la determinación de un sistema de leyes) y las ciencias de la cultura (orientadas hacia el descubrimiento del «significado cultural» de los advenimientos humanos en su individualidad); propuesta es en la que reforma indiscutiblemente, si se quiere enmascarado y agudizado, el dualismo kantiano de *Müssen* y *Sollen* tener qué y deber qué de *conocimiento* y *libertad*, de determinismo natural y vida moral.

A primera vista eso parece contrastar con una de las características fundamentales del pensamiento de Weber: es la «avalidad» (*Wertfreiheit*) de las ciencias sociales, la independencia de la búsqueda historicocientífica de los así llamados juicios de valores, es decir, de las «selecciones», de las preferencias, etc. Iremos también rápidamente al análisis de este motivo. Por ahora observemos que, precisamente, por este dualismo, el objeto «historia» sufre en manos de Weber, al igual que en las de Rickert, la singular reducción a historia sólo de *fenómenos culturales*: el hombre, la reducción a *ser cultural*; la propia estructura económica a simple *significado cultural* de la estructura económica».⁵⁹

En otras palabras, al igual que el hombre aparece aquí sólo encarnado en la figura de un *Sinngeber*, esto es, de un dador de «sentido» a la realidad, así como esta última se reduce a tener significado no sólo en cuanto es exclusivamente un producto humano, sino en cuanto es un producto del obrar *conciente* o *cultural* del hombre. Objetos históricos por excelencia son por ejemplo, para Weber, «*El Capital* de Carlos Marx, *Fausto* o el techo de la Capilla Sixtina, o las *Confesiones* de Rousseau, etc.»;⁶⁰ si se quiere también los fenómenos de cambio, el dinero, el fenómeno social de la prostitución pero sólo porque la prostitución es un fenómeno *cultural* a la par de la religión o del dinero».⁶¹ Esto es, la objetividad entra en

⁵⁸ Obra citada, pág. 95.

⁵⁹ Obra citada, pág. 96-97.

⁶⁰ Obra citada, pág. 178.

⁶¹ Obra citada, pág. 97.

causa sólo porque es un trámite de la comunicación humana; sólo porque es el *medio* del cual se sirven los hombres para manifestar sus sentimientos y sus ideas (con escritos, discursos, cuadros, gestos, actos, etc.) sin que se vea por otra parte la reciprocidad, y que no siempre este cambio de ideas esté en concordancia con lo interno de los sujetos, los cuales son entes naturales y no pueden dejar de producir con sus relaciones, relaciones sociales *objetivas*, sin embargo, estas relaciones sociales mismas surgen a su vez en función de la *producción*, es decir, del recambio orgánico dentro de la naturaleza, y sólo en función de una relación en la cual está el hombre y la sociedad misma que se unen en un último análisis como el trámite y el medio del cual la naturaleza se sirve para retornar y reoperar sobre sí misma.

La historia es la cultura solamente; y ésta, a su vez, «una sección finita de la infinidad exenta de sentido del devenir del mundo, a la cual están atribuidos sentidos y significados desde el punto de vista del hombre».⁶² Queda sólo la industria fuera de todo esto, esa relación como dice Marx en la cual «tenemos ante nosotros ya *objetivadas las fuerzas esenciales del hombre*», «el libro abierto» de sus fuerzas, «la sicología humana presente a nuestros ojos en modo sensible»; mientras toda la actividad y la praxis humana se contraen en la conciencia, es decir, en el comportamiento *internacional* o bien no en lo que el hombre *hace* sino en el modo que *considera* lo que hace. «Entidades como el dinero (dice Dobb refiriéndose a este punto de vista) no pueden ser definidas en términos de los usos efectivos a los cuales las encontraremos destinadas», sino «en base a las opiniones que vemos, posee». Equivale esto a decir, como sostiene Hayek (siguiendo la corriente del pensamiento de Max Weber) que los entes-objetos de las ciencias sociales «no son hechos físicos», sino «todos» constituidos por «categorías habituales de nuestras mentes». «Las teorías de las ciencias sociales, dice Hayek, no incluyen leyes en el sentido de reglas empíricas concernientes al comportamiento de los objetos definibles en términos físicos»; todo lo que éstas nos dan es «una técnica racional que nos asiste en el vincular entre sí a los hechos aislados, pero que al igual que la Lógica y la Matemática, no retiene ella misma los hechos» y no puede ser jamás verificada o falsificada mediante la referencia a hechos». «Todo lo que podemos y debemos verificar, concluye Hayek, es la presencia de lo que hemos hipotetizado en el caso específico en cuestión...

⁶² Obra citada, pág. 96.

Sin embargo, la teoría misma está sujeta únicamente a la prueba de la coherencia formal».⁶³

Objeto de la historia son pues los comportamientos intencionales de los hombres las «instituciones del mundo», las «selecciones», los fines que han guiado su conducta, su toma de posición a favor de determinados «valores». Esto es para Weber el *ser*, el objeto histórico-humano. El conocimiento y la ciencia, y viceversa, no pueden discutir lo bueno de los valores, no pueden contraponer juicios de valores a juicios de valores, sin embargo, pueden más bien suministrar sólo una *crítica técnica*, es decir, examinar en aquellos comportamientos teológicos la pertinencia de los medios a los fines, «constatar en manera válida cuáles medios son apropiados o no para conducir a un objetivo prospectado» y por lo tanto, medir las *posibilidades* de éste.⁶⁴ Se comprende en este punto cómo Weber debe poner término ya a un dualismo de conocimientos y vida, de ciencia y realidad o —lo que más tarde será lo mismo— terminar en el irracionalismo. En efecto, si la objetividad es reducida a simples comportamientos intencionales o a relaciones «medio-objetivo» que en tanto son reales y concretas en cuanto el objetivo sea efectivamente *deseado*, está claro que la ciencia o penetra en esta realidad ensimismándose ella misma en los «fines» (y entonces ya no será más *teoría* sino ella misma *selección* y acto de vida) o no será selección y quedará en simple *reflexión* sobre estos fines, pero entonces habrá perdido para siempre su *concreción*. En el primer caso, la ciencia no será *criterio* de vida sino *vida* ella misma; en el segundo caso, *razonando* sus «fines», ella no llegará jamás a adecuarse a la efectividad naturaleza de los que no son objetos de la teoría, sino de la voluntad.⁶⁵

Por otra parte, la ciencia, refiriéndose al simple hecho histórico o comportamiento internacional, no podrá más que encuadrarlo en una relación *modelo* «medios-fines» que, estando sólo teorizada y no descada deberá empero, resolverse necesariamente en una relación de conceptos abstractos, esto es, «en un cosmos de conexiones *conceptuales*, exento en sí de contradicciones formales», pero que «por su contenido, posee el carácter de

⁶³ M. Dopp, *Problemas de historia del capitalismo*, pág. 44.

⁶⁴ Max Weber, *obra citada*, pág. 59.

⁶⁵ Relieves interesantes sobre el irracionalismo de Max Weber en G. Luckacs, *Die Zerstörung der Vernunft*, Berlin, 1954, pág. 474 y sig. La implantación del análisis es ampliamente discutible.

una utopía»,⁶⁶ esto es, no tiene contacto con la realidad. (Y aquí tenemos que la teoría no llega a darnos lo real, que la abstracción queda siempre fuera de la vida.) Por otra parte, en cambio, en la medida que la teoría desea alcanzar la realidad, tenemos que ésta no será más teoría, o bien, «que la 'interpretación' de la creación espiritual, estética o ética, opera aquí en el mismo modo en el cual opera esta última» (es decir, que ella no es más *interpretación* a rigor, sino selección de valores); o como dice Weber, que «aquí tiene su núcleo de verdad la afirmación de que la 'historia' es en un cierto sentido 'arte', no así designación de las 'ciencias del espíritu' como 'objetivamente'».⁶⁷

Precisamente dentro de este cuadro de alternativas se perfila ahora la teoría weberiana de los «tipos ideales». Por un lado, en efecto, su tipo ideal no es otro que la abstracción del marginalismo, es decir, un «modelo» puramente abstracto y *convencional* que «no puede jamás ser trazado empíricamente en la realidad», pero que, como toda *utopía*, está precisamente obtenido, dice Weber, «mediante la *acentuación* unilateral de uno o de algunos puntos de vista y mediante la conexión de una cantidad de fenómenos *particulares* difundidos y discretos, existentes aquí en mayor medida y allá en menor, y a veces también ausentes (...) en un cuadro *conceptual* en sí unitario», formal: en la forma en la cual, por ejemplo, «la teoría económica abstracta nos ofrece un cuadro ideal de los procesos que tienen lugar en un mercado de bienes, sobre la base de una organización social fundada sobre la economía de cambio, de una libre concurrencia y de una actuación rigurosamente racional»;⁶⁸ o más aún, en aquel modo en el cual, para indicar por ejemplo la idea del artesanado, nosotros unimos —dice él— «unilateralmente acentuados en sus consecuencias determinados rasgos, que pueden encontrarse difundidos en los obreros de empresas industriales *de las más diversas épocas y países*»⁶⁹ (donde Weber, que conoce suficientemente a Marx, sabe que actuando así también se debe acometer la defensa de todas las «robinsonadas» burguesas). Por otra parte, el «tipo ideal» no es más que una abstracción genérica, esto es, una *utopía*, que es obtenida forzando al colmo «la *acentuación*» de algunos rasgos reales, o bien obligando a la *simplificación*

⁶⁶ M. Weber, *obra citada*, pág. 59.

⁶⁷ Idem, pág. 179.

⁶⁸ Idem, pág. 107.

⁶⁹ Idem, pág. 109 (subrayado por mí).

científica hasta el punto de obtener esas nociones de «economía urbana» o «economía rural», etc., en las cuales no es dado reconocer más los regímenes históricos de producción a los cuales éstas se refieren; sin embargo, expresa simplemente no ya una abstracción, sino un valor *individual*; o no sólo individual, sino irrelativo a todo el curso histórico y es decir, aquel valor en el cual se resume, según Weber, «nuestra cultura cristiano-capitalista y constitucional»; la única que podemos entender, ya sea porque es la única a la cual nos lleva nuestro interés histórico, ya sea porque este interés está orientado precisa y exclusivamente en base a sus valores.⁷⁰

Referíamos no hace mucho que, en su polémica contra el materialismo histórico, Max Weber ha intentado valerse de algunos nudos esenciales del pensamiento de Marx y especialmente de aquellos aspectos que entonces se encontraban fuera del horizonte teórico del marxismo de la II Internacional. Es éste el caso en particular, ya sea para la teoría de los «tipos ideales», el más importante ejemplo de construcción de los cuales él considera explícitamente a Marx⁷¹ —ya sea lo que más tarde será lo mismo— por aquel concepto de «formación social» que él trató, a su manera, de retomar y de «reinterpretar» específicamente en *Algunas categorías de la sociología comprensiva*. Sin embargo, basta solamente una superficial confrontación para constatar, no digo ya la distancia entre estas dos posiciones, ya que ésta es evidente, sino la diversa capacidad resolutive que caracteriza a los tipos ideales de Max Weber y las abstracciones determinadas de Marx. Lo que representa la conquista de este último, se representa en efecto en Weber sólo disociado: esto es, por una parte como simple *abstracción*, por la otra, como simple *individualidad* o valor, sin que los dos aspectos se midan o compaginen jamás.

En otras palabras, movido por la aguda percepción de cómo las ciencias operan *simplificando* o, como decía Hegel, *aguzando* la obtusa multiplicidad de lo real hasta tenerla en la forma de la *diferencia esencial*, Weber ha comprendido (al contrario de Rickert) que el momento de la abstracción o tipificación era también indispensable a las ciencias sociales y —digámoslo también— que Marx no era Comte, que las abstracciones de *El Capital* eran algo distinto de las vagas generalidades de las filosofías

⁷⁰ Idem, pág. 191.

⁷¹ Idem, pág. 124-5.

de la historia. Ha captado, pues, la naturaleza *funcional* de estas abstracciones. Empero, como el *presente* del cual él partía no era la organización *material* de esta sociedad, sino sólo de los «valores» presente en su conciencia de intelectual burgués, y como a sus abstracciones debía faltar ese «material de observaciones» que, precisamente porque es *material*, «depura la hipótesis, descarta la una, corrige la otra, con el fin de llegar a completar y de poner en su lugar las leyes» (Engels): así el carácter funcional de las abstracciones científicas se tornó para él en el simple convencionalismo, esto es, en la imposibilidad de salir mediante la verificación experimental de la pluralidad de las causas. El concepto científico se transformó así en *utopía*, esto es, en noción indeterminada y, en esta indeterminación, al igual que pretendió aunar fenómenos disparatadísimos entre sí, sin observar las particularidades de los regímenes histórico-sociales (confronta, por ejemplo, el concepto weberiano de burocracia, de estado, etc.) al igual que asimiló tranquilamente los rasgos específicos del presente a aquellos del pasado, asimismo se reveló también al modo que Weber reconoce para su *idea de la cultura capitalista*, sólo una de las tantas utopías de este tipo que pueden esbozar «en grado asaz numeroso, de las cuales ninguna es igual a las otras y de las cuales ninguna puede ser observada de hecho en la realidad empírica.⁷² El contenido de la generalización teórica, en otras palabras, no llega a tocar la realidad. La explicación causal-analítica que en su disolución había tomado con el positivismo la vía del mero *descriptivismo* histórico, se dispersaba aquí en la pluralidad de las causas y, por lo tanto, en el *cálculo de las probabilidades*.

Inversamente, fallida la posibilidad de ver cómo la abstracción científica no es una vacua generalidad, sino al trazo más simple de algo concreto en examen, y por lo tanto, un rasgo o un aspecto real del objeto mismo; Weber debía reproponer también la instancia del *presente* sólo en la vía del irracionalismo de la filosofía de los valores, es decir, no sólo como *valores* (antes bien, como hecho), sino como un valor incomunicable e «irrelativo». La comprensión del presente, en otros términos, debía presentarse ahora sólo bajo el aspecto por el cual ésta *excluye* el pasado; el hecho de señalar lo anterior debía configurarse sólo como un modo para «delimitar negativamente ciertos conceptos con los cuales trabajamos en la historia de la cultura *européa*, en las confrontaciones de aquellos

contenidos heterogéneos,⁷³ que son los contenidos de las culturas pasadas; sin que él llegase a ver jamás cómo las diferencias del presente con el pasado, son también diferencias de éste con el hoy, y por lo tanto, modos de iluminar la relatividad y la transitoriedad del presente mismo. La ciencia que él había tomado primero sólo en el aspecto de crítica técnica o de construcción lógico formal fuera de los contenidos reales o, para decirlo en su lenguaje, de los «valores», se le debía convertir ahora, en un *valor* o en una *selección*, gratuita e intachable como cualquier otra. La ciencia declinaba al nivel de cualquier comportamiento humano, individual y arbitrario como cualquier otra fe subjetiva. En el mejor de los casos, ésta no se revelaba más que como el «modo de intuir la vida y la realidad» propio de una de las tantas épocas y precisamente de la capitalista-burguesa.

Como Weber había buscado la esencia del capitalismo no en su anatomía fisiológica y económica, sino en la variedad de actitudes mentales y comportamientos humanos que él resumió en la idea del «espíritu del capitalismo», esto es, en aquella idea aún genérica que es la «calculabilidad» que distingue la dirección capitalista y, por lo tanto, «en la actitud de búsqueda racional y sistemática de la ganancia: donde el capitalismo venía a identificarse, para él, en cualquier modo con la simplificación racional de la técnica y de la ciencia; de esta manera, inversamente, estas últimas debían parecerle ahora como una *fe* subjetiva y, precisamente, uno de los «valores» o de los fines, irracionales a la par de los ideales de todas las otras pocas, que una particular civilización había producido en respuesta al «desafío» del mundo.⁷⁴

Partiendo del hecho que la realidad histórica es una realidad constituida sólo por comportamientos *intencionales*, descubrimos así que tal es ahora la *reflexión* sobre esta realidad, esto es, la ciencia y que las relaciones sociales son sólo relaciones ideológicas; sino que ideología es la ciencia de la sociedad. Se perfila aquí la continuación (y el empobrecimiento) de la obra de Weber en Mannheim. La realidad social no es más que el conjunto de «significados» que los miembros de la sociedad atribuyen al mundo; estos significados, a su vez, no contienen nada de objetivo, sino que tienen sólo una «determinada función sico-sociológica y precisamente

⁷² Idem, pág. 191.

⁷⁴ Para la continuación, banalizada, de algunos de estos temas, véase M. Merleau-Ponty, *Les aventures de la dialectique*, París, 1955, pág. 36.

⁷² Idem, pág. 109.

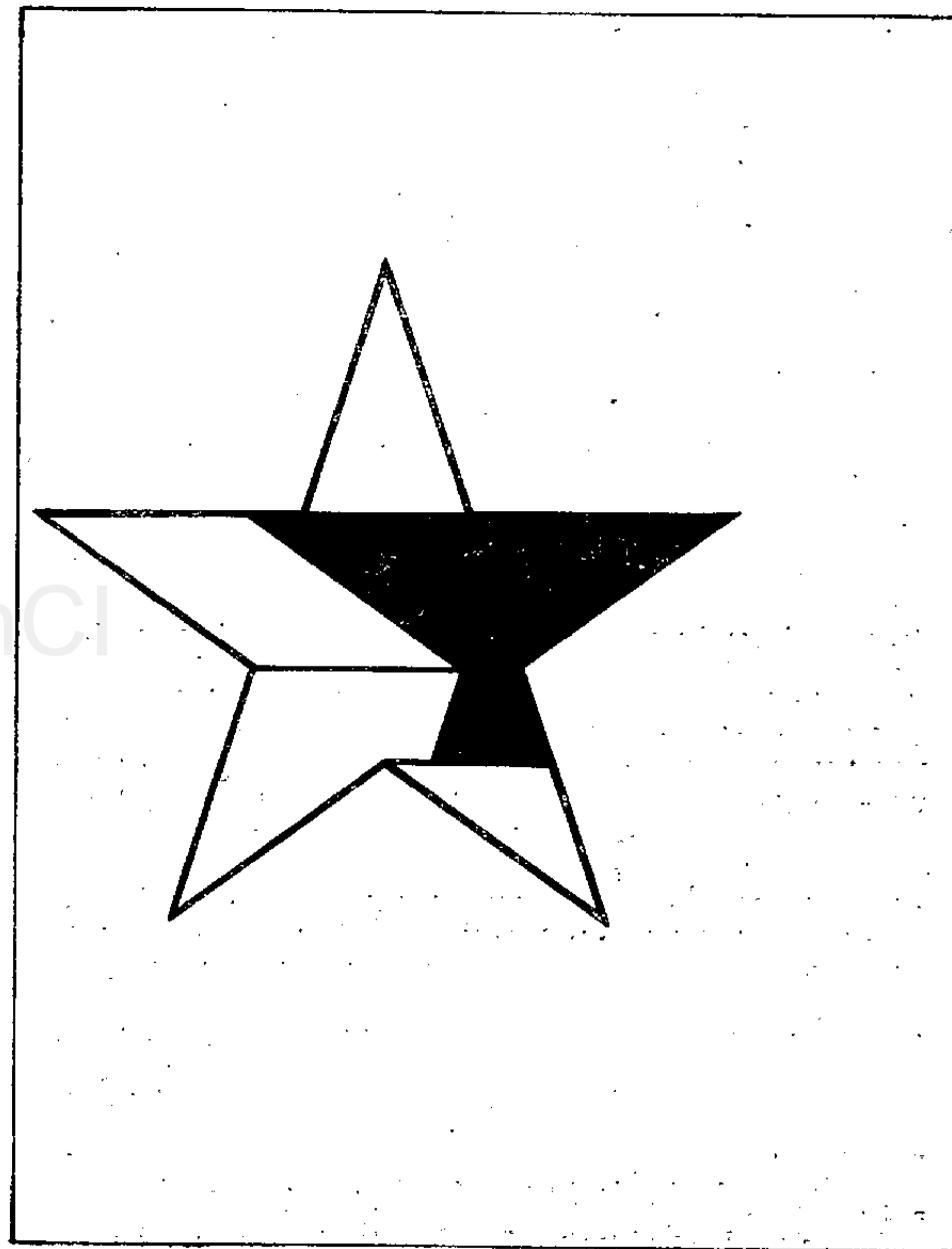
la de fijar la atención de los individuos que tratan de obrar en conjunto sobre un cierto juicio de la realidad». ⁷⁵ Es decir, el concepto representa sólo «una especie de *tabú* contra otros posibles significados», sólo un «mito» o un instrumento pragmático que hace posible «una simplificación y unificación de los múltiples elementos de la vida a los fines de la acción». No solamente la realidad es toda «ideología», sino que ideología es ahora también la ideología de la ideología, es decir, *Wissenssoziologia* (Sociología del saber) que discurre sobre ella. ⁷⁶ Una vez que el saber sea considerado sólo como una manifestación de la vida del hombre y no como un testimonio y una *reflexión* sobre la realidad, y a él no queda más que manifestar el «inconciente» o la «siquis» colectiva, así tenemos que como la sociología llega a ser un psicoanálisis de la sociedad, esto es, un modo de descubrir que todo forma de saber es sólo vehículo y disfraz de intereses psicológicos, de la misma forma, inversamente, la revelación de este estado de cosas es una «catarsis», es decir, conciencia purificadora. El nexo con Weber es aún evidente. Sólo —como observa justamente Lukács,⁷⁷ el neokantismo de Rickert es sustituido aquí por «una filosofía existencial a lo Jaspers-Heidegger sociologizada», es decir, un irracionalismo, si esto puede ser posible, más turbio y descubierto.

Convención «Marxismo y Sociología», celebrada en el Instituto Gramsci de Roma, en 1964.

⁷⁵ - K. Mannheim, *Ideología y Utopía*, a cargo de A. Santucci, Bolonia, 1957, pág. 23.

⁷⁶ Idem, pág. 24 y 89.

⁷⁷ Lukács, *Die Verstoerung der Vernunft*, pág. 501.



LA CULTURA DE LA POBREZA

OSCAR LEWIS

Aunque se ha escrito muchísimo sobre la pobreza y los pobres, es relativamente nuevo el concepto de una cultura de la pobreza. Yo fui, sin duda alguna, el primero en exponerlo en mi libro *Antropología de la pobreza*. La frase es pegajosa y ha sido ampliamente interpretada y tergiversada.¹ Michel Harrington la utilizó en su libro *La cultura de la pobreza* («The Other America», de 1961), que influyó de modo importante en el programa contra la pobreza del gobierno norteamericano. Con todo, Harrington usó el término en un sentido más amplio y menos técnico. Intentaré volver a definirlo con mayor precisión, situándolo como un modelo conceptual, poniendo énfasis en la distinción entre la pobreza y cultura de la pobreza. La ausencia de estudios antropológicos intensivos sobre las familias pobres de una extensa variedad de contextos culturales y naciones (en especial de familias pobres de los países socialistas), es un serio inconveniente para formular esquemas culturales válidos. El modelo aquí presentado es por tanto provisional y sujeto a las modificaciones que otros estudios

¹ Sin embargo la discusión al respecto ha sido bastante pobre en las revistas profesionales. Sólo dos artículos abordan el tema con algún detalle, el de Elizabeth Herzog «Some Assumptions about The Poor», y el de Lloyd Ollin «Inherited Poverty».

inevitables traerán consigo. A través de la historia, encontramos en la literatura, en los proverbios y en los refranes populares, dos valoraciones opuestas de la naturaleza del pobre. Algunos caracterizan al pobre como ser bendito, virtuoso, confiado, sereno, independiente, honesto, generoso y feliz. Otros lo definen como ser malvado, perverso, violento, sórdido y criminal. Estos juicios contradictorios y confusos también se reflejan en la lucha interna que tiene lugar en la presente guerra contra la pobreza. Algunos insisten en los dones potenciales de los pobres para la ayuda propia, la dirección y la organización de sus comunidades, mientras que otros señalan el efecto —en ocasiones indestructible— de la pobreza sobre el carácter individual y, por tanto, hacen énfasis en la necesidad de que el dominio y dirección de los pobres, permanezcan en manos de la clase media, quien es de presumir posee mejor salud mental.

Estos puntos de vista opuestos reflejan una lucha por el poder político. Sin embargo, parte de la confusión deviene del fracaso para distinguir entre la pobreza *per-se* y la cultura de la pobreza y de la tendencia de examinar a la personalidad individual con preferencia al grupo, esto es, la familia y la comunidad del barrio bajo.

Como antropólogo, he intentado captar la pobreza y sus rasgos concomitantes como una cultura, o para ser más preciso, como una subcultura² con sus propias estructuras y razones, como un modo de vida que se hereda de generación en generación a través de las líneas familiares. Este punto de vista concentra su atención en el hecho de que la cultura de la pobreza en las naciones modernas no es únicamente un asunto de privaciones económicas, desorganización o carencia de algo. Es también algo positivo y otorga ciertas recompensas sin las cuales los pobres no podrían continuar.

En algún otro lado he sugerido que la cultura de la pobreza trasciende las diferencias regionales, rurales, urbanas y nacionales y muestra extraordinarias semejanzas en lo que se refiere a estructuras familiares, relaciones interpersonales, orientación en materia de tiempo, sistemas de valores y esquemas de consumos. Estas semejanzas internacionales son ejemplos de

² Aun cuando el término «subcultura de la pobreza» es técnicamente más correcto, usaré cultura de la pobreza como una forma resumida.

invención independiente y de convergencia. Son respuestas comunes ante problemas comunes.

La cultura de la pobreza puede existir en función de una variedad de contextos históricos. Sin embargo, tiende a crecer y florecer en sociedades con el siguiente cuadro de condiciones: 1) una economía casera, trabajo jornalero y producción para el beneficio inmediato; 2) un elevado nivel persistente de escasas oportunidades para el trabajador no calificado y desempleo; 3) sueldos muy bajos; 4) el fracaso en la consecución de organizaciones económicas, políticas y sociales (ya sea sobre una base voluntaria o por imposición gubernamental para la población de bajo nivel de ingresos; 5) el predominio de un sistema bilateral de parentesco sobre un sistema unilateral; y finalmente, 6) la existencia de una tabla de valores en las clases dominantes que insiste en la acumulación de riquezas y propiedades, la posibilidad de una movilidad ascendente y el espíritu ahorrrativo, y que explica el bajo nivel de ingresos como el resultado de la inadecuación o la inferioridad personal.

El sistema de vida que se produce bajo tales condiciones entre un muy numeroso sector de los pobres es lo que se conoce como la cultura de la pobreza. Puede ser estudiado en forma óptima en las barriadas urbanas o rurales y permite ser descrito con cerca de setenta rasgos psicológicos, sociales y económicos que se relacionan entre sí. Con todo, el número de rasgos y las relaciones entre ellos pueden variar de sociedad a sociedad y de familia a familia. Por ejemplo, en una sociedad altamente cultivada, el analfabetismo puede ser un diagnóstico más eficaz de la cultura de la pobreza, que en una sociedad donde el analfabetismo está muy extendido y donde, incluso, los ricos pueden ser analfabetos como sucedió en ciertos pueblos mexicanos antes de la Revolución.

La cultura de la pobreza es a la vez un afán de adaptarse y una reacción de los pobres ante su posición marginal en una sociedad capitalista, de estratificación clasista y vigoroso individualismo. Representa un esfuerzo para detener los sentimientos de desesperación y desesperanza que surgen al hacerse notoria la improbabilidad de alcanzar el éxito en términos de los valores y metas de una gran sociedad. En verdad, muchos de los rasgos de la cultura de la pobreza pueden ser vistos como intentos de soluciones locales para problemas no resueltos por las instituciones y agencias existentes, porque la gente no resulta elegible, o no puede soportarlos, o los ignora y desconfía de ellos.

Por ejemplo, incapaz de obtener crédito de los bancos, la gente pobre es arrojada a sus propios recursos y obligada a organizar sistemas de crédito informal sin interés.

La cultura de la pobreza, sin embargo, no es sólo un grado de adaptación a un cúmulo de condiciones objetivas de la gran sociedad. Una vez que surge tiende a perpetuarse a sí misma de generación a generación gracias a su efecto sobre los niños, cuando los niños de los barrios bajos tienen seis o siete años de edad y han absorbido por lo común los valores básicos y las actitudes de su subcultura y no están psicológicamente capacitados para tomar plena ventaja de las condiciones de cambio o el aumento de oportunidades que puedan darse en el transcurso de su existencia.

Con gran frecuencia la cultura de la pobreza se desarrolla cuando un sistema social y económica estratificado, no se ve quebrantado o remplazado por otro como en el caso de la transición del feudalismo al capitalismo o durante períodos de rápido cambio tecnológico. Con frecuencia es resultado de conquistas imperiales que aplastan las estructuras sociales y económicas de los nativos y mantienen a éstos en un estado de servil colonialismo, muchas veces durante varias generaciones. También puede darse en un proceso detribalizador como el que ahora se produce en Africa.

Los candidatos idóneos para la cultura de la pobreza son quienes provienen de los estratos inferiores de una sociedad de cambios rápidos y que ya sufren en consecuencia una enajenación parcial. De estos trabajadores rurales sin tierra, que emigran a las ciudades se puede esperar un más rápido desarrollo de una cultura de la pobreza que de inmigrantes de pueblos agrícolas con una cultura tradicional bien organizada. En este sentido hay un fuerte contraste entre América Latina, donde la población rural hace tiempo efectuó el cambio de una sociedad tribal a una sociedad campesina, y Africa, que aún está cerca de su herencia tribal. La naturaleza más corporativa de muchas de las sociedades tribales de Africa, si se les compara con las comunidades rurales de América Latina y la persistencia de los vínculos de pueblo, tiende a inhibir o rebasar la formación de una muy amplia cultura de la pobreza, en muchos de los pueblos y ciudades africanos. Las condiciones del apartheid en Africa del Sur, donde los inmigrantes son segregados en «lugares» separados y no gozan de libertad de movimiento, crean problemas especiales. Aquí, al institucionalizarse

la represión y la discriminación, se desarrolla un mayor sentido de identidad y una mayor conciencia de grupo.

La cultura de la pobreza puede ser estudiada desde diversos puntos de vista: la representación entre la subcultura y la gran sociedad; la naturaleza de los barrios bajos; la naturaleza de la familia; y las actitudes, valores y estructura caracterológica del individuo.

La falta de participación efectiva y de integración del pobre en las instituciones más importantes de la gran sociedad es una de las características cruciales de la cultura de la pobreza. Este es un asunto complejo y es producto de una variedad de factores donde pueden estar la carencia de recursos económicos, la segregación y la discriminación, el temor, la sospecha o la apatía, y el desarrollo de soluciones locales a los problemas. Con todo, la participación en algunas de las instituciones de la gran sociedad —por ejemplo, en las cárceles, el ejército y el sistema de ayuda pública— no elimina *per-se* los rasgos de la cultura de la pobreza. En el caso del sistema de ayuda que escasamente mantiene viva a la gente, tanto la pobreza básica como el sentimiento de desesperación se perpetúan en lugar de eliminarse.

Los salarios bajos, el desempleo y el empleo parcial crónicos, conduce a bajos ingresos, falta de bienes propios, ausencias de ahorros, carencia de reservas de comida en la casa y una escasez inveterada de dinero en efectivo. Estas condiciones reducen la posibilidad de una participación efectiva en un gran sistema económico. Y como una respuesta a estas condiciones se encuentra en la cultura de la pobreza un índice muy elevado de bienes personales en el empeño, préstamos con un nivel usurario de interés, sistemas espontáneos de crédito informal organizados por los vecinos; el uso de ropa y muebles de segunda mano y el modelo de la compra frecuente de pequeñas cantidades de comida; tantas veces al día como sea preciso.

La gente con una cultura de la pobreza produce y recibe una muy pequeña cantidad de bienes. Tienen un bajísimo nivel cultural y educacional, no pertenecen a sindicatos, no son miembros de partidos políticos, no participan por lo general en los centros de bienestar nacional, y acuden lo menos posible a bancos, hospitales, tiendas, museos o galerías de arte. Tienen una actitud crítica hacia muchas de las instituciones básicas de las clases dominantes, odian a la policía, desconfían del gobierno y de aquéllos de posición elevada, y su cinismo se extiende incluso hasta la iglesia. Esto le confiere a la cultura de la pobreza un alto valor potencial

de protesta y puede ser usada en movimientos políticos enderezados contra el orden social existente.

Las gentes dentro de la cultura de la pobreza está conciente de los valores de la clase media, habla sobre ellos y en ocasiones los ve como suyos; pero en conjunto, no vive en función de ellos.

Por eso importa distinguir entre lo que dicen y lo que hacen. Por ejemplo, muchos de ellos afirmarán que el casamiento legal, por la iglesia o ambos, es la forma ideal del matrimonio; pero pocos, entre ellos, se casarán. Para hombres que no tienen trabajos seguros o alguna otra forma de ingreso, que no poseen propiedades y que no tienen dinero que legarle a sus hijos, que viven para el presente y que desean evitar las onerosas dificultades legales que trae consigo el matrimonio y el divorcio formales, las uniones libres o el matrimonio consensual tienen mucho sentido. Las mujeres rechazarán con frecuencia ofertas de matrimonio porque sienten que se atarían con hombres inmaduros, castigadores y en general poco confiables. Las mujeres sienten que la unión consensual les permite un mejor rompimiento; les otorga algo de la libertad y flexibilidad de que el hombre goza. Al no darles a los padres de sus hijos el habilitamiento legal como esposos, las mujeres tienen un mayor derecho sobre los hijos, si no deciden abandonar a sus hombres. También otorga a las mujeres derechos exclusivos sobre una cosa o cualquiera otra propiedad que puedan poseer.

Al describir la cultura de la pobreza en el nivel de las comunidades locales, encontramos exiguas condiciones habitacionales, gregarismo, apiñamiento, pero sobre todo, un mínimo de organización más allá del nivel de la familia nuclear y extendida. Ocasionalmente hay informales agrupaciones temporales o asociaciones voluntarias en las barriadas. La existencia de pandillas en el vecindario representa un avance considerable, más allá del punto cero del *continuum* que tengo en mente. En verdad, es el bajo nivel organizativo el que le otorga a la cultura de la pobreza sus cualidades anacrónicas y marginales en nuestra sociedad altamente compleja, especializada y organizada. La mayoría de los pueblos primitivos han alcanzado un nivel de organización sociocultural más alto que el de nuestros modernos habitantes de los barrios bajos.

A pesar del bajo nivel general de organización, puede haber un sentido comunicativo y un *esprit de corps* en los barrios bajos urbanos. Esto puede variar, en una sola ciudad, o de región en región, o de país en país.

Los factores que más influyen en estas variantes son el tamaño del vecindario, su localización y características físicas, el espacio residencial, la frecuencia de hogares y propiedades de tierra (en contra de los derechos usurpados), las rentas, la etnicidad, los lazos familiares y la libertad o falta de libertad de movimiento. Cuando los barrios bajos se ven separados de las áreas circundantes por muros u otras barreras físicas, cuando las rentas son bajas y fijas y hay una gran estabilidad de residencia (veinte o treinta años), cuando la población constituye un grupo lingüístico, racial o étnico distinto, es rodeada por lazos de parentesco o *compadrazgo*, y cuando hay algunas asociaciones voluntarias internas, entonces el sentido de comunidad local se aproxima al de comunidad aldeana. En muchos casos no existen estas combinaciones en condiciones favorables. Pese a todo, cuando la organización interna y el *esprit de corps* está reducido al mínimo y hay un gran movimiento de gente, se manifiesta un sentido de territorialidad que separa a los vecindarios pobres del resto de la ciudad. En la ciudad de México y en San Juan de Puerto Rico, este sentido de territorialidad es producto de la incapacidad de conseguir habitación barata fuera de las áreas depauperadas. En África del Sur el sentido de territorialidad surge de la segregación dictada por el gobierno que confina a los inmigrantes rurales a lugares específicos.

En el nivel familiar los rasgos principales de la cultura de la pobreza son la ausencia de niñez como un estado especialmente prolongado y protegido del ciclo vital, precoz iniciación sexual, uniones libres o matrimonios consensuales, un porcentaje relativamente alto de abandono de mujeres y niños, una tendencia hacia las familias unificadas por el matriarcado y, en consecuencia, con mucho mayor conocimiento de los parientes maternos; una fuerte predisposición hacia el autoritarismo; falta de intimidad; énfasis verbal en la solidaridad familiar que rara vez se alcanza debido a la rivalidad y a la competencia por bienes limitados y el afecto materno.

En el nivel individual las características centrales son un fuerte sentimiento de marginalidad, de indefensión, dependencia e inferioridad. He encontrado esto entre los habitantes de las zonas pobres en la ciudad de México y San Juan de Puerto Rico, en familias que no constituyen un grupo étnico o racial distintivo y que no sufren discriminación racial. En los Estados Unidos, por supuesto, la cultura de la pobreza de los negros tiene la desventaja adicional de la discriminación racial, pero como ya he indicado, esta desventaja adicional constituye una gran reserva potencial para la

protesta y la organización revolucionaria que parecen inexistentes en los barrios bajos de la ciudad de México o entre los «poor whites» del Sur.

Otros signos distintivos son un gran porcentaje de privación maternal, de oralismo, de endeble estructura del ego, confusión de la identificación sexual, carencia de dominio sobre los impulsos, una fuerte orientación hacia el presente con una relativamente escasa habilidad para ofrecerse a sí mismo compensaciones y planes para el futuro, un sentido de resignación y fatalismo y una elevada tolerancia para cualquier característica sicopatológica.

La gente con una cultura de la pobreza es provinciana, de orientaciones locales y con un ínfimo sentido histórico. Sólo conocen sus propios problemas, sus propias condiciones locales, su propio vecindario, su propio estilo de vida. Por lo común, carecen de la sabiduría, la visión o la ideología necesarias para observar las semejanzas entre sus problemas y aquellos de sus correspondientes en todo el mundo. Carecen de conciencia de clase, aunque en verdad son muy sensitivos en lo que se refiere a distinciones sociales.

Cuando los pobres adquieren conciencia de clase o se vuelven miembros activos de organizaciones sindicales o cuando adoptan un punto de vista internacionalista sobre el mundo, dejan de pertenecer a la cultura de la pobreza aunque pueden seguir siendo desesperadamente pobres. Cualquier movimiento, sea religioso, pacifista o revolucionario, que organice y dé esperanzas a los pobres y que promueva efectivamente la solidaridad y un sentido de identificaciones en grupos grandes, destruye el corazón social y psicológico de la cultura de la pobreza. En este sentido, creo que el movimiento de los derechos civiles de los negros norteamericanos ha hecho más por incrementar el respeto propio y mejorar la idea que tenían de ellos mismos que los avances económicos, aunque, sin duda, los dos aspectos se apoyan mutuamente.

La distinción entre pobreza y cultura de la pobreza es básica en el modelo aquí descrito. Hay grados de pobreza y diferentes especies de gente pobre. La cultura de la pobreza se refiere a un solo estilo de vida compartido por gente pobre en contextos históricos y sociales específicos. Los rasgos económicos que he enlistado para la cultura de la pobreza, son necesarios pero no suficientes para definir el fenómeno que deseo describir. Hay un número de ejemplos históricos de segmentos muy pobres de la población

que no poseen el estilo de vida que se podría describir como una subcultura de la pobreza. Aquí me gustaría dar tres ejemplos.

Muchos de los pueblos primitivos o anteriores al alfabeto que han estudiado los antropólogos, padecen una pobreza horrible, producto de una pobre tecnología y los pobres recursos naturales, o ambas cosas, pero no poseen los signos de una subcultura de la pobreza. En verdad, no constituyen una subcultura porque sus sociedades no están altamente estratificadas. A pesar de su pobreza poseen una cultura relativamente integrada, satisfecha y autosuficiente. Incluso las más simples tribus cazadoras y recolectoras de frutos, tienen un grado considerable de organización, bandas y jefes de bandas, consejos tribales y autogobierno local, signos que no se encuentran en la cultura de la pobreza.

En India, los miembros de las castas bajas (los Chamares, los curtidores de piel y los Bhangis) pueden ser desesperadamente tristes tanto en los villorrios como en las ciudades, pero en su mayoría están integrados en la gran sociedad y pertenecen a sus propias organizaciones *panchayat* que trascienden las líneas locales y les otorgan un grado considerable de poder.³ Aunado al sistema de castas que le otorga al individuo un sentido de identidad y permanencia (a sense of belonging), existe otro factor, el sistema de clanes. Siempre que se producen sistemas unilaterales de parentesco o clanes, uno no puede esperar encontrarse con la cultura de la pobreza porque un sistema de clanes le proporciona a la gente un sentido de pertenencia a un cuerpo social que tiene una historia y una vida propia y que por tanto provee con un sentido de continuidad, un sentido de un pasado y un futuro.

Los judíos de Europa Oriente eran muy pobres pero no mostraban muchos de los rasgos de la cultura de la pobreza gracias a su tradición literaria, el gran valor que le concedían a la enseñanza, la organización de la comunidad en torno al rabino, la proliferación de asociaciones voluntarias locales y su religión que los refería a su condición de pueblo elegido.

Mi cuarto ejemplo es especulativo y se refiere al socialismo. Sobre la base de mi limitada experiencia en un país socialista —Cuba— y de mis lecturas, me siento inclinado a creer que la cultura de la pobreza no existe en los países socialistas. Fui por primera vez a Cuba en 1947 como profesor

³ Puede ser que en los barrios bajos de Calcuta y Bombay se desarrolle una incipiente cultura de la pobreza. Sería un excelente campo de trabajo antropológico.

visitante por cuenta del Departamento de Estado. En esa época inicié un estudio sobre una plantación azucarera en el Sur y un barrio pobre de La Habana. Después de la revolución castrista hice mi segundo viaje a Cuba como corresponsal de una gran revista y volví a visitar el mismo barrio y algunas de las mismas familias. El aspecto físico del barrio había cambiado muy poco, excepto por un nuevo y hermoso kindergarten. Era evidente que la gente continuaba sumida en la pobreza, pero encontré ya muy disminuido el sentimiento de apatía, desesperación y desesperanza que son el diagnóstico de los barrios urbanos en la cultura de la pobreza. Manifestaban una gran confianza en sus líderes y aguardaban una mejor vida futura. El barrio mismo estaba ahora muy organizado, con comités de cuadra, comités educacionales y comités de partido. El pueblo tenía ahora un nuevo sentido de su poder e importancia. Estaban armados y se les había entregado una doctrina que glorificaba las clases humildes como la esperanza de la humanidad. (Un oficial cubano me informó que prácticamente habían eliminado la delincuencia al darle armas a los delincuentes). Creo que, a diferencia de lo sustentado por Marx y Engels, el régimen de Castro no califica así al llamado lumpenproletariat como una fuerza intrínsecamente reaccionaria y antirrevolucionaria, sino que más bien advirtió y ha querido utilizar su potencialidad revolucionaria. En este sentido Franz Fanon hace un juicio similar del lumpemproletariado de acuerdo a su experiencia argelina por su independencia. En su libro *Los condenados de la tierra*, Fanon afirma:

Es dentro de esa masa humana, ese pueblo de los barrios bajos, en el corazón del lumpenproletariat, donde la rebelión hallará su vanguardia. Porque el lumpenproletariat, esa horda de hombres hambrientos, desentraizada de su tribu y de su clan, constituye para un pueblo colonizado una de sus fuerzas revolucionarias más espontáneas y más radicales.

Mis propios estudios de los pobres urbanos en los barrios de San Juan no apoyan las generalizaciones de Fanon. He encontrado muy poco espíritu revolucionario o ideología radical entre los puertorriqueños de bajo nivel de ingresos. Por lo contrario, la mayoría de las que estudié eran bastante conservadoras en lo político y por lo menos la mitad apoyaba al Partido Republicano por la integración como Estado de la Unión Americana. Creo que la potencialidad revolucionaria de la gente con una cultura de la pobreza variaría en forma considerable de acuerdo con el contexto

nacional y las circunstancias históricas particulares. En un país como Argelia que luchaba por su independencia, el lumpemproletariado se incorporó a la lucha y se convirtió en una fuerza vital. Sin embargo, en países como Puerto Rico, donde el movimiento en favor de la independencia tiene muy poco apoyo, y en países como México, que hace mucho alcanzaron su independencia y viven ahora un período postrevolucionario, el lumpenproletariat no es una fuerza conductora de rebelión o de espíritu. En efecto, en las sociedades primitivas, y en las sociedades de casta, la cultura de la pobreza no se desarrolla. En las sociedades fascistas y socialistas, y en sociedades capitalistas altamente desarrolladas con una situación próspera, la cultura de la pobreza tiende a extinguirse. Sospecho que la cultura de la pobreza florece en, y es consustancial a, el estadio primitivo de la libre empresa en el capitalismo y asimismo, también es fenómeno endémico del colonialismo.

Es importante distinguir diferentes rasgos de la cultura de la pobreza que dependen del contexto nacional. Si a la cultura de la pobreza, la observamos primeramente en términos del factor de integración en la gran sociedad y en sentido de identificación con la mejor tradición revolucionaria, entonces no nos sorprenderá el hecho de que algunos habitantes de los barrios bajos con un bajísimo nivel de ingreso se hayan alejado más de las características centrales de la cultura de la pobreza que otros con un mayor nivel económico. Por ejemplo, Puerto Rico tiene una mucho mejor distribución del ingreso nacional que México y sin embargo los mexicanos tienen un más profundo sentimiento de identidad. En México, pese a todo, incluso los más pobres habitantes de tugurios poseen una visión más rica del pasado y una mayor identificación demostradas por los puertorriqueños frente a sus tradiciones. En ambos países practiqué una encuesta con los nombres de las figuras nacionales entre los habitantes de los barrios bajos urbanos. En la ciudad de México un altísimo porcentaje de los interrogados, incluyendo aquellos con escasa o nula formación escolar, sabía sobre Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, Díaz, Zapata, Carranza, y Cárdenas. En San Juan los interrogados mostraron una ignorancia abismal sobre las figuras históricas puertorriqueñas. Los nombres de Ramón Power, José de Diego, Baldorioty de Castro, Ramón Betances, Nemesio Canales, Llorens Torres, no les significaban nada. Para el puertorriqueño pobre que vive en los barrios bajos la historia empieza y termina con Muñoz Rivera, su hijo Muñoz Marín y doña Felisa Rincón.

He citado el fatalismo y un bajo nivel de aspiraciones como uno de los rasgos clave de la subcultura de la pobreza. Aquí también, sin embargo, el contexto nacional significaba muchísimo. Ciertamente, las aspiraciones de incluso el más pobre sector de la población en un país como los Estados Unidos con su ideología tradicional de movilidad ascendente y democracia son mucho más altas que en países retrasados como Ecuador y Perú donde tanto la ideología y las posibilidades reales de movilidad ascendente se ven limitadas al extremo y donde los valores autoritarios todavía persisten en los medios urbanos y rurales:

Gracias a la tecnología avanzada, el alto nivel cultural, el desarrollo de la masa media y el relativamente alto nivel de aspiraciones de todos los sectores de la población especialmente cuando se le compara con naciones subdesarrolladas, en Estados Unidos la cultura de la pobreza es un fenómeno relativamente escaso aunque todavía hay muchísima pobreza (las estadísticas sitúan el número de pobres entre 30 y 50 millones de seres humanos). Mi cálculo aproximado es que sólo el 20% de la población norteamericana situada por debajo de la línea de la pobreza (entre 6 y 10 millones de personas) ofrece características que llevan a clasificar su modo de vida como perteneciente a la cultura de la pobreza. Quizás el mayor sector dentro de este grupo consistiría en negros, mexicanos, puertorriqueños e indios norteamericanos de bajísimos ingresos y los *poor whites* sureños. El relativamente pequeño número de norteamericanos que poseen una cultura de la pobreza es un factor positivo porque es muchísimo más difícil eliminar la cultura de la pobreza que eliminar la pobreza en sí.

La gente de la clase media, y esto ciertamente incluye a la mayoría de los científicos sociales, tiende a concentrarse en los aspectos negativos de la cultura de la pobreza. Tienden a unir valencias negativas a rasgos tales como la orientación presente-tiempo y la orientación abstracta contra la concreta. No intento idealizar o volver romántica la cultura de la pobreza. Alguien lo dijo: «Es más fácil ensalzar la pobreza que vivir en ella»; y sin embargo algunos de los aspectos positivos que pueden derivarse de estos rasgos no deben ser menospreciados. Vivir en el presente desarrolla una capacidad para la espontaneidad, para el gozo de lo sensual, la indulgencia del impulso, que con frecuencia desaparece en el hombre de la clase media, orientado hacia el futuro.

Quizás sea esta realidad del momento la que los escritores existencialistas tratan desesperadamente de recapturar y que la cultura de la pobreza

experimenta como fenómeno cotidiano y natural. El uso frecuente de la violencia ciertamente provee una salida rápida para la hostilidad, por lo que la gente en la cultura de la pobreza sufre menos que la clase media por causa de la represión.

Desde el punto de vista tradicional los antropólogos han declarado que la cultura provee a los seres humanos con un estilo de vida, con un esquema rápido de soluciones para los problemas humanos de modo que los individuos no tengan que empezar desde el principio en cada generación. Es decir, la esencia de la cultura es su función positiva de adaptación. Yo, también, he llamado la atención hacia algunos de los mecanismos de adaptación en la cultura de la pobreza, por ejemplo, el bajo nivel de aspiraciones que ayuda a reducir la frustración, la legitimización del hedonismo de corto alcance, hace posible la espontaneidad y la diversión. Sin embargo, considerada como un todo es una cultura débil, relativamente superficial. Hay muchísimo pathos, sufrimiento y vacío entre quienes viven la cultura de la pobreza. No proporciona ayuda o satisfacción considerables y al alentar la desconfianza tiende a magnificar la indefensión y el aislamiento. En verdad la pobreza de la cultura es uno de los aspectos cruciales de la cultura de la pobreza.

El concepto de la cultura de la pobreza permite un alto nivel de generalización que, esperamos, unificará y explicará un número de fenómenos que han sido vistos como características distintivas de grupos raciales, nacionales o regionales. Por ejemplo, la matrifocalidad, un alto índice de uniones consensuales y un alto porcentaje de hogares dirigidos por mujeres, que se pensaba rasgos distintivos de la organización familiar del Caribe o de la vida familiar del negro norteamericano, resultaron ser características de la cultura de la pobreza, y se encuentran entre diversos pueblos de muchos lugares de la tierra y entre pueblos que carecían de un pasado esclavista.

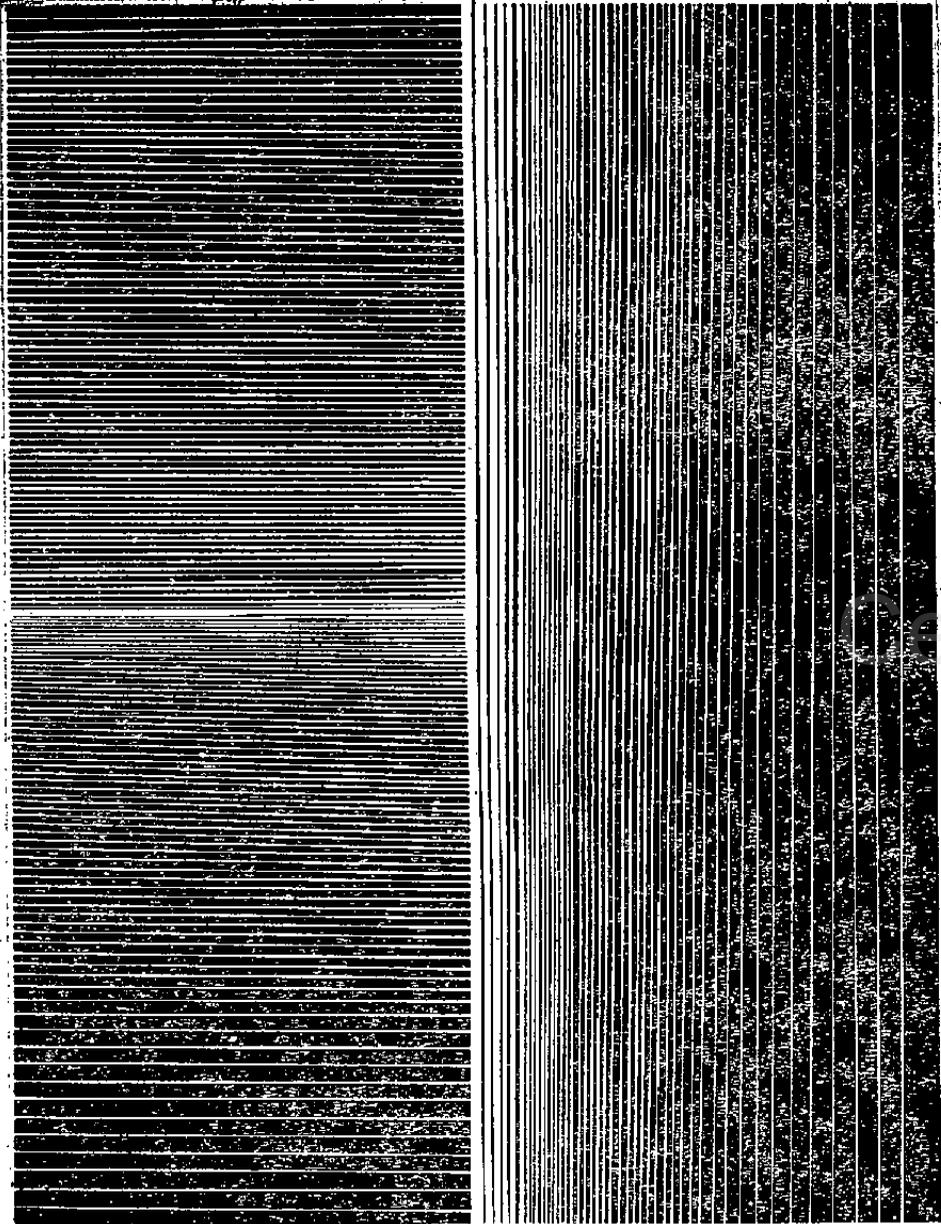
El concepto de una subcultura de la pobreza nos permite ver que gran parte de los problemas que pensamos como específicamente nuestros o de los grupos negros (o de cualquier grupo racial étnico muy característico), también existen en países que no tienen grupos étnicos minoritarios. También indica que la eliminación de la pobreza física no es suficiente para eliminar la cultura de la pobreza que es un estilo de vida.

¿Cuál es el futuro de la cultura de la pobreza? Al considerar este aspecto uno debe distinguir entre aquellos países donde representa a un sector

de la población relativamente pequeño y aquellos donde constituye un sector minoritario. Obviamente las soluciones diferirán. En los Estados Unidos, la gran solución ofrecida por los planificadores y trabajadores sociales al enfrentarse con las familias de múltiples problemas y con los grupos más pobres, ha sido el lentísimo intento de elevar su nivel de vida e incorporarlos a la clase media. Cuando ha sido posible, ha habido alguna confianza en el tratamiento siquiátrico.

En los países subdesarrollados, donde grandes masas viven en la cultura de la pobreza, no es práctica una solución de trabajadores sociales. A causa de la magnitud del problema, los siquiatras apenas pueden empezar a entenderlo. Están demasiado ocupados por su propia y creciente clase media. En estos países la gente con una cultura de la pobreza puede buscar una solución más revolucionaria. Al hacer cambios estructurales básicos en la sociedad, al redistribuir la riqueza, al organizar a los pobres y darles un *sense of belonging*, un sentido del poder y del mando, las revoluciones triunfan con frecuencia al abolir algunas de las características básicas de la cultura de la pobreza, aunque no triunfan en el intento de abolir la pobreza misma.

"Siempre". Octubre 5 de 1966.



Lineamientos de clase social en un pueblo ladino rural de Guatemala

AURA MARINA ARRIOLA

Este trabajo constituye el análisis minucioso de un status económico dado y sus tendencias de desarrollo, tanto en el orden material específico como en sus derivaciones estrictamente sociales, en una comunidad rural de Guatemala.

Sirva el mismo para ilustrar, en forma concreta, a los lectores de «Pensamiento Crítico» sobre el predominio de formas económicas atrasadas en nuestra América Latina.

Este artículo no es más que un esbozo de los rasgos mejor acusados de un perfil que todavía no está bien definido. El perfil es el de los grupos de clase social en un pequeño poblado. Los rasgos que se presentan con mayor claridad pertenecen a la economía. En el poblado hay diferencias individuales de riqueza suficientes para permitir, dentro del régimen de propiedad privada sobre los medios de producción que prevalecen, la explotación de unos por otros. Los rasgos más borrosos corresponden a las relaciones sociales en general, por el hecho de que las clases sociales no han terminado de cristalizarse como unidades socioculturales distintivas. Por ello, este esbozo tendrá que apoyarse en datos económicos en lo esencial.

Los materiales en los cuales se basará tratan de relacionar el capital comercial en formación con el proceso formativo de las clases, para ver si es posible determinar qué grupos llevan la iniciativa en ese proceso, y cuáles empiezan a insinuarse borrosamente como resultado secundario

del mismo. Tengo que advertir, sin embargo que si analizo el capital comercial y su relación con las clases sociales es por considerar que presenta un interés especial en esta comunidad, pero no porque sea el único factor y menos el decisivo en este proceso. Todo se reduce, en resumidas cuentas, a limitaciones de tiempo y espacio.

El poblado en cuestión es totalmente ladino. Está constituido por 119 pequeñas familias, cuyas viviendas, alineadas a ambos lados de un largo tramo de camino, forman un núcleo compacto. Un camino carretero transitable todo el año enlaza el poblado con una carretera nacional y con la Capital de la República, que se halla a 28 kilómetros de distancia. Hay un servicio diario de autobuses entre ambos puntos, para el transporte de personas, productos agrícolas locales y productos industriales de la ciudad.

Su organización social tiene como unidad básica la familia conyugal. El parentesco es reconocido hasta en grados lejanos, pero no da lugar a la formación de grupos definidos ni pesa en la organización social general. Existen unas cuantas organizaciones sociales, principalmente de carácter político y religioso, que están estructuradas formalmente, o que se forman periódicamente para fines específicos, como en el caso de los comités de fiestas. La organización escolar está bien formalizada. Desde el punto de vista político y administrativo, el poblado es cabecera de un municipio organizado a la manera típica de Guatemala ladina y, en sus lineamientos esenciales, de la República entera. En conjunto, el municipio es una pequeña región rural formada por varios poblados menores, cuyo centro administrativo es el poblado principal. La primera autoridad del municipio es el Alcalde, funcionario electo junto con el Consejo que preside. El Alcalde es al mismo tiempo el Juez de Paz. El Ejército tiene en el municipio, como en todo el país, una pequeña organización no regular, que actúa como intermediario entre el Gobierno y las reservas militares y cumple eventualmente funciones policiales.

La economía general de la población es agrícola, de tipo extensivo. La agricultura es la actividad generalizada. Los terratenientes crían ganado vacuno en escala comercial. La región es un poco seca, de montañas de moderada altitud, de topografía fragosa. Las tierras son fértiles, pero los suelos de las colinas, que constituyen la mayor parte del área cultivable, actualmente están sufriendo los efectos de una erosión que tiende a generalizarse. Los instrumentos de trabajo que se utilizan en la producción

agrícola (azadón y machete de hoja curva para la labranza del suelo) son rudimentarios. Sólo hay dos o tres arados de dos rejas de hierro, de tracción animal, en todo el poblado. El trabajo agrícola es estrictamente manual. El riego es sumamente escaso. Las ideas y técnicas agrícolas en general (para la selección de semillas, uso de abonos naturales, barbecho de las tierras, rotación de cultivos, etc.) se ciñen a los usos tradicionales del campesino guatemalteco. El sistema para conservar maíz y frijol, que es típico de la región y desarrollado en ella, tiene gran eficiencia. No obstante, la mayoría de la población raras veces tiene suficientes granos que conservar. El transporte de los productos agrícolas se efectúa a base de fuerza humana, con mecapan, y también a lomo de mula y caballos. Los agricultores alquilan bestias de carga cuando les es posible. La caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres pesan muy poco en la economía general de la población, lo mismo que las industrias extractivas. Salvo unas cuantas frutas, el único producto no cultivado de gran importancia es la leña para el consumo doméstico, cuya obtención, por cierto, se está convirtiendo en un problema.

La ganadería en escala comercial está en manos de los terratenientes, que constituyen una minoría. Esta actividad limita la producción agrícola, pues frecuentemente los terratenientes incrementan el área de pastos a expensas de la de cultivos. El ganado padece suelto en los campos. El pasto es natural, de calidad variable, en general baja y no muy abundante. La principal ración adicional que se da al ganado consiste en residuos de milpa, que los terratenientes obtienen principalmente como parte de la tasa de arrendamiento que les pagan los arrendatarios.

La fuerza productiva social se caracteriza básicamente por el fraccionamiento de los medios de producción. Los agricultores (como los artesanos) trabajan en forma individualizada y aislada. Los productores directos, con base en sus hábitos de trabajo más que en cualquier otro factor, producen lo indispensable para el consumo doméstico (maíz, frijol) y el cambio (pocos granos y algo de tomate, frutas y cucurbitáceas), con absoluta independencia unos de otros. Sin embargo, empiezan a verse ya algunas formas de cooperación simple en las tareas que varios trabajadores ejecutan juntos, utilizando sus propios instrumentos de producción, para algún terrateniente sobre todo en la época de las cosechas.

El capital comercial y la usura están bastante desarrollados y constituyen un medio de apropiación del plus-producto de los campesinos económica-

mente débiles. Aunque la inversión de capital es muy limitada (pues fuera de la compra de ganado es poco lo que se invierte en materias primas, materias auxiliares e instrumentos de trabajo) y no fue sino hasta hace poco tiempo cuando empezó a manifestarse la tendencia a invertir en medios no tradicionales de producción, puede decirse que la formación del capital mercantil ha iniciado el proceso formativo de las clases modernas y tiende a crear las condiciones necesarias para el paso de una economía agraria semifeudal a una de tipo capitalista. El cambio en el poblado y en la región municipal no está totalmente controlado por el capital mercantil local. La población de todo el municipio tiene relaciones comerciales directas con el mercado abierto de la ciudad cercana, tanto para vender como para comprar. No obstante, el capital comercial local tiene una gran capacidad para actuar usurariamente en su jurisdicción, particularmente en la endémica situación de «emergencia» en la cual viven los trabajadores asalariados y los agricultores económicamente débiles. El capital mercantil, cuya mayor proporción está concentrada en las manos de los terratenientes, no se ha desarrollado lo suficiente para controlar ciertos renglones no tradicionales que están a su alcance (el transporte por ejemplo), pero sí ha llegado (posiblemente ayudado después de 1954 por la represión política de que son víctimas las masas campesinas y los trabajadores materiales e intelectuales actualmente) a ejercer control sobre la superestructura política, administrativa y legal del municipio y, por medio de tal control, está buscando nuevos caminos de desarrollo, inclusive el monopolio para la venta de algunos productos industriales importantes.

Considerando la posición que los diferentes grupos ocupan en el sistema local de relaciones sociales de producción y en el cambio, puede decirse que en el pueblo existen cuatro grupos de clase, a saber: los grandes terratenientes, que controlan simultáneamente la mayor parte de la tierra, la ganadería y el comercio en gran escala; las familias de economía intermedia compuesta por pequeños terratenientes, profesionales y empleados; los arrendatarios sin tierras o con muy pocas; y los trabajadores asalariados, agrícolas y no agrícolas.

LOS GRANDES TERRATENIENTES: Este grupo está compuesto por ocho familias que poseen en total 1,676 manzanas (la manzana equivale a .69874 hectáreas) con un promedio de 209.5 manzanas por familia; y un total de 427 vacunos, o sea un promedio de 53.38 cabezas por familia. Estas personas son consideradas actualmente las más ricas del pueblo, y

son las que ejercen el control político y social del mismo. (Es necesario recordar aquí que la simple transformación de dinero en factores materiales del proceso de producción, transforma a éstos en títulos jurídicos y en títulos de fuerza que dan a quien los posee derecho a reclamar de los demás trabajo y plusvalía). Las ocho familias pertenecen a o son simpatizantes de los partidos anticomunistas. Sus nombres se leen en las actas de los comités constituidos para festejar las fiestas principales. Las mujeres o los propios varones de este grupo son los encargados de las actividades religiosas (con una sola excepción, fácil de explicar).

Esta clase tiene como característica principal el hecho de que sus miembros poseen tierras cuya extensión supera la norma de trabajo por familia, es decir, la cantidad de tierra que puede cultivar una familia con su propio trabajo en las condiciones sociales de producción imperantes. Esta clase participa en dos tipos de relaciones de producción bien definidas.

- a) Algunos terratenientes dan en arrendamiento parte de sus tierras para que otros las trabajen, y reciben renta en especie o en dinero. Viven del trabajo sobrante que crean otros productores directos, del cual se apropian debido al privilegio de ser los propietarios privados de ese medio de producción que es la tierra. Además trabajan personalmente sus terrenos, o se dedican a la ganadería o el comercio. Aunque el terrateniente cobra renta en especie, lo que percibe fundamentalmente es mano de obra, pues puede decirse que es muy pequeña la ganancia que obtiene de este modo (dos quintales de maíz por manzana).
- b) Otros terratenientes-ganaderos se han dado cuenta de lo poco productivo que es para ellos el sistema de arrendamientos, y se niegan a dar en alquiler sus tierras, dedicándolas cada vez más al cultivo extensivo de frutas, maíz y otros productos y a la producción pecuaria, utilizando la fuerza de trabajo de obreros asalariados. Los miembros de este grupo innovador también están abandonando el trabajo manual en forma paulatina, y están invirtiendo su tiempo en apropiarse, y por tanto en controlar, el trabajo de otros, así como en vender los productos de este trabajo. Por ello puede decirse que en esta clase encontramos el germen, el nacimiento de una agricultura capitalista.

En este grupo encontramos una forma más desarrollada de la renta del suelo, al dar un terrateniente sus tierras en arrendamiento a otro

miembro de esta clase para que las dedique al cultivo comercial, recibiendo en cambio el pago de una renta anual en dinero que le permita vivir sin trabajar.

Toda renta del suelo es plusvalía, producto del trabajo sobrante, del que se apropia el terrateniente por poseer un título de propiedad sobre la tierra; sin embargo esta forma de renta del suelo se distingue de las formas características de los regímenes de producción anteriores (la renta en trabajo, en especie, en dinero) porque es siempre un remanente sobre la ganancia, es decir, sobre una parte del valor de la mercancía obtenida por medio de la explotación de obreros asalariados.

CLASE MEDIA: Por debajo del grupo anterior de terratenientes está el que podría llamarse grupo de clase media, formado por treinta y dos familias que poseen un total de 277 manzanas, con un promedio de 8.67 manzanas por familia. (En este grupo se incluyen algunos arrendatarios que, por ser representantes del capital comercial, tienen un ingreso que les permite ser considerados como pertenecientes a esta clase).

En este grupo de economía intermedia notamos dos capas sociales. Una constituida por pequeños propietarios o arrendatarios, que impulsados por la creciente fragmentación de sus tierras, se están dedicando a ocupaciones productivas como las artesanías, o semiproductivas como el comercio, ya sea en el pueblo o fuera de él, y otra capa especial intermedia, constituida por los maestros, los oficinistas y todas aquellas personas cuya actividad se desarrolla al margen de la producción de bienes materiales. Estas dos cosas se interrelacionan mutuamente. (Existen varios casos de familias que poseen algunas manzanas de tierra; los padres se dedican al comercio y sus hijos son empleados de municipalidades, oficinistas, empleados de farmacias de la capital, etc.). En esta clase se está perdiendo la tradición de la agricultura, mientras se diversifican las ocupaciones. Algunos tienden a radicarse definitivamente en la capital.

La propiedad parcelaria es la característica principal de la clase media. Treinta y dos familias poseen tierras que producen lo indispensable para su subsistencia. Su constante fragmentación, por la presión creciente de la población sobre los no muy abundantes recursos, el empobrecimiento y el estrujamiento gradual de la tierra sometida a este tipo de propiedad, hacen que esta forma sea cada vez menos productiva. En este régimen, el campesino es el propietario de su tierra, la cual aparece como su instru-

mento fundamental de producción, como campo indispensable de su trabajo y su capital, pero este capital se presenta en extremo atomizado. Hay una excesiva fragmentación que hace que el campesino envíe al mercado sólo el producto que le queda como excedente, mientras consume la mayor parte como medio de subsistencia. El salario que se abona a sí mismo el productor directo después de deducir lo que constituye realmente el costo de producción es, por consiguiente, el límite absoluto con que tropieza este tipo de agricultura. El salario queda algunas veces reducido hasta el límite estrictamente físico, debido a las fluctuaciones del precio del producto.

El régimen parcelario produce otra limitación, dado que la inversión de capital para la compra de la tierra constituye una disminución del capital de que puede disponer el pequeño agricultor en su órbita de producción. Disminuye proporcionalmente el volumen de sus medios de producción y por tanto, reduce la base económica de la reproducción. Somete al pequeño agricultor a la usura, puesto que en este terreno tiene menos acceso al crédito, en el verdadero sentido de la palabra.

En el régimen de pequeño cultivo, el precio de la tierra, forma y resultado de la propiedad privada sobre el suelo, aparece como una barrera opuesta a la misma producción. Se ve cómo se produce la explotación y dilapidación de las fuerzas humanas, cómo la producción se supedita, no al nivel de desarrollo social alcanzado, es decir, a las posibilidades tecnológicas y científicas actuales, sino a las circunstancias fortuitas y desiguales de los distintos productores.

LOS ARRENDATARIOS: Viene luego un grupo de cuarenta y cinco familias de arrendatarios, desposeídos por completo de tierras o que poseen una o dos manzanas, completamente insuficientes para su subsistencia y que, por consiguiente, tienen que arrendar tierras. Ocasionalmente se dedican a diferentes oficios o al trabajo agrícola por salario.

Las relaciones de producción entre esta clase y la clase alta están representados por la renta o canon convencionalmente establecida que el arrendatario paga al terrateniente y que en el pueblo se presenta principalmente bajo la forma de renta en especie, con algunas sincuras constituidas por los residuos del trabajo obligatorio. Si bien la renta se paga principalmente en especie, también se insinúa ya la tendencia a cobrar en dinero, particularmente cuando el maíz tiene un precio muy bajo.

El principal motivo que ata a los arrendatarios a los terratenientes es la imposibilidad física, dado el atraso general del país, de obtener los productos indispensables para la subsistencia en alguna forma que no sea la agrícola.

Tanto el régimen de propiedad parcelaria como el que se basa en la renta en especie son regímenes que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas sociales de trabajo, y retrasan la aparición de las formas sociales de trabajo, la concentración social de los capitales, la ganadería en gran escala y la aplicación progresiva de la ciencia.

TRABAJADORES ASALARIADOS AGRICOLAS Y NO AGRICOLAS:

El cuarto grupo, que puede considerarse el del proletariado agrícola, está constituido por veintiséis familias de trabajadores agrícolas, obreros asalariados y artesanos ocasionales completamente desposeídos de tierras y ganado, cuyo ingreso lo forma principalmente la venta de su fuerza de trabajo. Varias personas de este grupo trabajan en distintas ocupaciones ajenas a la agricultura en la capital y el pueblo. Entrarían también aquí aquellas personas que laboran como trabajadores domésticos, por un pequeño salario en las casas de los ricos.

Algunas personas de esta clase todavía cultivan pequeñas parcelas arrendadas, que trabajan en sus días libres. Aparte de motivos económicos, aquí indudablemente influye una tradición que se resiste a ser abandonada. En esta clase se nota la aparición de arrendatarios capitalistas, personas que venden su fuerza de trabajo en otros departamentos del país, regresan al pueblo y, con el salario obtenido arriendan varias manzanas de terreno que cultivan con trabajadores agrícolas.

La clase trabajadora, la de arrendatarios y parte de la clase media, tiende a constituir el ejército de reserva, y que *será la mano de obra utilizada por los capitalistas cuando el país se desarrolle industrialmente*. Este proceso se está efectuando en parte, pues la concentración de tierras es muy grande y la fragmentación se hace cada día más intensa, pero no se ha agudizado por el lento proceso de desarrollo que lleva el país. Miembros de las dos clases inferiores y aquellos de la clase considerada media que tienen menos recursos son los partidarios o simpatizantes de los diferentes partidos revolucionarios. Algunos de ellos tienen conciencia de las contradicciones que existen entre los poseedores de los medios de producción y los desposeídos de ellos, del abierto divorcio que existe entre esas clases antagónicas,

así como de que entre derechos iguales y contrarios, la fuerza es la única que decide.

La clase alta, poseedora de los principales medios de producción, es la que está concentrando el patrimonio-dinero y el patrimonio-mercancías que se producen en la comunidad. Las principales formas por las que realiza la creación de este capital son las siguientes:

El arrendamiento de tierras

Algunos terratenientes por medio de una renta anual de dos quintales de maíz por manzana al año se apropian del trabajo sobrante que crean los productores directos. Esta renta es sumamente baja y, aunque en gran parte depende del bajo rendimiento de la tierra, es un producto de la lucha de clases, de los esfuerzos hechos por los arrendatarios para hacer menos intensa la explotación a que estaban sometidos durante los gobiernos anteriores a la revolución de 1944. Durante el gobierno del General Ubico pagaban dos quintales de maíz por almud (el almud equivale a doce libras) de maíz sembrado. El almud rendía aproximadamente cuatro quintales, de manera que la mitad exacta de la producción quedaba en poder de los terratenientes, quienes además exigían cuatro días de trabajo obligatorio para cada una de las faenas agrícolas del año (cuatro días en tiempo de la siembra, cuatro días en tiempo de la limpia, etc.). Las tareas eran de treinta y seis varas y trabajaban de sol a sol para terminarlas. En algunos casos recibían como pago cinco centavos por tarea.

El remanente sobre los medios indispensables de subsistencia era muy reducido, lo que impedía al arrendatario conseguir un nivel que no fuera el de simple sobreviviente.

Durante los gobiernos del Doctor Arévalo y del Coronel Arbenz, los campesinos agrupados en la Unión Campesina, asociación creada con fines de defender los intereses de los arrendatarios y obreros agrícolas en su lucha económica contra los terratenientes, lograron que la renta en especie se fijara en dos quintales anuales por manzana y que la tarea fuera de veinticinco y no de treinta y seis varas. Lograron también que se pagara renta, no se hiciera trabajo obligatorio, y si se hacía éste se pagara la tarea a veinticinco centavos. Actualmente, después que los terratenientes volvieron a ejercer el dominio político en la comunidad con el triunfo de la contrarrevolución de junio de 1954, la renta en especie ha seguido siendo

de dos quintales por manzana, aunque los terratenientes ya expresan su deseo de volver a las condiciones que predominaban antes de 1944. Todavía acostumbran a exigir tres días de trabajo obligatorio para que los arrendatarios cercuen los terrenos dados en arrendamiento, poniendo éstos el alambre y los postes. En realidad no se vuelve al grado de explotación anterior porque la economía de la comunidad está orientada hacia un tipo distinto de explotación, lo que transforma al régimen de la prestación personal en una supervivencia, en un verdadero lastre desde el punto de vista político. En el aspecto político, es decir, en lo que atañe a la superestructura de la población, sin embargo, todavía cumple con una función bien definida, al dar al terrateniente la posibilidad de obligar a los arrendatarios a que voten por sus candidatos para ejercer los puestos municipales, bajo la amenaza de negarles el único medio que les permite obtener lo indispensable para vivir. Es así como se convierte la tierra en el principal medio para obtener el dominio político de la comunidad.

Además del trabajo sobrante (de la renta en especie o en dinero), el terrateniente recibe del arrendatario mano de obra, los intereses correspondientes al capital incorporado a la tierra y las mejoras introducidas a ella para mantenerla apta como instrumento de producción. Las inversiones temporales de capital que llevan consigo los procesos ordinarios de producción en la agricultura son realizados, sin excepción, por el arrendatario.

La principal contradicción que se presenta en este régimen económico es que el terrateniente se apropia de los productos del trabajo del arrendatario, sin darle en cambio nada más que la posibilidad de no morir de hambre.

Producción capitalista de la tierra

Gérmenes de producción capitalista; de producción obtenida por medio de explotación de fuerza de trabajo, y cuyo producto es destinado principalmente a la venta, se presenta en el cultivo del maíz, frijol, frutas y tomate, que hacen algunos terratenientes contratando a obreros agrícolas.

El proceso de producción es fundamentalmente un proceso de valorización. El terrateniente se apropia gratuitamente del valor que el obrero incorpora al objeto sobre el cual recae su trabajo, produce plusvalía mediante la apropiación directa del trabajo ajeno no retribuido.

La producción extensiva de maíz, frijol y otros productos agrícolas que tiene como fin primario la venta, es explotada por miembros de la clase alta y por uno o dos miembros del proletariado agrícola. La producción y la venta de leche está en manos de miembros de la clase alta. Las ocho o nueve personas propietarias de tierras y ganado venden leche para el mercado de Guatemala. Envían diariamente de 15 a 120 litros a revendedores de la Capital, que los revenden por litro o por vaso. Reciben diez centavos por litro (les dan doce centavos, pero pagan dos centavos por litro por el transporte). La producción está determinada por la demanda urbana y por las técnicas poco racionales que caracterizan a esta rama de la producción. En la estación de las lluvias, cuando la leche abunda, a los gaanderos les queda un pequeño excedente (de cinco a diez litros) que venden en el pueblo o les sirve para hacer queso o mantequilla. En la estación seca, cuando el pasto y la leche escasean, dejan a los habitantes de la comunidad sin ese producto tan necesario para la dieta, sobre todo infantil. Además tiene problemas para cumplir con las exigencias de los comerciantes urbanos (algunos se prestan la leche entre ellos o la adulteran, agregándole agua).

En esta rama de la producción se utiliza fuerza de trabajo de obreros asalariados (corraleros), y además se ven ya algunos intentos de escapar de los intermediarios urbanos y de controlar el transporte, obteniendo así una mayor ganancia. Un terrateniente paga una comisión a un pariente suyo para que venda la leche en Guatemala, en un intento de distribuirla casi al consumidor. Además, los principales terratenientes contrataron un vehículo para llevarla a los comerciantes ciudadanos. (Posiblemente el principal terrateniente tenga algún capital invertido en el vehículo).

En esta forma de producir riqueza se presentan algunas contradicciones, que son las que tipifican a la clase media. Los terratenientes-gaanderos impiden que los arrendatarios trabajen la tierra, negándose a darla en arrendamiento. Así rompen el vínculo que los une directamente a la tierra y los obliga a subsistir por medio de la venta libre de su fuerza de trabajo. De este modo se apropian gratuitamente del valor que crea el obrero, el cual queda al terrateniente como remanente después de pagarle un salario cuyo valor es de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de su poseedor, o sea lo indispensable para conservar y reproducir la misma fuerza de trabajo.

Comercio

Antes de iniciar el análisis del proceso mediante el cual la clase alta crea capital comercial, es conveniente señalar que debe considerársele como una modalidad de capital cuya función consiste en servir de vehículo al cambio de mercancías, lo que permite que el patrimonio-dinero se concentre en manos de unos pocos. En la comunidad esta concentración se efectúa mediante la apropiación de una parte de la plusvalía que crea el capital industrial nacional y extranjero, cuyos productos se venden localmente. Siendo el trabajo comercial el trabajo necesario que se realiza para que pueda llevarse a efecto la transformación de la mercancía en dinero y del dinero en mercancía, la función de realizar valores que tiene el capital comercial es el que le permite funcionar como capital en el proceso de reproducción, y sustraer para sí una parte de la plusvalía producida por el capital total. La fase de circulación del capital industrial constituye una fase del proceso de reproducción, ni más ni menos que la producción misma, y el capital comercial que opera independientemente en el proceso de circulación y arroja la misma ganancia anual media que el capital que funciona en las distintas ramas de la producción.

La importancia primordial que presenta el capital mercantil es la de que su existencia y desarrollo hasta alcanzar cierto nivel constituyen, en realidad, la premisa histórica para el desarrollo del régimen capitalista: primero, como condición previa para la concentración del patrimonio-dinero; y segundo, porque el régimen capitalista de producción presupone la producción para el comercio, la venta en grande y no a cada cliente en particular, la venta a comerciantes que no compran para la satisfacción de sus necesidades, sino que concentran en sus manos los actos de compra de muchos. Por otra parte, todo el desarrollo del comercio tiende a dar a la producción un carácter cada vez más orientado hacia el valor de cambio, al estimular la creación de un producto sobrante destinado a la circulación mercantil, para aumentar los goces o el atesoramiento de los apropiadores de la producción. El comercio ejerce en todas partes una influencia más o menos disolvente sobre las organizaciones anteriores de la producción, las cuales se orientaban primordialmente, en sus diversas formas hacia el valor de uso.

Lo señalado, por otra parte, es insuficiente para llevar a cabo y explicar la transición de un régimen de producción a otro. Para ello es necesario ligar la magnitud de capital en funciones en una sociedad a las fuerzas

productivas desarrolladas de trabajo. Sólo cuando el comerciante se convierte en capitalista y se apodera directamente de la producción (cuando utiliza máquinas, crea plusvalía con la explotación de la fuerza de trabajo, y el carácter del proceso de trabajo se convierte en cooperativo), se produce el verdadero salto revolucionario.

Como principales aspectos en la producción de capital comercial, señalamos la existencia en la comunidad de tres *mayoristas* especializados, ocupados casi exclusivamente en operaciones de compra-venta de ganado y de algunos productos agrícolas como maíz, tomate y frutas. Tres terratenientes-ganaderos se dedican al cuidado de ganado vacuno durante unos doce o catorce meses, para venderlo a precios más altos a los grandes ganaderos de la costa, o a los indígenas que de diferentes lugares de la República llegan al pueblo a comprar terneros. Esto lo hacen acaparando el ganado que los pequeños propietarios tienen necesidad de vender, por verse compelidos por necesidades intempestivas o porque los propietarios les cierra el acceso a sus pastos. Las compras las hacen, sobre todo, cuando los precios en el mercado están muy bajos.

El maíz y el frijol son comprados por almudes o quintales, cuando los productores directos, del pueblo o de las aldeas, venden esos productos para comprar otros bienes de uso y consumo. La mayor afluencia en el mercado coincide con las épocas de las cosechas y de las fiestas que se realizan en la comunidad. Entonces es cuando se desea estrenar ropa y se necesita dinero efectivo para diversas adquisiciones. En tales períodos los mayoristas compran a bajo precio para luego revender los productos al por mayor, y con ganancia, en el mercado urbano o a los comerciantes que llegan a la comunidad a comprarlos por quintales.

Uno de los tres mayoristas, que además es dueño de la tienda principal, acostumbra acaparar maíz, frijol, tomate y huevos, recibéndolos a cambio de los artículos de primera necesidad que no se producen en el pueblo que él vende en la tienda. En estas transacciones es él quien fija los precios del maíz y del frijol, produciendo así una ganancia adicional al hacer variar el valor de la mercancía sobre el verdadero valor fijado por las condiciones sociales de producción imperantes. (Hay que recordar aquí que mientras el capital comercial sirve de vehículo al cambio de producción de comunidades poco, o no totalmente desarrolladas, la ganancia comercial no sólo aparece como engaño y estafa, sino que deriva en parte de esas fuentes.)

Estos tres mayoristas pertenecen a la clase alta. Hay otras diez personas de las clases alta y media que hacen las mismas transacciones, aunque en menor escala. Los tres mayoristas profesionales venden de cincuenta a doscientos quintales en cada negocio, los otros hasta treinta.

Otro aspecto importante es la existencia de «tenderos», «comerciantes», que crean capital comercial por medio de la compraventa de los artículos industriales y los productos agrícolas que no se producen en el pueblo. Constituye el nexo por medio del cual el pueblo establece relaciones de producción con el resto del país y con los países con los cuales Guatemala tiene intercambio comercial.

Se distinguen aquí dos categorías bien definidas:

- a) Existe una tienda principal muy bien surtida, en la cual se venden sombreros, objetos de jarjia, telas, ropa hecha, cuadernos, lápices, dulces, comestibles y algunas medicinas patentadas. Tiene el monopolio de la Kerosina, el depósito de aguas gaseosas y cervezas para surtir las tiendas de las aldeas. Su dueño posee otra tienda en Guatemala y es, en el pueblo el hombre que lucha por obtener el monopolio comercial de la comunidad, lo que casi ha obtenido debido al volumen de capital-dinero y de capital-mercancía que puede manejar en cada transacción y el control político que ejerce sobre la comunidad.
- b) Existen ocho tiendas en las que se venden principalmente artículos alimenticios y de uso cotidiano, que no se producen en el pueblo, como sal, azúcar, jabón, arroz, pan, cigarrillos, cervezas, aguas gaseosas, vino, etc. Las de mayor volumen (cuatro en total) son también carnicería, comedor, cantina, o las tres cosas a la vez.

En esta categoría se incluye también una venta de medicinas que vende también algunos artículos como azúcar, café molido, candelas y jabón. También es venta legalizada de kerosina, aunque sólo tiene permiso para vender una cuota muy reducida y no puede competir con la tienda principal, la cual recibe kerosina en grandes cantidades, y por consiguiente, puede darla a un precio más bajo. Si ha subsistido es porque mucha gente prefiere pagar dos centavos más que caminar la corta distancia que los separa de la tienda principal. Con respecto a la venta de medicinas se ha originado una lucha por obtener el monopolio en este ramo entre esta tienda y la principal. Sin embargo, la primera está sólidamente establecida desde hace varios años, viniendo

gente, para ser recetada por la propietaria, de otros lugares del municipio y aún de otros pueblos. Vende medicinas patentadas, pero sobre todo prepara medicinas para la disentería, las enfermedades infecciosas y toda clase de dolencias. La tienda principal pertenece a un representante de la clase. Las demás tiendas son todas de gente de la clase media.

Como último aspecto de importancia en la formación del capital comercial, citaré la existencia de un tipo especial de «comerciantes» o «revendedores», a sea, señoras que van a vender víveres con regularidad a los mercados de la capital. Son diez mujeres en total. Cinco de ellas van cada dos o tres días al mercado Colón a vender huevos, gallinas, frutas, flores de izote, pashtes, etc., que compran en el pueblo o las aldeas. Tres van una o dos veces a la semana a vender tamales, carne y chicharrones. El resto de «comerciantes» van ocasionalmente, sobre todo en la época de la cosecha de mandarinas y tomates, cuando compran estos productos al menudeo a los productores directos y los llevan a revender al por mayor. Estas mujeres también compran algunos productos que sus vecinos necesitan y les encargan, pagándoles una pequeña comisión por el viaje. Asimismo, algunas de ellas, cuando van a las aldeas llevan algunas mercancías de las tenderas del pueblo para venderlas cobrando un diez por ciento sobre el volumen de las ventas.

Cuatro de las cinco mujeres que van con mayor regularidad a Guatemala, y que por consiguiente, son consideradas como profesionales, pertenecen a la clase de arrendatarios. Una de ellas es de la clase media. Las que llevan tamales, chicharrones y carne los sábados y domingos a la capital también son de la clase media, así como aquellas que van ocasionalmente, sobre todo en épocas de las cosechas de tomate y mandarina. Con una sola excepción, que la constituye una mujer que pertenece a la clase de los terratenientes-ganaderos.

Al analizar la formación del capital comercial en sus principales formas encontramos que presenta los siguientes aspectos de importancia para determinar las formas de producción de riqueza de la clase alta, y sus relaciones con las demás clases:

- 1) Los terratenientes-ganaderos por ser dueños de los medios de producción han podido controlar el comercio de los principales productos de la comunidad.

- 2) La venta de los artículos industriales y los productos agrícolas no producidos en el pueblo está en manos de la clase alta, por medio de uno de sus más hábiles representantes, y de varios representantes de la clase media, que luchan contra el primero para que les permita subsistir.

Es aquí donde notamos con claridad la concurrencia ligada inevitablemente a la formación del capital comercial y el carácter de lucha de clases que se manifiesta en esta concurrencia. La clase alta crea una barrera para que no ingresen en ella los representantes más hábiles de la clase media que está creando capital mercantil. Se busca por todos los medios concentrar y centralizar el capital-dinero y el capital-mercancía y desplazar a los contrincantes hacia las clases desposeídas totalmente de los medios de producción. Los pequeños comerciantes, para escapar de la completa depauperación, emigran a la ciudad ingresando en las capas más bajas de la clase media urbana. Es así que, aunque los representantes de la clase media llevan la iniciativa en la formación del capital comercial son desplazados por los representantes menos conservadores de la clase alta, por la superioridad del mayor volumen de patrimonio-dinero poseído. (La primera tienda de un volumen considerable que hubo en el pueblo la puso el dueño de la venta de medicinas, miembro de la clase media. Otros miembros de la misma clase han tenido iniciativas comerciales que pronto han sido tomadas por los terratenientes-ganaderos.

- 3) Varios de los representantes de la clase de arrendatarios están perfilándose en la formación de capital comercial. Sobre esto es imposible llegar a conclusiones bien fundamentadas, ya que se desconoce la completa trayectoria que ha de seguir este proceso. Son personas que han podido retener para ellos una parte del volumen relativo de trabajo sobrante, lo que en este régimen depende en gran medida de que el productor directo posea suficiente fuerza de trabajo y de que la tierra por él cultivada sea relativamente fecunda. Es de preverse, sin embargo, que en un determinado tiempo ingresen en la clase media, si no llega también esa rama del comercio a ser absorbida por completo en el proceso de centralización y concentración del capital mercantil.

La Usura

Como último factor de importancia para la formación de capital está la usura, forma característica de la clase alta.

El desarrollo del capital usurario en esta comunidad se enlaza al del capital comercial. Cinco de los nueve terratenientes-ganaderos se dedican a prestar dinero a interés. Dan de cien a mil quetzales y aún más, al 10% de interés mensual, a un plazo de tres meses. Reciben como fianza ganado vacuno o caballar, siembras de maíz y frijol y, si tienen confianza en el prestatario, sólo un documento firmado ante el Alcalde municipal en el cual el deudor se compromete a pagar puntualmente la cantidad prestada, más los intereses.

Por lo general, los terratenientes conceden préstamos a los productores que se hallan en posesión de sus propias condiciones de trabajo, cuando éstos tienen alguna necesidad imprevista.

También se acostumbran los pequeños préstamos hechos algunas veces sin afán de lucro ya que no se cobran intereses, que los productores directos se hacen entre ellos cuando tienen alguna necesidad. Este dinero es tomado para invertirlo en la producción, comprar bienes de uso o consumo, o celebrar fiestas familiares (casamientos, bautizos, etc.).

Por su parte, los terratenientes-ganaderos piden dinero a interés a los prestamistas urbanos, para invertirlo en la producción o en el comercio. Generalmente estas transacciones son hechas bajo la forma de dinero o mercaderías dadas al crédito. Los capitalistas y comerciantes urbanos dan crédito a aquellas personas que tienen posibilidades de actuar como capitalistas algún día, es decir, que tienen la seguridad de llegar a emplear el dinero prestado en apropiarse del trabajo no retribuido. Esta forma de dar dinero a interés conserva aún la forma del capital usurario, porque el capitalista prestatario opera todavía en una escala tan pequeña, que se acerca mucho a aquellos productores que trabajan para ellos mismos, y sirve para consolidar la dominación del capital total del país, ampliando su base y permitiéndole reclutar fuerzas nuevas de las entrañas de la sociedad. Fue principalmente por medio del crédito como el terrateniente más rico del pueblo hoy día, logró llegar a ser uno de los exponentes del capital en su proceso de acumulación, y un representante de la clase dominante, realizándose así el proceso de asimilación que la clase alta lleva a cabo entre los hombres más importantes de las clases dominadas. (Hay que anotar aquí, que una clase es tanto más fuerte y peligrosa en su dominación cuanto más capaz es de absorber a los hombres más importantes de las clases dominadas).

Para analizar al capital usurario como una forma de crear plusvalía hay que señalar, primero, que los poseedores de riquezas, los usureros, que quieren valorizar el dinero como capital a interés, lo enajenan y lo lanzan a la circulación como una mercancía *sui generis*, o sea, como un valor que se conserva y persiste en el movimiento y que retorna a sus manos incrementado con una cantidad adicional que a ellos no les ha costado nada. Es decir, el dinero, siempre que se presta como capital, se presta precisamente como una cantidad que se conserva e incrementa, que al cabo de un determinado plazo se devuelve con un incremento y se halla siempre en condiciones de volver a recorrer el mismo camino.

El usurero embolsa así, todo lo que excede de los medios más elementales de subsistencia del productor; pues el dinero, al venderse como capital, representa un poder sobre el trabajo de otros y da el derecho de apropiarse en forma gratuita de ese trabajo ajeno.

La usura tiene importancia frente a la riqueza consumidora, por ser, a su vez, un proceso de nacimiento del capital. El capital usurario y el patrimonio del comerciante sirven de vehículo a la formación de un patrimonio en dinero independiente de la propiedad territorial, y además favorecen la concentración y acumulación de ese capital.

En la producción a base de pequeños campesinos, el dinero se emplea fundamentalmente como medio de compra cuando el trabajador, que en estos tipos de producción sigue siendo predominantemente el propietario de las condiciones de producción, por cualquier contingencia fortuita no puede reponer esas condiciones en el curso normal de la reproducción. Los medios de subsistencia y las materias primas constituyen una parte esencial de esas condiciones. Su encarecimiento puede hacer imposible reponerlos con el importe de la venta del producto, del mismo modo que una mala cosecha o pérdida de las condiciones de producción en manos del pequeño productor depende en gran parte del grado de dominio que la naturaleza ejerce sobre el hombre, lo que se manifiesta en una serie de pérdidas que empobrecen al pequeño productor y abren una brecha para que pueda deslizarse el parásito de la usura. Basta que se le muera una vaca para que el pequeño campesino se arruine y deje de estar en condiciones de reanudar su reproducción anterior.

El capital usurario, por tanto, prepara el terreno para la producción capitalista al favorecer la acumulación de capital y socavar la producción de los pequeños campesinos y artesanos, arruinar todas aquellas formas en que

el productor aparece todavía como propietario de sus medios de producción. Por otra parte paraliza las fuerzas productivas en vez de desarrollarlas y, al mismo tiempo, eterniza el régimen de pequeña producción, en el cual la productividad social del trabajo no se desarrolla como en la producción capitalista, a costa del trabajo mismo. Centraliza las fortunas en dinero allí donde se hallan diseminados los medios de producción, pero no altera el régimen, sino se adhiere a él para extraer su sustancia como un parásito y arruinarlo. Lo deja exangüe, enervado, y obliga a la producción a desarrollarse en condiciones cada vez más deplorables.

Epilogo

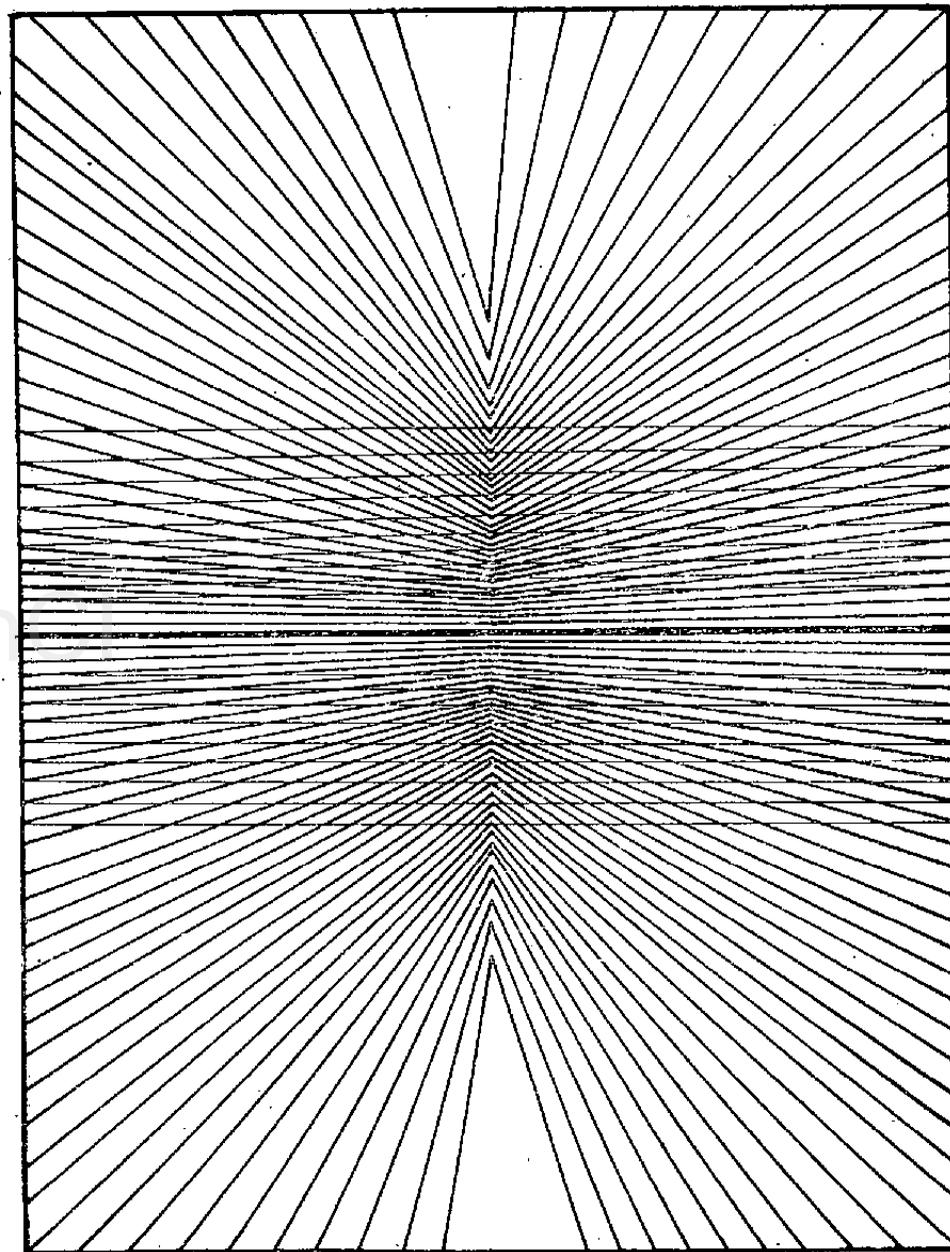
El comercio se tipifica en esta comunidad como una función especial. Lo desventajoso de la venta aislada ha producido un tipo de persona que se encarga, más o menos profesionalmente, de recoger los artículos de muchos productores dispersos para llevarlos al mercado. Con un desarrollo insignificante de la producción mercantil, el pequeño productor se limita a la venta de sus artículos en el reducido mercado local, venta que a veces se hace directamente al consumidor. Esa pequeña venta (que se encuentra en plena correspondencia con la producción pequeña y dispersa) se hace imposible a medida que se amplía el mercado. En un mercado grande, la venta debe ser grande, en masa. El carácter pequeño de la producción resulta incompatiblemente opuesto a la necesidad de una venta en grande, al por mayor. Tal contradicción se resuelve al reunir los representantes de la minería que posee recursos monetarios libres (entendiendo por libres los recursos que no deben ser empleados en consumo personal, etc.), la venta en sus manos. Al adquirir los artículos en gran escala, los mayoristas abaratan los gastos de venta, transformando ésta en grande y regular, de pequeña, esporádica y mal organizada que era. Así el pequeño productor cae inevitablemente dentro de la economía mercantil, bajo la dependencia del capital comercial, en virtud de la superioridad de la venta en grande, en masa, sobre la venta pequeña y dispersa.

El campesino de esta comunidad se halla supeditado totalmente al mercado, del que depende tanto en el consumo personal como en la explotación de su parcela, mostrando el régimen de relaciones sociales la existencia de todas las contradicciones propias de cualquier economía mercantil: concurrencia, lucha por la independencia económica, acaparamiento de la tierra, concentración de la riqueza en manos de una minoría, desplaza-

miento paulatino de la mayoría a las filas del proletariado rural y urbano y su explotación por medio del capital comercial, el capital usurario, y de la compra de fuerza de trabajo. No hay un solo fenómeno económico entre los campesinos que no tenga esa forma contradictoria, vale decir, que no exprese la lucha y el desacuerdo de intereses; que no represente más para unos y menos para otros. Así son el arriendo, la compra-venta de tierras y la incipiente explotación capitalista de la tierra.

El viejo tipo de campesino semifeudal, su producción únicamente para la subsistencia y su división clasista correspondiente, comienza a ser desplazado por tipos de población rural totalmente nuevos; por tipos que constituyen la base de la sociedad donde domina la economía mercantil y la producción capitalista. Estos tipos son los terratenientes-ganaderos o burguesía rural en formación y el proletariado de campo; la clase de productores de mercancías en la agricultura y la clase de obreros agrícolas asalariados. Dichos tipos son, en realidad, los que van a ser decisivos en la formación de las clases en esta comunidad, principalmente cuando el comerciante se ligue a la innovación productiva y al afán de lucro y de explotación del capitalista.

Julio de 1967.



Sociología y espionaje

GREGORIO SELSER

El libro de Gregorio Selsler, *Espionaje en América Latina*, escrito en 1966, denuncia un caso concreto de la vinculación que existe entre las universidades y las organizaciones encargadas del espionaje imperialista yanqui. Posteriormente la opinión pública, dentro y fuera de los Estados Unidos, se conmovió por los reveladores artículos de la revista *Ramparts*, que pusieron al desnudo estas relaciones.

Los detalles del «Plan Camelot» aparecen, por primera vez, en nuestro país, y contribuyen a extender geográficamente el planteamiento contenido en el libro de Selsler: «¿hasta qué punto es moral el silencio frente al maridaje del científico y el espía?».

Como siempre, el estrepitoso deambular del imperialismo en la casa ajena sólo sirvió para confirmar la sordera crónica de la OEA. Pero no todo es color de rosa en el mundo de las oligarquías cómplices, además del peligro que les viene de los pueblos, el propio «Plan Camelot» contiene el veredicto de su «socio mayor»: «Considerando las condiciones mostradas por (o) se puede suponer que la élite tiene una mayor probabilidad de ser cohesiva si está formada por un número pequeño de grupos más bien que lo contrario»... «Inicialmente, y considerando su rol crítico, la élite gubernamental (o régimen en el poder) puede tomarse como representativa de todos los grupos de élite». (Modelo preliminar del potencial de guerra interna. Apéndice D del Plan C). Pero nuestro problema no es ése, sino que actualmente el muestreo, la entrevista, la observación, el contraste de técnicas no van encaminadas a curar las llagas, sino que hurgan, corroen, disecan nuestro mundo para implantar más profundamente la gangrena del coloniaje.

Para nosotros, latinoamericanos, es de vital importancia conocer los sutiles manejos del imperialismo yanqui, quien frente a la explosiva situación del continente

pretende prever los posibles conflictos, mediante operaciones, cuyo fin es militar —aunque aparezcan encubiertas como «investigaciones científicas» en el campo de las ciencias sociales—, y que buscan el conocimiento exhaustivo de nuestra realidad. Ello no quiere decir que el enemigo haya abandonado los métodos de intervención armada puestos en práctica desde mediados del siglo XIX, sino que también utiliza el avance científico de nuestros días en función de sus ambiciones. Ante esta perspectiva, la respuesta adecuada la van dando los pueblos: crecen en América Latina las filas de los combatientes.

Los extractos del «Plan Camelot» que hoy se publican, sirven para ilustrar las aspiraciones del imperialismo norteamericano y las futuras tácticas que empleará en nuestro Continente.

Proyecto Camelot

I. INTRODUCCION

Este informe pretende indicar el estado actual del esquema de investigación para el Proyecto Camelot. Este proyecto es el resultado del esfuerzo de 140 profesionales-año, durante tres y medio años, para determinar la posibilidad de desarrollar un sistema de análisis de un país que porporcionaría los medios para: (1) identificar y medir indicadores y estimar las causas de un conflicto potencial interno; (2) estimar el efecto de diversas acciones gubernamentales que influyan sobre ese potencial; y (3) obtener, conservar y recoger la información requerida para el sistema anteriormente mencionado.

Este esquema de investigación será continuamente revisado desde ahora hasta el 1o. de setiembre de 1965, fecha en la que se realizarán los mayores esfuerzos de recolección de datos en 21 estudios analíticos de casos de guerra interna y en 5 estudios de sistemas sociales comparativos de sociedades contemporáneas en funcionamiento. Además, este otoño se hará un esfuerzo paralelo que investigará la simulación manual y mecanizada de conflicto interno y la respuesta del Gobierno ante él. En los tres meses transcurridos desde la designación del director del proyecto y el desarrollo inicial del personal, el esquema ha alcanzado un punto en el que parece aconsejable darle una mayor circulación, bajo el aspecto de este informe.

La complejidad del problema del diseño de la investigación proviene de la necesidad de recolectar intencionadamente datos comparativos que sean capaces de prever los tests adecuados del conjunto de hipótesis consistentes e interrelacionadas que están contenidas en el modelo. El trabajo, hasta

la fecha, en el campo del conflicto interno ha sido principalmente de tipo inductivo e intuitivo, proporcionando una base importante para el desarrollo de hipótesis y modelos. Sin embargo, la tarea del Plan Camelot es aplicar la teoría sistemáticamente derivada y los métodos mejor desarrollados en muchos otros campos de las ciencias sociales, al dominio específico del conflicto interno y a las relaciones entre insurgentes y afectados. Además, esta aplicación debe ser de tal tipo que, una vez reunidos los datos del caso en estudio, sea posible efectuar los análisis comparativos necesarios para el desarrollo científico.

La primera parte de este informe pretende proporcionar el contexto del esquema de la investigación, describir brevemente el proyecto, hacer comprensible la posición para llevar a efecto varios puntos teóricos y prácticos, identificar el trabajo que se ha emprendido y que está por hacerse y, lo más importante, proporcionar un cierto nexo entre los diseños específicos para los estudios del caso analítico, los estudios de los sistemas sociales y el esfuerzo de las técnicas de simulación.

Desgraciadamente, no es posible en pocas páginas establecer el diseño de un proyecto de la magnitud del Camelot. Puesto que nuestro enfoque es hacer inicialmente un esquema muy amplio, el estado actual del esquema es menos sucinto de lo que será en setiembre, ya en su forma definitiva. El esquema ha sido explícitamente desarrollado en la etapa actual para facilitar el proceso de pulimiento e integración. Hay algunas observaciones preliminares sobre el esquema de la investigación que parecen apropiadas para establecer la etapa que seguirá a continuación. El término «esquema de la investigación» no es, desgraciadamente, un concepto preciso que goce de aceptación unánime. De hecho, es más bien un término ambiguo. Haremos un comentario con el objeto de aclarar la forma en que este término es usado en este proyecto. Para los propósitos de este proyecto, se presume que hay seis componentes en el esquema de la investigación: (1) teoría, (2) hipótesis, (3) variables, (4) mediciones, (5) índices, (6) análisis. Cada uno de estos componentes deviene del otro, aunque no de la misma manera. Así, las hipótesis se derivan de las premisas teóricas, las variables de las hipótesis y así sucesivamente. Finalmente, tenemos los indicadores reales, que serán utilizados para las mediciones de las variables utilizadas en las hipótesis. Son estas medidas las que determinan las necesidades de datos específicos para la investigación que se está efectuando.

En la actualidad, para establecer un esquema de investigación, se ha puesto el mayor énfasis en deducir las exigencias de datos y especificar las medidas comparables para los estudios del caso analítico y de los sistemas sociales.

Una vez que estas necesidades han sido especificadas, el investigador individual podrá disminuir su preocupación por la teoría y las hipótesis, porque ya ha definido su necesidad de recolección de datos y los métodos para reunirlos. En un sentido restringido, consideramos la especificación verdadera de las exigencias de recolección de datos como la meta final de la investigación. Sin embargo, el presente trabajo contiene tanto la especificación de las consideraciones teóricas como las hipótesis, de tal manera que el proceso de pulimiento puede llevarse a cabo dentro del contexto de consideraciones. Sería inútil argumentar acerca de las exigencias de datos ajenos al contexto teórico. Es este contexto el que da la unidad al esquema y permite su evaluación científica. Los primeros dos componentes del esquema de investigación constituyen el modelo. Como parte del esquema de investigación estamos considerando una serie de modelos de procesos de conflicto interno, por ejemplo, determinación específica de los elementos básicos del conflicto.

Para nuestros propósitos, consideramos un modelo como una abstracción de la realidad para los fines de simplificación y análisis. La esencia del proceso iterativo de pulimiento que es fundamental para el Plan Camelot, se encuentra en la verificación sucesiva de los resultados del modelo con los resultados del mundo real. Esto es, se buscarán proposiciones explícitas de suposiciones teóricas y definiciones, como también un conjunto de hipótesis lógicas, interrelacionadas, consistentes y exhaustivas que definan el sistema del mundo modelo.

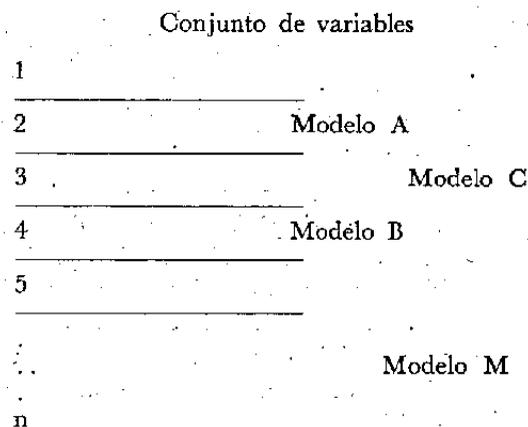
Por la experiencia de esfuerzos anteriores, estamos convencidos que un modelo relativamente simple no será adecuado. Nunca intentaron serlo. Fueron contribuciones valiosas para comprender la potencia de tres o cuatro sistemas de variables. Pero se necesita más.

Por lo tanto, estamos actualmente comprometidos en lo que ha sido designado por «enfoque meta-teórico». Esto es, estamos considerando una serie de modelos interrelacionados de conflicto interno, tales, que las necesidades resultantes de datos no limitarán demasiado el alcance de posibles análisis.

A menudo, un sólo investigador o un pequeño grupo —por las limitaciones de recursos y de tiempo— debe limitarse a trabajar con un solo modelo para la comprobación.

El Proyecto Camelot se fija a sí mismo la meta más compleja de reunir datos comparativos estructurados y delineados que permitirán la comprobación de varios modelos, incluyendo algunos que aún no han sido desarrollados.

Este concepto de un conjunto de modelos puede representarse en forma gráfica por una lista o conjunto de requerimientos de variables con modelos específicos que utilizan un subconjunto especial. Muchos de estos subconjuntos contienen cantidades significativas de las mismas variables, de tal manera que el costo agregado de comprobación de modelos adicionales es no lineal.



Estamos convencidos que tal enfoque en la construcción del modelo para el proyecto en su conjunto, tiene una mayor probabilidad de proporcionar un producto útil que, entregando los recursos del proyecto inicialmente a un solo modelo, como por ejemplo, la versión refinada y ampliada del Modelo Wolf, contenido en el Apéndice D. Estamos trabajando en este tipo de modelos, pero en este momento sería una irresponsabilidad comprometer el proyecto en su totalidad en ese modelo. Por supuesto, es posible que las comprobaciones previas y el pulimiento del plan, desde ahora hasta el 1o. de setiembre, de hecho reduzcan las necesidades de datos a las especificaciones de uno o dos modelos. Sin embargo, actual-

mente parece que, aunque tendrá lugar una reducción considerable, las necesidades de datos permitirán la comprobación de varios modelos.

En la actualidad, el esquema resta importancia a dos factores importantes que en los meses venideros recibirán atención preferente. Estos factores son los problemas reales de recolección de datos y los procedimientos específicos de comprobación y análisis. En la primera cuarta parte del trabajo se ha dado énfasis a la especificación y derivación de las exigencias de datos. No obstante, en toda decisión ha estado implícito el interés por estos dos factores. La directiva superior encargada del proyecto ha tenido una experiencia considerable en estas áreas que se abastecen directamente de la especificación de las exigencias de datos.

El énfasis puesto en el proyecto, en la recolección expresa de datos comparativos, se está aproximando a la frontera de la metodología de la ciencia social. En los últimos años se ha ganado una considerable experiencia en las encuestas culturales cruzadas, por ejemplo, la que proporciona una base sólida para el desarrollo de instrumentos comparables para nuestro trabajo de encuestas. Estamos obteniendo y apoyando un trabajo que trata de estandarizar los resultados de la encuesta, el análisis del contenido y la opinión del experto. Tal trabajo es crítico para el Plan Camelot, mientras desarrollamos los procedimientos de recolección para asegurar que los datos sólo son comparables dentro de los estudios del caso analítico o dentro de los sistemas sociales, sino también comparables entre ellos.

El segundo factor se refiere al esquema detallado y explícito del análisis en el proyecto. Nuevamente el análisis está implícito en forma de hipótesis particulares y tipos de datos reunidos. Aunque en este trabajo se ha prestado poca atención al análisis, éste tiene gran importancia. Además de las formas más estandarizadas de análisis estadístico utilizadas en la investigación social, estamos investigando seriamente el uso de técnicas operacionales de investigación, técnicas de simulación, análisis del contenido de las máquinas y nuevos tipos de análisis de los datos de las encuestas. La investigación de estas técnicas hasta la fecha ha dado énfasis a las inferencias para la recolección de datos. Esto es, qué nuevos tipos y formas de datos se necesitan para estas clases de técnicas analíticas. Antes de llegar a la etapa de iniciar en setiembre la recolección de un mayor número de datos, estos procesos analíticos habrán sido estudiados en detalle. Sin embargo, puede afirmarse con confianza que el enfoque del Plan

Camelot —ser tan científico y cuantitativo como sea posible— explícitamente condiciona el tipo de técnicas analíticas que han de usarse. El propósito del Plan Camelot es determinar todo lo que puede decirse científicamente de los objetivos del proyecto y no todo lo que puede decirse, en general.

Apéndice C

TECNICAS DE SIMULACION

James S. Coleman

Esta parte del Proyecto Camelot encuentra su mejor descripción en un solo término: «Síntesis». La construcción del modelo matemático es una tentativa, al más alto nivel de rigor conceptual, de construir o sintetizar un sistema que reflejará las características de un conflicto interno. El juego constituye la misma actividad constructiva o sintética a un nivel bajo de rigor conceptual. La simulación para el computador se ubica entre ambas, usando algunas de las características del modelo matemático, pero con una mayor flexibilidad. Estos tres esfuerzos complementan así el trabajo analítico y empírico. La utilidad de comprometerse en estas tres clases de actividades en el mismo segmento del Proyecto Camelot, descansa en la naturaleza sintética de la actividad. Puesto que todos son intentos de sintetizar el sistema, ellas pueden ayudarse entre sí directamente, por los medios que serán desarrollados más abajo.

El objetivo de esta porción del Proyecto Camelot es proporcionar modelos de conflicto interno que reflejarán las características principales de la revuelta en una sociedad en desarrollo. En las primeras fases del proyecto, esta síntesis se basará ampliamente en el conocimiento existente acerca del conflicto; en etapas más avanzadas, incorporará progresivamente los resultados de la investigación empírica que se ha llevado a cabo en otras partes del proyecto. Pero en todas las etapas, la meta va a proporcionar modelos operantes al sistema. Pero tales modelos operantes tienen clases diferentes de valores. Ellos permiten llevar adelante estudios paramétricos, para examinar qué cambios afectivos en los diversos elementos de la sociedad tienen sobre la emergencia o el desarrollo del conflicto interno. Ellos también sugieren estrategias para intervenir en el proceso, dando una mirada dentro del funcionamiento del sistema.

Los productos finales de esta porción del Proyecto Camelot deberían tener la forma de simulaciones para el computador. Estas simulaciones se basarían en modelos matemáticos, pero no quedarían limitados a esos aspectos para los cuales puede desarrollarse una formulación matemática precisa. «La teoría del juego», servirá como puente hacia la simulación en sí misma. Esto es, nuestra habilidad para diseñar y ejecutar un «juego» que modela una área de conducta, es mejor que nuestra habilidad para diseñar una simulación para computador en la misma área. Pero en cuanto un «juego» ha sido permitido y se ha ganado experiencia con él, el diseño de una simulación para el computador se hace mucho más fácil.

Esto indica la dirección que tomarán las simulaciones. Aunque ellas incorporarán la estructura de los modelos matemáticos, ellas también estarán diseñadas para simular la conducta de actores ad-hoc. El enfoque general puede ser mejor enfocado, estableciendo una analogía con lo económico. La teoría económica es materia basada en una conducta racional intencionada. A pesar de esto, un sistema económico simple puede ser descrito por un sistema de ecuaciones diferenciales simultáneas, en el que la conducta intencionada de los actores está expresada en los coeficientes de las ecuaciones. Sin embargo, antes de alcanzar este nivel de abstracción, es posible reflejar el mismo sistema por la introducción explícita de actores, ya sea en situación de juego o en una simulación para el computador que incluya un modelo de conducta intencionada. Tal simulación para el computador puede tomar básicamente dos formas. Una es simplemente el sistema de ecuaciones matemáticas. La otra verdaderamente simula la conducta de actores ad-hoc. Nosotros trabajamos en dirección hacia esta última, tanto porque es una meta más factible, como porque da una visión más directa del funcionamiento del sistema.

En una etapa inicial del conocimiento, es posible estilizar el último enfoque, antes de que pueda especificarse el sistema de ecuaciones diferenciales. Aún si puede especificarse la estructura general del sistema de ecuaciones, frecuentemente los valores de los coeficientes no pueden serlo mientras el modelo de actor ad-hoc puede ser especificado con precisión.

Puede en el hecho ocurrir que uno de los productos finales de este trabajo sea una combinación de simulación para el computador y el «juego». Un modelo en el computador simularía una posición del sistema mientras que los roles de los actores claves serían tomados por «jugadores» en interacción directa con el computador.

Esta descripción indica las metas totales de esta parte del Plan Camelot. Sin embargo, a pesar del hecho de que los modelos de computador del sistema son vistos como el producto terminal final, puede bien ocurrir que los resultados de los experimentos con el «juego» proporcionarán productos terminales más allá de lo que ayudarán en la simulación. Como ocurre con muchos proyectos, el trabajo puede conducir a subproductos valiosos, enteramente inesperados.

La estructura general de la actividad

Este trabajo será desarrollado con una combinación de un foco central y además con un criterio de diversidad. El foco central se detallará más abajo. Sin embargo, prevalecerá un pluralismo general de tal modo que puedan iniciarse direcciones conexas para obtener el beneficio de diversos enfoques hacia la misma meta. Así, a medida que nuevos investigadores se incorporen al proyecto, se agregarán nuevos enfoques siempre sujetos a las limitaciones de que pueda resultar un producto final central. Las actividades serán desarrolladas ampliamente en las oficinas del Plan Camelot. Sin embargo, será necesario utilizar en otros lugares ciertas capacidades tales como instalaciones de computadores y laboratorios de juego, por medio de subcontratos. Esto ocurrirá particularmente en las primeras etapas del trabajo, antes de que los medios suficientes se desarrollen en el mismo Plan Camelot.

El enfoque general del conflicto interno

Al comienzo se elegirán dos estrategias para modelar el conflicto interno. La primera comienza con una situación de conflicto con los principales protagonistas del conflicto ya identificados y la situación estructurada de modo que el conflicto pueda desarrollarse. Este enfoque será estudiado primero por medio del juego con el desarrollo subsiguiente de un modelo matemático y de simulación en el computador. La base teórica para este enfoque podrá encontrarse en el trabajo de James Coleman «*Conflicto en una Comunidad*» (Community Conflict).

El segundo enfoque comenzará de un modo más próximo a partir de una teoría general de las decisiones colectivas. Utiliza la obra de Arthur F.

Bentley y toma como punto de partida las actividades económicas u otras, que componen un sistema social.

Los puntos de la decisión colectiva están generados por estas actividades, como lo son las tensiones que pueden dar lugar al conflicto interno. Ambos enfoques se describen con cierto detalle más adelante. Debería aceptarse, sin embargo, que ellos no constituirán los únicos enfoques que serán desarrollados en este trabajo. Otros se desarrollarán a partir de aquéllos y todavía otros se originarán de los intereses de los investigadores que se unan al proyecto.

I I

Señor oficial:

Como una forma de obtener una mejor comprensión de la relación que existe entre el pueblo de Chile y su Ejército, estamos estudiando algunos aspectos que nos parece tienen un papel importante para el logro de nuestro objetivo.

Dada la finalidad eminentemente científica del trabajo que estamos realizando, las opiniones que Ud. se sirva manifestarnos a continuación no necesitan llevar su firma y son, por lo tanto, estrictamente confidenciales. Debido a la razón anterior le rogamos ceñirse en sus respuestas —exclusivamente— a las instrucciones que aparecen en el cuestionario y bajo ninguna circunstancia comentar las preguntas con sus compañeros u otras personas sin antes haberlas respondido y remitido a nosotros en el sobre adjunto, cerrado, por intermedio de la persona encargada de recolectarla. Agradeceremos especialmente a Ud. lea las preguntas e instrucciones cuidadosamente y se sirva escribir tan legiblemente como le sea posible o use letra de imprenta o máquina de escribir a fin de evitar errores de interpretación.

Grado... Armas de servicio... Unidad o escuela, Academia de Guerra o Politécnica... Lugar de nacimiento... Ocupación de su padre (*Especifique cuidadosamente*)... Ocupación del padre de su esposa... Parentes de las Fuerzas Armadas o carabineros (*Especificar: grado de parentesco, grado alcanzado y si están en servicio activo o no*)...

Educación: 1. Hdes., Universidad... 2. Escuela Militar... 3. Academia de Guerra... 4. Academia Politécnica... 5. Escuelas militares extranje-

ras... País... No. de años... 6. Profesor militar... No. de años... Antigüedad obtenida en el curso militar de la Escuela Militar (*Especificar puesto y número de alumnos del curso*):

1. Haciendo un recuento: ¿Cuáles fueron las principales razones que Ud. tuvo para decidirse a seguir la carrera militar? (*Especificar*)

2. En su carrera militar: ¿Cuáles han sido las principales fuentes de satisfacción para Ud.? (*Especificar*)

3. Asimismo: ¿Cuáles han sido las principales fuentes de insatisfacción para Ud.? (*Especificar*)

4. Sin incluir a sus parientes: ¿Cuántos de sus cinco mejores amigos son oficiales?

Oficiales... Ocupación de aquellos que no son oficiales...

5. Si Ud. tuviera que aconsejar a un hijo suyo, ¿le recomendaría que siguiera la carrera militar? ¿Por qué?

Sí... No... Porque... Tradición militar familiar... Persistencia de la ideología profesional...

6. Si Ud. tuviera que escoger entre las siguientes categorías, ¿en cuál de ellas se ubicaría Ud. políticamente en este momento?

Derechista... Algo derechista... Algo izquierdista... Izquierdista...

Comente, por favor, el origen de su decisión y el significado que Ud. atribuye al concepto señalado.

La relación profesional-política tenderá a hacer que:

10.) La ideología sobre política y sobre posición política de los oficiales estará determinada no por su pertenencia a una clase social, sino por la pertenencia a un grupo profesional. Hay una tendencia a una identificación por grupo profesional y no por clase social.

7. En su opinión, la probabilidad de una guerra entre Chile y alguno de sus vecinos no existe, es muy pequeña, es escasa, o es grande. ¿Podría explicar por qué piensa así?

8. El Ejército intenta ayudar al desarrollo económico del país a través de programas de educación en alfabetización y enseñanza técnica a los conscriptos, construcción de caminos, puentes, viviendas, forestaciones y otras actividades. ¿Cree usted que el Ejército debiera aumentar estos programas de desarrollo o piensa Ud. que estos trabajos podrían ser realizados a través de otras instituciones gubernamentales que no fueran el Ejército?

1. Aumentar los programas del Ejército... 2. Realizarlos por otras instituciones... 3. Está bien como está... ¿Por qué?... Problema...

9. De las actividades militares, ¿qué porcentaje de ellas desearía Ud. que fuera dedicado a estos programas como máximo?

Porcentaje... % ritmo de cambio de meta...

10. ¿Considera Ud. que su participación en estos programas de desarrollo es compatible con su rol profesional y su propia imagen como oficial? (*Sírvase explicar su respuesta, por favor*)

Capacidad y compatibilidad del profesional militar frente a nuevas metas...

11. Un cuestionario dado a una muestra de la población chilena, mostró una gran fe de los civiles, en que los militares defenderían la Constitución si ésta fuera violada. Específicamente, ¿bajo qué circunstancia cree Ud. que los militares debieran actuar en esta materia?

12. ¿A qué clubes, asociaciones, etcétera, pertenece Ud. actualmente?

13. A continuación Ud. encontrará algunas opiniones que se han emitido sobre los militares. Para cada proposición le rogamos indique si Ud. concuerda fuertemente, concuerda un poco, disiente un poco o disiente fuertemente de ellas. Ud. puede fundamentar su opinión siempre que lo estime necesario.

1. Los valores dominantes de la moderna sociedad comercial son el materialismo y la búsqueda del placer y estos valores tienden a debilitar (en los ciudadanos del país) los valores de patriotismo, deber y sacrificio personal tan necesarios para el soldado.

CF... CP... DP... DF... Aislamiento social de la organización militar respecto a otras organizaciones sociales...

2. Las probabilidades de un conflicto entre países latinoamericanos son pequeñas, dado que usualmente puede confiarse en la Organización de Estados Americanos y en las Naciones Unidas para mantener la paz.

CF... CP... DP... DF... Evaluación del papel de las organizaciones internacionales como medio de solucionar el conflicto...

3. En cierta forma, una pequeña guerra es buena para un país ya que largos períodos de paz producen una debilidad general en la población. CF... CP... DP... DF... Persistencia del espíritu bélico.

4. El ejército es necesario para la defensa del país, pero ciertamente, no tan importante como 20 ó 30 años atrás.

CF... CP... DP... DF... ¿Cómo ven ellos su importancia para la nación?

5. El militar es necesario en el país, aun si no hay guerra, para actuar como un guardián de la Constitución en caso de que un gobierno tratara de violarla.

CF... CP... DP... DF... Comparación con creencia en esta acción de los civiles... Fuerza y conflicto interno... Fecha...

III. CLASIFICACION Y RECOLECCION DE DATOS

Ya que suponemos que la insurgencia es el resultado de un estado o proceso de desintegración en algún aspecto del sistema social, y que la interrelación de un sistema social, implica que éste se relaciona a otros cambios en la sociedad, necesitamos un medio para organizar la recolección de datos importantes a través de preguntas de amplio alcance, que reflejen los diferentes aspectos de, y las perspectivas sobre una sociedad como un todo. Más aún, ya que las hipótesis acerca de las revoluciones y de la insurgencia cubren una amplia gama de enfoques, y el Plan Camelot está encargado de probar un gran número de las más plausibles, o aquellas que parezcan tener grandes probabilidades de éxito, nuestro esfuerzo para recolectar datos debiera organizarse de un modo tal, que cumpla con las necesidades de datos de muchos enfoques analíticos diferentes. Finalmente, con el objeto de obtener datos determinadamente comparables, tanto para un gran número de casos como para diversos enfoques, los instrumentos para la recolección de datos deben reflejar una razonable cantidad de detalles y definiciones, como también un amplio margen de preguntas.

Se han proyectado siete instrumentos para hacer la recolección de datos:

- 1) Desarrollo político del caso;
- 2) Análisis de los disturbios políticos (incidentes de la violencia);
- 3) Análisis del Gobierno;
- 4) Análisis de las organizaciones insurgentes;
- 5) Modelos institucionales;
- 6) Grupos ocupacionales, y
- 7) Datos de antecedentes sociales.

A. Desarrollo Político

Ya que el enfoque inicial de cada estudio del caso, es, junto a la secuencia de hechos y el encuadre de desarrollo, lo que en esencia comprende el caso, el primero de los instrumentos para la recolección de datos que está diseñado para cubrir estas dos dimensiones básicas en el período bajo estudio, visto como un proceso en marcha.

A. Desarrollo Político y Secuencia de los Hechos.

1) Secuencia básica y desarrollo situacional.

a) ¿Cuál fue la secuencia básica de los hechos que constituyen el caso?

1) Identifique.

a) Grupos involucrados y directivas.

b) Puntos culminantes de los hechos.

---violencia.

—no violencia.

c) Hechos articulados.

d) Investigue en el pasado, el desarrollo de las condiciones aparentes y hechos, en la sociedad, que culminaron en los hechos descritos.

1) Investigue el desarrollo veinte años antes del suceso que representa el éxito, el punto culminante o el fracaso, del desafío al gobierno.

2) Cuando las situaciones básicas o desarrollos, claramente tienen ingerencia directa en una etapa anterior, investigue en el pasado, el punto en el cual la inestabilidad se muestre significativamente manifiesta, como una transformación básica en la tasa de cambio.

2) Las razones por las cuales las características y acciones del gobierno contribuyeron a desarrollar la iniciación del descontento social y el origen de las presiones revolucionarias.

1) ¿Afectó adversamente la política del gobierno a sectores, áreas o grupos importantes?

2) ¿Cuáles fueron estas políticas y cuál fue su impacto diferencial y sobre cuáles grupos ocupacionales, sectores, élites, contra-élites, no élites, regiones, etc., por ejemplo:

¿Tenían, las políticas fiscales e impositivas adoptadas, un efecto diferencial sobre los grupos y sectores? ¿Cuáles grupos fueron mayormente afectados?

¿Afectaban adversamente el creciente rol del gobierno en la economía, a los negocios claves e intereses comerciales?

b) ¿Estas políticas produjeron cambios, en la tasa de crecimiento, disminución o redistribución de la riqueza de diversos sectores?

2) ¿Produjo una crisis económica, la mala administración, incompetencia o los programas demasiado ambiciosos del gobierno? ¿Cuál fue el efecto diferencial de esto sobre cuáles sectores o grupos?

b) ¿Tomó el gobierno medidas para hacer frente a esta crisis, y con qué resultado?

c) ¿Fracasó el gobierno, al no tomar medidas tendientes a mitigar las consecuencias de sucesos, como son los desastres naturales (i. e. distribuir las provisiones escasas, pedir ayuda extranjera)

3) ¿Actuaron ciertas políticas gubernamentales como precipitantes del descontento y cambios sociales, más bien que ser ellas mismas reacciones ante estos cambios?

a) ¿Alienaron las políticas de gobierno, tales como las de promociones de desarrollo económico, integración económica y nacional y mejores comunicaciones, industrialización y reformas sociales, a ciertos grupos o intereses establecidos y sirvieron para la creación y expansión de nuevos grupos sociales o a la socialización política de grupos que estaban previamente fuera del sistema político?

b) ¿Produjo esto el desarrollo de influencias disruptivas, antes que los efectos integrativos a largo plazo pudieran sentirse?

c) Identifique esas políticas y sus efectos diferenciales sobre los diferentes sectores o grupos de población (ver cuestionarios sobre sectores ocupacionales).

—¿Alteraron significativamente el equilibrio existente de las fuerzas sociales?

—¿Minaron los moldes tradicionales y controles sociales, produciendo esto un aumento de la incidencia política?

—¿Alienaron a algunos importantes sectores de élite y contra-élite, las políticas de reforma agraria y tributaria, los llamados al nacionalismo y fuerzas populares en un esfuerzo para ampliar la base del gobierno?

—¿Estaban estos alejados grupos de élite en poder de recursos o posiciones estratégicas que podían usar para derribar al gobierno?

—¿Despertaron estas políticas, al mismo tiempo, la conciencia política, sentido de pérdida y esperanzas de ciertos grupos previamente apáticos y sin poder antes que el estado pudiera satisfacer estas esperanzas?

—¿Habiendo alentado la creación y expansión de nuevos grupos sociales y contra-élite, el gobierno entoces impidió o fracasó en darles acceso al proceso político, a la burocracia o a carreras de talento e influencia?

d) ¿Contribuyeron algunos aspectos de estos programas de gobierno, como son: la iniciación de la socialización política de las masas y la construcción de mejores redes de comunicaciones, al esparcimiento del descontento y a la provisión de los grupos insurgentes con recursos y medios para organizar y desarrollar el apoyo popular?

4) ¿Estaba muy extendida la corrupción, el nepotismo, el abuso de poder en beneficio personal o metas de clases?

a) ¿Eran el negociado, la coima, el cobro de pagos especiales por servicios oficiales, pagos para obtener contratos fiscales, o malversación de fondos públicos, práctica común?

—¿Cuál fue la actitud prevalectante con respecto a estas prácticas de parte del público?

—¿Las consideraban como una práctica normal del proceso político o constituían una causa importante de desafecto?

—¿Qué se consideraba como un grado tolerable de corrupción en una sociedad determinada?

—¿Había sido ésta sobrepasada, y habían aumentado estas prácticas o se habían descubierto recientes escándalos?

—¿Cuáles grupos denunciaron más abiertamente estas prácticas y cuáles fueron los más afectados por ellas?

I) ¿Denunciaron estas prácticas en la prensa, candidatos o partidos políticos y movimientos reformistas?

II) ¿Fueron llevadas a la justicia estas prácticas, y en caso afirmativo, se les impuso alguna vez drásticas sanciones?

—¿Cuál fue la actitud del público hacia el gobierno, funcionarios del gobierno y los políticos en general?

I) ¿Desconfianza, cinismo o burla?

II) ¿Estaban los sentimientos apolíticos muy extendidos?

III) ¿Habían cambiado muy notablemente estas actitudes a través del tiempo?

IV) ¿Variaban significativamente estas actitudes, entre las clases sociales o categorías?

Alienación del gobierno de los gobernados.

a) ¿Cuáles categorías sociales e instituciones (i. e. Iglesia, Fuerzas Armadas aristocracia) formaban tradicionalmente la base de apoyo del régimen?

b) ¿Las acciones del gobierno alienaron a estos grupos? Especifique cuáles acciones y cuáles grupos o instituciones fueron afectados.

c) ¿Alienó también el gobierno a la inteligencia a través de restricciones de las libertades civiles, censura de prensa, fracasó en darles un sentido de finalidad y funciones útiles, fracasó en ubicarlos dentro del gobierno o burocracia o en darles entrada a carreras de talento?

d) ¿Fracasó el gobierno en absorber, ganar el apoyo o por lo menos neutralizar grupos de contra o no élite, cuyo poder económico o social, prestigio, había aumentado recientemente? Especifique cuáles grupos.

e) ¿Se alienó también el gobierno de la sociedad y las masas?

1) ¿Por el fracaso de realizar una adecuada socialización política?

2) ¿Por la exclusión sistemática de ciertos grupos sociales, raciales, lingüísticos o étnicos?

3) ¿Por el fracaso de identificarse con las aspiraciones y necesidades de las masas?

4) ¿Por fracasar en la construcción de la base del apoyo popular, al no aumentar los servicios fiscales, instituir acción cívica o programas de desarrollo comunal, instituir programas juveniles o asociaciones, enlazando estos grupos al gobierno o estado?

5) ¿A través de la adopción de normas, prácticas y conductas importadas?

f) ¿Había evidencia de que el descontento estaba directamente enfocado a las instituciones y personal de gobierno?

1) ¿Aumentaron las exigencias de diferentes sectores y categorías sociales, al gobierno?

a) ¿Cuáles eran las principales exigencias de los diferentes grupos?

b) ¿Pedían estas exigencias solamente reformas, o pedían una acción más radical y aspiraban a derrocar el sistema?

c) ¿Si se producía lo anterior, estaba el gobierno capacitado y en qué grado, para satisfacer estas exigencias?

2) ¿Había evidencia de que la legalidad del gobierno se ponía cada vez más en duda?

a) ¿Se manifestaba esto por el creciente convencimiento de que el gobierno era corrompido y que estaba postergando u oprimiendo a ciertos grupos?

b) ¿Se manifestaba esto por el creciente desobedecimiento de la ley?

c) ¿Estaba enfocada esta resistencia a la autoridad, sobre la policía, las cortes de justicia, funcionarios del gobierno, Congreso, el Jefe del Ejecutivo?

d) ¿Existía un modelo de violencia dirigido contra los funcionarios públicos? ¿En cuales funcionarios más comúnmente?

g) ¿Trató el gobierno de proteger, mejorar y comunicar su propia ideología y legalidad al público, o fracasó en hacerlo?

1) ¿Qué recursos e instrumentos tenía para conseguir este fin?

a) ¿Cuáles eran los principales medios de comunicación, incluyendo los de la masa, en la sociedad? Incluya los medios de las noticias extranjeras.

1) ¿Cuáles de estos medios eran de propiedad, dirigidos, o controlados por el gobierno?

II) ¿Cuáles técnicas usó el gobierno para controlar o regular estos medios? (Ejemplo: ¿existía la censura de radio y prensa; bajo condiciones normales o solamente en períodos de emergencia nacional, estados de sitio, etc.? ¿Era esta censura de naturaleza previa o posterior a los hechos? ¿El gobierno solamente censuraba o también indicaba las noticias que debían publicarse o difundirse?).

III) ¿Qué medios tenía el gobierno para responsabilizar a los medios privados de comunicación? (Ejemplo: ¿existían leyes contra la calumnia y eran éstas aplicadas estrictamente?)

b) ¿Cuáles otros medios para la socialización política usó el gobierno?

I) ¿Agencias de propaganda?

II) ¿Un partido político?

III) ¿El sistema educacional formal? (ver cuestionario instituciones).

IV) ¿Patrocinar reuniones de masas, para demostrar o crear el apoyo popular?

V) ¿Uso y manipulación de los símbolos nacionales y llamados al patriotismo?

2) ¿Respondió también el gobierno a los rumores y ataques en su contra?

3) ¿Respondió a los nuevos mitos propagados y diseminados por la contra-élite y grupos insurgentes?

4) Reacción del gobierno frente a la intranquilidad, perturbaciones y a la formación del movimiento insurgente.

a) ¿Reaccionó el gobierno ante estos desarrollos, tomando medidas represivas?

b) ¿Cuáles eran sus poderes constitucionales, incluyendo los poderes especiales de emergencia para hacer frente al estallido de perturbaciones y violencias, y qué controles se utilizaban en el ejercicio de estos poderes?

2) ¿Adoptó también medios inconstitucionales o extraconstitucionales para reprimir los disturbios?

3) ¿Qué medidas represivas adoptó?

a) ¿Sofocó desórdenes locales, disturbios, movimientos huelguísticos, etc.?

b) ¿Impuso toque de queda, restricción de movimientos, etc.?

c) ¿Arrestó a los agitadores, individuos clave considerados responsables de alentar el descontento? (Detención, deportación, ejecución).

d) ¿Prohibió, reprimió o ejerció vigilancia sobre movimientos políticos, partidos, sindicatos o frentes relacionados con las perturbaciones o que hacían oposición al gobierno?

e) ¿Tomó medidas para impedir la infiltración de estos grupos en las posiciones claves dentro del gobierno, burocracia, fuerzas armadas, organizaciones obreras, etc., o trató de eliminarlos de esas posiciones si ya las tenían?

f) ¿Ejercía censuras sobre los medios de noticias y de comunicación y publicaciones?

g) ¿Restringió o eliminó la ayuda externa a los grupos insurgentes?

I) ¿Cerrando embajadas o cortando relaciones diplomáticas con aquellos países que ofrecían apoyo a los insurgentes?

II) ¿Controlando a los agentes extranjeros y clausurando organizaciones de vanguardia?

III) ¿Imponiendo sanciones económicas contra estos países?

IV) ¿Patrullando las fronteras para impedir la entrada ilegal de abastecimientos y personas?

V) ¿Dando publicidad a las actividades y metas reales de esos gobiernos extranjeros y haciendo un llamado a los sentimientos nacionales?

4) ¿Cuáles eran los instrumentos y recursos del gobierno para la represión o control de los disturbios políticos, violencia, insurrección? (Para mayores detalles ver cuestionario sobre análisis de una perturbación política).

a) ¿Qué agencias del gobierno están principalmente involucradas en la acción represiva? (Ministerio de Defensa, del Interior, etc.)

b) ¿Estaban los niveles inferiores del gobierno igualmente organizados y equipados para proceder a la supresión de la violencia, o era ésta únicamente responsabilidad del gobierno central?

c) ¿Estaba equipado el gobierno para hacer frente a diversos tipos de violencia y tácticas de insurgencia (levantamientos armados, agitación campesina, guerrillas, infiltración, huelgas, sabotaje, etc.)?

d) ¿Cuán efectivo era el servicio de inteligencia del gobierno en relación a potenciales sitios en disturbios y en informaciones relacionadas con la organización, actividad y apoyo de grupos insurgentes o potencialmente insurgentes?

e) ¿Cuáles eran las agencias e instrumentos de represión? Policía, guardias civiles, fuerzas especiales, organizaciones paramilitares, tribunales de justicia, (si los tribunales especiales o cortes marciales tenían poder para juzgar a los insurgentes en tiempos de emergencia, etc.)

f) Especifique el número aproximado de las fuerzas involucradas en cada una de estas organizaciones, su ubicación, despliegue, movilidad, los tipos de perturbación en que son usados, si están bien entrenadas y equipadas, y cuál agencia o nivel del gobierno controla sus operaciones.

I) ¿Cuán bien integrado y coordinado era el esfuerzo en relación a los diferentes instrumentos de represión y en relación a los diferentes niveles de gobierno?

II) ¿Cuán efectivo era el esfuerzo a través del territorio nacional? ¿estaba limitado efectivamente a ciertas regiones?

III) ¿Tomó el gobierno las medidas necesarias para mantener la lealtad de sus medios de represión (ejemplo: dándole a las Fuerzas Armadas autonomía en su propia esfera de interés, y en materia presupuestaria, etc.)?

g) ¿Buscó el gobierno ayuda externa en relación con la represión de la insurgencia?

I) ¿Principalmente apoyo financiero y asistencia técnica (militar, programas de desarrollo comunal, etc.)?

II) ¿Misiones militares de entrenamiento incluido el entrenamiento para la contra-insurgencia?

III) ¿Pedido directo de tropas extranjeras?

IV) ¿Apoyo y presión diplomática, incluso invocando tratados de seguridad, llevando el asunto a las organizaciones internacionales (mundiales o regionales) buscando sanciones económicas internacionales, etc.?

h) ¿Cuán efectiva fue la ayuda externa en el aumento de la habilidad del gobierno para reprimir los disturbios políticos y la insurgencia?

I) ¿Cuál fue la reacción ante la intervención extranjera y de cuáles sectores y grupos?

5) ¿Cuáles fueron las consecuencias de los esfuerzos represivos del gobierno: usó efectivamente el gobierno sus poderes y recursos de represión, o coerción; o aumentaron las tensiones y la insurgencia potencial a causa de una represión incompetente o incompleta? (Ver cuestionario sobre Perturbaciones políticas).

a) ¿La represión del gobierno solamente aumentó la enemistad y determinación de la oposición y de grupos insurgentes sin destruir su potencial de violencia?

b) Solamente suprimió la agitación sin refrenar las expectativas?

c) ¿La adopción de fuertes medidas represivas, alienó muchos sectores de la población y minó la legalidad y autoridad del gobierno volcando al público contra la policía, el gobierno y sus leyes?

d) ¿Sirvió solamente para agudizar los antagonismos de clase?

e) ¿Dio por resultado un aumento del apoyo popular y la identificación con los agitadores, líderes revolucionarios y organizaciones que el gobierno había tratado de reprimir?

f) ¿Al prohibir partidos políticos y otros grupos, el gobierno solamente alentó el perfeccionamiento en tácticas conspirativas y la creación o perfeccionamiento de sus organizaciones clandestinas?

g) ¿Existieron otras consecuencias inesperadas, producto de las acciones represivas del gobierno?

h) Habiendo obtenido la alienación de numerosos grupos y habiendo obligado a los insurgentes a perfeccionar su capacidad de violencia, ¿aflojó repentinamente el gobierno sus medidas represivas y con qué consecuencias?

b) ¿En vez de usar métodos represivos, trató el gobierno de desviar las tensiones revolucionarias y las frustraciones hacia canales considerados inocuos en relación con la estabilidad del régimen?

1) ¿Qué mecanismos desviacionistas adoptó?

a) ¿Llamados al patriotismo y al nacionalismo?

b) ¿Creando prestigio en el exterior y buscando una mayor intervención en los asuntos internacionales, como fuente de orgullo y apoyo en el país?

c) ¿Fomentando guerras exteriores, o crisis internacionales, o manteniendo conflictos fronterizos?

d) ¿Patrocinando movimientos religiosos o evangelistas, festividades, deportes?

c) ¿Realizando políticas paternalistas extendiendo el bienestar social y los servicios públicos, apoyando las sociedades de ayuda mutua, etc.?

f) ¿Reviviendo la herencia del pasado, la cultura nativa, y las tradiciones, como medios para postergar los cambios?

c) ¿En vez de usar métodos represivos, trató el gobierno de proporcionar o establecer medios legales y pacíficos de protesta y cambio?

1) ¿Trató el gobierno de remediar las quejas e injusticias y facilitó el cambio iniciando o apoyando reformas?

a) ¿Cuáles eran considerados los hechos públicos y las reformas anheladas por los que luchaban sectores de la población? (Elite, contra-élite, no-élite, insurgentes).

b) ¿Cuál era la posición del gobierno en relación con estos hechos y en qué áreas trató de efectuar reformas y en qué orden de prioridad? (Para detalles ver A. 3.)

Por ejemplo: reforma laboral (adopción de un código laboral, autorizar la sindicalización, negociaciones colectivas, huelgas, etc.)

Reforma Tributaria (tasas más progresivas, impedir evasiones, aumentar las facilidades de recaudación de impuestos, aumentar los ingresos para llevar a cabo otros programas de gobierno).

Reforma Agraria (expropiación con indemnización o sin ella, en efectivo o con bonos de gobierno, combinado con créditos y asistencia técnica a los pequeños agricultores, su efecto en la productividad, etc.

Reforma Electoral (extensión del sufragio, proporcionar elecciones más limpias y libres, hacer un sistema más proporcional para la población, y los partidos).

Reforma Administrativa (descentralización, aumento en la eficiencia, establecimiento de servicios por méritos).

Reforma Judicial (reforzar la autonomía judicial, reforma del Código Penal, reforzar la ejecución de la ley y sanciones, convertir la ley en un instrumento de cambio social).

Reforma Universitaria (aumentar la participación de estudiantes y facultades en las actividades universitarias, reforzar la autonomía de la universidad, etc.)

Programa de Desarrollo Económico: seguridad social, bienestar público, vivienda, etc., integración nacional equilibrada; integración de grupos sociales o técnicos excluidos, etc.

c) ¿Eran las reformas aisladas, o acontecimientos *ad-hoc*, o parte de un amplio programa planificado, o modelos de reformas?

I) ¿Buscó ayuda externa, ayuda económica, préstamos, asistencia técnica y entrenamiento y cuál fue la sanción pública ante esta ayuda externa?

II) ¿Estaba la organización o aparato gubernamental adaptado a la realización de reformas?

III) ¿Venció el gobierno la resistencia local o la obstrucción de grupos con intereses creados?

2) ¿Cuán extensas eran las reformas y cuán radicales eran sus consecuencias?

a) ¿Contenían cambios estructurales básicos en instituciones gubernamentales y sociales?

b) ¿Alteraban la estructura social y el equilibrio del poder social y económico?

c) ¿Afectaban la productividad y estabilidad económica? (Ventajosa o desventajosamente).

(3) ¿Qué éxito tuvieron las reformas?

a) ¿Fueron suficientes para solucionar las quejas y las causas latentes de malestar o inquietud?

b) ¿Dieron éstas, al menos, la ilusión de progreso y de la posibilidad de una solución pacífica de los conflictos e injusticias?

c) ¿O sólo evocaron una esperanza y expectación de cambios más radicales?

(4) ¿Cuáles fueron los distintos impactos sobre diferentes categorías sociales y sectores económicos?

a) ¿Alejó la reforma a segmentos de la oligarquía? ¿Cuáles y hasta qué punto?

b) ¿Estos grupos oligárquicos tenían posiciones de suficiente influencia y poder como para amenazar al régimen y la reforma, y en el hecho, provocó una reacción tal como un golpe militar?

c) ¿Lograron el apoyo para el Gobierno de grupos antioligarcas o no oligarcas?

(5) ¿Tuvieron los grupos económicos y sociales medios que se crearon o robustecieron por las reformas, acceso a las instituciones políticas y a su plan de acción?

a) ¿Participación por ampliación del sufragio?

b) ¿A través de la formación y aumento del poder, promoción y participación de agrupaciones, tales como gremios laborales, ligas campesinas, etc.?

c) ¿Por medio de la organización de nuevos partidos o facciones populares en favor de las reformas o por la ampliación de las bases sociales y planteamientos de partidos ya existentes?

(6) Las reformas y conquistas concedidas a nuevos grupos y elementos de instituciones o sistemas políticos establecidos, incidieron en mayor o menor grado en la estabilidad política del Gobierno?

a) Fueron las reformas, con su acceso y promoción al sistema, suficientes como para despertar, en grupos desafectos o insurgentes, un interés en el sistema existente y, ante la promesa de un rol más importante en el futuro, hacerlos así menos susceptibles o inclinables hacia acciones revolucionarias?

b) ¿Se logró con esto para el Gobierno hacerlo más popular dándole así mayor estabilidad?

c) ¿O, a la inversa, intensificó la lucha de clases a corto plazo, influyendo en un empeoramiento, minando los moldes tradicionales de la autoridad y control social?

¿O dio como resultado un mayor anhelo hacia cambios más fundamentales?
¿Se mostraron con esto los grupos oligárquicos más resistentes al cambio?
¿En ausencia de los requisitos previos para una democracia, es el efecto de crear un sistema más abierto político y social para incorporar grupos e intereses conflictivos, demasiado rápido y divergente?

I) ¿Disminuía esto la cohesión, dirección y unidad de propósitos del gobierno e instituciones políticas?

II) ¿Extendían las reformas los servicios y responsabilidades del estado más allá del nivel de sus recursos, capacidades tecnológicas y personal calificado?

III) ¿Dio esto a los grupos descontentos o insurgentes, recursos e instrumentos más efectivos para volverse contra el sistema?

IV) ¿Existieron consecuencias inesperadas adicionales?

d) ¿Era culpable el gobierno de excesiva tolerancia con los grupos alienados insurgentes o potencialmente insurgentes?

1) ¿Se debía esto a su debilidad, orientación de la reforma o error?

2) ¿Permitió el gobierno, en un esfuerzo para ganar apoyo popular, o para minar la fuerza de sus principales oponentes, que grupos extremistas —como son los comunistas— conquistaran posiciones de influencia y poder, que de otra manera no habrían tenido?

a) ¿Permitió que estos grupos se infiltraran en el gobierno y la burocracia?

b) ¿Las Fuerzas Armadas?

c) ¿Los movimientos de obreros, campesinos y estudiantes?

3) ¿Estimuló el gobierno demostraciones populares, huelgas, para obligar a una legislatura recalcitrante a promulgar reformas?

a) ¿Perdió el gobierno el control de esos movimientos?

b) ¿Provocaron sus acciones represalias, de partes de grupos de élite, amenazando la estabilidad del régimen?

e) ¿Unió el gobierno reformas limitadas y dirigidas con medidas represivas para evitar el contagio y la expansión del descontento social?

1) ¿Eliminaron o neutralizaron sus acciones represivas a los insurgentes y sus organizaciones?

2) ¿Minó el gobierno la base de apoyo popular de los insurgentes y aumentó su propio apoyo popular, a través de reformas que eliminaban las fuentes fundamentales de descontento?

f) ¿El gobierno decretó medidas represivas efectivas; desviación exitosa del descontento, o reformas efectivas, o simplemente se quedó inactivo, desorientado, indiferente o interiormente dividido? (Es decir, abdicación del poder).

1) ¿Estaba el gobierno dividido en: fracciones rivales, intereses o pandillas que hacían difícil o imposible, tomar decisiones o ejecutar políticas?

2) ¿Estaba infiltrado por grupos de contra-élite o insurgentes? ¿En qué área?

3) ¿Algunos elementos sobresalientes de la clase gobernante han sufrido una alienación, derivada del mismo régimen? (Especifique qué elementos, agencias o instituciones).

a) ¿Perdieron la fe en su propia legalidad, autoridad y eficacia para usar su poder efectivamente, tanto para reprimir la actividad insurgente, como para realizar reformas o desviar las tensiones revolucionarias y manejar grupos e intereses divergentes y conflictivos?

b) ¿Defecionaron importantes grupos de la clase gobernante o se alienaron con grupos insurgentes?

4) Toma del poder por movimientos revolucionarios o insurgentes (punto que se detallará más adelante).

a) ¿Tomaron originalmente el poder elementos moderados o extremistas y se produjo un movimiento de extraradicalización de los moderados en el gobierno? En este caso conteste las siguientes preguntas en cada grupo.

b) ¿Qué tipo de directiva gubernamental dieron los revolucionarios?

1) ¿Estaban sus talentos adaptados a la consolidación del poder como a la destrucción del régimen anterior (v. g. capacidad técnica, habilidad política y administrativa, etc.)?

2) ¿Organizaron instrumentos efectivos de represión?

a) ¿Purgaron las Fuerzas Armadas de oficiales sospechosos?

b) ¿Organizaron guardias civiles, milicias populares, milicias, etc.?

c) ¿Se aseguraron la lealtad de los instrumentos de represión?

d) ¿Usaron efectivamente estos instrumentos para sofocar la violencia interna e insurrecciones e invasiones extranjeras que amenazaban la revolución?

e) ¿Reorganizaron el sistema judicial y establecieron tribunales revolucionarios?

(3) ¿Se reorganizó la estructura del Gobierno?

a) ¿Qué cambios básicos se introdujeron? (por ejemplo: con un incremento de la centralización de la autoridad).

b) ¿Crearon un eficiente y efectivo aparato burocrático adaptado a la consolidación del poder, ejecución de los planes de acción, etc.?

I) ¿Eliminaron de la Administración a personas sospechosas en los cargos directivos?

II) ¿O, por el contrario, dejaron esencialmente intacta la estructura burocráticoadministrativa?

c) ¿Qué plan de acción y programas establecieron?

1) Crearon reformas básicas, tales como la nacionalización de las industrias, reforma agraria, etc.?

a) ¿Qué resultados tuvieron estas reformas?

b) ¿De qué manera significativa cambiaron el equilibrio de las fuerzas socioeconómicas dentro del país?

c) ¿Destruyeron el poder de la rancia oligarquía y ganaron el apoyo de las masas?

d) ¿Qué efectos tuvieron estas reformas sobre la economía, producción, etc.?

2) ¿Restringieron las libertades públicas (diferencia entre las acciones de los grupos moderados y revolucionarios)? ¿Se introdujo un régimen de terror por los extremistas?

¿Cómo enfrentaron los revolucionarios la oposición política?

a) ¿Se aliaron los moderados con los radicales en contra de la reacción y de los conservadores?

b) ¿Habiendo eliminado a estos grupos u obligándoles a huir del país, se hallaron los moderados sin aliados contra los radicales?

d) ¿Cuáles son los medios especiales o preferidos por los revolucionarios para la consolidación del poder y cimentar el apoyo popular?

1) ¿Por el reino del terror?

2) ¿Creando un partido político como instrumento del Gobierno?

a) ¿Dicho partido es paralelo o iguala a la estructura normal gubernativa?

b) ¿Fue motivo de división la incorporación al partido de intereses diversos y divergentes?

c) ¿Los grupos de interés (antiguos y nuevos), concentraron estos esfuerzos en el partido?

3) Creando trabajo y consejos campesinos, etc.

4) Propagando un nuevo mito social.

5) ¿Utilizando los medios de comunicación; sistema educacional; movimientos populares, etc., para conseguir la socialización política de la población?

5) Institucionalización de la revolución.

a) ¿Terminó el gobierno efectivamente con el caos administrativo y económico y por qué medios?

b) ¿Creó una dictadura?

c) ¿Terminó el reinado del terror o las acciones arbitrarias y restableció las libertades civiles, las elecciones libres, partidos políticos, adoptó tácticas de compromisos y acomodo político?

d) ¿Se moderaron las tradiciones e ideas revolucionarias?

e) ¿Estableció una nueva constitución y en qué medida difería ésta de la anterior?

1) ¿Cuán flexible era la constitución como instrumento de gobierno y cómo fue enmendada?

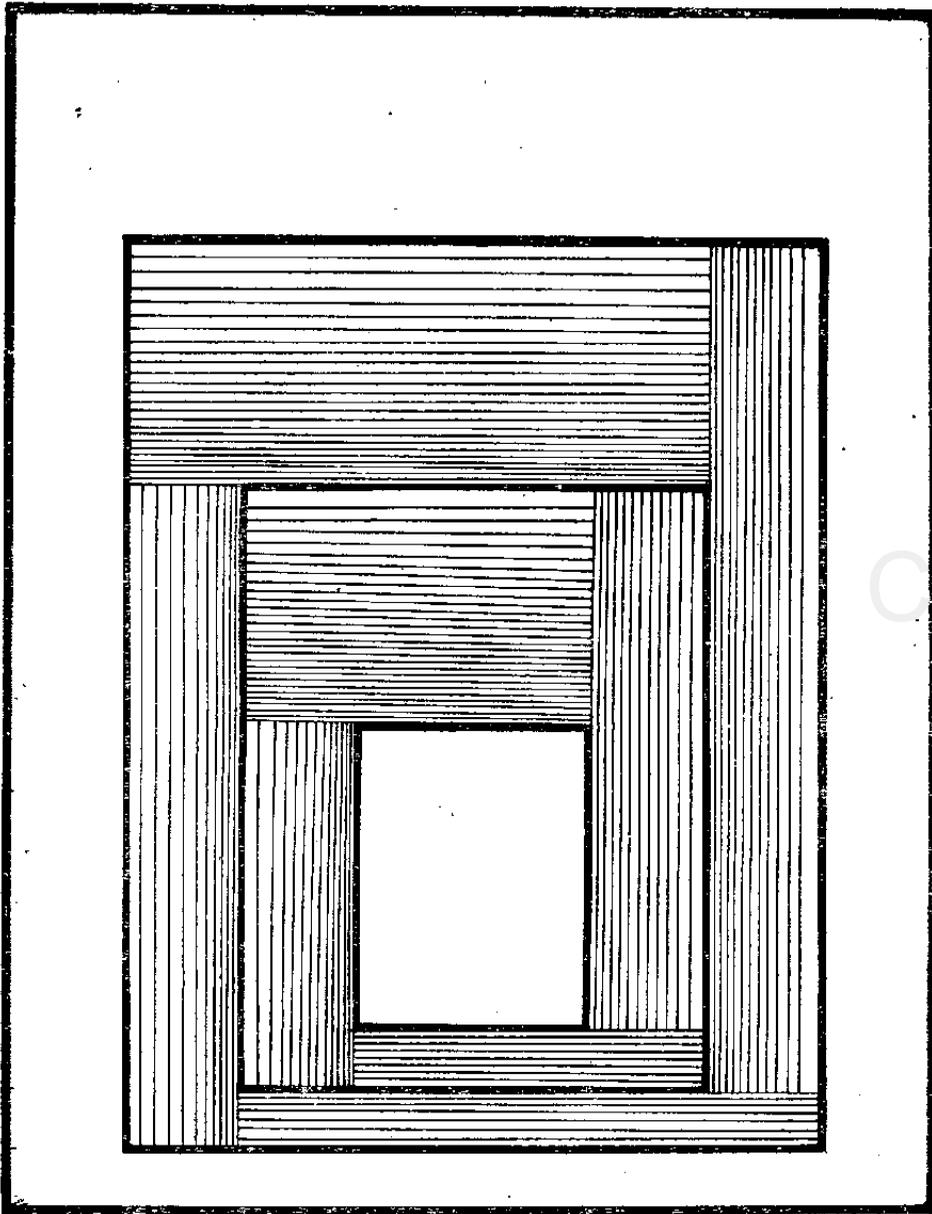
2) ¿Cuál era la estructura u organización del nuevo régimen?

a) ¿Se hicieron cambios drásticos en comparación con el gobierno pre-revolucionario?

b) ¿Fueron esos cambios relativamente secundarios?

3) ¿Coincidían o variaban radicalmente los modelos de autoridad del nuevo gobierno con los modelos de autoridad de las instituciones sociales? ¿Se habían producido cambios básicos en estas instituciones sociales?

Selser, Gregorio; *Espionaje en América Latina*, Buenos Aires, ediciones iguazú, 1966.



POLEMICA

EN LA REVOLUCION

Liberar al pueblo y a la nación implica también
luchar por la pureza de la ideología

IGNACIO URDANETA

Una vez elaborada, por el CC del Partido Comunista Venezolano, la línea de «paz democrática», el Buró Político ordenó a la base de la organización movilizarse para llevarla a la práctica. El MIR (la otra organización marxista-leninista en lucha armada contra el imperialismo y el gobierno venezolano aliado) se opuso por estimar que, de acuerdo con los principios revolucionarios, con la estrategia y táctica de la lucha emprendida, la consigna de «paz democrática» representa claudicar frente al enemigo, abandonando la justa línea de la lucha armada.

Dicha política de paz democrática también provocó una fuerte oposición en el seno del mismo Partido Comunista, oposición que fue crecien-

do hasta desembocar en una crisis, la que origina el desprendimiento de un importante sector —el más revolucionario, de acuerdo con los hechos que, a partir de entonces se sucedieron— dirigido por Douglas Bravo y un grupo de dirigentes, jóvenes comunistas.

El postulado de «Paz democrática» configura un problema, cuyas causas o razones, de carácter conflictivo, vamos a estudiar, con el fin de conocer si los opositores revolucionarios a esa línea política estaban asistidos por la autoridad ideológica que confieren los principios de la doctrina, y también, por la real situación del país.

La manzana de la discordia —por así decirlo— aparecía significada en

una corta frase: «Por una nueva alternativa de poder, que desplace la actual fórmula de la 'Amplia Base'». ¹ Esa nueva alternativa se dio a conocer bajo el denominativo de «Gobierno de Paz Democrática y contra el hambre», y fue acordada por el VII Pleno del Comité Central, celebrado en abril de 1965.

La resolución del Pleno está contenida en seis puntos, los cuales constituyen, en líneas generales, el programa del Gobierno que debía traer la paz al país. Veamos:

1) Amnistía General; 2) Legalización del PCV y el MIR; 3) Vigencia plena de la Constitución; 4) Libertad de Prensa y contra la Ley Mordaza; 5) Por medidas económicas en favor de las masas populares, contra el alto costo de la vida, el desempleo y los bajos salarios; 6) Por una política de amistad con todos los pueblos del mundo.

Pero antes de continuar es obligado destacar la poca confianza que los dirigentes comunistas tenían en su propia fórmula. A tal efecto manifiestan: «Si el nuevo Gobierno evoluciona por el camino democrático y adelanta tareas de transformación, nuestras fuerzas, al lado de otras, jugarán un papel importante para hacerlo avanzar. Si en cambio evoluciona en la dirección opuesta y claudica ante el imperialismo, lo combatiremos. Ante esa perspecti-

va las organizaciones revolucionarias deben orientarse a fortalecer sus posiciones políticas, militares y de masas para seguir avanzando hacia la conquista de sus objetivos ulteriores.» ²

¿Y de qué manera se puede «seguir avanzando hacia la conquista de objetivos ulteriores» si todo queda en suspenso, supeditado a lo que hará el «Gobierno de Paz Democrática y contra el hambre»? Se comprende fácilmente lo hueco de esa palabrería, que tiende únicamente a servir de cortina de humo para ocultar el verdadero fin de tal política: *pacificación a toda costa*. Ahora bien: ¿y con quién íbamos a luchar, y qué fuerzas políticas constituirían el tal gobierno de paz democrática?

La resolución citada se hunde en generalidades y abstracciones. Se plantea, en consecuencia, un tipo de unidad y de alianza correspondiente a ese contenido (de paz democrática) más amplio. Independientemente de que haya fuerzas con opiniones diferentes acerca de cómo hacer la lucha por esos objetivos. Por eso nuestra política de alianza debe revestir la mayor amplitud y flexibilidad.

Unas líneas más abajo hay un intento de mayor claridad; pero, como

¹ Principios N° 5, II Epoca, Julio de 1965 (N. del A.)

² «Principios» N° 5, II Epoca. Julio 1965 (N. del A.)

si el miedo a su propia política les contuviera, continúan generalizando. Véase: «En la medida en que la táctica anti-betancourista avance y se desarrolle en los propios partidos y grupos políticos de la 'Ancha Base', especialmente de cambios de política por el continuismo betancourista, comprenderán la necesidad de un nuevo gobierno que aplique un programa de paz democrática y contra el hambre (subrayado nuestro) como el que estamos propugnando. Igual desarrollo e idéntica dirección tendrán los sectores democráticos de las FAN (Fuerzas Armadas Nacionales) aún engañados por la demagogia betancourista de la 'Amplia Base' engrosando así las fuerzas civiles y militares que luchan por la nueva alternativa del poder.» ³

Luego, de lo dicho se desprende: 1) que el gran culpable de la situación política y económica del país, no son las causas determinadas por las contradicciones entre las clases que componen la sociedad venezolana y la presencia del imperialismo, explotando nuestras riquezas nacionales, al cual se subordinan los gobiernos en nuestra patria, sino el grupo de Acción Democrática, calificado de «betancourista». Los otros adecos son «buenos muchachos» a pesar que tenían mayoría en los organismos de dirección de su partido; 2) que se partía del principio, según el cual

los partidos integrantes —con AD— del gobierno de la «Amplia Base» (o por lo menos algunos grupos dentro de ellos) compartían las funciones de gobierno con la sana intención de velar por los intereses nacionales y populares, ⁴ y si no lograban nada positivo era motivado por que los *pobrecitos* ministros, senadores y diputados estaban impedidos por la fuerza coactiva de los «malos» adecos. De acuerdo con tales ideas resultaba lógico considerar la posibilidad de un abandono de la coalición gubernamental para integrarse a «las fuerzas que luchan por la nueva alternativa de poder»; 3) que los grupos democráticos de las FAN, «engañados aún por la demagogia de arrepentimiento, vendrían a formar filas en la paz democrática, dispuestos a derrocar a los malévolos reaccionarios betancouristas.

¡Y decir que a todo ésto se le califica de conclusiones surgidas de análisis marxistaleninistas, dialécticos de las contradicciones políticas y económicas presentes en la situación nacional!

De esa extravagante nueva coalición nacería el pretendido «Gobierno de

³ Nos excusamos de hacer citas tan largas, pero en nuestro ánimo está el deseo de analizar sin ambigüedades o confusiones que pudieran aparecer al utilizar pequeños párrafos o frases cortadas de los documentos citados.

⁴ Así lo afirmaban demagógicamente Arturo Uslar Pietri y Jóvito Villalba.

paz democrática y contra el hambre». Pero en él no estarían presentes las fuerzas más consecuentemente revolucionarias, pues de lo contrario no había por qué significar: «Si en cambio evoluciona en la dirección opuesta y claudica ante el imperalismo, lo combatiremos.» ¿Con qué? ¿Con un pueblo ilusionado por los mismos dirigentes nacionales del PCV, esperando en un milagro? ¿Con unas fuerzas desorientadas, que no dejarían de ser desarmadas por un llamamiento a la concordia nacional, hecho por el mismo gobierno de paz democrática, apoyado por la opinión pública preparada al efecto por la línea política preconizada?

No obstante todo ello, lo más curioso del caso resulta ser el referéndum de marxismoleninismo aplicado a dar validez a esa doctrina subjetivista e idealista. ¿Por qué es subjetivista? Porque ella es el producto de elucubraciones que nada tienen que ver con la real situación objetiva que vive el país; porque, en el mejor de los casos, es un pálido reflejo de la realidad existente.

Es idealista porque al ser concebida sobre un concepto moral —tégase presente lo apuntado más arriba: hay adegos buenos y malos, como hay grupos políticos de la «Ancha Base» buenos y malos, y militares engañados por la demagogia betan-

courista— no tiene en cuenta las contradicciones sociales determinadas por la presencia de las fuerzas históricas. Esta doctrina cae dentro de la especulación de los conceptos y se aleja de las realidades prácticas que nos enseña a descubrir y a comprender el marxismo. Por consiguiente, nada hay de extraño que esos señores al desviarse del «camino real», vean en esos elementos fuerzas factibles de luchar por la justicia y la libertad, cuando la realidad muestra que los tales grupos —como el dirigido por Arturo Uzlar Pietri— representan intereses petroleros, etc., de la misma manera que los tráfugas de URD, con Jóvito Villalba a la cabeza, se subordinan a ellos. Y lo más inverosímil aún, es la pretensión maquiavélica, de tercera mano, que los dirigentes comunistas de la paz democrática tenían de poder dividir al partido Acción Democrática entre buenos y malos.

Los hechos han demostrado que no en vano se adultera el marxismo: quien llamándose revolucionario así lo hace, ya no puede dirigir la lucha de los pueblos por cuanto se pasó a la retaguardia de la burguesía, aunque diga lo contrario.

¿Qué sucedió con esas fuerzas políticas, en las cuales tantas y tantas esperanzas cifraba el CC del PCV? La coalición de la «Ancha Base» se rompió por el lado de Uzlar Pietri,

y las fuerzas de ese partido continuaron ausentes en la lucha por la paz democrática y favoreciendo al Gobierno de Leoni con sus votos parlamentarios; URD se dividió, una vez más, desgajándose de ella un pequeño grupo sin porvenir político, y tampoco fue a parar al campo de los aliados de la paz democrática; el grueso de ese partido continúa coaligado con AD en el Gobierno. Por otro lado, los partidos, llamados nacionalistas democráticos, durante la crisis motivada por los proyectos de ley: «Reforma Tributaria» y «Reforma de la Enseñanza», se unieron, en la Cámara de Diputados, a la coalición de la oligarquía capitalista y a la Iglesia combatiendo dichos proyectos, presentados por el Gobierno, sin hacer diferencias fundamentales y sin movilizar al pueblo en apoyo de aquellas enmiendas —que debieron haber hecho— que a las masas populares pudieran favorecer. Y resultó que, dividido el frente revolucionario por la política de paz democrática, éste se vio incapacitado para explotar las crisis gubernamentales: el pueblo estuvo totalmente ausente, y Acción Democrática, con URD, pudo resolver sus problemas sin más «quebranto» que dar entrada en el Gabinete a unos señores con el título de ministros independientes y ceder, desde luego, a las presiones oligárquica y clerical como habiendo sido

obligada a ello, lo cual permite a los dos partidos gobernantes continuar con su demagogia. Retornemos ahora sobre nuestros pasos. Para la fecha de la celebración del VII Pleno del CC del PCV —en donde se adoptó la línea de paz democrática— existía el FLN integrado por el PCV, el MIR y el UPN, así como elementos desprendidos de algunas organizaciones democráticas.

Si bien es verdad que nunca el FLN funcionó a cabalidad y su desarrollo se vio contenido por múltiples errores, entre los cuales destacan el espíritu de hegemonía, la subestimación de las demás fuerzas, las medidas políticas y militares tomadas unilateralmente, la mayor responsabilidad recae sobre el PCV, organización que, por su predominio, abusó en tales procedimientos. Pero el FLN existía, y su organismo de dirección nacional se reunía alguna vez.

El FLN se constituyó con un programa de lucha, cuyos puntos generales transcribimos para conocimiento del lector y también por considerarlo necesario para nuestra discusión:

—Conquistar la independencia nacional, la libertad y la vida democrática para la nación.

—Rescatar el patrimonio, la integridad y las riquezas nacionales.

—Establecer un gobierno revolucionario, nacionalista y popular.

Alcanzar estos objetivos significa:

—Sacudir la tutela del imperialismo norteamericano.

—Liquidar el latifundio y las sobrevivencias semif feudales en el campo.

—Desarrollo industrial independiente.

—Garantizar un nivel de vida adecuado a las grandes mayorías nacionales, integradas por los trabajadores de la ciudad y del campo.

—Recobrar la soberanía en la arena internacional, elaborando y aplicando una política exterior venezolana en relación estrecha con todos los pueblos del mundo.

Para alcanzar esos objetivos es necesario:

—Unir y organizar todas las fuerzas interesadas en el desarrollo independiente de nuestra patria. Esto constituye la condición primaria de la victoria.

—Crear instrumentos armados propios, capaces de doblegar al poderoso enemigo y garantizar el cumplimiento de los objetivos trazados.

—Manifestar la decisión inquebrantable de ser libres, romper la mediatización colonial y el dominio de las viejas y tradicionales clases dominantes y explotadoras.

—No flaquear ante las dificultades y demostrar seriedad y firmeza en los propósitos.

Antes de preguntarnos si la plataforma de lucha del FLN estaba dentro de la realidad política venezolana, señalemos la conducta incorrecta de la dirección nacional del PCV, de la cual formaba parte, en calidad de miembros del Secretariado del Buró Político del Comité Central, Pompeyo Márquez, autor del documento origen de nuestra crítica.

Pues bien: ¿cuál fue esa conducta que tildamos de incorrecta, por no decir más?

El Comando Nacional del MIR dice al respecto: «En 1965 se manifestaron clara y abiertamente las divergencias entre el MIR y el PCV, cuando este partido aprobó su nueva línea política llamada de paz democrática. Ello lo hizo el PCV sin consultar a los otros integrantes del FLN y de las FALN. Por supuesto que las divergencias tenían que incidir sobre las estructuras nacionales FLN-FALN, entendido éste como un organismo de dirección, en donde estuvieran representados los diversos sectores revolucionarios participantes en la lucha armada.»

Nosotros queremos abundar. Entendemos que cuando se adopta una línea política distinta, y se hace pública como objetivo de lucha por una organización integrada en un movimiento de unidad que tiene definida su plataforma de acción, al-

rededor de la cual —y dentro de ese movimiento— se unan varias fuerzas, dicha organización se muestra disidente y está denunciando la línea política del movimiento unitario; además, quierase o no, se da por caduca la unidad existente hasta ese momento. Porque una cosa muy distinta hubiese sido si el PCV, al adoptar la línea de paz democrática que nadie discute su facultad y derecho de hacerlo ante un hecho consumado, hubiesen decidido qué hacer, Pero al obrar unilateralmente, a espaldas de los demás, su actitud desleal y su política de retroceso con relación a la plataforma del FLN, llevaba implícita la ruptura de la unidad y la disolución, por su parte, del organismo FLN-FALN. Todo sería cuestión de tiempo.

Como se ha visto, por comparación, el programa de 6 puntos para un «Gobierno de paz democrática y contra el hambre» es una reconsideración oportunista por cuanto, al entregar en manos de la burguesía —llamada nacional— y de los partidos de la pequeña burguesía —titulada nacionalista democrática a las fuerzas revolucionarias del país y a la dirección del movimiento de liberación nacional, por la vía de la lucha legal de masas, el PCV busca recuperar el estatuto de partido legal dentro del orden político de la democracia representativa, intervenida

y obediente por y a la política imperialista.

Revisionista lo es, porque ella retrocede ante las dificultades —creadas en gran parte por las vacilaciones de la propia dirección nacional del PCV, por la incomprensión del carácter de la lucha; por sus tendencias al golpe de Estado, por la subordinación de las FALN a sus maniobras políticas en procuración de pacificar al país y de aliados en el campo burgués y pequeñoburgués— y declara, con su actitud, al programa del FLN demasiado revolucionario para que otras fuerzas se sumen a las actividades dirigidas a derrocar a los betancouristas del poder. Y además, porque toda esa politiquería se la quiere cubrir públicamente con el marxismo leninismo. Hasta hoy no han podido demostrar, a pesar de todas las citas «marxistas» a que recurren, que su línea de paz democrática es una posición correctamente revolucionaria así en la táctica como en la estrategia de la lucha de acuerdo con la verdadera situación de Venezuela. Para que así fuese sería preciso creer que las estructuras económicas y sociales del país pueden ser cambiadas pacíficamente por la vía de la democracia parlamentaria. Colocarse en tal posición es ponerse de espaldas a la realidad histórica de América Latina; es cerrar los ojos ante la política imperialista de

los Estados Unidos, que nos explotaba sometiéndonos; es querer ignorar que «nuestro» ejército sirve para defender, contra el pueblo, los intereses de las clases explotadoras criollas poniendo al servicio de la reacción nacional e internacional las armas de la patria. Si esa creencia puede albergarse honestamente en un cerebro político, es un error descomunal; si es meditada, constituye una traición que, en el mejor de los casos, puede ser atenuada por carencia de facultades para dirigir la lucha de un pueblo, dentro de las contradicciones sociales de las fuerzas históricas, y, entonces, lo honesto sería retirarse sin crear dificultades al movimiento revolucionario.

Es verdad que fuerzas políticas democráticas pequeñoburguesas existen en Venezuela, y que es preferible tenerlas como aliadas, especialmente en este momento crucial de nuestra historia, y no como enemigas. Pero debemos preguntarnos, una vez que ni aún aceptan discutir ni el programa del FLN ni la lucha armada en busca de una fórmula de alianza, ¿cuál es la esencia política, cuáles los intereses que los determinan como tales fuerzas políticas? Y la respuesta es, sin duda alguna, que no significan de ninguna manera una posibilidad consecuente y poderosa de impulsar y dirigir hegemónicamente la revolución democrática y nacionalista

venezolana. Más adelante trataremos aún el asunto.

De nada vale decir que «la conquista de un Gobierno para que haga realidad el programa de paz democrática y contra el hambre no compromete a las fuerzas revolucionarias en cuanto a sus objetivos programáticos ulteriores y los métodos de lucha acordados». Sí, claro, tratándose de las calendas griegas. En realidad, si compromete, por cuanto esas fuerzas políticas exigían, como primera condición para tratar sobre una posible alianza con los partidos revolucionarios, el abandono de la lucha armada: la pacificación del país. Entonces se ordenaban por la Comandancia Militar del PCV, arrojándose la representación del FLN-FALN, treguas unilaterales. Pero el Gobierno, envalentonado, exigía la rendición sin condiciones.

Es bien conocido que paralizar la lucha forjando ilusiones en el pueblo sobre posibilidades de obtener resultados tangibles por la vía pacífica —como sucedió en el caso de la campaña pro-amnistía de los presos políticos previa orden de paralizar toda clase de acciones armadas compromete su fe en las soluciones revolucionarias. ¿No significa volver al eterno juego de la política reversible de la estrategia, olvidando que las revoluciones populares son una cosa muy seria, como decía Lenin? ¿No

eran ya los primeros pasos en el camino de retorno a la «legalidad» burguesa? ¿No se hacía perder al pueblo —al cual, sin embargo, se confundía diciéndole que en sus manos estaba la fuerza para liberar la patria liberándose a sí mismo— la confianza en su propia capacidad de lucha y sacrificio, y, también, en los dirigentes de vanguardia? ¿No era además, un escarnio a ese mismo pueblo que tantos mártires había dado ya? ¿No se confesaba implícitamente que la revolución era un producto de «cabezas calientes» que no tenían en cuenta la falta de condiciones para ella, y que solamente se sostenía de manera precaria por la ayuda exterior porque así convenía a intereses internacionales, como decía la propaganda oficial?

Para justificar su posición pacificadora siempre tienen a mano las citas retorcidas de los clásicos del marxismo. Y a Lenin lo utilizan sin reparos con conciencia de su mal uso. Que era una política de claudicación, ajena a la realidad venezolana no ofrece la menor duda.

Un tiempo más tarde circularía, entre los cuadros del PCV, una carta, conteniendo instrucciones para proceder al repliegue de las guerrillas y las UTC, firmada por Gustavo Machado, Eduardo Machado y Guillermo García Ponce, entre otros —todos ellos miembros del Buró Político—, la cual,

por ser demasiado extensa, no reproducimos totalmente; pero de ella entresacamos algunos párrafos que muestran elocuentemente su línea capituladora. Veamos:

—Las FALN no están actualmente en condiciones de continuar el choque frontal y abierto contra el enemigo... En tanto no surja una nueva coyuntura positiva y mejoren las condiciones materiales, las guerrillas y las UTC deben replegarse. ¿Cuánto durará este nuevo período de la revolución venezolana? Dependerá de las acciones políticas, cuyo desarrollo no es fácil predecir en estos momentos... El cambio táctico es al mismo tiempo una concesión necesaria a los aliados, a fin de fortalecer nuestros vínculos con ellos y aumentar su confianza en la dirección revolucionaria. Se trata de un paso atrás de la vanguardia para estrechar sus lazos de unión con el grueso del movimiento popular. Estamos convencidos de que los sectores nacionalistas apreciarán esta nueva contribución que se les brinda en un momento oportuno cuando está planteado su reagrupamiento e integración. La dirección del Partido tomará medidas políticas y prácticas a fin de evitar cualquier confusión o desbandada que pueda dejar indefenso al pueblo en manos de la represión o privado de sus instrumentos que les permita actuar. El repliegue de las guerrillas y las UTC

no se podrá realizar retirándose y golpeando. No hay condiciones materiales para aplicar este procedimiento de defensa activa.

—Estamos seguros que el enemigo hará toda clase de esfuerzo para golpear al movimiento revolucionario, aprovechando las actuales y difíciles condiciones. De manera especial es necesario vigilar a los grupos incontrolables y también defender activamente la política y dirección de la JC y el Partido de los ataques del grupo aventurero mirista. ... Será necesario prestar una especial atención a la propaganda y en general a todo el material escrito; en este sentido recomendamos que sea de exclusiva competencia del Buró Político el tratamiento de los temas relacionados con la lucha armada o temas militares. Se prohíbe a los departamentos del Partido y de la Juventud redactar materiales sobre estos temas sin la censura previa del Buró Político.

... Advertir a todo el Partido que serán sancionados quienes violen estas disposiciones.

Vayamos por partes. ¿Qué comprenden estos señores por guerra de guerrillas cuando hablan diciendo que «las FALN no están en condiciones de continuar el choque frontal y abierto contra el enemigo? Al oír tales cosas, en verdad uno se queda

perplejo, porque ya no se sabe qué pensar de la capacidad y sí de la *incapacidad* de tales dirigentes. De la noche a la mañana, por aquello del prestigio como «líderes», se sintieron estrategas y tácticos infalibles, cuando en verdad nunca se han esforzado mucho, que digamos, por comprender y asimilar las características especiales de la guerrilla en nuestro país. Ya pudieron haber leído a Marx y a Lenin, a Mao y al Che Guevara, y hasta las «150 Preguntas a un Guerrillero» del general Bayo. Y es cierto que mucho puede aprenderse en la lectura de tales autores. No obstante, es bien sabido que lo difícil consiste en aplicar la teoría a la práctica de una situación concreta. De no ser así, todo aquél, estudioso, conocedor de la estrategia y la táctica militar, sería, sin duda, un genio. Todos los militares serían genios de la guerra. Pero las cosas no suceden de tal manera. Lo personal, las dotes subjetivas tienen muchísima importancia en la conducción de las operaciones militares sin trate. Por lo general, los grandes importar de que clase de guerra se jefes, en la guerra popular, surgen de la misma lucha. ¿Es que no puede ser de otra manera: la capacidad teórica, todo lo adquirido como teoría ha de pasar por la piedra de toque de la práctica sobre el terreno?

¿Pero qué han querido decir con esa frase: «choque frontal y abierto contra el enemigo»? ¿Habrá que interpretar —según el juicio manifiesto en los firmantes— como la incapacidad de las guerrillas para continuar haciendo su guerra especial? Y tendrá que ser así, porque nosotros no podemos creer en tanta ignorancia al respecto. Entonces se han equivocado, porque los hechos están demostrando el error de los «estrategas». Decíamos —y nada nuevo añadiremos— que cada guerra tiene sus características propias, determinadas por muchos elementos: físicos, morales, políticos, patrióticos, históricos con sus influencias. Todo ello impone una conformación particular a cada guerra. Marx nos muestra un ejemplo en su estudio de la guerra de guerrillas en España contra el ejército francés de Napoleón I. Vamos a citar unos párrafos por el interés que aún hoy tienen.

—Las guerrillas constituían la base de un armamento efectivo del pueblo. En cuanto se presentaba la oportunidad de realizar una captura o se meditaba la ejecución de una empresa combinada, surgían los elementos más activos y audaces del pueblo y se incorporaban a las guerrillas. Con la mayor celeridad se abalanzaban sobre su presa o se situaban en orden, según el objeto de la empresa acometida. No era raro ver a los

guerrilleros permanecer todo un día a la vista de un enemigo vigilante para interceptar un correo o apoderarse de víveres. De este modo Mina el Mozo capturó al virrey de Navarra nombrado por José Bonaparte, Galiano hizo prisionero al comandante de Ciudad Rodrigo. En cuanto se consumaba la empresa cada cual se marchaba por su lado y los hombres armados se dispersaban en todas las direcciones; los campesinos agregados a las partidas volvían tranquilamente a sus ocupaciones habituales «sin que nadie hiciera caso de su ausencia».

—De este modo resultaban interceptadas las comunicaciones en todos los caminos. Había miles de enemigos al acecho aunque no pudiera descubrirse a ninguno. No podía mandarse un correo que no fuera capturado ni enviar víveres que no fueran interceptados. En suma, no era posible realizar un movimiento sin ser observado por un centenar de ojos. Al mismo tiempo no había manera de atacar la raíz de una coalición de esta especie. Los franceses se veían obligados a permanecer constantemente armados contra un enemigo que, aunque huía, reaparecía siempre y se hallaba en todas partes sin ser visible en ninguna, sirviéndole las montañas de otras tantas cortinas. «No eran los combates ni las escaramuzas —dice el abate Pradt— lo

que agotaba a las tropas francesas, sino las incesantes molestias de un enemigo invisible que, al ser perseguido desaparecía entre el pueblo para volver a surgir inmediatamente con renovada energía. El león de la fábula, terriblemente martirizado por un mosquito, constituye una fiel imagen de la situación del ejército francés.»

He ahí el «choque frontal y abierto» de la guerra de guerrillas. Pero Marx también señala lo que constituye el choque frontal y abierto al analizar el tercer período del desarrollo de la lucha guerrillera contra los franceses.

—En el tercer período —dice Marx— las partidas (guerrillas) imitaron al ejército regular: reforzaron sus destacamentos hasta formar los de 3,000 a 6,000 hombres, dejaron de ser fuerzas de comarcas enteras y cayeron en manos de unos cuantos jefes, que las utilizaron como mejor convenía a sus fines particulares. Este cambio de sistema de la guerrilla proporcionó a los franceses grandes ventajas. Imposibilitados por su número de esconderse y desaparecer de súbito sin aceptar la batalla como habían hecho antes, los guerrilleros se veían frecuentemente sorprendidos, derrotados, dispersados e incapacitados por mucho tiempo de causar molestias.

—Comparando los tres períodos de la guerra de guerrillas con la historia política de España, se ve que representan los respectivos grados de enfriamiento del ardor popular por culpa del espíritu contrarrevolucionario del Gobierno.

Donde dice «espíritu contrarrevolucionario del Gobierno» léase espíritu vacilante en la conducción política de la guerra, oportunismo en la utilización de las guerrillas, revisionismo de la política revolucionaria del FLN; incompreensión de la guerra de guerrillas, de acuerdo con las características nacionales y de la situación general; falta de confianza en las propias posibilidades e incapacidad para movilizar, a través de la continuidad de la lucha armada, al pueblo trabajador venezolano, y tendremos presentes las causas que atrofiaron el desarrollo de nuestra guerra popular.

Examinemos ahora, brevemente, «eso» del repliegue de las guerrillas y de las UTC. Lo primero que acude a la mente es preguntarse: ¿Hacia dónde habrían de replegarse? Ni que las guerrillas fuesen un ejército obligado, ante una ofensiva del enemigo, a replegarse sobre líneas defensivas establecidas de antemano en previsión de un revés militar. ¿Adónde debían replegarse las guerrillas? ¿Hacia lo más intrincado de las selvas o lo más inaccesible de las monta-

ñas? ¿Tendrían base de mantenimiento y funcionaría la organización logística para que pudiesen sostenerse inactivas en espera de mejores tiempos? ¿Puede una guerrilla supervivir en la pasividad sometida a la vida de privaciones propia de ella y desorientada por el incierto porvenir? ¿Cómo podía justificarse ante sus componentes esa espera *sine die*? ¿No cundiría entre ellos la desmoralización? ¿Estarían libres de las persecuciones enemigas dirigidas a destruirles? ¿Deberían dejarse destruir o combatirían para evitar su aniquilamiento? Respóndase o no a esa serie de interrogaciones, el repliegue significaba un eufemismo ocultado el ¡Sálvese quien pueda! Sólo las UTC pudieran «replegarse» desintegrándose, desapareciendo cada quien en el anonimato de la vida en la gran ciudad. Y aún eso sería factible para quienes no fuesen conocidos y buscados por la policía; factible, no seguro, porque muchos de sus componentes vivirían pendientes, durante algún tiempo, de ser denunciados en cualquier ocasión por un traidor, o un compañero desmoralizado, no dispuesto a soportar los golpes de la policía al caer en sus manos. Este desastre, que sin duda sería la consecuencia lógica del repliegue, asusta por su monstruosidad. Es bien conocido que la reacción victoriosa no perdona ni olvida a los revolu-

cionarios, los aniquila. Nada estamos inventando, pues los autores de la *estrategia del repliegue*, queriendo aparecer maquiavélicamente como previsores, lo anuncian. «La dirección del Partido —dicen— tomará medidas políticas y prácticas a fin de evitar cualquier confusión o desbandada que pueda dejar indefenso al pueblo en manos de la represión o privado de sus instrumentos que le permiten actuar con energía en caso de necesidad política y militar.» ¿En qué quedamos? Si existen esos instrumentos capaces de «actuar con energía» en defensa del pueblo, ¿por qué diablo se ordena el repliegue, el cual, como hemos visto, sería —quírase o no— una desbandada, y no se continuaba la lucha superando, sobre la marcha, sus dificultades?

Unas líneas más abajo se contradicen: «El repliegue de las guerrillas y las UTC no se podrá realizar retirándose y golpeando. No hay condiciones materiales para aplicar este procedimiento de defensa activa.»

Y si no había condiciones materiales para la «defensa activa», ¿cómo podría haberlas para defender al pueblo de la represión dada como inevitable, por los autores del repliegue?

Para ellos el repliegue era sobre todo lo fundamental, la condición *sine qua non* de la paz democrática. ¿Y dónde, preguntamos nuevamente, a Colombia o al Polo Norte? Está claro:

adónde cada uno pudiese. Los jefes, probablemente serían llevados clandestinamente al extranjero.

Cuando se dice, en el documento que criticamos: «Estamos convencidos de que los sectores nacionalistas apreciarán esta nueva contribución que se les brinda (que les brindamos, debieran decir) en un momento oportuno»... Está dicho todo. De nada vale ya la prosa restante contenida en las resoluciones del VII Pleno del CC. Es solamente un intento tendiente a evitar la condenación, la repulsa, y a la vez poner al servicio de su política pequeñoburguesa, revisionista y claudicante al pueblo, engañándole con el escamoteo de los verdaderos fines, ocultos detrás de una fraseologíaseudorrevolucionaria.

«Nadie podrá escribir nada sobre política militar sin pasar por la censura previa del Buró Político, quienes a esto no se conformen serán sancionados». En otras palabras: temen la reacción de la base y tratan de dar un golpe antipartido. Pero no obstante, calificarán de aventureros a quienes se levanten contra el «ukase» del Buró Político. Aventureros son los miristas, aventureros son Douglas Bravo y sus compañeros, y además fraccionalistas. Y como el Buró Político con su paz democrática, el «repliegue» y las futuras elecciones, es el verdadero «campeón» del antimperialismo, todos los de-

más, que no se someten a su línea política, están ayudando, consciente o inconscientemente, al imperialismo yanqui y a la reacción venezolana. Si la situación no fuese trágica sería para reírse.

Y no podía faltar el tono teórico en su jerga capituladora; sin pudor alguno recurren a Lenin, y citan: «La clase revolucionaria debe estar preparada para sustituir una forma de lucha por otra más inesperada.» ¿Y qué? ¿Se sienten verdaderamente autorizados para su capitulación por la cita de Lenin? Si es así tenemos que recordarse que Lenin dice muchísimas cosas, pero siempre buscando soluciones revolucionarias exigidas por la realidad de las situaciones. (Más adelante demostraremos que la situación venezolana exige hoy, más que por el pasado, si se quiere, una solución revolucionaria a sus problemas.)

A la incompleta cita de Lenin tenemos que añadir:

«En una palabra, para que el proletariado no se ate las manos en la lucha contra la democracia burguesa inconsecuente, es necesario que sea suficientemente fuerte y consciente para crear en el campesinado conciencia revolucionaria, para dirigir su ofensiva y realizar así, con su propia dirección, una democracia proletaria consecuente.

Es de tal manera que se plantea la cuestión —tan incorrectamente resuelta por los neoiskristas— del peligro de verse finalmente con las manos atadas en la lucha contra la burguesía. La burguesía será siempre inconsecuente. Nada más cándido y más estéril que querer trazar condiciones y suscribir documentos como si una vez suscritos permitiesen considerar la democracia burguesa como un amigo sincero del pueblo. Solamente el proletariado puede combatir con espíritu de continuidad por la democracia. Pero él no puede vencer en el combate más que a condición de que la masa campesina se una a la lucha revolucionaria del proletariado. Si para lograrlo el proletariado carece de fuerzas, la burguesía se pondrá a la cabeza de la revolución democrática y le dará un carácter inconsecuente y egoísta. Nada puede impedir esa salida a no ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos.»

¿Qué dicen a esto los teóricos del Buró Político? ¿Acaso al ordenar el cese de la lucha armada y el «repliegue» de las guerrillas y la UTC no atan las manos de la vanguardia obrera y campesina?

El movimiento revolucionario, sin guerrillas ni UTC, desbandado e ilegal, se vería a merced de las fuerzas represivas del Gobierno proimperia-

lista y destruido como tal. Quedarían los jefes revisionistas gozando de libertad por su condición de *buenas personas*, en cohabitación con los partidos pequeñoburgueses y la burguesía llamada nacional, ejerciendo eso que llaman «oposición legal», como reconocimiento explícito del sistema oligárquico-democrático-parlamentario. ¿Y la revolución liberadora de la nación y del pueblo? La respuesta está dada: por la vía electoral y pacífica de masas, sin dejar —en caso de «necesidad»— de tener presente, en última instancia, la conspiración con los oficiales democráticos de las Fuerzas Armadas Nacionales, «engañados aún por la demagogia betancourista». Y así el eterno juego continuaría repitiéndose como un *leit motiv* de opresión y tiranía, renovado por las ilusiones vertidas sobre el pueblo: un pueblo escarnecido durante toda su historia. Pero sobre todo debemos remarcar que lo característico de la política de paz democrática está en la retirada del frente armado en el preciso momento que el Gobierno no entiende sino la «dialéctica» de las armas, la respuesta represiva más cruel y desafortunada. Cuando la ley no rige y los derechos humanos son desconocidos, cuando el imperialismo yanqui pone sus especialistas y su material de guerra al servicio de las ofensivas militares, que más que tales son

operaciones de bombardeo indiscriminado sobre los pueblos y caseríos diseminados en grandes zonas del país y torturas a los campesinos indefensos, ¿qué hacen los aliados potenciales de la «paz democrática»? Salvo alguna excepción, por el tono enérgico y valiente en la denuncia de los crímenes, simples alegatos parlamentarios, condenando la violencia de las dos partes, a la vez que, con las maniobras y combinaciones electorales, prestan legalidad al régimen.

El MIR lanza y agita al pueblo, frente a la política de «paz democrática» con la consigna por un «Gobierno Nacionalista, Popular y Democrático». Como los dirigentes del PCV trataron en toda ocasión de confundir haciendo creer que la consigna de un «Gobierno Nacionalista, Popular y Democrático» no se diferenciaba más que de nombre de la que ellos formulaban, es obligado aclarar este asunto.

En controversia con el columnista de «QUE», Carlos Valencia, el MIR afirma que la primera condición del Gobierno debe ser nacionalista. «Esto figura en nuestra consigna por varias razones.»⁵ «Una de las condiciones continúa afirmando el MIR en la citada publicación, la más importante, es que resulta imposible desarrollar un programa de paz democrática sin enfrentarse al imperialismo y sus agentes. ... Solamente un Gobierno como el que señalamos, capaz de en-

frentarse al imperialismo y sus agentes, podrá legalizar al MIR y al PCV, abolir las persecuciones, torturas y fusilamientos y conceder amplias libertades a las masas para luchar por sus derechos. Solamente un Gobierno nacionalista podrá, en fin, desarrollar un programa de paz democrática. Al mismo tiempo emprendería las inaplazables tareas de rescate de nuestras riquezas nacionales, hoy en manos del imperialismo. Creer lo contrario es engañarse. Darlo por supuesto y no enunciarlo de un modo explícito y claro, contribuye a engañar a los demás.»⁶

«El segundo aspecto —continuamos transcribiendo de la misma publicación— del Gobierno que propugnamos es el de ser un Gobierno popular. Creemos que las fuerzas deben luchar por un Gobierno popular. Creemos que las fuerzas deben luchar por un Gobierno que tenga ésta como una de sus notas esenciales. ...» «Y el tercer aspecto del Gobierno por el cual luchamos está dado por su carácter democrático. Debe llevar adelante medidas que signifiquen disfrute de derechos y libertades para el pueblo venezolano. Debe ser un Gobierno que libere a los presos políticos, rehabilite al MIR y al PCV, suspenda la política de terror

⁵ *Pensamiento Revolucionario*, Nº 2, publicación del M.I.R. (N. del A.)

⁶ *Ibidem*.

basada en los fusilamientos y torturas, permita a las grandes masas el pleno ejercicio de las libertades públicas para luchar por sus derechos y reivindicaciones. Este aspecto va unido indiscutiblemente al carácter nacionalista del Gobierno, así como a su carácter popular. Las medidas democráticas tendrían como consecuencia lógica la pacificación del país; pero ello se conseguiría enfrentándose al enemigo, al que propugna la guerra, al que ha originado la violencia y la represión, el imperialismo yanqui.»

Como bien se ve ambas formulaciones establecen diferencias notables. Por ejemplo: en la formulación del PCV no se hace referencia a la composición del Gobierno. Se dice solamente que «si el nuevo Gobierno evoluciona por el camino democrático y adelanta tareas de transformación, nuestras fuerzas, al lado de otras, jugarán un papel importante para hacerle avanzar. Si en cambio evoluciona en la dirección opuesta y claudica ante el imperialismo, lo combatiremos.»⁷

Esta declaración lleva implícito, por descontado, la integración del citado Gobierno por fuerzas vacilantes e inseguras.

¿Y quiénes pueden ser sino la burguesía y la pequeña burguesía?

La formulación del MIR propone un Gobierno integrado por los sectores nacionalistas y revolucionarios.

Pero el MIR quiere dejar bien sentido que el imperialismo es el principal enemigo: «Hasta ahora —dice el mismo documento de referencia— nadie ha podido convencernos de que sea correcta una consigna donde no aparezca el enemigo fundamental del pueblo venezolano y se desconozcan las amenazas que su política engendra.»

Por aquel tiempo aún no se hablaba de «repliegues». Por el contrario, en las resoluciones del VII Pleno del CC se planteaba la necesidad de reforzar las guerrillas y las UTC, como asimismo el desarrollo del FLN. Pero no había duda, para los más experimentados y honestos de los revolucionarios, que las bases de una política pacificadora y revisionista estaban contenidas en la línea de «Paz Democrática». Un año más tarde, las manifestaciones de capitulación, de abandono de la lucha armada, eran expuestas, con órdenes concretas, en una carta dirigida a los cuadros de mayor confianza del Buró Político, para proceder al trabajo preparatorio del «repliegue». No obstante continuaban jugando a la confusión sin declararse públicamente por el abandono de la lucha armada. A tal efect-

⁷ Principios Nº 5 II Epoca. Julio de 1965.

to reconstruyeron su Comandancia General con Medina Silva, en calidad de Comandante en Jefe, después que Douglas Bravo y sus compañeros se declararon firmemente por la continuidad de la lucha armada. Dicha Comandancia dice controlar tantos Frentes Guerrilleros como jamás existieron en el país. ¡Qué tales Frentes solamente existen en la fértil imaginación de sus «creadores», no cabe duda alguna; que las ruinas de algo que existió se niegue a dar señales de vida, lo explican con eso de: «movimiento estratégico de repliegue».

Es una frase con resonancias militares que suena bien en los oídos de cuatro docenas de tontos. Esos restos de naves rotas contra los farallones del oportunismo pacificador, ¿servirán para algo cuando aparezca la «coyuntura favorable» que permita hacer lo que ahora han tracionado?

Pero por mucha habilidad que desplieguen en mantener su juego deshonesto confundiendo a unos, también descontentan a otros. Por eso están fatalmente condenados a repudiar abiertamente la lucha armada. El doble juego de su política caerá por tierra al paso del acercamiento del período electoral. La contradicción existente en su verbalismo político será destruida por su misma línea capituladora: se lo exigen sus aliados pequeñoburgueses y el Gobierno para darles el espaldarazo.

De lo expuesto se saca la conclusión de que la política de paz democrática no es una simple cuestión de táctica, sino un cambio total en las finalidades, que dejan de ser revolucionarias para transformarse en pequeñas y simples conquistas económicas y posiciones legalistas dentro del régimen «democrático imperialista». Es decir, se cae en el reformismo más acusado de los partidos socialistas europeos, con el agravante de que aquí se trata de países subdesarrollados. Se cae, al decir de Lenin, en el tradeunionismo burgués.

El hecho resultante de la crisis, provocada por la consigna de paz democrática, fue la división del movimiento revolucionario. Esta crisis plantea, a nuestro juicio, un problema importante para acelerar el desarrollo de la lucha armada, para lograr la incorporación del pueblo a la lucha; problema que debiera ser resuelto cuanto antes si no se quiere retardar más de lo debido la marcha del proceso insurreccional. Tenemos presente el gran objetivo, sin alcanzar el cual no se puede pensar en la victoria: la transformación de las guerrillas en el ejército del pueblo. Sabemos que el camino es largo y penoso, lleno de dificultades, pero hay que pasar por las etapas inevitables que a las guerrillas van transformando. Hasta hoy no han salido totalmente de la etapa caracterizada por el estudio de

las comarcas donde operan, por la formación de sus bases militares y sociales y consolidación de las mismas. Apenas se está iniciando la etapa de agotamiento del enemigo, etapa que, al desarrollarse, irá logrando el aniquilamiento parcial de las fuerzas oponentes. Ello requiere una gran posibilidad de movimiento y densidad de fuego en un momento dado. Sólo así se puede agotar al enemigo e ir paulatinamente aniquilándolo. Solamente así la guerrilla irá resolviendo parcialmente sus propios problemas logísticos, por la recuperación de armamento y pertrechos militares y la intensificación de los medios de subsistencia en la medida que vaya creciendo. Desbordada, por ella misma, su propia zona se transformará en un amplio movimiento de masas. Guerrilla que no logra crear su propio movimiento de masas está llamada, más tarde o más pronto, a desaparecer.

Han pasado algunos años, y las guerrillas no tienen todavía el desarrollo que, de acuerdo con el tiempo transcurrido y las condiciones políticas del país, debieran haber tenido. ¿Cuáles fueron las causas que determinaron ese estancamiento? Apuntamos como causa principal la política seguida por los partidos componentes del FLN, y entre ellos la mayor responsabilidad recae sobre el PCV, que siempre actuó en calidad de partido

hegemónico, bombardeando a diario, con toda su soberbia, con la artillería de sus 35 años de lucha y de experiencia; experiencia bien triste mostrada durante la etapa conocida por el «Espíritu del 23 de Enero». El hecho es que el movimiento revolucionario sufrió de la inexperiencia, de la confusión por falta de claridad en el papel que correspondía jugar a la organización guerrillera. Todos los factores negativos frenaron su desarrollo, máxime cuando las guerrillas rurales eran consideradas como elementos secundario en la estrategia insurreccional, y el principal papel, se afirmaba, correspondía a las UTC en las ciudades. Y aún así, la falta de convicción llevaba a conspirar, preparando el golpe de Estado con los elementos democráticos del ejército. Tuvieron que suceder los fracasos de Carúpano y Puerto Cabello y de la insurrección de Caracas en los últimos días de Noviembre de 1963, para que, primero el MIR comprendiera que la guerra revolucionaria adquiriría todas las características de lucha prolongada y, por consecuencia, colocaba al ejército guerrillero en el primer plano de la guerra popular.

De ese tiempo pasado, rico en experiencia, todo el mundo espera que sean recogidas sus enseñanzas, y que la concepción de «guerra prolongada» no sirva, de aquí en ade-

lante, para justificar errores que pueden ser evitados.

Hay manifestaciones significativas del comienzo de una estrategia de agotamiento del enemigo en el Frente Guerrillero «Ezequiel Zamora», por cuanto, desde unos meses acá, sus golpes se suceden en puntos distintos y muy alejados unos de otros. Sin embargo, parece que no en todos los lugares sucede así.

La pasividad de algunos frentes aparece cubierta con acciones de la UTC en las ciudades, especialmente en Caracas. No quisiéramos adelantar juicios. No obstante, es conveniente ponerse en guardia contra algo así como la «estrategia de provocación del golpe de Estado». Nosotros entendemos que el golpe militar reaccionario tendrá que suceder provocado por el mismo desarrollo de la lucha. No es lo mismo que el desarrollo de la lucha armada en todos los frentes (rurales y urbanos) genere una reacción golpista reaccionaria, a que ella sea provocada artificialmente por una concepción subjetivista de la lucha, como podría ser el caso de unos cuantos ajusticiamientos factibles de ser considerados como posible causa de un golpe militar. El intento de dictadura militar, en tanto reacción contra el desarrollo de la lucha, sería la evidencia de una situación objetiva significada por un movimiento revolucionario en as-

censo, con bases sólidas en el pueblo, con una influencia en las masas capaz de arrastrar a una parte de la pequeña burguesía y a sectores del pueblo, hoy controlados por los dos partidos gobernantes. En una palabra, capaz de aprovechar la nueva correlación de fuerzas que se produciría, y de tal manera impulsar la lucha por la liberación nacional y la democracia. De lo contrario serían los partidos de la pequeña burguesía y los llamados grupos de la burguesía nacional, e inclusive AD y URD quienes capitalizarían esa situación: Un nuevo 23 de Enero con algunos hombres distintos.

Pompeyo Márquez, paladín de la paz democrática

«En torno a un editorial del *Granma*», titula Pompeyo Márquez su polémica contra el Partido Comunista de Cuba. No obstante señalar a «dirigentes cubanos echando a un lado cuanto ha dicho el PC de Cuba», los ataques se dirigen a todo el Partido, desde la cúspide a la base.

Pero anteriormente circuló por América Latina otro documento, esta vez del CC del PCV, enviado a «los Partido hermanos de América Latina.» El contenido de dicho documento es un cúmulo de cargos contra el Partido Comunista de Cuba acusándole de favorecer el fraccionalismo, de

faltar a los acuerdos suscritos en la Conferencia de la Habana, celebrada en 1964 por todos los partidos comunistas y obreros del continente.

Después del capítulo de cargos pasa a proponer una nueva Conferencia continental de todos los partidos comunistas y obreros de América Latina para juzgar sobre los hechos que significan la conducta «fraccionalista» y apoyo a otros partidos, que el PCC presta, con «menoscabo» de los partidos comunistas y obreros, y poner remedio conjuntamente a esas infracciones o normas perjudiciales para el movimiento revolucionario y antimperialista.

Sobre el sujeto en cuestión dicen los dirigentes del PCV:

—Acercamiento paulatino al MIR en la medida en que los encargados de los contactos internacionales dentro del PCC enfriaban sus relaciones con los representantes de nuestro Partido, y tolerancia correlativa hacia los ataques que los voceros del MIR formulaban contra nuestra línea política, contra nuestro Partido y sus dirigentes, utilizando a tales fines vehículos de expresión directamente controlados por el Gobierno cubano.

Esto se refiere a una carta firmada por Héctor Pérez Marcano, publicada en *Granma* a comienzos—salvo error de fecha—de 1966. En dicha carta el dirigente del MIR denunciaba la línea de paz democrática y se refe-

ría, también, a la libertad que el Gobierno represivo de Leoni otorgara a Jesús Faría —Secretario General del PCV y campeón, desde siempre, de la lucha pacífica de masas—, a Domingo Alberto Rangel, José María Casals y Villavicencio, exdirigentes nacionales del MIR, expulsados del Partido mirista por sus intentos revisionistas y de abandono de la lucha armada.

En aquella fecha, los dirigentes del PCV dieron a la publicidad su respuesta a lo expuesto por Pérez Marcano en *Granma* utilizando la gran prensa caraqueña, y en ella manifestaban que la dirección de *Granma* había sido sorprendida en su buena fe.

En el mismo documento (párrafo 3º) se dice que «las relaciones deben ser mantenidas fundamentalmente de Partido Comunista a Partido Comunista, y en ningún momento con quienes de una forma u otra rivalizan con ellos o adelantan actividades contra ellos. Esto no descarta la posibilidad y conveniencia de mantener contactos muy amplios con otros movimientos revolucionarios y progresistas distintos de los Partidos Comunistas y Obreros, pero siempre que estos contactos no primen por encima de las relaciones fraternales entre nuestros partidos y mucho menos contraponiéndose a ellos».

Veamos la realidad de las cosas: Estamos ante un movimiento revolucionario antimperialista con profundas raíces nacionalistas y democráticas que, obedeciendo a causas objetivas, se desarrolla en todo el continente latinoamericano y que engloba a una diversidad de fuerzas, no todas ellas marxista-leninistas.

Si hay organizaciones que rivalizan con los tradicionales partidos comunistas, lo están haciendo en el terreno revolucionario de la lucha armada; si las hay que adelantan actividades hostiles a ellos será porque esos tradicionales partidos comunistas no corresponden, por su política oportunista, a las condiciones revolucionarias existentes. Nadie puede caer en el cretinismo de creer que el PCC puede apoyar a una organización reformista, pequeñoburguesa, contra un partido comunista. Pero sí puede dar su apoyo —y ese es su deber, a nuestro juicio— a un movimiento revolucionario antimperialista y no a un Partido Comunista que de tal sólo tenga el nombre, y que además esté sirviendo de freno a la lucha que los otros sostienen con el sacrificio de sus vidas.

Las exigencias y pretensiones del BP del PCV pueden traducirse en otras palabras: Nosotros constituimos la casta de los sacerdotes de la «Iglesia Comunista», y nadie que se confiese comunista puede criticarla y negarle

su apoyo, de lo contrario será declarado hereje.

Pero ya desde el III Congreso del Partido Social Demócrata Ruso, los problemas de la ortodoxia tomaron otro orden. Y Lenin señala el camino con un llamamiento, dirigido a todos los militantes del Partido, en el cual dice, entre otras cosas:

—Es una cuestión de vida o muerte, una cuestión de honor y de dignidad la que tiene planteada el Partido: se trata de saber si el Partido existe como una fuerza ideológica y real, capaz de organizarse a sí mismo de un modo racional en la medida necesaria para poder actuar como verdadero dirigente del movimiento obrero revolucionario de nuestro país (Del llamamiento escrito en la primera quincena de Agosto de 1904. V. I. Lenin: «Obras Completas», t. VII).

Los revisionistas, los oportunistas pequeñoburgueses respondían, no; los revolucionarios, los bolcheviques decían, sí. A partir de aquella época —que habría de ser histórica por cuanto de ella parte el principio de la revolución victoriosa de Octubre— ya no se es marxista por el hecho de llamarse socialdemócrata, sino por conducirse de acuerdo con el marxismo sin aditamentos bastardos y tergiversaciones desnaturalizadoras, con la sana doctrina revolucionaria que, desde siempre, prepara el proletariado, a través de las luchas de clase,

para la toma del poder y el derrocamiento del capitalismo. ¿Y qué sucedió? El III Congreso consumó la ruptura entre oportunistas-revisionistas por un lado, y revolucionarios marxistas por el otro: entre bolcheviques y mencheviques. De esa manera fue superada la crisis ideológica; los resultados son de todos conocidos: la primera revolución obrera y campesina triunfante en la historia de la humanidad.

La revolución cubana, por su génesis y desarrollo ulterior, tiene que enfocar el problema en los mismos términos que lo hiciera Lenin: No se es revolucionario por el simple hecho de llamarse comunista un hombre, una dirección, un partido; se es revolucionario cuando no se tergiversa la ideología, cuando no se transforma la lucha de clases en colaboración de clases; cuando no se abandona la lucha armada para pacificar, se es revolucionario; cuando se mantiene la lucha conscientemente soportando sus sacrificios y su tragedia, el hombre es revolucionario por la seguridad que tiene en su victoria, en la victoria del pueblo.

Apoyar a quienes, no obstante autotitularse marxistas-leninistas, capitulan, y para justificarse niegan que las condiciones existentes sean aquellas debidas después de haber sido unos de los principios organizadores y dirigentes de esa misma lucha, sig-

nificaría traicionar la revolución venezolana minando su propia base. Y no lo decimos nosotros, es el mismo Pompeyo Márquez quien lo afirma. Claro está que no ahora. Su posición actual está diametralmente opuesta aquella otra tan valientemente sustentada días antes de caer preso en Enero de 1964. Para esta época Pompeyo decía:

—Algunos llegan a contraponer la unidad del Partido a la unidad del movimiento revolucionario en general. . . . No tenemos por qué contraponer una cosa a la otra. Se trata más bien de armonizarlas. . . . No hay lugar alguno para el hundimiento del Partido, para su liquidación. Esto ocurriría si abandona su línea general, si renuncia a la lucha armada, si vuelve a una actividad «pacífica» que lo adapte a la legalidad y lo haga sucumbir ante el cretinismo de la «democracia representativa».

¿A qué viene ahora, entonces, la salida de tono de su diatriba contra el PCC? La comprensión clara de la situación que tenía Pompeyo Márquez en aquellos días, le permitió prever lo que sucedería en el seno del PCV. ¿Y por qué ahora se lamenta de lo que previó y culpa de lo sucedido a otros y no a sí mismo por no haber sido consecuente y fiel a sus propias convicciones? Su apostasía es tan clara como firme era su palabra, dura y sin consideraciones, para los oponentes a la lucha armada. De sus labios sale la consigna de

lucha contra los oportunistas, los claudicantes, los cómodos y los cobardes. Esas palabras tuyas abofetean hoy sus propias mejillas.

Véase:

—La lucha será dura y prolongada, exigirá grandes sacrificios. Por eso quien no esté dispuesto a resistir, a combatir, a soportar y vencer las dificultades, que se aparte a tiempo, y si tiene sensibilidad popular, que no le ocasione daño a una causa tan justa, tan noble y tan hermosa como es la causa de la liberación nacional en marcha hacia el socialismo. ... Que nuestro pueblo no vea en nosotros ninguna vacilación, que se acostumbre a diferenciar a los revolucionarios de los oportunistas, a los revolucionarios de los politiqueros, a los revolucionarios de los cómodos y cobardes.

¿Cómo es posible olvidarse tan fácilmente de lo que tan rotundamente se dice? Por aquellos días Pompeyo está dispuesto a decir todo lo que piensa y a defender la línea del III Congreso.

—Los que crean que van a afirmarse por un camino pacífico, un retorno a la legalidad de local y escritorios, están equivocados. Nuestro deber es no descender a esas posiciones, sino elevar el alerta y la preparación para el combate.

... Hemos roto con ilusiones electoreras y pacifistas. Nada tenemos que temer si sabemos coordinar todos nuestros recursos y aprove-

char la situación creada. ... Entonces, debe quedar claro que nuestro deber de revolucionarios es destruir este gigantesco engaño y esta miserable comedia conciliacionista, que se está desarrollando, ante las indignadas y sorprendidas miradas del pueblo.⁸

Hacemos abstracción momentánea del Pompeyo actual. Tenemos frente a nosotros al revolucionario de 1964 que denuncia de forma contundente a los conciliadores. Es indudable que ellos existían. Pompeyo no hablaba por hablar. Los conciliadores estaban al acecho del momento oportuno para lanzarse a la conquista de la dirección de su partido. Ellos existían desde siempre. Habían dirigido al partido desde su fundación, más o menos. Periódicamente participan en conspiraciones contra las dictaduras y se trasladaban al extranjero esperando la caída del dictador de turno para retornar al país en calidad de héroes de la resistencia y sacrificados en aras de la causa popular. De ahí que el PCV no tuviera una visión clara de los acontecimientos y de las condiciones que históricamente se desarrollaban, permaneciendo como un grupo muy poco significativo, sin gran influencia en las masas trabajadoras y campesinas engañadas por los pequeños burgueses oportunistas tipo Betancourt.

⁸ Pompeyo Marquez. «Una línea política acertada»...

La dictadura de Pérez Jiménez obligó a un viraje en la táctica de lucha del PCV. La táctica clandestina fue desarrollándose y comenzó la penetración en los sindicatos, en la organización universitaria y liceísta, entre los trabajadores de la prensa, etc. Pero ello no fue suficiente para impedir que los representantes de la oligarquía capitalista criolla se apoderasen de la Junta de Gobierno presidida por el contralmirante Larrazábal. De ahí que la revolución nacional hecha con la participación masiva del pueblo, dirigido por las Juntas Patrióticas, degenerara en el «brazo fraternal» del 23 de Enero (1958) y cayese enteramente en las manos de la burguesía comprometida hasta el tuétano con el imperialismo norteamericano. La influencia de los viejos «líderes», con sus métodos social democráticos y reformistas, se impuso: por mucho tiempo aún se continuó reclamando el retorno al «espíritu del 23 de Enero».

En aquel tiempo, la aplicación de la teoría marxista-leninista al estudio de las condiciones políticas del país y de las características morales de sus gobernantes, fue equívocamente empleada o dejada de lado, puesto que los «líderes» comunistas interpretaban la política de Betancourt como determinada por su carácter personal, por sus ansias de terminar el período presidencial a cualquier

precio. Sin que se pretenda negar la influencia de las condiciones personales de Betancourt, los líderes comunistas, no quisieron ver que estas condiciones no eran más que auxiliares en la adopción de una política, determinada por todas las contradicciones de clase, por las relaciones sociales que la intromisión imperialista imponían en la vida económica y política venezolana. Que Betancourt vio claramente en el imperialismo la posibilidad de una alianza que condujera al logro de sus ambiciones personales, está claro; que se entregó a ella también lo está. Pero esto nadie y menos los dirigentes del PCV puede negarlo.

La naturaleza política de la mayoría de los dirigentes de Acción Democrática había sido puesta de manifiesto durante la época de la «Junta Revolucionaria de Gobierno» que sucediera al derrocamiento del Presidente Medina, presidida por Betancourt, y se manifestó también en el Gobierno adeco bajo la presidencia del novelista Rómulo Gallegos. ¿Quién no recuerda la represión de 1948 contra el sindicato petrolero, dirigido por mayoría comunista, durante la huelga del verano de ese año?

Pues bien, volviendo a la posición de Pompeyo Márquez, nos encontramos con los conciliadores, con los revisionista al acecho de una co-

yuntura favorable que les permitiese apartar al PCV del camino de la lucha armada. Y Pompeyo, sin señalarlos por sus nombres, los muestra.

Y todo el mundo sabía quienes eran.

—Hay una abrumadora mayoría del Partido —dice Pompeyo Márquez— que está de acuerdo con la línea general que tratamos de aplicar. Entre esta mayoría hay desacuerdos por la manera como se ha procedido en muchas jornadas, frente a esto hay una minoría de camaradas que plantean una revisión total de la línea general.

Más adelante vuelve sobre el mismo tema:

—Algunos camaradas y amigos piensan que la lucha armada morirá por consunción, que la evolución pacífica la ahogará. Estos compañeros y amigos se equivocan. En nuestro país no habrá desarrollo pacífico, tanto en lo que respecta a las fuerzas contrarrevolucionarias como a las revolucionarias. La única forma para que se establezca ese ambiente de pacificación es que nosotros capitulemos, renunciemos a nuestro objetivo de poder, con lo cual no sólo fracasaría por inconsecuencia el movimiento revolucionario, sino que hundiríamos al Partido. Pero eso no tiene perspectivas: ¡En el horizonte las nubes que se ven anuncian tormenta y no calma!

Por lo que se refiere al movimiento revolucionario, no se hundió gracias al MIR y al sector revolucionario del

PCV, que no quisieron capitular aceptando la línea de «paz democrática». De lo contrario —si por Pompeyo fuera— bien hundido estuviera. Y «esos» camaradas y amigos hubiesen tenido razón contra todas las condiciones objetivas del país.

La interpretación marxista-leninista, dada por Pompeyo Márquez, en los momentos más difíciles porque atravesó el movimiento revolucionario a partir del triunfo electoral de Acción Democrática en las elecciones fraudulentas del 3 de Diciembre de 1963, también la hacían los organismos nacionales del MIR, que velaban por la salud del movimiento revolucionario, y defendían a macho y martillo la continuidad de la lucha armada como la única solución al problema de liberar al pueblo del imperiaismo, la explotación económica y la tiranía. Así fue como el intento revisionista de Domingo Alberto Rangel a la sazón Secretario General del MIR y un grupo de sus amigos fue rechazado y los autores expulsados de la organización mirista. Así fue como el Pleno de Febrero de 1964 estableció la única línea que cabía en las condiciones revolucionarias del país: lucha armada con carácter prolongado, dando primacía al movimiento guerrillero, y afirmando que sólo las guerrillas constituían el núcleo del futuro ejército revolucionario del pueblo, sin el cual es ilusorio

pensar en destruir las fuerzas militares del régimen y alcanzar la victoria.

El movimiento revolucionario no se salvó por la concepción política de Pompeyo Márquez inconsecuente con su conducta, sino contra ella. ¿Por qué ese dirigente del PCV, que tan claramente veía la situación venezolana, cambia de parecer de un año para otro y se pasa con armas y bagajes a la trinchera de esa minoría revisionista y capitulante que un año antes denunciaba con tanto vigor? ¿Influenció, acaso, en su ánimo, la larga prisión de tres años en el Cuartel San Carlos de Caracas o bien se han producido cambios considerables en la situación del país — que hacen de la lucha armada una posición aventurera y de la paz democrática un acierto táctico y estratégico, a la vez que signifique una solución revolucionaria?

Pompeyo está hoy en libertad clandestina por su fuga, un tanto rocambolesca, y aún, que sepamos, no ha dicho una palabra de rectificación, o sea de retorno a los principios con que se redactaron sus conclusiones aparecidas en el folleto citado («Una Línea Política acertada...»), de acuerdo con las notas dejadas por él antes de su detención en Enero de 1964. ¿Esperará para hacerlo al fracaso de las combinaciones electorales, que él tan firmemente repudiaba?

Se plantea, pues, el problema de saber si la situación política y económica venezolana ha evolucionado en favor del pueblo y si el movimiento revolucionario debe pasar, por consiguiente, a la lucha pacífica y legal de masas, o, por el contrario, tiene que mantenerse dentro de la lucha armada, esforzándose por ampliarla, ganando para ella a las masas trabajadoras hasta lograr la victoria.

Tenemos, que la concepción de la lucha armada asegura en manos del pueblo y su vanguardia la hegemonía de la dirección del movimiento antimperialista con las consiguientes consecuencias revolucionarias.

La concepción pacifista de la paz democrática entrega, quierase o no, la hegemonía de la dirección a la pequeña burguesía y a la llamada burguesía nacional, haciendo depender todas las soluciones, a los problemas populares y nacionales, del viejo y desacreditado aparato parlamentario.

En Venezuela, las fuerzas revolucionarias coinciden con los Partidos nacionalistas democráticos solamente en lo que se refiere a un aspecto de la actividad política: la lucha legal de masas por la vía de la democracia representativa. Después todo son contradicciones; pero la más importante hasta el momento irreductible es su repudio a la lucha armada y a la

violencia. Ello parece afirmar que para esas fuerzas políticas la contradicción fundamental no es entre la nación y el imperialismo, sino entre los intereses que en tales fuerzas se reflejan y la lucha armada revolucionaria, sostenida por las vanguardias del pueblo. Y no por la lucha en sí, sino porque ella puede ser la parturienta de un trastorno social provocando una transformación considerable de las estructuras socio-económicas. En esas condiciones cualquier alianza con fines de poder, con tales fuerzas de la democracia representativa, está condicionada al abandono de la lucha armada. Esto fue lo que hicieron los dirigentes del PCV, y para ello formularon la tesis de paz democrática —transformada en consigna de lucha— hablando en nombre del marxismo-leninismo. Por lo demás son consecuentes con su doctrina de «desplazar a los adecos del poder», y, a tal efecto, corean la política electoral de los aliados, y aliados potenciales; sin importarles desviar, de esa manera, a las masas trabajadoras de la lucha por sus reivindicaciones, de la lucha contra el terror, contra los fusilamientos y las torturas; desviarlos también del apoyo a las guerrillas, que se enfrentan a la más gigantesca ofensiva imperialista —en el terreno político y militar— hasta hoy desatada. Es decir, desviarlos de la lucha política

revolucionaria, entregándolas de manos atadas a la política burguesa.

Desplazar a los adecos del poder, por medio de las elecciones, quiere decir embarcar al movimiento revolucionario y a las masas populares en el buque averiado de los partidos pequeño-burgueses, y asimismo significa que todo debe ser pospuesto para después de los comicios, descontando una victoria electoral sobre Acción Democrática. ¿Pero una victoria de quién? ¿De COPEI, de Ramos Jiménez, de Larrazábal, de Arturo Uslar Pietri? No se sabe. El caso es desplazar a los adecos, como si no fueran un instrumento de poder en manos del imperialismo, de la misma manera que cualquiera de los nombrados puede serlo con diferencias de estilo. Ya tenemos dos ejemplos «democráticos»; Frei, en Chile; Méndez Montenegro, en Guatemala. Además, ¿elecciones en qué circunstancias? ¿Con dos partidos ilegalizados, con las cárceles llenas de presos políticos, con el pueblo sometido al terror, con fusilamientos clandestinos, con la tortura por norma en los centros policíacos y en los campamentos militares antiguerrilleros, sin respeto a la ley, sin libertades públicas más que en el papel cuando de organizaciones populares se trata? Sumarse a unas elecciones con un régimen así, es reconocerlo como representante de una legalidad constitucional que no

existe, es admitir que posee la cualidad de imparcial que habría de asegurar la libre expresión de la voluntad del pueblo; cualidad que no tiene. Prepararse desde ahora para concurrir a unas elecciones presididas por un Gobierno tan antidemocrático y represivo es entrar en contubernio con la política proimperialista que detenta el poder, es aceptar como bueno el juego en su propio terreno, es llevar al pueblo a la derrota.

En el mejor de los casos si los partidos democráticos nacionalistas fuesen sinceros en su lucha legal contra el imperialismo, un Gobierno de su propia esencia es para ellos un fin, mientras que para las fuerzas revolucionarias, esa solución es un medio para alcanzar el socialismo. Admitir a la pequeña burguesía y a la burguesía nacional en calidad de fuerzas hegemónicas significa poner a las masas trabajadores a su servicio y caer en el concepto de «revolución democrática burguesa» de los siglos XVIII y XIX de tipo clásico europeo. Empero, para que fuese válido tal esquema sería necesaria una burguesía nacional definida por un potencial de desarrollo frenado, o constantemente negado por una economía agraria de raíces feudales que a la vez fuese significativa de poder, lo cual constituiría una clase con posiciones hegemónicas sobre todas las demás clases de la sociedad, inclu-

yendo a la burguesía. ¿Se da este caso en Venezuela? Entendemos que no.

1) Porque no existe una separación de rigor, ni mucho menos, entre la burguesía y la clase de los latifundistas. Los latifundistas poseen capitales invertidos en el gran comercio, en la industria del sector privado, en el capital bancario. La burguesía —unas veces por alianzas de familia, otras por inversiones directas en las explotaciones agrícolas, como, por ejemplo, en el cultivo del algodón, tabaco, frutas tropicales, caña de azúcar, instalaciones industriales inherentes a la explotación de esos productos y transformación de la materia prima— está ligada al estado semifeudal de la propiedad de la tierra. De ahí que nunca se haya logrado realizar una reforma agraria dirigida a solucionar el problema de la miseria de los grandes contingentes humanos que habitan el agro venezolano.

2) Si existiesen límites definidos entre la burguesía y la clase de los latifundistas, la solución de una reforma agraria radical se habría exigido en el programa político de la burguesía por ser condición indispensable para el desarrollo de la economía industrial capitalista.

3) Por otro lado, —la llamada burguesía nacional no es independiente totalmente de la influencia económi-

ca imperialista, por el contrario, muchos vínculos le unen al capital inversionista extranjero. Indudablemente que la ingerencia imperialista frena sus deseos de expansión autónoma; pero esa burguesía, por su misma debilidad, prefiere soluciones intermedias— muy atenuadas de tipo nacionalista a soluciones populares, por cuanto sabe muy bien que en el imperialismo tiene un aliado de clase y una garantía de continuidad, y en las masas populares, especialmente en la clase obrera, tiene a su opo- nente antagónico.

4) La pequeña burguesía, por lazos económicos, por su formación intelectual, sus medios de vida, su posición social, su indefinición como clase, es vacilante entre el movimiento revolucionario y las fuerzas contrarrevolucionarias; siempre es arrastrada, en el proceso de la lucha por el más fuerte, por la clase que muestra mayor decisión y gana influencia determinante sobre el pueblo. Pero ante el carácter prolongado de la lucha no aceptará —como conjunto político social— embarcarse en la revolución, navegando en un mar proceloso. De ahí que busque soluciones de poder en golpes de Estado y en combinaciones electorales. Esto no niega que de ella salgan los intelectuales que el proletariado necesita para ser instruido en la teoría revolucionaria,

integrándose así a la propia dirección de la lucha.

De este breve análisis se desprende que solamente la clase obrera, aliada al campesinado, es la fuerza consecuente en un proceso revolucionario. Si se olvida este principio, el plan estratégico y táctico cambia por completo y su finalidad difiere diametralmente de la concepción marxista-leninista. Por consiguiente, nada de extraño tiene que quienes olvidaron el principio señalado procedan al repliegue de las guerrillas y las UTC, que en el fondo como hemos visto no era otra cosa que capitulación. Pero ello es lógico: es la resultante de una voluntad y de un estado de escepticismo. Voluntad por parte del elemento pequeñoburgués que impone su condición: «acepto aliarme a ustedes si abandonan la lucha armada». Ecepticismo en los dirigentes del Partido Comunista quienes —no creyendo en la capacidad revolucionaria del pueblo ni en su propia fuerza y voluntad para elevar la conciencia de las masas y organizarlas— crearon la consigna de paz democrática; eufemismo de capitulación.

La situación nacional no ha mejorado ni en lo económico ni en lo político: a) la economía del país está, cada día más desequilibrada, engendrando nuevos problemas, agudizando los ya existentes, aumentando la magnitud de las causas generadoras de

luchas. El Gobierno se somete cada vez más a los intereses de las oligarquías capitalistas y agrarias así como a las compañías petroleras. Miles y miles de campesinos pobres, han perdido toda ilusión en la reforma agraria adecopeyana. El sistema industrial público está penetrado por capitales extranjeros, especialmente yanquis con la complicidad «legal» del Gobierno. El monopolio, que las compañías extranjeras (a la cabeza de las cuales están los norteamericanos) detentan sobre el petróleo, el hierro y el aluminio nacionales, explota cada vez más nuestras reservas y envía cuantiosas ganancias a sus países de origen, mientras que el número de obreros sin empleo sobrepasa la cifra de 500.000, dejando a la economía nacional incapaz de absorber la mano de obra disponible anualmente. Los salarios en la agricultura posibilitan apenas la supervivencia física. Un déficit de vivienda en aumento anual. El costo de la vida crece a consecuencia de la desvalorización oficial del bolívar y de la inflación que aunque débil es incontenible, reduciendo el poder real de los salarios; b) lo político, es posible desenmascarar al Gobierno, tanto por su política de subordinación al imperialismo yanqui como por la represión, superior aún a la practicada por Betancourt: aldeas y caseríos sometidos a bombar-

deos incesantes, y sus moradores, perseguidos, torturados y fusilados al caer en manos de la Digepol o del ejército mandado por mercenarios instruidos en las escuelas del crimen que los imperialistas norteamericanos sostienen y dirigen en la zona del Canal de Panamá.

En el terreno de la guerra revolucionaria se opera un auge de las guerrillas y la apertura de un nuevo frente guerrillero en el oriente del país, por el MIR; más y más campesinos se incorporan a la lucha armada, los destacamentos guerrilleros entran en una nueva etapa expresada en el objetivo pacífico de agotamiento del enemigo —pese a los cercos y ofensivas organizadas con la participación directa del personal perteneciente a la Misión Militar Norteamericana y con el material especial suministrado por el «Pentágono» y la CIA.

La «oposición legal» de los partidos nacionalistademocráticos, entregados a sus combinaciones electorales, está ubicada al margen de la verdadera lucha del pueblo. En la conciencia popular penetra cada día más la convicción de que la lucha armada es la única forma capaz de liberar a la patria y a las masas trabajadoras de la opresión y la miseria. Paralelamente, en el Frente Juvenil, no obstante los esfuerzos de los revisionistas y copeyanos para impedirlo, la unidad de acción con los partidarios de

la lucha armada toma cuerpo en el enfrentamiento diario contra el Gobierno por recuperar la entera autonomía de las Universidades.

He ahí, a grandes rasgos, la situación de Venezuela. ¿Se puede decir, entonces, que ella determine un cambio hacia la «pacificación» y la sola lucha legal de masas? ¿Se puede esperar algo determinante, trascendental de una alianza con los partidos nacionalistasdemocráticos a costa del abandono de la lucha armada?

Decididamente, el BP del PCV, con su línea de paz democrática, escogió el camino de los «locales», de los «escritorios» y del «cretinismo parlamentario», que Pompeyo Márquez condenaba hace escasamente dos años, condenación que tan fácilmente olvidó. Si un marxista leninista debe forzosamente tener en cuenta en sus análisis la situación internacional, ¿por qué los señores del BP del PCV cierran los ojos —cuando de la práctica política se trata— para no ver el auge de la resistencia que los pueblos de todo el mundo oponen en todos los terrenos al imperialismo a cuya cabeza están los monopolios norteamericanos con la fuerza de su Estado de clase interpuesto? Viet Nam del Sur no sólo resiste, sino que inflige serias derrotas al ejército intervencionista norteamericano y sus aliados. Los bombardeos sobre la RDV si bien logran, en su criminal

acción, destruir parte de la obra construida con el trabajo de millones de vietnamitas y asesinar a millares de niños y no a combatientes no consiguen doblegar la voluntad heroica de ese pueblo ni la férrea resistencia, ni la capacidad ofensiva y defensiva del ejército patriótico del Sur. Y contrariamente, sin quererlo, levantan oleadas de protesta en el mismo pueblo norteamericano contra la criminal guerra de intervención en los destinos de un pueblo.

En las colonias africanas y en las nuevas naciones estructuradas en Estados independientes, en que los militares de nuevo cuño vendidos al imperialismo derrocaron gobiernos populares, los pueblos de nuevo se levantan organizando guerrillas, y luchan contra los traidores, como antes lo hicieron contra las autoridades metropolitanas. En América Latina se van extendiendo las guerrillas, nadie ni nada podría detener su lucha por la liberación nacional y por la emancipación de las mayorías populares. Un pueblo más acaba de incorporarse firmemente a la lucha redentora: Bolivia.

No obstante las feroces acometidas de la reacción imperialista contra los frentes guerrilleros colombianos y venezolanos, la resistencia armada sale de cada ofensiva enemiga más firme, más templada, con mayor decisión de continuar el combate y de prose-

guir la guerra popular por el pueblo. El signo de la guerra revolucionaria continental adquiere perfiles cada vez más nítidos. Como una afirmación de que así será, la revolución cubana permanece erguida en la conciencia de millones de seres que vivían sin esperanzas hasta que Cuba se convirtió en baluarte de la libertad de América: más firme, más sólida, desarrollando su economía socialista, asistida por todo un pueblo lanzado al trabajo sin desmayar, más fuerte militarmente, más preparada su gente para el combate; permanece dispuesta a defenderse contra no importa que enemigo.

Un marxistaleninista sabe de antemano que el imperialismo, por su propia naturaleza, no se someterá nunca, ¡nunca! a una política de paz con los pueblos. ¿Cómo puede abandonar el empleo de la fuerza sin negarse a sí mismo? ¿Puede, acaso, explotar a las naciones sin someterlas? ¿Y el sometimiento no es violencia? Aun tratándose de la penetración económica pacífica, los pueblos que la sufren llegarán a tener conciencia de sus derechos, a descubrir la causa de su miseria y atraso y, entonces, se dispondrán a luchar. ¿Qué sucede luego? El imperialismo recurre a las armas para contener el movimiento liberador; y los gobiernos traidores, y los capitalistas autóctonos se ponen al servicio del imperio

como auxiliares de la fuerza imperial. ¿Y no es eso un acto de agresión, un acto de guerra? Un marxistaleninista, un verdadero revolucionario sabe que el imperialismo no aceptará otra paz que aquella impuesta por la fuerza, por una fuerza superior a la suya; esta fuerza está latente en los pueblos; deber de los revolucionarios es ponerla en movimiento; hacer lo contrario, no importa cuántas citas de los clásicos del marxismo se manejen para justificarlo, no será más que un intento de ocultar el miedo a la lucha, el miedo a los sacrificios, el espanto a la guerra detrás de vana palabrería de relumbrón revolucionario, olvidando el miedo y el espanto del enemigo.

Deber de cada revolucionario es trabajar por la unidad en la lucha de todos los que desean un mundo de paz y progreso; de todos los que quieren acabar con la miseria y el hambre, la tiranía y el desprecio, la inmundicia de la degradación humana mostrada en lo subyacente de la sociedad capitalista.

Pero este mundo está en contradicción irreductible con el mundo imperialista. Por eso no hay otro camino para destruirlo que aquél jalonado, a través de la historia, por las revoluciones de los pueblos. Pues, en verdad, ese mundo de paz y progreso no se alcanza a vislumbrar, y menos se logrará levantar con decla-

maciones e invocaciones al derecho y a la libertad; estas abstracciones no importan lo más mínimo a los imperialistas y sus lacayos. Ese mundo se logra venciendo al enemigo común de todos los pueblos a la manera del pueblo cubano, del pueblo vietnamita, de todos los pueblos que luchan sin desmayo, pese a los sacrificios y a la tragedia que la lucha lleva en sí como el parto de una nueva vida, pues más sacrificios y tragedia representan los años o siglos de un porvenir de sumisión. Por este mundo están luchando los guerrilleros venezolanos, colombianos, guatemaltecos, bolivianos. Y están luchando convencidos de que un mundo así no se conquista con ninguna «paz democrática» al estilo del VII Pleno del PCV, sino por una paz democrática impuesta por las armas del pueblo.

La crisis del Estado venezolano

El creciente desempleo tiende a radicalizar una parte muy considerable de la clase trabajadora. Lograr esta radicalización, depende de un trabajo político bien orientado, de una propaganda audaz y de una denuncia constante de las tropelías del Gobierno —de los hechos concretos de la entrega de nuestras riquezas nacionales, de los asesinatos salvajes y de las torturas de sus policías, de las orientaciones a los desempleados, del acierto que se ponga en demos-

trar, con el estudio de las distintas causas que afectan a los distintos sectores del pueblo, que el Gobierno no es malo por estos o aquellos errores y defectos, sino que el régimen en sí es malo, y, por tanto, es éste lo que debe cambiarse sólo enseñando a todos los sectores del pueblo a resolver sus problemas a la manera revolucionaria se puede dirigir. Se hace lucha de masas proyectada hacia el objetivo estratégico de la revolución: la toma del poder. Sólo actuando así la vanguardia es digna de detentar tal hombre. Entonces podremos evitar, en gran parte, que las masas populares sean desviadas hacia el electoralismo e impedir nuevas situaciones de aislamiento de la organización revolucionaria.

El subproletariado de las ciudades aumenta cada año con los excedentes de la mano de obra del campo, la cual, sin una verdadera reforma agraria, la economía nacional es incapaz de absorber. Estos excedentes vienen a engrosar el cinturón de miseria que rodean las principales ciudades del país, especialmente la capital de la república.

No obstante la demagogia de la oligarquía reaccionaria y proimperialista de COPEI, AD, URD y FND, etc., de la mixtificadora política del BP del PCV y de la confusión y vacilación de los grupos de la llamada «oposición legal» nacionalistademo-

crática, la masa del subproletariado de las ciudades y del campesinado constituye una fuerza revolucionaria potencial sumamente importante, que, dirigida por la vanguardia revolucionaria, decidirá la victoria de la guerra popular.

El choque de intereses de los distintos grupos capitalistas y terratenientes, hoy atenuado por concesiones hechas por el Gobierno a costas del pueblo, ayudará a crear un clima político de violencia en el transcurso de la campaña electoral —en el caso de que se celebre— con tendencia a agravarse después de las elecciones, arrastrando a los distintos partidos y grupos de la pequeña burguesía democráticanacionalista. El movimiento revolucionario debe estar en condiciones de explotar esta situación. No como sucedió en las crisis anteriores que, por su debilidad y división, no pudo hacerlo.

El desarrollo de la lucha armada lleva en sí elementos decisivos de unidad de las fuerzas populares, y después del fracaso electoral —que no dejarán de sufrir los pequeños partidos— una parte, más o menos importante de sus elementos humanos se incorporará paulatinamente al movimiento revolucionario. La minoría revisionista del PCV (minoría que tiene en sus manos la dirección del Partido) se aislará y una gran parte de la base entrará activamente en

la lucha. Claro está que ello no podrá ser el resultado de un determinismo fatalista, sino el producto del aprovechamiento de un estado de cosas explotado política y militarmente por las fuerzas revolucionarias. Si éstas fueran incapaces, por falta de organización y claridad de sus objetivos; si ellas no se mostraran a la altura de las condiciones objetivas —cada vez más definidas— y no lograran crear su unidad ni desarrollar razonablemente la lucha en todos los terrenos; si no mostraran capacidad en el combate contra las fuerzas de la reacción-imperialismo al mismo tiempo que contra el oportunismo y el revisionismo, como asimismo contra la forma aventurera de dirigir la lucha armada en las zonas urbanas y rurales, entonces el fraude político que, una vez más, sufriría el pueblo no dejaría de provocar un reflujo que tendría como consecuencia aislar a la vanguardia revolucionaria con el consiguiente alargamiento de la lucha y la intensificación de la represión. Luego estamos frente a un problema de carácter crítico: las elecciones de 1968. Será una etapa demagógica dirigida y organizada para engañar al pueblo, a crear en él nuevas ilusiones, apartarlo de la lucha revolucionaria, y aislar, por el descrédito, la forma de lucha armada. Este problema toma caracteres muy serios, porque el juego político de todos los partidos legales

se ha unido el BP del PCV con su paz democrática. La solución, favorable al movimiento revolucionario, no es más que una: la unidad, y, con ella, el incremento de la lucha en todos los terrenos. Sólo así se puede paralizar el intento de todos los enemigos: los vacilantes, los revisionistas y jugadores de la política; sólo de tal manera se puede dar al traste con el engaño de unas elecciones podridas de antemano, en las cuales el pueblo saldrá derrotado ganare quien ganare. Cualesquiera de las coaliciones que puedan formarse, con posibilidades de triunfo, ninguna representa los intereses populares, sino su contrario. Los revolucionarios lo saben, por eso su responsabilidad es mayor, y, pese a todos los sacrificios que pueda costar, su deber es crear las condiciones para poder arrojar por la ventana la mesa de juego instalada en el garito electoral.

Las posiciones erróneas en el seno del movimiento revolucionario, siempre facilitan la tarea a los revisionistas y a las fuerzas represivas del Gobierno. Por muy secundarias que ellas sean, y precisamente por esa condición, significan posiciones sectarias que impiden crear un clima de unidad. Uno de los factores favorables al trabajo unitario sería, por ejemplo, enfrentarse conjuntamente al revisionismo del CC del PCV.

Américo Martín precisaba, y con razón: «El revisionismo o es vencido o vence, no hay término medio.» Y, efectivamente si el revisionismo vence querrá decir que la mayoría de la clase obrera y del campesinado, en una palabra, del pueblo, ha sido apartado de la solución revolucionaria y desviado al terreno de la colaboración dentro de la «democracia representativa» o al escepticismo y el reflujo.

La lucha armada, por su alta importancia, necesita de una plataforma ideológica que la justifique e instruya sobre sus razones y sus causas, sus fines y sus tácticas para lograrlos. Su ideología la sostendrá en todos los terrenos enfrentándose a cualquier clase de dificultades para romper la barrera que se esfuerzan en levantar entre el pueblo y el movimiento revolucionario. Las vacilaciones ante los capituladores y los mixtificadores de la doctrina revolucionaria se pagan muy caras, todos tenemos en Lenin un gran maestro que nunca flaqueó ante situaciones difíciles.

Los resabios de la vieja escuela del «marxismo-verdad-revelada» están interponiéndose a la apertura amplia y cordial con los verdaderos sectores revolucionarios y patriotas, ayudando, sin quererlo, a los dirigentes de la paz democrática.

La teoría del movimiento armado sin necesidad de partido político es de por sí muy peligrosa: la experiencia lo indica sin lugar a dudas. Hay quienes plantean el problema en dos términos: crear el partido antes o después de obtenida la victoria por medio de la lucha armada. Nosotros entendemos que hay otras formas de solución en cada caso particular. En nuestro país hay un partido marxista-leninista que sostiene la lucha armada en dos frentes guerrilleros y en las ciudades; paralelamente está el sector revolucionario del PCV dirigido por Douglas Bravo.

La lucha armada necesita de una ideología realmente revolucionaria, y para que se mantenga libre de penetraciones bastardas es imprescindible organizar a quienes con ella estén identificados y la defiendan. La ideología revolucionaria es la garantía más grande para la disciplina dentro de la propia organización armada. En el terreno ideológico, es, pues, necesario un partido que sostenga y popularice los fundamentos que determinan lo esencial de la teoría como elemento de separación y diferencia entre dos clases irreconciliables, que la haga «inaccesible al campo adversario». Además, la vanguardia política es la que está totalmente capacitada para encauzar la espontaneidad popular hacia los

fines superiores señalados por la ideología de clase, a la vez que la dirige durante todo el proceso. Lo contrario sólo favorece a la burguesía y a la pequeña burguesía, tan interesadas siempre en que el proletariado y las masas campesinas no se organicen en partidos revolucionarios. Por eso Lenin afirma rotundamente: «El sin-partidismo es una idea burguesa. El partidismo es una idea socialista.» La lucha armada que hoy sostienen las vanguardias revolucionarias tiende a desarrollarse adquiriendo la forma de guerra de todo el pueblo. Ella necesita movilizar y organizar a las masas populares a todo lo largo y ancho del país (al proletariado, campesinado, a los estudiantes, intelectuales progresistas y a todos los patriotas), elevar su conciencia política, su capacidad combativa, prepararlas para los grandes sacrificios que la lucha exige de todos, informarlas sobre los problemas que la revolución debe resolver, contraponer su propaganda a la propaganda del enemigo, combatir todas y cada una de las mixtificaciones ideológicas, asegurar la continuidad del desarrollo dialéctico de la revolución, antes y después de la victoria insurreccional. Para todo esto se precisa, no sólo de un ejército popular, sino asimismo de la vanguardia política que es la garantía de la revolución en su marcha ascendente, que es la conciencia ideológica, inflexible en

la defensa de los principios; en una palabra, la línea política de la revolución que deberá ser observada escrupulosamente y mantenida con tesón. Sin una ideología clara y consecuente, sin un partido político que la sostenga —y en ella se sostenga— el pueblo no podrá ser movilizado con ardor, no habrá revolución socialista posible. Y esta es la finalidad dialéctica de la revolución venezolana.

En Venezuela existe un partido marxista-leninista en lucha tenaz por la pureza de sus principios. Las crisis internas son una prueba harto elocuente que han permitido depurar los elementos extraños: pequeñoburgueses vacilantes, revisionistas y «ultraizquierdistas».

La dirección del PCV ha dejado de ser rigurosamente marxista-leninista cuando en el VII Pleno revisó la línea de lucha armada establecida por el III Congreso del Partido. El sector revolucionario que encabeza Douglas Bravo, con su posición de lucha, se muestra implícitamente fiel a las conclusiones del citado Congreso, y, por lo mismo, al marxismo-leninismo. Sin embargo, a nuestro parecer, habría que dar un enérgico salto de lo implícito a lo explícito.

La independencia de los partidos

La proposición afirmativa que hace Pompeyo Márquez, sobre la independencia de los partidos, encuentra

unanidad, y si alguien anduviese descarriado deberá examinar su conducta y sus ideas. La independencia de los partidos revolucionarios es la fianza de la independencia de la revolución y del futuro Estado que nazca de su fuerza; es, además, la condición sin la cual no prevalecerá ninguna libertad de manifestación independiente que permita aportar nuevos elementos —frutos del pensamiento y de la experiencia— a la doctrina y, con ellos se enriquezca y agilice. Y conste que no estamos cayendo en ninguna herejía, pues ya, en su tiempo, Federico Engels afirmaba: «Nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción.» Nunca Marx pensó en crear una Biblia cuyos dogmas hay que creer so pena de ser excomulgado. Marx nos dejó una doctrina que, partiendo del desarrollo histórico, está —debe estar— en continuo movimiento. Pero como la doctrina surge del curso de la historia y se asienta científicamente en el desarrollo material de la sociedad, que recibe su impulso principal de la lucha entre las clases, de las contradicciones inevitables en el seno de las fuerzas históricas.

Quienes se aparten de tales principios en la búsqueda de soluciones a los problemas sociales no son marxistas.

Pompeyo Márquez utiliza en calidad de argumentos —en defensa de la

independencia que tienen los partidos de trazar sus líneas políticas— palabras de Fidel Castro, las cuales trata de transformar en bumerang que retorne sobre quien las pronunció. Pero por mucha habilidad que «nuestro» polemista derroche, el resultado es todo lo contrario a sus pretensiones. La debilidad de la argumentación del miembro del Secretariado del BP del Partido Comunista Venezolano estriba en el propio enunciado de su tesis: *independencia para trazar su línea política*. Nadie discute esa independencia; no se trata de eso, y Pompeyo lo sabe. Lo que él pretende es librar de la crítica revolucionaria a la dirección nacional del PCV, y que ésta pueda, sin menoscabo de su antiguo prestigio, dedicarse a la tarea de alejar al pueblo de la revolución, enredándolo en la farsa de la «democracia representativa», coronada por el «cretinismo electoral». ¡Y qué elecciones! La compra de votos, la subasta de las conciencias, el control de la propaganda a través de los medios de difusión y expresión en manos de la oligarquía capitalista y las empresas imperialistas o aliadas; la traición final de la voluntad popular por medio de la corrupción y el engaño, cualesquieran que sean los resultados comiciales; el fraude en las elecciones; el fraude en la formación del Gobierno. Y esa democracia representativa se dirá depositaria de la

voluntad del pueblo. ¡Y cómo!... El latifundista haciendo la ley para el campesino y el obrero agrícola; el industrial, para el obrero y el empleado; el banquero, para especular con la renta nacional; el gran comerciante, para el pequeño industrial, el detallista y el artesano; los altos oficiales de las fuerzas armadas, para el soldado —hijo del pueblo obligado a matar a su hermano de miseria—. Y en la cúspide, el Gobierno recibiendo órdenes del No. 30 de Rockefeller Plaza, sede central de la Standard Oil, a través de la Secretaría de Estado.

Quien, individuo o partido diciéndose marxista leninista no critique la desviación ideológica, el revisionismo, el oportunismo y todos los ismos que bastardean la doctrina revolucionaria y alejan, con el engaño y la mixtificación, a los pueblos del camino de su liberación y al partido de la clase obrera de su puesto de combate en primera fila, no está cumpliendo con su deber revolucionario, sería cómplice, por omisión, del engaño. Y en nuestro país, quienes, diciéndose revolucionarios, se comporten de tal manera, ejercen el papel de celestinas ante el estrangulamiento del pueblo por el imperialismo. ¿Cómo se puede pretender que un partido revolucionario, como el Partido Comunista de Cuba, calle ante la capitulación —sin motivos válidos

frente al enemigo de todos— de otro partido comunista? Pretender tal cosa sería tanto como exigir del Partido Comunista de Cuba que traicionara su propia revolución. Pero, para desgracia de todos los oportunistas y revisionistas, para confusión de los capituladores, de todas las momias, los dirigentes del PCC, todo el Partido y el pueblo de Cuba, entienden que una de las manifestaciones de solidaridad revolucionaria consiste en denunciar a los enemigos de la revolución, y, con más fuerza aún a quienes se ocultan en ella para más dañarla.

No es con los sofismas ni con los falaces argumentos empleados por Pompeyo, que el BP del PCV puede detener la crítica revolucionaria a su política capitulante, ni detener la solidaridad del PCC y el pueblo cubano para con los revolucionarios del mundo y especialmente de América Latina. Pero he aquí los «especiales» argumentos empleados por Pompeyo Márquez en la defensa de «su» derecho a capitular y seguir, tan campanante, llamándose marxista-leninista:

—los colonialistas norteamericanos y sus agentes criollos (acá y en Latinoamérica y en todo el mundo capitalista) se frotan las manos de contento. Se han anotado una importante victoria contra el movimiento revolucionario venezolano y contra la revolución cubana:

—Golpear la unidad del movimiento revolucionario venezolano; y crear dificultades entre una parte fundamental del movimiento revolucionario venezolano y los dirigentes cubanos.

Con este estilo se ha tratado, año tras año, de paralizar la crítica dirigida a corregir los errores y combatir la traición a la doctrina. Errores y traiciones traducidos, para desgracia de los pueblos, en la práctica política. Por lo demás, es el Pompeyo Márquez de 1964-65 quien se toma el trabajo de aplastar al Pompeyo de hoy. Veamos:

—Ante nosotros y ante las fuerzas revolucionarias en general se presentan hoy dos alternativas:

—Dar marcha atrás en el camino emprendido y buscar un arreglo que nos permita ir al libre juego político, y a la recuperación de los instrumentos legales para adelantar las luchas de masas; lo que significaría reconocer el Gobierno de Leoni y debilitar, sino liquidar nuestra lucha armada.

—Enfrentarnos resueltamente al Gobierno de Leoni; adelantar la lucha armada con mayor decisión corrigiendo las actuaciones erróneas en este terreno; nucleando un gran movimiento nacional por un Gobierno patriótico, que establezca las libertades democráticas en lo político, realice una obra nacionalista en lo económico y soberana en lo internacional.

«No hay otras alternativas, ni una tercera posición que las combine o

las» —continúa diciendo Pompeyo Márquez—. «Apoyándose en los análisis teóricos generales y en la experiencia de su lucha en los últimos años, nuestro partido y las otras fuerzas revolucionarias se deciden categóricamente por la segunda alternativa.»

Esta segunda alternativa fue escogida por el MIR y por los hombres que luchan al lado del comandante Douglas Bravo. Pero Pompeyo Márquez, después de tanto hablar, terminó por quedarse con la primera. ¡Quién lo hubiera dicho! El Partido Comunista de Cuba también decidió defender la segunda alternativa, que Pompeyo abrazaba con tanto ardor. Puesto que la segunda alternativa estaba determinada por «los análisis teóricos», ¿quiénes han caído en el pozo del revisionismo y en la charca

Junio de 1967.

del oportunismo en procura «de los instrumentos legales»? ¿El MIR y el sector revolucionario dirigido por Douglas Bravo y sus compañeros o el Buró Político del Partido Comunista Venezolano con Pompeyo Márquez de paladín de las malas causas? Si el marxismo-leninismo hubiese dejado de ser tal, entonces Pompeyo Márquez tendría razón al quejarse de la crítica y del apoyo que la Revolución cubana presta a los revolucionarios venezolanos. Pero, para pasar de la dirección nacional del PCV, no es éste el caso en que hay revisionistas, lo sabemos: los señores del CC del Partido comunista venezolano se han pasado a su campo. Nosotros no. Y jamás cejaremos de combatirles ni de apoyar las críticas que los verdaderos marxistas-leninistas les hagan.



El desarrollo del subdesarrollo

ANDRE GUNDER FRANK

No podemos esperar formular teorías y programas adecuados sobre el desarrollo para la mayoría de la población mundial que sufre el subdesarrollo, sin antes conocer como su pasado económico y su historia social dieron lugar a su actual subdesarrollo. No obstante, casi todos los historiadores sólo se ocupan de los países metropolitanos desarrollados y prestan escasa atención a las regiones coloniales y subdesarrolladas. Por esta razón la mayor parte de nuestras categorías teóricas y nuestras guías para la política de desarrollo provienen exclusivamente de la experiencia histórica de las naciones avanzadas capitalistas de Europa y de Norteamérica. Y puesto que la experiencia histórica de los países coloniales y subdesarro-

llados ha probado ser muy diferente, las teorías en nuestro poder fallan en reflejar completamente el pasado de la parte del mundo subdesarrollada. Y lo que es aún más importante; nuestra ignorancia de la historia de los países subdesarrollados nos lleva a aceptar que su pasado y hasta su presente se asemejan a las etapas primitivas de la historia de los países hoy desarrollados. Esta ignorancia y esta aceptación nos ha llevado a serias falsas concepciones sobre el subdesarrollo y el desarrollo contemporáneo. Además, la mayoría de los estudios del desarrollo, y del subdesarrollo adolecen de no tomar en cuenta las relaciones económicas y otras entre las metrópolis y sus colonias económicas a lo largo de la historia de la expansión mundial y

del desarrollo del sistema mercantilista y capitalista. Por consiguiente, la mayoría de nuestras teorías fracasan en explicar la estructura y desarrollo del sistema capitalista como un todo y en tener en cuenta su generación simultánea de subdesarrollo en algunos lugares y desarrollo económico en otros.

Generalmente se sostiene que el desarrollo económico ocurre en una sucesión de etapas capitalistas y que los actuales países subdesarrollados están todavía en una etapa, a veces descrita como una etapa histórica original, por la cual las actuales naciones desarrolladas pasaron hace mucho tiempo. Sin embargo, el más modesto conocimiento de la historia muestra que el subdesarrollo no es ni original ni tradicional y que ni el pasado ni el presente de los países subdesarrollados se parece, bajo ningún concepto importante, al pasado de los países actualmente desarrollados. *Los hoy países desarrollados nunca tuvieron subdesarrollo aunque pueden haber estado poco desarrollados.* Es también ampliamente sabido que el subdesarrollo contemporáneo de un país puede ser concebido como producto o reflejo de sus propias características o estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Pero la investigación histórica demuestra que el subdesarrollo contemporáneo es, en gran parte, el producto histórico de la economía

pasada y actual y de otras relaciones entre los satélites subdesarrollados y los actuales países metropolitanos desarrollados. *Lo que es más, estas relaciones son parte esencial de la estructura y el desarrollo del sistema capitalista a escala mundial en conjunto.* Un punto de vista relacionado con esto y también ampliamente erróneo es que el desarrollo de esos países subdesarrollados y, dentro de ellos, de sus áreas domésticas más subdesarrolladas, debe ser y será generado o estimulado por la difusión de capital, instituciones, valores, etc... en los mismos desde las metrópolis capitalistas nacionales e internacionales.

Las perspectivas históricas basadas en la experiencia pasada de los países subdesarrollados sugiere que, por el contrario, el desarrollo económico de los países subdesarrollados puede ocurrir actualmente sólo independientemente de la mayoría de esas relaciones de difusión.

Evidentes desigualdades de renta y diferencias culturales han llevado a muchos observadores a ver sociedades y economías «duales» en los países subdesarrollados. Cada una de las partes está supuesta de tener una historia propia, una estructura y una dinámica contemporánea, ampliamente independiente de la otra. Se supone que sólo una parte de la economía y de la sociedad ha

sido afectada, en forma importante, por relaciones íntimas económicas con el mundo capitalista «exterior»; y esta parte, se ha vuelto moderna, capitalista y relativamente desarrollada precisamente a causa de este contacto. La otra parte es considerada como diversamente aislada, basada en la subsistencia feudal o precapitalista y por lo tanto más subdesarrollada. Creo por el contrario, que toda la tesis de la «Sociedad dual» es falsa y que las recomendaciones de política a las que lleva, si se siguen, sirven solamente para intensificar y perpetuar las propias condiciones de subdesarrollo que supuestamente deben remediar.

Gran cantidad de evidencias, que aumentan por día, sugieren y estoy seguro que serán confirmadas por las futuras investigaciones históricas, que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente aun los aparentemente más aislados sectores del mundo subdesarrollado. *Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente ahí, son productos del desarrollo histórico del sistema capitalista tanto como lo son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas, de las metrópolis nacionales de estos países subdesarrollados.* Análogamen-

te a las relaciones entre desarrollo y subdesarrollo a nivel internacional, las instituciones subdesarrolladas contemporáneas de las llamadas áreas atrasadas o doméstico-feudales de una región subdesarrollada son, no menos, producto de un simple proceso histórico de desarrollo capitalista como también lo son las llamadas instituciones capitalistas de las supuestas áreas progresivas. En este trabajo me gustaría esbozar los tipos de evidencias que respaldan esta tesis y al mismo tiempo indicar ciertos lineamientos futuros a los que podrán seguir estudios e investigaciones fructíferos.

— II —

El Secretario general del Centro latinoamericano para la investigación en Ciencias Sociales escribe en el diario del Centro: «La posición privilegiada de la ciudad tiene su origen en el periodo colonial. Fue fundada por el Conquistador para servir los mismos fines que sigue sirviendo hoy en día: incorporar la población indígena a la economía producida y desarrollada por el Conquistador y sus descendientes. La ciudad regional era un instrumento de conquista y es aún hoy un instrumento de dominio.»¹ El Instituto nacional indigenista de México confirma esta observación cuando señala que «la población mestiza, de hecho,

siempre vive en la ciudad, centro de una región intercultural, que actúa como metrópoli de una zona de población indígena y que mantiene una íntima relación con las comunidades subdesarrolladas que une el centro con las comunidades satélites». ² El Instituto va hasta señalar que «entre los mestizos que viven en la ciudad núcleo de la región y, los indios que viven en las zonas campesinas del interior hay, verdaderamente, una más cercana interdependencia económica y social de lo que se puede apreciar a primera vista» y que las metrópolis provinciales «al ser centros de intercambios son también centro de explotación.» ³

Y así, esas relaciones metrópoli-satélites no están limitadas por el nivel imperial o internacional sino penetran y estructuran la propia vida económica, política y social de los países y las colonias latinoamericanos. Así como la capital nacional y colonial con su sector de exportación se convierte en satélite de la metrópoli ibérica, y más tarde de otras, del sistema económico mundial, este satélite inmediatamente se convierte en una metrópoli colonial y después nacional en relación con los sectores de producción y la población del interior. Aún más, las capitales provinciales que a su vez son ellas mismas satélites de la metrópoli nacional —y a través de

ésta, de la metrópoli extranjera— son al mismo tiempo centros provinciales alrededor de los cuales giran en órbita sus propios satélites. En esta forma, toda una cadena de constelaciones de metrópolis y satélites relaciona todas las partes del sistema total de su centro en Europa o los Estados Unidos a los puntos más lejanos de los países latinoamericanos. Cuando examinamos la estructura metrópoli-satélite, nos encontramos con que cada uno de los satélites, incluso las hoy subdesarrolladas España y Portugal, sirven como instrumento para extraer capitales o sobrantes económicos de sus propios satélites y encaminar parte de estos sobrantes hacia la metrópoli extranjera de la cual todas son satélites. Sin embargo, cada metrópoli nacional o local sirve para imponer y mantener la estructura monopolística y las relaciones de explotación de este sistema, como el Instituto nacional indigenista de México lo llama) mientras sirva los intereses de las metrópolis que se aprovechan de esta estructura global, nacional y local para promover su propio desarrollo y el enriquecimiento de su clase gobernante.

¹ *América Latina*, Año 6, N° 4, Octubre-Diciembre 1963, pág. 8.

² *Los centros coordinadores indigenistas*, Instituto Nacional Indigenista, México, 1962, pág. 34.

³ La misma obra, pág. 33-34 y 88.

Estas son las características principales y que aún perduran y que fueron establecidas en Latino América por la Conquista. Además del examen del establecimiento de esta estructura colonial en su contexto histórico, el enfoque propuesto requiere el estudio del desarrollo —y subdesarrollo— de estas metrópolis y satélites de Latino América a través del consiguiente y aún en vigor proceso histórico. En esta forma podemos comprender por qué han habido y todavía hay tendencias, en las estructuras latinoamericanas y capitalistas del mundo, que parecen llevar al desarrollo de la metrópoli y al subdesarrollo de los satélites y por qué, particularmente, las metrópolis satélites nacionales, regionales y locales de Latino América confrontan el hecho de que su desarrollo económico es, cuando más, un desarrollo subdesarrollado.

— III —

El actual subdesarrollo de América Latina es el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial; en lo que a mí se refiere, creo haberlo mostrado en estudios sobre la historia económica y social de Chile y Brasil. ⁴ Mi estudio sobre la historia chilena sugiere que la Conquista no sólo incorporó totalmente este país a la expansión y al desa-

rollo del mundo mercantil y más tarde al sistema capitalista industrial, sino que también introdujo las estructuras monopolísticas metrópoli-satélite y el desarrollo del capitalismo en la economía doméstica y la propia sociedad de Chile. Y esta estructura penetró y permeabilizó todo Chile rápidamente. Desde entonces y en el transcurso de la historia mundial y de Chile, durante los períodos del colonialismo, del libre comercio y del imperialismo, así como actualmente, Chile ha sido enormemente marcado por las estructuras sociales y políticas del subdesarrollo satélite. Este desarrollo del subdesarrollo continúa hoy tanto en la creciente satelización de Chile por la metrópoli extranjera, como a través de la cada día más aguda polarización de su economía doméstica.

La historia del Brasil es, quizás, el caso más claro de ambos aspectos de subdesarrollo, nacional y regional. La expansión de la economía mundial desde el comienzo del siglo XVI convirtió paulatinamente el nordeste, el interior de Minas Gerais, el norte y el centro sur (Río de Janeiro, Sao Paulo, Paraná) en economía de exportación y las incorporó a las es-

⁴ «Desarrollo y Sub-desarrollo capitalista en Chile» y «Desarrollo y Sub-desarrollo Capitalista en Brasil» en *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina* que será publicado próximamente por Monthly Review Press.

estructuras y al desarrollo del sistema capitalista mundial. Cada una de estas regiones sufrió lo que pudo parecer un desarrollo económico durante el período de su respectiva edad de oro. Pero fue un desarrollo satélite que no era ni auto-generado ni auto-perpetuado. Según fue declinando el mercado o la productividad de las primeras tres regiones, el interés de la economía doméstica y extranjera se fue desvaneciendo; y fueron abandonadas para que desarrollaran el subdesarrollo en que viven actualmente. En la cuarta región, la economía del café sufrió un destino similar aunque no tan serio (pero el desarrollo de un sustituto sintético del café promete asestarle un golpe mortal en un futuro no muy lejano). Toda esta evidencia histórica contradice la tesis generalmente aceptada de que los latinoamericanos sufren de una «sociedad dual» o de una supervivencia de las instituciones feudales y que éstos son obstáculos importantes a su desarrollo económico.

— IV —

Durante la Primera Guerra Mundial y más aún durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, Sao Paulo comenzó a edificar un aparato industrial que es, actualmente, el mayor de América Latina. La cuestión que se plantea es si el

desarrollo industrial sacó o sacará al Brasil del ciclo de desarrollo y subdesarrollo satélite que ha caracterizado hasta ahora sus otras regiones y su historia nacional dentro del sistema capitalista. Yo creo que la respuesta es negativa. Domésticamente y hasta ahora, la respuesta es bien clara. El desarrollo de la industria en Sao Paulo no ha producido grandes riquezas para las otras regiones de Brasil. Al contrario, las ha convertido en satélites coloniales internos, las ha descapitalizado aún más y consolidado y hasta profundizado más su subdesarrollo. Existen pocas evidencias que nos permitan sugerir que este proceso es susceptible de reversión en un futuro más o menos lejano excepto en que los pobres provincianos migran y se convierten en los pobres de las ciudades metropolitanas. La evidencia es, considerada desde el exterior, que aunque el desarrollo inicial de la industria de Sao Paulo era relativamente autónomo está siendo poco a poco satelizado por la metrópoli capitalista extranjera y sus futuras posibilidades de desarrollo están siendo progresivamente restringidas.⁵ Este desarrollo —mis estudios me llevan a creerlo— parece destinado a ser

⁵ Ver también «El crecimiento y descenso de los sustitutos de importación», Boletín Económico para América Latina, New York, IX, N° 1 Marzo 1964; y de Celso Furtado, *Dialéctica del Desarrollo*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura, 1964.

un desarrollo subdesarrollado o limitado, mientras se realice dentro del actual marco económico, político y social.

Debemos incluir, en resumen, que el subdesarrollo no es debido a la supervivencia de instituciones arcaicas o a la existencia de falta de capital en las regiones que se han mantenido aisladas del torrente de la historia del mundo. Por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aún generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico: el desarrollo del propio capitalismo. Este punto de vista, me complace confesarlo; está ganando adeptos entre los estudiantes de América Latina, está probando su valor al aportar nueva luz al problema del área y ofreciendo una mejor perspectiva para la formulación de las teorías y los lineamientos.⁶

— V —

El mismo enfoque histórico y estructural puede también conducir a mejores teorías y lineamientos de desarrollo generando una serie de hipótesis sobre desarrollo y subdesarrollo como las que estoy probando en mis actuales investigaciones. Las hipótesis se derivan de las observaciones empíricas y de las presunciones teóricas que dentro de esta estructura metrópoli-satélite que

abarca al mundo entero, las metrópolis tienden a desarrollarse y los satélites a subdesarrollarse. La primera hipótesis ya fue mencionada más arriba: es decir, que en contraste con el desarrollo de la metrópoli extranjera que no es satélite de nadie, el desarrollo de las metrópolis subordinadas y nacionales está limitada por su estatuto de satélite. Esta hipótesis es quizás más difícil de probar que las siguientes, porque parte de su confirmación depende de la prueba de las demás hipótesis. No obstante, esta hipótesis parece estar generalmente confirmada por la no-autonomía y el no-satisfactorio desarrollo económico y especialmente industrial de las metrópolis nacionales de América Latina, como documentos de los estudios ya citados. Los ejemplos más importantes y al mismo tiempo más confirmantes son las regiones metropolitanas de Buenos Aires y Sao Paulo, cuyo crecimiento sólo comenzó en el siglo XIX, que no fue obstaculizado por heren-

⁶ Otros utilizan tesis similares, aunque sus ideologías no les permiten llegar a conclusiones lógicas, entre ellos Aníbal Pinto de Chile; *Un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1957; Celso Furtado: *La formación económica del Brasil*, Río de Janeiro, Fondo de Cultura, 1959 (traducido recientemente al inglés y publicado bajo el título *The Economic Growth of Brazil* por la University of Carolina Press); y Caio Prado Junior: *Historia Económica del Brasil*, Sao Paulo, Editora Brasiliense, 7ma. edición, 1962.

cias coloniales, pero que es y sigue siendo, un desarrollo satélite ampliamente dependiente de la metrópoli exterior, primero de Gran Bretaña y después de los Estados Unidos.

Una segunda hipótesis es que los satélites sufren su mayor desarrollo industrial capitalista clásico cuando y allí donde sus lazos con la metrópoli son débiles. Esta hipótesis es casi diametralmente opuesta a la tesis generalmente aceptada que el desarrollo de los países subdesarrollados es consecuencia del mayor grado de contacto con y la mayor difusión desde los países desarrollados metropolitanos. Esta hipótesis parece estar confirmada por dos clases de aislamiento relativo que América Latina ha experimentado en el curso de su historia. Uno es el aislamiento temporal causado por las crisis de guerra o depresiones en las metrópolis extranjeras. Aparte de algunas de menor importancia, sobresalen cinco períodos de grandes crisis que parecen confirmar la hipótesis. Estos son: la depresión europea (especialmente la española) del siglo xvii, las guerras napoleónicas, la Primera Guerra Mundial, la depresión de los años 30 y la Segunda Guerra Mundial. Está claramente establecido y generalmente reconocido que el desarrollo industrial reciente más importante —especialmente de Argen-

tina, Brasil y México, pero también de otros países tales como Chile— han tenido lugar precisamente durante los períodos de las dos grandes guerra y la depresión intermedia. Gracias al consiguiente debilitamiento de los lazos comerciales y de la inversión durante esos períodos, los satélites iniciaron un crecimiento marcado de industrialización autónoma. La investigación histórica demuestra que lo mismo sucedió en América Latina durante la depresión europea del siglo xvii. Creció la manufactura en los países latinoamericanos y muchos de ellos, como Chile, se convirtieron en exportadores de productos manufacturados. Las guerras napoleónicas hicieron brotar movimientos de independencia en América Latina y esto debe quizás interpretarse como una confirmación, en parte, de la hipótesis de desarrollo.

La otra clase de aislamiento que tiende a confirmar la segunda hipótesis es el aislamiento geográfico y económico de regiones que en un tiempo estuvieron relativa y débilmente integradas y unidas al sistema mercantilista y capitalista. Mi investigación preliminar sugiere que en América Latina fueron esas regiones las que iniciaron y experimentaron el más prometedor desarrollo económico autogenerado del más clásico tipo industrial capitalista. Los casos regionales más importantes son

probablemente Tucumán y Asunción, tanto como otras ciudades como Mendoza y Rosario, en el interior de Argentina y Paraguay, durante el final del siglo xviii y comienzos del xix. Los siglos xviii y xix en São Paulo, antes de que se comenzara el cultivo del café allí son otro ejemplo. Quizás Antioquia en Colombia y Puebla y Querétaro en México, son otros ejemplos. A su manera, Chile fue también un ejemplo puesto que, antes que la ruta marítima alrededor de Hornos fuese abierta, este país estaba relativamente aislado al final de un largo viaje de Europa vía Panamá. Todas estas regiones se convirtieron en centros de manufactura y hasta de exportación, generalmente, de textiles, durante el período que precedió a su incorporación efectiva como satélites del sistema capitalista mundial, colonial y nacional.

Claro está que, internacionalmente, el caso clásico de industrialización a través de la no-participación como satélite del sistema capitalista mundial es obviamente, el del Japón después de la Restauración Meiji. Por qué, podemos preguntarnos, el pobre en recursos y no satelizado Japón fue capaz de industrializarse a fines del siglo, mientras los países latinoamericanos ricos en recursos y Rusia, no fueron capaces de hacerlo y la última fue fácilmente vencida por Japón en la Guerra de 1904,

después de los mismos 40 años de esfuerzos por el desarrollo. La segunda hipótesis sugiere que la razón fundamental es que Japón no fue satelizado ni en el período Tokugawa ni en el Meiji y por lo tanto no tuvo su desarrollo estructuralmente limitado como los países que fueron satelizados.

— VI —

Un corolario de la segunda hipótesis es que, cuando la metrópoli se recuperaba de sus crisis y restablecía los lazos de comercio e inversión que reincorporaban totalmente a los satélites al sistema, o cuando la expansión metropolitana trataba de incorporar las regiones previamente aisladas al sistema mundial, la industrialización y el desarrollo previo de estas regiones eran estrangulados o canalizados en direcciones que no son autoperpetuadas ni prometedoras. Esto sucedió después de cada una de las cinco crisis más arriba citadas. La renovada expansión del comercio y la difusión del liberalismo económico en los siglos xviii y xix estrangularon e hicieron retroceder el desarrollo de la manufactura que había tenido América Latina durante el siglo xvii y en algunos lugares al comienzo del siglo xix. Después de la Primera Guerra Mundial, la nueva industria nacional del Brasil sufrió serias consecuencias por la

invasión económica norteamericana. El aumento en la tasa de crecimiento del producto bruto nacional y particularmente de la industrialización en toda la América Latina fue también retrasada y la industria se volvió muy satelizada después de la Segunda Guerra Mundial y especialmente después de la recuperación de la postguerra coreana y la expansión de la metrópoli. Lejos de haberse desarrollado mucho más desde entonces, los sectores industriales del Brasil y más conspicuamente de Argentina se han vuelto estructuralmente más y más subdesarrollados y menos y menos capaces de generar la industrialización continuada y/o el desarrollo sostenido de la economía. Este proceso, que la India sufre también, está reflejado en una escala general de la balanza de pagos, inflación y otras dificultades económicas y políticas, y promete no doblegarse ante ninguna solución que no aporte cambios estructurales.

Nuestras hipótesis sugieren que, fundamentalmente, el mismo proceso ocurrió, aún más dramáticamente, con la incorporación al sistema de regiones previamente no satelizadas. La expansión de Buenos Aires como satélite de Gran Bretaña y la introducción del libre comercio en interés de los grupos gobernantes de ambas metrópolis destruyeron la manufactura y parte de lo que quedaba de

la base económica del interior, previamente casi próspero. La manufactura fue destruida por la competencia extranjera, se cogieron las tierras y se convirtieron en latifundios por la economía rapaz y creciente de la exportación, la distribución intraregional de la renta se hizo más desigual y las regiones que se estaban desarrollando previamente se convirtieron en simples satélites de Buenos Aires, y a través de éste, de Londres. Los centros provinciales no claudicaron sin lucha ante la satelización. Este conflicto metrópoli-satélite fue, en mucho, la causa de la larga lucha armada y política entre los Unitaristas de Buenos Aires y los Federalistas de las provincias y se puede decir que fue la única causa importante de la Guerra de la Triple Alianza en la cual Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, alentadas y ayudadas por Londres, destruyeron no sólo la economía autónoma en vías de desarrollo de Paraguay, sino casi mataron toda su población que no aceptaba someterse. Aunque sin dudas éste es el ejemplo más espectacular que tiende a confirmar la hipótesis, yo creo que la investigación histórica sobre la satelización de los trabajos agrícolas previos, relativamente independientes, y de las incipientes regiones manufactureras, tales como las islas del Caribe, lo confirmarán en el futuro.⁷ Estas regiones no tuvieron ninguna

oportunidad contra las fuerzas de desarrollo y expansión del capitalismo y su propio desarrollo tuvo que ser sacrificado al de los demás. La economía y la industria del Brasil, Argentina y otros países que han sentido los efectos de la recuperación metropolitana desde la Segunda Guerra Mundial sufren hoy mucho el mismo destino, aunque, por suerte, en grado menor.

— VII —

Una tercera hipótesis principal derivada de la estructura metrópoli-satélite es que las regiones que están aquí actualmente más subdesarrolladas y con mayor aspecto feudal son aquellas que tenían lazos más estrechos en el pasado con la metrópoli. Son las regiones que eran los mayores exportadores de materias primas y las fuentes principales de capital para la metrópoli extranjera y que fueron abandonadas por ésta cuando por una razón u otra, los negocios decayeron. Esta hipótesis contradice la tesis generalmente sostenida de que la fuente del subdesarrollo regional es su aislamiento y sus instituciones precapitalistas. Esta hipótesis parece estar ampliamente confirmada por el anterior desarrollo supersatélite y el presente ultrasubdesarrollo de las, en un tiempo exportadoras de azúcar, Antillas, nordeste del Brasil, distritos exmi-

neros de Minas Gerais, en Brasil, tierras altas del Perú, Bolivia y los estados centrales mexicanos de Guanajuato, Zacatecas y otros, cuyos nombres se hicieron famosos hace siglos por su plata. Con seguridad no hay mayores regiones en América Latina que sufran en la actualidad más intensamente la maldición del subdesarrollo y la pobreza; sin embargo, todas esas regiones, como Bengala en la India, una vez fueron proveedoras del flujo sanguíneo mercantil y del desarrollo capitalista industrial —de la metrópoli. La participación de estas regiones en el desarrollo del sistema capitalista mundial les proporcionó, ya en su edad de oro, las estructuras típicas del subdesarrollo de una economía de exportación capitalista. Cuando el mercado de su azúcar o de la riqueza de sus minas desapareció y las metrópolis las abandonaron a su propio destino, sus ya existentes estructuras económicas, políticas y sociales prohibían la generación autónoma del desarrollo económico y no les dejaba otra alternativa que volver a sí mismas y degenerar en el ultra-subdesarrollo que actualmente encontramos en ellas.

⁷ Ver por ejemplo, Ramón Guerra y Sánchez, *Azúcar y Población en las Antillas*, Habana 1942, 2da. edición, publicada como *Sugar and Society in the Caribbean*, New Haven, Yale University Press, 1964.

Estas consideraciones sugieren otras dos hipótesis relacionadas: una es, que el latifundio, sin tener en cuenta si hoy se nos presenta como una finca o hacienda, nació típicamente como empresa comercial que creó sus propias instituciones que le permitieron responder al aumento de la demanda en el mercado nacional y mundial ampliando sus tierras, su capital y su trabajo e incrementando el abastecimiento de sus productos. La quinta hipótesis es que los latifundios que parecían aislados, basados en la subsistencia y semif feudales, actualmente vieron declinar la demanda de sus productos y de su capacidad productiva. Estos se encuentran principalmente en las antes mencionadas regiones de exportación minera y agrícola, cuyas actividades económicas decayeron en general. Estas dos hipótesis corren parejas a la noción de mucha gente y a la opinión de algunos historiadores y otros estudiosos sobre el asunto, de acuerdo con las cuales las raíces históricas y las causas socioeconómicas de los latifundios y de las instituciones de América Latina deben buscarse en la transferencia de las instituciones feudales de Europa y/o en las depresiones económicas.

La evidencia para probar estas hipótesis no se abre fácilmente a la

inspección general y requiere un análisis detallado de muchos casos. No obstante, se puede obtener cierta evidencia importante confirmatoria.

El aumento de los latifundios en la Argentina y Cuba, durante el siglo XIX es un caso claro en apoyo de la cuarta hipótesis, y de ninguna manera puede ser atribuido a la transferencia de instituciones feudales durante los tiempos coloniales. Es evidentemente lo mismo que sucede en el resurgimiento de los latifundios particulares postrevolucionarios y contemporáneos en el norte de México, que producen para el mercado norteamericano y de otros semejantes en la costa del Perú y las nuevas regiones de café en Brasil. La conversión de las islas del Caribe, tales como Barbados, de haciendas agrícolas en economías exportadoras de azúcar en distintas épocas, entre los siglos XVII y XX, y el aumento resultante de los latifundios en estas islas, también parecen confirmar la cuarta hipótesis; el aumento del latifundio y la creación de las instituciones de servidumbre, que más tarde fueron llamadas feudales, ocurrieron en el siglo XVIII y han sido concluyentes en demostrar que fueron los resultados y las respuestas a la apertura de un mercado de trigo chileno en Lima.⁸ Aun el aumento y la consolidación del latifundio en el México del siglo XVIII —que la mayoría de los estudiosos expertos han

atribuido a una depresión de la economía causada por la baja de la minería y una escasez de mano de obra india y a la consiguiente introversión y ruralización de la economía— ocurrió en un momento en que la población urbana y la demanda crecían, se hizo aguda la carestía de productos alimenticios, los precios alcanzaron niveles altísimos y el aprovechamiento de otras actividades económicas tales como minería y comercio exterior declinaron.⁹ Estos y otros factores hicieron más provechosa la agricultura en las haciendas. Y así, hasta este caso parece confirmar la hipótesis de que el crecimiento del latifundio y sus condiciones de servidumbre, al parecer feudales, en América Latina ha sido siempre y es aún la respuesta comercial a la creciente demanda y que no representa la transferencia o supervivencia de instituciones ajenas que se han mantenido más allá del alcance del desarrollo capitalista. El surgimiento de los latifundios, que actualmente están verdaderamente, más o menos (aunque no totalmente) aislados, puede ser atribuido a las causas explicadas en la quinta hipótesis; es decir, la declinación de las empresas agrícolas provechosas establecidas con anterioridad, cuyo capital era y cuyo sobrante económico corrientemente producido aún es transferido a otro lugar por propietarios y negociantes, quie-

nes frecuentemente son las mismas personas o familias. Probar esta hipótesis requiere un análisis aún más detallado, parte del cual he comenzado en un estudio sobre la agricultura del Brasil.¹⁰

Todas estas hipótesis y estudios sugieren que la extensión global y la unidad del sistema capitalista, su estructura monopolista y su desarrollo desigual en el transcurso de la his-

⁸ Mario Góngora, *Origen de los sinquillinos de Chile central*, Santiago, Editorial Universitaria, 1960; Jean Borde y Mario Góngora *Evolución de la propiedad rural en el Valle del Puango*, Santiago, Instituto de Sociología de la Universidad de Chile; Sergio Sepúlveda, *El trigo chileno en el mercado mundial*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

⁹ Woodrow Borah hace de la depresión su tema central en *Nuevo siglo de depresión de España Ibero-Americana*, Berkeley, Nº 35-1951 Francois Chevalier *La formación de los latifundios grandes en México*, México, Problemas industriales y Agrícolas de México, VIII No 1, 1955 (traducido del francés y publicado recientemente por la University of Carolina Press). Los datos que basan mi interpretación en contra han sido sacados de estas obras. Este problema se plantea en mi ¿«Con qué modo de producción convierte la gallina el maíz en huevos de oro?» El Gallo Ilustrado, Suplemento de El Día, México Nos. 175 y 179, octubre 31 y noviembre 28, 1965; y se analiza más profundamente en un estudio sobre la agricultura mexicana en preparación.

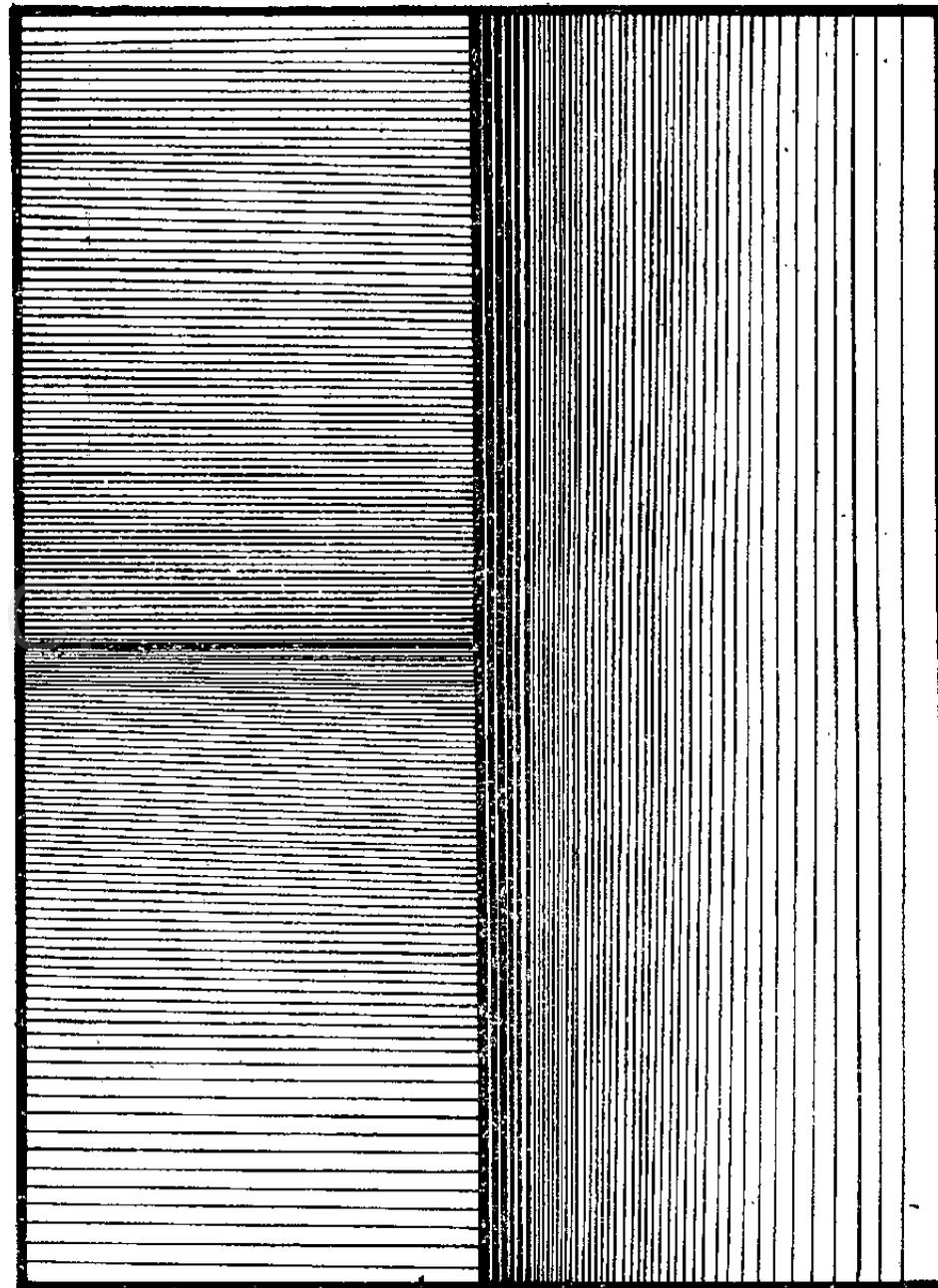
¹⁰ «Capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura del Brasil» en *Capitalismo y Subdesarrollo en América Latina*, citado en el (4).

toria y la consiguiente persistencia del capitalismo más bien comercial que industrial en el mundo subdesarrollo (incluyendo sus países más industrialmente adelantados) merecen mucha más atención en el estudio del desarrollo económico y cambio cultural de la que hasta hoy han recibido. Porque, aunque la ciencia y la verdad no reconocen fronteras, serán probablemente las nuevas generaciones de científicos de los propios países subdesarrollados los que más necesitan y más podrán dedicar la atención necesaria a estos problemas y aclarar el proceso del subdesarrollo y del desarrollo. Es a ellos a quienes en el último término corresponderá la tarea de cambiar éste ya no acepta-

ble proceso y eliminar esta miserable realidad.

No serán capaces de alcanzar estos objetos si importan estereotipos estériles desde las metrópolis, que no corresponden a su realidad económica de satélites y no responden a sus necesidades de liberación política. Para cambiar su realidad deben primero comprenderla. Por eso, yo espero que una mayor confirmación de estas hipótesis y un mayor empeño en el enfoque propuesto, política y estructuralmente, pueda ayudar a los pueblos de los países subdesarrollados a comprender las causas y eliminar la realidad de su desarrollo de subdesarrollo y del subdesarrollo de su desarrollo.

Monthly Review, setiembre de 1966.



Preliminares al estudio de la hegemonía en el estado*

NICOS POULANTZAS

1. GENERALIDADES.

Es conocido el auge actual del concepto de la hegemonía: hegemonía del proletariado, poder hegemónico, hegemonía en el Estado, clase hegemónica, etc. En breve, uno se encuentra a menudo ante un caso de este concepto demasiado extendido, o bien demasiado limitado, en todo caso vago en tanto no se intente limitar su *status científico*. Este concepto elaborado por Gramsci, si bien fue ya expresamente utilizado por Plejanov, puede ser aplicado en dos ámbitos que se presentan pese a sus relaciones como diferenciados: en el de la función política objetiva y en el de la estrategia de proletariado — lo que plantea de sus relaciones con el concepto de «dictadura del proletaria-

do» y en el de las estructuras del estado capitalista y de la constitución política de las clases dominantes en la sociedad moderna. Es sobre este último terreno que nos ubicaremos a fin de captar la novedad, los presupuestos y las posibilidades operativas de este concepto en el análisis marxista del Estado.

En efecto, el concepto de hegemonía se inserta en toda una problemática particular del materialismo dialéctico concerniente a la vez a la cuestión de las relaciones entre base y superestructura y a la de la especificidad del dominio político y estatal en una formación social históricamente de-

* Este artículo es un resumen de la primera parte de un ensayo en preparación.

terminada: su aporte no puede ser limitado, como existe a menudo tendencia a hacerlo, a un dominio cualquiera de la «ideología» en general, en la medida en que indicaría el papel de una clase dirigente que, por vía de sus intelectuales, funcionarios de la ideología, arriba a hacer aceptar por el conjunto de una sociedad su propia concepción del mundo y dirigir de este modo, mediante un consentimiento condicionado, más que dominar en el sentido estricto del término. No hay necesidad, en efecto, de introducir un concepto nuevo destinado simplemente a valorizar la eficacia específica de las ideologías, en el amplio sentido del término, sobre la base, hecho siempre admitido por el análisis marxista. Si el concepto de hegemonía tiene un status científico propio, es que él nos permite, aplicado al Estado capitalista y a las clases a cuyos intereses corresponde, elucidar sus características históricas particulares en sus relaciones con un modo de producción históricamente determinado: en breve, nos permite el examen de la «lógica específica de un objeto específico», de la relación concreta Estado capitalista-clases dominantes constituyendo así un concepto *científico abstracto-determinado*.¹

Para medir el aporte del concepto de hegemonía debiera considerarse, en efecto, lo que fue durante largo

tiempo el modelo del análisis marxista del Estado por los «autores autorizados», con Vischinski a la cabeza: él estaba regido por la fórmula-clave: Estado = voluntad de la clase dominante. El Estado es considerado en primer lugar como un conjunto cuya especificidad institucional estaría reducida a su aspecto normativo— reglas de conducta, leyes, etc.: este conjunto presupondría así un cierto sujeto emisor de esas normas personificado por la voluntad de clase; en segundo lugar, es considerado paralelamente como un instrumento de violencia represiva que presupondría un cierto actor de la manipulación y ejercicio de esta violencia que no podría ser otro que la voluntad de la clase dominante. De hecho, esta concepción hondamente idealista y voluntarista del Estado que identifica a una «máquina» o a un «instrumento» inventado y creado a los solos fines de dominación por una «voluntad» de clases, es raigalmente opuesto al análisis científico marxista del Estado. Ella conduce a numerosas consecuencias que se concretan, en definitiva, en dos corrientes: de una parte el Estado es genéticamente considerado como el producto de una voluntad, incluso de una «conciencia» de clase, entidad abstracta y sujeto

¹ Sobre estos problemas epistemológicos: *G. de la Volpe: La lógica como ciencia positiva, 1950 y Rousseau y Marx, 1956.* (en italiano).

trascendente de la historia, de la cual no se puede elucidar —en la medida en que constituye un concepto ideológico— las relaciones objetivas con las estructuras de un modo particular de producción. Por otro lado, los intereses de clase que constituyen el sustrato del Estado en sus relaciones con el dominio específico de la lucha de clases, son consideradas paralelamente, según un economismo vulgar y de una manera acrítica, como trapuestos en su expresión política institucionalizada «tal cual» sin otra mediación: ninguna relación dialéctica puede ser establecida de este modo entre esos «intereses económico-sociales» y la «voluntad política de clase» en la medida exacta en que ese concepto de voluntad no puede constituir el vínculo genético del Estado y del conjunto de las relaciones objetivas de un modo de producción en el interior del cual esos intereses están ellos mismos constituidos. Esa estructura invariable «voluntarismo-economismo» se reencuentra en todas las consecuencias concretas a las cuales conduce la fórmula Estado = voluntad de la clase dominante, a saber:

a) El Estado es considerado en tanto que patrimonio exclusivo de una clase dominante. La voluntad de clase, principio determinante de mediación y de engendramiento de las superestructuras y de las ideologías

a partir de la base, se presente en efecto como la expresión de una esencia indivisible y abstracta de una clase-sujeto única de la «voluntad» de dominación y del Estado.

b) Esta clase-sujeto del Estado es considerada *ella misma* en sus relaciones con el Estado, como abstractamente *unificada* «por» su sola voluntad de dominación. La problemática de un examen científico de las contradicciones internas de esta clase, en su transposición al nivel del Estado, está diluida en su consideración como *unidad de voluntad*.

c) La unidad interna propia del Estado correspondiendo a su autonomía relativa y a su eficacia específica, es relacionada ella misma inmediatamente a la unidad de voluntad de la clase dominante: las reacciones dialécticas del Estado y de las clases dominantes, fundadas sobre su constitución respectiva en unidades políticas particulares son así llevadas a una reducción de la unidad del Estado a aquella, presupuesta de la clase dominante.

d) El Estado es considerado como el instrumento, la máquina, la herramienta, el aparato inventado y creado por esta clase a los fines de su dominación y de esa suerte como *manipulable a voluntad* por la voluntad de clase.

e) El Estado es considerado unilateralmente como «fuerza de opresión»

y «organización de la violencia», manifestación concreta de la voluntad de clases. El principio de engendramiento y la eficacia del Estado se cristalizaría en la violencia, considerada como corolario, de factura psico-social, de la voluntad de clase, lo que nos conduce a toda la serie de teorías voluntaristas del Estado, desde Hobbes a Sorel.

f) La problemática de la *especificidad histórica* de un Estado determinado es diluida en la consideración abstracta del Estado en general. En la medida en que ese concepto de voluntad de clase no permite establecer el vínculo genético *histórico* entre el nivel político institucionalizado y el conjunto particular de un «tipo» de modo de producción —de fuerzas y de relaciones de producción— que constituye la base de una formación social dada, los diferentes tipos de Estado se caracterizarían en el límite por una simple diferencia en el «decir» o de «presentar» la opresión de la clase dominantes y por una identidad de la voluntad históricamente indiferenciada de dominación y de los cachiporrazos que esos órganos distribuyen. Lo que conduce a las concepciones anarquistas del Estado y a la concepción hegeliana del amo y el esclavo.

Es demasiado evidente que las consecuencias de la concepción teórico histórica de Estado como «producto»

de una «voluntad» de «la clase dominante» conducen a la imposibilidad pura y simple de un análisis concreto de un Estado particular históricamente determinado.

En efecto, esta concepción del Estado está ella misma vinculada con toda una consideración puramente instrumentalista del status de las superestructuras y de las ideologías, concepción que encuentra su formulación espectacular en Stalin. El dominio superestructural constituiría, en su *génesis* y su *eficacia propia*, «aquello que es útil a base.»² Y el empleo del término utilidad que no es de un sentido equívoco, fortuito, está él mismo vinculado con toda la concepción «voluntarista» y «subjetivista» de las superestructuras. Los hombres «conocen», «saben», «toman conciencia» de la base por las superestructuras, por consiguiente «quieren» y «hacen» las superestructuras «útiles: o aún más, éstas constituirían el elemento de acceso y de acción —voluntarismo— de los hombres sujetos sobre una base «opaca» y «empecinada» —economismo— cuya manipulación sólo sería posible por intermedio de las superestructuras que se podría hacer y deshacer como se quisiera; la base plantearía los problemas, que ella no podría resolver ella misma —economismo— y a los cuales sólo la superestructura

² Stalin: El marxismo y la lingüística

podría brindar respuestas —voluntarismo—. La problemática marxista de una relación objetiva entre estructuras y prácticas objetivas de la base y de la superestructura es escamoteada en favor de una escisión radical de los status respectivos de la base —economismo— y de la superestructura —voluntarismo— escisión que no puede conducir más que a monismos simplistas en la medida exacta en que esas dos concepciones antidialécticas, que están necesariamente vinculadas, se completan alternativamente entre sí, a fin de constituir una concepción global del proceso histórico. Productos de una voluntad de clase sujeto de la historia, los dominios de la superestructura no presentarían, finalmente, en el interior de esta visión finalista de la historia, una realidad objetiva propia engendrada a partir de la base: en el proceso histórico de una voluntad sujeto de factura idealista de la historia en su conjunto, sujeto que produciría y totalizaría los diversos niveles de prácticas sociales, las superestructuras revisten el status de una simple objetivación de la conciencia, voluntad de una clase cuya eficacia propia sobre la base sería explicable por un retorno circular del fenómeno sobre la esencia en el despliegue propio del sujeto. Las superestructuras aparecerían alternativa e indiferentemente —paralelamente—

como simples fenómenos-objetivaciones reducibles a la base, «producto» ella misma de una «praxis» voluntarista, o bien inclusive como el factor determinante del conjunto de una formación social— ciertamente la concepción del Estado staliniano; ese rol determinante puede en efecto ser invertido en la relación unilineal de esos dos dominios constituida por la praxis-voluntad de clase-sujeto de la historia. Es que, de hecho, el economismo, corolario invariable del voluntarismo, no puede conducir más que a una concepción voluntarista global del conjunto de las relaciones de una formación social: en efecto, en una concepción economista del marxismo, correspondiente a un monismo vulgar, la relación objetiva entre los diversos niveles de realidad de las prácticas sociales que, precisamente, funda el proceso dialéctico, histórico, es dejada de lado en favor de un determinismo unilineal: las superestructuras son reducidas a la base, la práctica diluida en provecho de una consideración mecanicista de las fuerzas productivas. En este caso, el proceso histórico sólo puede ser explicado en la medida en que es «actuado», sólo por la admisión a la manera del ejemplo hegeliano de una voluntad conciencia-sujeto totalizante y motriz. Esta voluntad-conciencia no es más simplemente un vínculo de me-

diación entre base —en su concepción economista— y superestructura, el principio de engendramiento de las superestructuras a partir de la base, sino que reviste necesariamente el papel de agente «productor —y por las superestructuras— de las estructuras objetivas, inclusive de la base. En breve, esta estructura teórica invariable «voluntarismo-economismo» se sitúa globalmente en la lógica de una concepción de la idea-totalidad hegeliana, presentándose allí la base y la superestructura como indiferentemente intercambiables en su papel de instancia determinante del proceso dialéctico, dado que de hecho, en el interior de esta voluntad-conciencia-praxis, motor de este proceso esférico y circular, es inexistente la necesidad de una instancia determinante.

Ahora bien, para situar la problemática marxista original del Estado, convendría volver a las primeras obras de Marx en las que se ocupa del estado político moderno y ver cuál puede ser su relación con la evolución del pensamiento de Marx concerniente más particularmente al problema de la relación entre la base y la superestructura: sólo así, de hecho, podremos delimitar los presupuestos del concepto de hegemonía.

Se sabe así que en la *Crítica de la Filosofía del Estado* de Hegel y los

artículos de los *Anales franco-alemanes* correspondiendo aún su perspectiva a las influencias de Feuerbach y de Fichte, Marx critica a Hegel sobre el modelo de la «alienación» político-antropológica, sobre el de las relaciones de sujeto-predicado, esencia-fenómeno: para Hegel el Estado constituye el sujeto, la esencia de la sociedad civil —del mundo de las necesidades—, para Marx, esos sujeto y esencia son los individuos concretos, los hombres genéricos —la sociedad civil— constituyendo el Estado la expresión alienada —la religión política— de su esencia. Para Hegel el Estado habría producido y contenido el conjunto de la sociedad civil, para Marx, sería el conjunto de la sociedad civil —el pueblo-hombres genéricos el que habría producido el Estado— sin contenerlo, dado que se trata de una alienación política, el fenómeno de esta esencia. Ahora bien, no se trata aquí de retornar a la discusión sobre el joven Marx, sino de indicar un orden de problemas que plantea, a propósito del examen del Estado, la transición de Marx de su juventud a su madurez: él elabora los conceptos científicos de modo de producción, de clase, de lucha de clases, de base y de superestructura, etc. El Estado, dominio particular de la superestructura, no se presenta más como un simple fenómeno, una «alienación» o

un predicado de una esencia, de la sociedad civil-individuos concretos, sino como una *realidad objetiva, específica y con eficacia propia*, engendrada a partir de la base científicamente delimitada como lucha de clases en el interior de un modo de producción históricamente determinado: aparece la concepción del «Estado de clases». Sin embargo, ¿cuál es en ese contexto el esfuerzo de los marxistas más serios que intentan poner en vigencia esta evolución y originalidad incontestables del Marx maduro en relación al joven Marx, concerniente a las relaciones de la base y de la superestructura y al problema particular del Estado? Ellos reducen de hecho esta realidad propia del Estado, en tanto que dominio específico de la superestructura, no al *conjunto* particular que constituye para Marx un modo de producción históricamente determinado, sino a *la práctica política* —y no la «voluntad»— *de una clase*, la clase dominante, equivocándose de ese modo enteramente sobre el sentido del concepto de «Estado de clase»: de hecho, el Estado, para el Marx maduro, Engels y Lenin, es el Estado de una *sociedad dividida en clases* —trataremos más adelante del problema del Estado en el modo de producción asiático. El constituye un conjunto particular de estructuras objetivas que nacen y funcionan en re-

lación con las contradicciones propias a un *conjunto* particular, un «tipo» de unidad que constituye una formación social dada a partir de un modo de producción determinado. A través de su propia evolución intelectual, Marx retiene de sus obras de juventud la concepción del Estado como un conjunto orgánico correspondiente a otro conjunto que constituye la sociedad civil y del que descubre, en la continuación de su obra, la estructuración en *unidad propia*. El Estado *corresponde* a los intereses de la clase dominante en la medida en que esos intereses están ellos mismos estructurados en el interior de un *vínculo objetivo* constituido por la unidad de un conjunto —la base— que hace que haya una o ciertas clases dominantes, que haya un Estado dado, y que ese Estado corresponda a los intereses de la clase o fracción dominante. Esta correspondencia, si bien el Estado no sea en modo alguno el «producto» de esas clases, no se debe al azar de una astucia cualquiera de la razón; esto es así porque el Estado, poseyendo una realidad objetiva propia, está constituido a partir del mismo lugar en que están situadas la lucha de clases y las relaciones de explotación y de dominación. El Estado cristaliza así en su unidad propia y en razón de su engendramiento a partir de la unidad de la base, las *relaciones* de producción y las rela-

ciones de clase: el Estado político moderno no traduce al nivel político los «intereses» de las clases dominantes, *sino la relación de esos intereses con los de las clases dominadas*, lo que quiere decir que constituye precisamente la expresión «política» de los intereses de las clases dominantes.

Pero volver así a la originalidad y al tenor científico de la teoría marxista concerniente al Estado, tendremos que romper con toda concepción puramente «descriptiva» que ve en este Estado el producto o el instrumento de las clases dominantes, o más bien no tendremos que confundir las expresiones descriptivas de los clásicos del marxismo, abundantes a justo título en el dominio político, con los conceptos científicos: y la científicidad de un concepto depende precisamente del lugar teórico dentro del que está situado en su constitución. No se puede hacer «abstracción» de un concepto teórico de Marx, la «clase» social y erigirlo, así aislado, en sujeto histórico que produce las superestructuras objetos, desdeñando el hecho de que ese concepto sólo puede tener como lugar de constitución teórica, un conjunto objetivo designado por el «modo de producción». Si se quiere superar entonces de una manera decisiva toda concepción que conduce *necesariamente* a un

voluntarismo del tipo lukacsiano eso no se hará sustituyendo la noción de «individuos concretos» por la «clase», o la noción de «conciencia» o de voluntad de clase por la de práctica de clase ni tampoco yuxtaponiendo acriticamente como factores de engendramiento de las superestructuras el «factor subjetivo» voluntad de clase —y el «factor objetivo»— el conjunto objetivo de la base: es de hecho, abandonando definitivamente toda perspectiva que conduce a la vez a la estructuración de una formación social dada y la sucesión de esas formaciones a un sujeto cualquiera, sea este sujeto el trabajo social, la praxis, la clase social o los individuos concretos. En efecto, se puede demostrar fácilmente, hecho por lo demás perfectamente nítido en la obra del joven Marx, en la que él admite la perspectiva subjetivista, que ésta atribuye necesariamente al dominio de las superestructuras y de las ideologías, el status de la *alienación* y que, viceversa, la problemática de la alienación está ligada invariablemente a la admisión del *sujeto*. En este caso, encontraremos *inevitablemente* una pareja de status *superponibles*, concernientes respectivamente a la base y la superestructura que, de hecho, reducen la perspectiva materialista dialéctica a una perspectiva marxista empirista: hablo de las parejas

sujeto-objetivación, realidad, concreto-abstracto, esencia-alienación, materia-conciencia. Las superestructuras e ideologías se presentarán, en consecuencia, como correspondiendo a la vez al status de un fenómeno «ideal», abstracto, ciertamente falso y mentiroso, y como «productos» instrumentales del sujeto. Según la estructura teórica invariable voluntarismo-economismo, llevada en último análisis al hecho de la admisión del sujeto, no sería en modo alguno exagerado ver en la problemática instrumentalista «staliniana» de la superestructura y de las ideologías, una réplica invertida de la perspectiva subjetivista del joven Marx.

Por lo demás, no debiera olvidarse la problemática que condujo al marxismo de la II Internacional a una negligencia del examen del Estado que Lenin combatió con su texto: «El Estado y la Revolución». Según la perspectiva hegeliana predominante en esa época en la corriente marxista y de acuerdo con una interpretación de los textos de Marx y de Engels según el esquema de la alienación-conciencia del joven Marx, el Estado era relegado a un status de fenómeno ideal, de contenido alienado de la conciencia, lo que condujo, en lo que concierne a la tendencia antirrevisionista, a la concepción de una estrategia anarco-

sindicalista ubicada estrictamente en el nivel económicosocial: la reacción es netamente manifiesta en la obra de K. Korsch que, no obstante, adoptando él mismo la perspectiva hegeliana subjetivista, intentó vanamente demostrar el carácter *real* del Estado sin dejar de considerarlo, finalmente, como un producto de la conciencia de clase.

Ahora bien, en la perspectiva marxista científica, la problemática subjetivista se abandona en favor de un sistema de relaciones objetivas entre estructuras y prácticas objetivas, constituyendo niveles específicos de realidad con unidad propia en el interior de la unidad de una formación social determinada, unidad reducida ella misma a la unidad, «típica» de un modo de producción. El problema de la historicidad no es, en consecuencia, reducido en modo alguno a un sujeto-agente-totalizador, sino a la *sucesión* y a la *transición* entre sistemas de relaciones, —formaciones sociales— constituyendo ellos mismos, en tanto que tales, sistemas de transformaciones reguladas: lo que supone una *sucesión compleja*, a todos los niveles y no *uni-lineal* como es el caso de la historicidad hegeliana o voluntarista del sujeto o también en la historicidad economista, fundada sobre el desarrollo unilineal de las fuerzas productivas.

Los rasgos constitutivos de las estructuras políticas del Estado moderno, en su oposición con los del Estado «económico-corporativo» habían sido señalados por Marx en sus obras de juventud en las que llamó la atención sobre el hecho capital, para el examen del Estado moderno, de la separación de la sociedad civil y del Estado: Hegel, nos dice en suma Marx, lo había constatado, si bien esta constatación haya sido formulada bajo formas diferentes, —en Locke, en Kant, etc.— y había intentado resolver de una manera errónea un problema real: el de la separación del Estado moderno-burgués —constituyendo la esfera de lo *universal* y de lo *general*— de la sociedad civil, de las necesidades económicosociales particulares y privadas: «La burguesía ha operado en Francia una revolución parcial, *exclusivamente política*. ¿En qué ha consistido esta revolución? En el hecho de que una parte de la sociedad civil se emancipa y arriba a un poder *universal*, en el hecho de que una clase emprende a partir de su situación particular la emancipación universal de la sociedad». El Estado político no se presenta, tal como fue el caso particular de los tipos de Estado esclavista y feudal, como la simple confirmación por la fuerza de los intereses económicos-sociales, en el sentido estricto del término, de

las clases o las fracciones de clases dominantes: esos intereses no son traspuestos, en sus relaciones con las estructuras objetivas del Estado, bajo su forma «inmediata» de intereses privados, sino que deben revestir una forma mediatizada propiamente política y presentarse como encarnando el interés general de toda la sociedad. El Estado mismo no se presenta, como el lugar de constitución de la dominación «pública» de un «privado» privilegiado, sino como la expresión de lo universal y, a través de la constitución política de las clases dominantes, como el garante del interés general. Precisamente en la medida en que aparecen las estructuras políticas universalizantes del Estado, éste se disocia de la sociedad civil que sigue siendo el lugar de las contradicciones entre intereses privados: su carácter de universalidad fundado sobre una conciliación de los diversos intereses privados, sobre una síntesis de sus contradicciones, sólo es por lo demás una ilusión y una pura formalidad «embustera» correlativa de hecho, no a un status y a una función reales con relación a la sociedad civil, sino a su *abstracción alienante* de las coordenadas propias —individuos concretos— con esta sociedad. El carácter político de universalidad del Estado moderno constituye un «acto político de trans-

sustancialización completa», un «éxtasis», un acto por el cual la sociedad civil se disocia en sí misma, en tanto que sociedad civil, «la abstracción del Estado *en tanto que tal*, pertenece únicamente a los tiempos modernos... la abstracción del *Estado político* es un producto moderno». El Estado moderno entonces, si bien corresponde a los intereses privados de la clase burguesa, se «llama», mediante una proyección «ideológica» propiamente mistificadora, esfera del interés universal.

Ahora bien, esta noción de la separación de la sociedad civil y del Estado se mantiene como una constante del pensamiento de Marx, a pesar de su evolución que conduce a su concepción de «Estado de clase»; es precisamente en la continuación de su obra que Marx descubrirá el fundamento científico de esta «separación» que no se presentará más como un resultado de la «alienación» de los hombres genéricos —como un fenómeno separado de la esencia— sino como una realidad característica de las *estructuras objetivas* del Estado político engendradas a partir de un modo de producción determinado. La concepción de un «Estado de clases» lejos de abolir este distanciamiento del Estado y de la sociedad civil, se situará ella misma en el interior de dicho distanciamiento y Marx intentará descubrir

así cuál tendrá que ser la estructuración política particular de los intereses específicos de una clase social, intereses a los que corresponden las estructuras objetivas de un Estado «separado» de la sociedad civil.³ La especificidad de esas estructuras no residirá, por supuesto, en el hecho de que el Estado, a la manera hegeliana, realice efectivamente la conciliación, en lo «universal», de los intereses privados. Residirá en una universalidad real, pero «formal» y «abstracta», cuya abstracción y formalidad tratará de delimitar *científicamente*: los caracteres de abstracción y de formalidad de la estructura universalizante del Estado moderno, no serán concebidos como rasgos constitutivos de una «alienación» política, como los de un fenómeno «abstraído» de su esencia «concreta». Ellos serán reducidos, en tanto que características de una estructura real específica, a los datos objetivos de la base. Así, la separación del Estado y de la sociedad civil, a saber: el carácter *propriadamente* político del Estado capitalista, se manifiesta en la continuación de la

³ Es en el *18 Brumario* que encontramos en Marx esta neta distinción entre el interés «político» de la clase burguesa y su interés «económico-corporativo» privado y es precisamente en ese texto que Marx retoma *expresamente* la temática de la separación de la sociedad civil y del Estado.

obra de Marx por el carácter de universalidad que reviste un conjunto particular de valores que constituyen los factores objetivos de estructuración, la mediación específica entre la base y la superestructura política de las instituciones de un Estado engendrado por un «tipo» particular de modo de producción que caracteriza la formación social capitalista —de intercambio—. Este conjunto de «valores» no reviste simplemente un papel ideológico de justificación, sino la función de una condición de posibilidad de las estructuras objetivas del Estado representativo moderno: estructuras que constituyen ellas mismas las condiciones de posibilidad de las coordenadas de una base de una sociedad capitalista de intercambio: son los valores «universales» de libertad e igualdad formales y abstractos. Podremos hacer constar en efecto, con motivo de las sociedades fundadas sobre la reproducción ampliada y sobre los intercambios universalizados de mercancías, un proceso de privatización y de autonomización de los hombres productores: las relaciones humanas naturales fundadas sobre una jerarquía de subordinación económico-social de los productores —Estado esclavista y feudal— *son reemplazados por relaciones «sociales» de individuos «autonomizados»*, situados en el proceso de los inter-

cambios: *Márx y Lenin insisten sobre esta evolución de las relaciones naturales hacia relaciones sociales*, sobre la autonomización de los individuos que corresponde a una escisión entre el trabajo concreto y el trabajo «abstracto, entre el valor de uso y el valor de cambio que está en la base de la constitución de la mercancía-valor y de la mercancía-trabajo y de la explotación en la sociedad capitalista de intercambio. El proceso de «abstracción» y de «igualación» en el interior mismo del proceso del trabajo, esta autonomización y privatización de los individuos en el interior mismo del proceso de los intercambios y las formas de propiedad privada y de competencia que de ello resultan, corresponde, en el nivel político, a los valores de *libertad y de igualdad formales y abstractas* y a la «separación» de la sociedad civil y del Estado.⁴ Esta aparición de las rela-

⁴ Estos análisis de Marx se encuentran en numerosos pasajes diseminados en su obra, entre otros en la *Ideología alemana*, *Miseria de la filosofía*, los *Grundrisse*..., *El Capital*, sobre todo en el primer tomo y también en el *Anti-Dühring*, de Engels. Este fenómeno capital para todo estudio de ciencia política —particularmente en lo que concierne a los problemas de la «democracia» capitalista— a saber la atomización de la sociedad civil como condición previa necesaria —en tanto que condición «sincrónica» de posibilidad— de su socialización ha sido casi totalmente descuidado por el pensamiento marxista: citemos como excepción casi única J. Cerroni, particular-

ciones sociales en el sistema de producción capitalista presupone, de hecho, como previamente necesaria, la atomización característica de la sociedad civil, y va a la par con la aparición de relaciones propiamente políticas en la medida en que el modo de producción capitalista es incompatible con una división del trabajo sometida a una jerarquía «pública» tal que pueda poner trabas a la constitución de relaciones necesarias en una etapa del desarrollo de las fuerzas productivas, que pueda impedir la molecularización de la sociedad. En las sociedades esclavistas y feudales, los productores estaban en efecto, subordinados inmediatamente por vínculos «naturales» que, por este hecho, revestían en tanto que tales, un carácter «público», resumiendo, las relaciones de explotación revestían globalmente un carácter *mixto*, económico-social y político. La relación del productor con la comunidad jerarquizada —*status público* del esclavo, del siervo, del campesino, etc.— fundada sobre un cierto modo de producción en el cual los intercambios no tienen un papel determinante en el proceso de reproducción, condiciona inmediatamente su posición económico-social en el proceso de producción: las relaciones económicas sociales y las relaciones públicas tales como se concretan en las instituciones del Es-

tado, son así asimiladas e identificadas en el interior de la relación global de naturalidad, las clases sociales —al encuentro de las clases móviles y abiertas modernas— son paralelamente *castas «políticas»*, el Estado, una ratificación por la fuerza «pública» de relaciones económicas «tal y cuáles» cuya relación con el Estado tiene que ver con su consideración como «naturales» o «sagradas» y que son reputadas como predeterminadas por una «naturaleza» humana, proyección de las relaciones humanas existentes y resultar así de una «desigualdad natural» de los hombres o bien —y de hecho paralelamente— como relaciones ético-religiosas, consagradas por una divinidad cualquiera, por una naturaleza divina de la sociedad.

Ahora bien, en el cuadro de las sociedades esclavistas y medievales, lo «político» no constituye un nivel *específico*, con una lógica interna propia, con estructuras y prácticas «autonomizadas», porque la pertenencia del hombre a una comunidad pública está identificada a su función traspuesta en una mitología «sagrada» económicosocial, en conjuntos económicos corporativos en el interior de una formación social global y estrictamente jerarquizada. El

mente en *Marx y el derecho moderno*, 1962, y en: *Por una teoría del partido político en Crítica marxista*, diciembre de 1963. (En italiano).

concepto de «propiamente político», y las consecuencias concretas que de allí se desprenden concernientes a la política-poder y a la política-práctica, está en efecto vinculada en Marx y en Gramsci⁵ con la separación del Estado y de la sociedad civil en el cuadro de la constitución progresiva del Estado burgués moderno: la autonomización en la sociedad capitalista de los productores, las formas particulares que allí reviste la competencia, el modo de producción que engendra esta forma particular de lo «privado» y de lo «particular» correspondiendo, por el lado del Estado con su carácter «universal» propiamente político —tematizado por la teoría política en tanto que *racionalidad* del Estado— fundados sobre los valores de libertad y de igualdad formales y abstractos: todos los hombres son libres e iguales, en la medida en que todos los hombres son individuos privados. El Estado reviste la forma «laica» de una reglamentación normativa abstracta de las relaciones entre los individuos-voluntades comprometidos en los intercambios y la competencia, la función objetiva de establecer el cuadro formal de cosehión externa de un campo práctico de encuentros competitivos y de intercambio con la sociedad civil fraccionada en una multiplicidad de centros de «voluntades» autonomizadas. El sistema

jurídico moderno, distinto de la reglamentación feudal fundada sobre los «privilegios», reviste un carácter «normativo» fundados sobre esos valores de igualdad y de libertad y expresa las relaciones específicas en el universo de los intercambios universalizados y de la competencia. El Estado establece de ese modo un «orden» en la anarquía de las relaciones interindividuales, orden que tiene una doble función objetiva, la de preservar y mantener el fraccionamiento de la sociedad civil y la de organizarla a la vez con vistas a su funcionamiento en el interior de un modo de producción capitalista de intercambio. La legitimidad del Estado no se funda más sobre la voluntad divina encarnada por ejemplo, por el príncipe monárquico, sino sobre el conjunto abstracto de individuos formalmente libres e iguales —separados, en otros términos, de sus determinaciones concretas en la sociedad civil— sobre la soberanía popular y la responsabilidad laica del Estado respecto al «pueblo»; el pueblo mismo es erigido en principio de

⁵ Las relaciones entre estos análisis de Marx y las tesis de Gramsci concernientes al concepto de «económico-corporativo» —transposición de Gramsci de la temática del «tradeunionismo» de Lenin han pasado casi inadvertidos. Por lo demás, indicaremos más adelante, en ese contexto, las razones por las cuales continuamos empleando el concepto de *sociedad civil*.

determinación política del Estado, no en tanto que conjunto de individuos que ocupan un lugar particular en el proceso de producción, sino como un amasijo empírico y abstracto de individuos-ciudadanos, cuyo modo de participación en una comunidad política nacional expresada por el Estado se manifiesta en el sufragio universal. El Estado moderno se presenta como encarnando el *interés general* de toda la sociedad, como sustancializando la voluntad de ese «cuerpo político» que sería la «nación»: reviste de ese modo esta particularidad fundamental con relación a los otros tipos de Estado, a saber, la de presentarse como la esfera de lo universal y de lo general, la de liberar a los individuos-personas políticas de las jerarquías naturales que traban su integración a una comunidad «universal» y esto en la medida en que tiene como función objetiva la de establecer un orden de unificación en la sociedad intercambista molecularizada. La disociación atomística de la sociedad civil constituye precisamente su condición de posibilidad: él se separa de la sociedad civil, dado que fundado sobre sí mismo sobre esta molecularización, sólo puede acceder a la esfera de lo universal por una abstracción y formalidad que permite captar políticamente a los hombres-gobernados en tanto que individuos-personas políticas, separados

de sus determinaciones económico-sociales concretas.

Así, el estudio de las estructuras objetivas del Estado en su relación con el cuadro fundamental del modo de producción, a partir del cual se estructuran las clases sociales, los intereses de clase y las luchas de clases, permite pasar al nivel político de la lucha de clases y examinar la relación entre la estructuración particular-política que revisten, en la sociedad capitalista los intereses económicos-sociales de la clase o de las clases dominantes en relación con las estructuras objetivas del Estado que «hacen valer» esos intereses, en breve, las relaciones entre la lucha propiamente política de las clases y el Estado propiamente político. La estructura de dominación no es más la de una invariable «intereses económicos-sociales de las clases dominantes + Estado represión», sino que corresponde a una forma universalizante y mediatizada, que esos intereses deben revestir con relación a un Estado político que tiene paralelamente por función *real*, sin dejar de ser un Estado de clase, la de representar un «interés general» formal y abstracto de la sociedad. En el Estado económico-corporativo de tipo feudal o de tipo facista, los intereses económicos-sociales de las clases dominantes reciben, en su inmediatez empírica, tal cuales, una consa-

gración por el Estado-fuerza, investigado de una ideología «justificadora» propiamente imaginaria: la sociedad civil y el Estado, lo económico y lo político, están estrechamente imbricados en la medida en que el Estado impone los intereses económico-corporativos «privados» de las clases dominantes por una coerción autoritaria y una dominación «directa» de la sociedad. El Estado moderno corresponde por el contrario a los intereses propiamente políticos de las clases hegemónicas, los intereses económico-sociales de esas clases en su relación con las instituciones objetivas «universalizantes» de este Estado, «son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías «nacionales»».⁶

* * *

Podemos delimitar así el campo de constitución científica del concepto de hegemonía: está situado en el campo teórico correspondiente al «lugar» particular que constituye el nivel-político y *presupone*, como condición teórico-histórica de su constitución, las coordenadas fundamentales de un modo de producción determinado que se encuentra en la base de la aparición de lo político como nivel *específico* de estructuras y prácticas «autonomizadas» por la

mediación de la separación de la sociedad civil y del Estado que ellos engendran. Ahora bien, para tomar la formulación característica de Lenin, se puede distinguir sumariamente la práctica social de la práctica económica, práctica política y práctica ideológica. En esta perspectiva, en el cuadro de una sociedad dividida en clases, se puede caracterizar como práctica política en general, la que tiene por objeto el Estado, cuya constitución en institución objetiva corresponde, ya desde el modo de producción asiático, a la aparición de un «poder público» —fuerza separada de la población organizada en armas. Sin embargo, en el cuadro de las formaciones precapitalistas, esas diversas prácticas y estructuras se presentan como *estrechamente imbricadas*, no constituyendo niveles específicos con una lógica interna propia, lugares prácticos que puedan constituir *objeto específicos de las ciencias específicas correspondientes*. Y sin querer entrar en la discusión de las relaciones entre la teoría científica y su objeto, podemos ver sin embargo, que una de las razones por las cuales la ciencia económica y la ciencia política —ésta apareciendo

⁶ En lo que concierne a la hegemonía las *Obras Escogidas* (en francés) (Ediciones Sociales), pese a su carácter selectivo y limitado, no brindan lo esencial de los textos de Gramsci que fundan nuestros análisis.

con Hobbes (política-poder) y Maquiavelo (política-práctica)— han aparecido por primera vez en la formación capitalista, reside en la característica fundamental a éste respecto, de ésta formación: los diversos niveles de estructuras y prácticas sociales se presentan allí como relativamente autonomizados. Autonomización de lo económico de lo político: en las formaciones precapitalistas —incluso en las sociedades mercantiles— fundadas sobre la esclavitud y la prestación personal, la producción y reproducción es determinada por las relaciones públicas de dominación; en la formación capitalista los factores determinantes de la producción y la reproducción son los intercambios y la plusvalía «en tanto que objetivo directo y motivo determinante de la producción», nos dice Marx. Autonomización de lo político de lo económico: separación moderna de la sociedad civil y del Estado, tampoco en el sentido de separación de un Estado-fuerza (poder público) del pueblo armado, lo que no impide, muy por el contrario, la imbricación de lo político y de lo económico, pero en el sentido que acabamos de exponer. Razón de más para decir por esto que lo político, mediante esta autonomización, reviste en la formación capitalista caracteres propios en relación a aquellas que lo constituyen en las formaciones

precapitalistas, procesos por lo demás homólogo al de la diferenciación, en relación con la ciencia económica, entre modo de producción capitalista y modos de producción precapitalistas. Así el concepto de hegemonía, que designa la «fase más francamente política» comprende los elementos constitutivos particulares de lo político en la formación capitalista e indica precisamente el momento en que los elementos que alcanzan una importancia tal que se presentan como factores determinantes del «equilibrio de las situaciones» o de las «relaciones de fuerza» en la formación social actual. El concepto de hegemonía tiene, por consiguiente, como campo de aplicación, a la vez el dominio de las estructuras políticas institucionalizadas y el dominio de las prácticas políticas de las clases dominantes, a saber:

a) *El dominio de las «estructuras» políticas institucionalizadas:* lo «político» comprendería en este caso las estructuras de un Estado separado de la sociedad civil, designaría una forma específica de poder (hegemonía-poder) concretado en instituciones superestructurales objetivas comprendiendo la instancia de «universalidad». Esta universalidad, presentaría ella misma dos aspectos: el Estado moderno constituye un factor específico, con autonomía relativa y eficaz propia, de estructuración de

un interés real de las clases o fracciones dominantes bajo la égida de la clase o fracción hegemónica, y se presenta como representativo del interés general formal y abstracto de la nación. El concepto de hegemonía designa aquí la fase del proceso de estructuración objetiva del Estado moderno en el cual las consecuencias concretas de esta instancia de universalidad-consentimiento, funciones ideológicas, papel de organización, papel de dirección intelectual y moral, etc., —alcanzan un grado determinante en las relaciones particulares de dominación cristalizadas por este Estado.

b) *El dominio de las «prácticas» políticas de las «clases dominantes» en la sociedad capitalista intercambiata:* lo «político» designaría en este caso una práctica particular con autonomía propia —distinto por ejemplo de la práctica ético-religiosa— teniendo como objeto específico el mantenimiento o la toma del poder: en primer lugar, la forma institucionalizada del poder —el Estado político «desacralizado»— pero también una forma particular de poder no institucionalizado en la sola medida sin embargo en que ésta última forma de poder supera la dominación o la posición de «fuerza» de carácter estrictamente económico-corporativo y se presenta como correlativo a una estructuración universalizada de los

intereses económicos-sociales —dirección por un grupo de los grupos subordinados, etc.,— en su relación constitutiva con el Estado político. La práctica política, extendiéndose al dominio complejo de las ideologías, se relacionaría así con el grado «de homogeneidad, de autoconciencia y de organización» que alcanzan con éste fin las clases dominantes y comprendería ella misma la instancia de universalidad bajo su doble aspecto: la clase o fracción dominante que se mantiene o que tiende a conquistar el poder político deberá organizarse mediante una estructuración tal de sus *intereses económicos-sociales específicos* que ellos puedan representar un interés general real de las clases o fracciones dominantes, presentado y concebido como el interés general de la «nación». En este caso el concepto de hegemonía (hegemonía-práctica-política) designa el momento en que la estructuración política de las clases dominantes —función ideológica, organizativa, papel de dirección, etc.— reviste una importancia determinante en las relaciones de clase.⁷

⁷ Nos ocupamos aquí de un ensayo de delimitación científica general del nivel de lo político que aplicamos al poder y a las prácticas que encaran el mantenimiento de la división de la sociedad en clases: la problemática de lo político y del concepto de hegemonía en lo que concierne al poder y la práctica del proletariado reviste de hecho formas diferentes.

Así definido el concepto de hegemonía puede sernos útil en diversos aspectos: en primer lugar considerado en la problemática «tipológica» concerniente a un tipo de Estado, éste concepto aplicado al tipo de Estado que corresponde a la formación capitalista intercambista, permite dar cuentas a la vez de su unidad específica y de su devenir propio. La problemática «tipológica» marxista reside efectivamente en el hecho de descubrir un concepto-tipo que pueda explicar la unidad «típica» de las estructuras específicas de un nivel de la realidad social que las constituye en «objeto» de análisis científico, en sus relaciones con un «tipo» de modo de producción que constituye el fundamento de la unidad de una formación social históricamente determinada. Brevemente, descubrir un concepto que contrariamente a los modelos formalistas y formalizantes del género «tipo ideal», o por el otro lado, del concepto «concreto-universal» constituye un concepto «abstracto-determinado»: son esos precisamente los rasgos característicos del concepto de hegemonía. En ese sentido el Estado hegemónico debe ser concebido en su estructuración *progresiva*: ésta ha revestido formas concretas muy diversificadas según los conjuntos nacionales encarados, etc. Siendo el Estado *absolutista* la forma transitoria perteneciente a ese

tipo de Estado pero que presentan en general los caracteres típicos engendrados por la separación de la sociedad civil y del Estado.

Esto nos permitirá delimitar, en efecto, algunos problemas. Se podrá concebir exactamente la evolución de ese tipo de Estado hacia su constitución hegemónica que reviste ella misma diversas formas concretas y ver así que esta diversidad o que las transformaciones de las formas del Estado o de los «régimenes» políticos en el interior del modo de producción capitalista, no ponen fundamentalmente en causa la armazón objetiva misma del Estado hegemónico, ellas corresponden a particularidades de ese modo y a los aspectos concretos que reviste la lucha política de las clases, incluso a *las diversas formas de una explotación «hegemónica» de clase —al contenido y a la forma concreta de esta hegemonía.* Es en este contexto que se podrá plantear el problema de saber si las particularidades de la evolución de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción que caracterizan al «imperialismo» o al «capitalismo monopolista de Estado» constituyen unidades diferenciadas del modo de producción que corresponden a nuevos «tipos» de Estado; de hecho, esas particularidades presentan una unidad propia pero en el interior del

«tipo» capitalista —ver por ejemplo todo el problema de la transición en el interior del modo de producción capitalista, de la manufactura a la gran industria. Esta unidad, por lo menos en lo que concierne a sus relaciones con la unidad interna propia del Estado no constituye sin embargo en modo alguno un conjunto «típico» que engendra un nuevo «tipo» de Estado, sino simplemente contradicciones situadas en el interior de ese cuadro fundamental «tipo» del Estado: los así llamados «Welfare State» o «Estados tecnocráticos» etc., sólo pueden ser de hecho explicados si se los considera, según *las evoluciones de la hegemonía de clase*, como formas de Estado o incluso formas de régimen en el interior del «tipo» de Estado moderno de clase. Es que, de hecho, esas particularidades del modo de producción se sitúan ellas mismas, en tanto que contradicciones, como lo ha mostrado bien Lenin, en el interior del «tipo» de la formación social capitalista. Sin entrar así en análisis concernientes a las diferencias capitales que caracterizan al Estado actual en relación al Estado liberal, nos limitamos a indicar que la aplicación rigurosa del concepto de hegemonía al tipo de Estado que corresponde a la formación social capitalista, permite situar esas diferencias en el interior de la historicidad propia a un tipo

de Estado que corresponde a una explotación hegemónica de clase. Las evoluciones del Estado actual se sitúan *en el interior de una separación de la sociedad civil y del Estado*, a despecho de las transformaciones del liberalismo democrático teorizado por Locke, Montesquieu, Humboldt, Constant, etc. hacia un «Estado fuertes»; *en el interior de una unidad interna propia del Estado* que corresponde a su separación con la sociedad civil, a despecho de ciertas evoluciones «corporativistas» del Estado; *en el interior de una molecularización de la sociedad civil* mantenida por el Estado a despecho de las nuevas formas de expresión que reviste la socialización progresiva de las fuerzas de producción; *en el interior de una especificidad del nivel político con relación al nivel económico-corporativo*; *en el interior de una autonomía relativa del Estado* por relación a la vez con los conjuntos económicos-sociales de la sociedad civil y con las clases o fracciones dominantes, a despecho del fenómeno de concentración monopolista; brevemente, *en el interior de una explotación propiamente política, hegemónica de clase.* Y se reconocen aquí los temas —caballo de batalla de toda la corriente teórica «corporativista-institucionalista» neocapitalista de Estado: de hecho, las coordenadas fundamentales del Estado hege-

mónico de clase, están siempre presentes en la forma actual de un Estado que corresponde a las transformaciones que reviste la dominación hegemónica en el cuadro de la concentración monopolista. Y habría que insistir aquí eventualmente sobre el fenómeno «ideológico» capital que tiene lugar con motivo de esas teorías neocapitalistas del Estado, que presuponen las coordenadas teóricas fundamentales de la corriente «funcionalista». Por un lado por la concentración monopolista del capital, por el otro por la socialización progresiva de las fuerzas de producción, a saber por la forma concreta que reviste actualmente el aspecto principal de la contradicción entre la apropiación privada de los medios de producción y la socialización progresiva de las fuerzas productivas, asistimos a transformaciones reales del Estado tendientes a contener esta contradicción. Estos fenómenos reales, que revelan en el proceso de producción mismo las relaciones concretas entre el individuo, centro del pensamiento liberal-democrático y los conjuntos sociales en el interior de los cuáles está integrado, constituido incluso —a la vez el individuo propietario y el individuo productor—, sin dejar de abrir posibilidades a la problemática científica, son teóricamente extrapolados por un uso puramente ideológico de la temática engendrada

por el proceso real: podemos adelantar, a título de hipótesis de trabajo, que los fenómenos reales señalados engendran, en el nivel teórico y por numerosas mediaciones la temática de la «totalidad» —problemática de la «institución», de la «estructura», de la «corporación», de la «masa», etc., que se sustituye a la del individualismo. La extrapolación ideológica de esta temática reside en las concreciones y aplicaciones subjetivistas, que se remontan a M. Weber, de la «totalidad» en la corriente del «funcionalismo», cañamazo teórico de la corriente neo-corporativista-institucionalista del Estado, en la noción misma de «estructura» o de «sistema» y de las relaciones de sus elementos que acepta, resumiendo, en la temática «política» de la formación social concebida, en último análisis, como *sujeto-conjunto circular de elementos «empíricos» equivalentes, equilibrados e integrados* —poderes— contrapoderes, grupos de veto, etc.—; y esto en contra de la noción marxista de totalidad que indica, en el nivel político, la unidad objetiva contradictoria de los elementos a la vez «funcionales» y «disfuncionales» con *dominante* de la clase o fracción hegemónica. De allí por lo demás el hecho que el funcionalismo se sitúa en el interior de una problemática ideológica invariable «sujeto-totalidad-empirismo».

señalamos así simplemente que el uso del concepto de hegemonía permite captar correctamente tanto el cuadro del Estado liberal, como las evoluciones actuales del Estado situadas en el interior de las coordenadas fundamentales del tipo de Estado capitalista y de las nuevas formas que reviste la explotación hegemónica de clase.

II. *El Estado en la relación clases dominantes-clases dominadas*

Se podría intentar de este modo cernir más cercanamente las particularidades del Estado moderno que el concepto de hegemonía nos permite desglosar y en primer lugar en lo que concierne a las relaciones entre clase dominantes y clases dominadas.

a) Ese concepto indica, en primer lugar, que el Estado moderno no puede validar de una manera única los intereses económicos-sociales propios, empíricamente concebidos, de las clases dominantes. Si su función hegemónica de universalidad, en tanto que cuadro ordenador de la sociedad molecularizada, se conforma a los intereses del capital, ella comporta sin embargo necesariamente, en el nivel político específico de la lucha de clase, una garantía de ciertos intereses económico-corporativos de las clases dominadas, garantía conforme a la constitución hegemónica de la clase en el poder,

de la cuál el Estado hace valer los intereses políticos. Lo que importa aquí, por consiguiente, es que ésta integración de los intereses económicos-corporativos de las clases dominadas en el Estado político no tiene el carácter de un «compromiso» mecánico en el interior de una relación de fuerzas económico-social, como es el caso en el Estado económico-corporativo: en este Estado, los intereses de las clases dominadas sólo son garantizados, en general en la medida en que son compatibles con los intereses económico-corporativos estrictos de las clases dominantes y en que pueden incorporarse en el débil margen de compromisos «mecánicos» que permite la relación económico-social de las fuerzas en presencia. En efecto, en el cuadro de este Estado toda *parcela* de poder económico-social desplazada de las clases dominantes a las clases dominadas, *cuenta por aquello que es*, a saber, que ella disminuye «automáticamente» el poder detentado por la clase dominante. *El poder económico social se presenta de hecho aquí como un conjunto de «bastiones de fuerza» cuya unidad interna no es realizada, por la mediación del Estado a un nivel específico, que es el nivel político «autonomizado» con una lógica interna propia, que corresponde por lo demás a la unidad propia del Estado hegemónico y que permite*

precisamente la «asimilación» de una franja relativamente amplia de intereses económico-corporativos de las clases dominadas al interés político de las clases dominantes. Así, en lo que concierne al Estado moderno y para no tomar más que un ejemplo, ciertas «conquistas» de la clase obrera tales como la seguridad social en sus inicios, son efectivamente conformes al interés económico-corporativo estricto del capital, en la medida en que aseguran la reproducción de la fuerza de trabajo; algunas otras, sin embargo, juzgadas sobre el plano económico-corporativo —problema del Estado del «Welfare»— pueden ser consideradas como contrarias a los estrictos intereses del capital, si bien ellas corresponden a sus intereses políticos. El Estado moderno está en efecto al servicio de los intereses políticos de las clases hegemónicas, a menudo contra sus propios intereses económico-corporativos, al servicio del interés general de las clases o fracciones dominantes, políticamente constituido en interés general de la sociedad.

b) El concepto de hegemonía reviste una importancia capital en lo que concierne al estudio de la función, de la eficacia particular y del carácter político de las ideologías en el cuadro de una explotación hegemónica de clase: y esto, en la medida en que está constituido a partir del

nivel político específico de la formación capitalista. Se sabe, en efecto, en una versión un poco vulgarizada de Gramsci, que la hegemonía indica la característica de una clase que llega a imponer al conjunto de una formación social la ideología, la concepción del mundo, la «manera de vivir», el gusto, etc. constituidos a partir de su propia posición en esta formación. *Sin embargo, esta referencia en general, no llega a situar exactamente la función propiamente política de las ideologías en la formación social actual.*

Ahora bien, para arribar a este fin debiera volverse sobre los presupuestos de la constitución del concepto de hegemonía. En efecto, hemos mencionado ya que la concepción general de la hegemonía presupone un abandono global de la perspectiva «subjetivista». Se sabe que el joven Marx concebía la problemática de la ideología, así como era por lo demás el caso de las superestructuras, a partir del modelo sujeto-alienación. El sujeto estaba desposeído de su esencia concreta en lo real mismo, la ideología constituía una proyección en un mundo fantástico e imaginario de su esencia «mistificada», resumiendo, la constitución ideal «alienante» de su esencia objetivada-alienada en la realidad económico-social. La ideología implantada sobre el esquema de la alienación,

se identificaba con la falsa conciencia. Las «separaciones» respectivas entre Estado-sociedad civil, superestructuras-base, ideología-real, fenómeno abstracto-sujeto concreto, etc., estaban reducidas a status a la vez monistas —siendo el sujeto el fundamento real— y radicalmente autonomizados —escisión de lo real y de lo ideal—, etc.

Sin duda que la perspectiva subjetivista, cualquiera que ella sea, identifica así necesariamente ideología y alienación, arribando por lo demás a un status voluntarista de las ideologías una conciencia —de clase— o de consideradas como «productos» de una libertad —de la praxis— alienada del sujeto. Este status presupone a la vez una alienación y una alienación-no-total del sujeto en lo «real»: en el caso, por ejemplo, de la sociedad comunista, por la recuperación por el sujeto de su esencia, las ideologías habrían desaparecido cediendo el lugar a una «transparencia» científica de la conciencia con su existencia objetivada. En el caso de una alienación total del sujeto en lo real, las ideologías mismas habrían oscilado, «en la realidad» en la medida exacta en que estando la conciencia enteramente «tragada» en lo real, todo posibilidad de una proyección «alienante» —o «liberadora», para el sólo caso del proletariado, clase privilegiada en lo «real»— rela-

tivamente coherente de la esencia en un mundo «ideal», habría desaparecido. *Y esta relación invariable entre ideología-alienación-realidad, es neta en toda las concepciones marxistas «subjetivistas», desde Goldman a Adorno y Marcuse que interpretan las evoluciones sociales actuales según el esquema de una reificación-alienación total del sujeto en lo real, arribando el resultado de una «absorción de la ideología en la realidad», a una desideologización correlativa a una despolitización en las sociedades actuales.*

Ahora bien, en la perspectiva científica de Marx, las ideologías aparecen ellas mismas como un nivel objetivo específico con una realidad propia que comprende un conjunto de coherencia relativa —las ideologías que no pueden, por el status mismo de lo ideológico, constituir «sistemas» propiamente dichos— de conceptos, representaciones, valores, etc.⁸ Sus status y su función residen en el hecho de «expresar» la relación «vívida» de los hombres con sus condiciones de existencia, la manera en que los hombres viven esas condiciones: ellas constituyen, de hecho, el punto de inserción de los hombres en un sis-

⁸ Indicaciones para una información sobre las ideologías, *Althusser: Marxismo y humanismo*, «La Nouvelle Critique», marzo de 1965, y *Macherey: «Lenin, crítico de Tolstói»*, «La Pensée», junio de 1965.

tema objetivo de relaciones —comprendiendo a la vez la base y las superestructuras en el sentido estricto del término, constituyendo la ideología en cierta manera la «materia de cohesión» de los diversos niveles de las prácticas y estructuras sociales. Lo que quiere decir que las ideologías se relacionan en último análisis con lo vivido humano sin estar por ello reducidas a una problemática genética del sujeto-conciencia: ellas consisten en estructuras «reales» que, sin embargo, en la medida en que se vinculan con la relación de los hombres con sus condiciones de existencia, no constituyen la simple expresión —del orden de significante-significado, símbolo-realidad— de esta relación sino un cerco imaginario del mismo.

Este imaginario social con una función práctico-social real, no es así en modo alguno reductible a una problemática del sujeto, por consiguiente a la de la alienación: las ideologías son siempre necesarias en no importa cuál formación social. Ellas constituyen necesariamente, en la medida en que están constitutivamente imbricadas en esta función de lo imaginario, una adecuación-inadecuación a las relaciones sociales objetivas: sin embargo, esta relación particular de la ideología y de esas vinculaciones de lo real no está dada

de una manera unívoca y para todas las formaciones sociales. *La función, la eficacia y el papel político particular de las ideologías, dependen efectivamente, en la formación capitalista de la relación específica, en esta formación, entre la ideología y lo real.*

En el cuadro de estas formaciones, el Estado debe, en efecto, presentarse como garante del interés general, a todos los niveles, de la sociedad, como el contrato entre voluntades individuales libres e iguales, a despecho del hecho que él convalida la división de la sociedad en clases, la desigualdad y el sojuzgamiento en la sociedad civil. Resulta de ello que las clases dominantes y el Estado político, estructurados en clases hegemónicas y en Estado hegemónico, deben elaborar todo un conjunto ideológico político particular que tiene una función objetiva específica con relación a aquella manifiesta en otros tipos de Estado: la de «resolver» precisamente la contradicción fundamental entre dos niveles de realidad, entre la relación de los hombres con sus condiciones de existencia en el interior del Estado y su relación real con sus condiciones de existencia en el interior de la sociedad civil, contradicción que resulta ella misma de la separación de la sociedad civil y del Estado transpuesta al interior de la «vivencia» humana. Esta función objetiva de las

ideologías que les atribuye un papel capital en la lucha política de las clases en relación al Estado moderno, no puede ser explicada, en efecto, por la sola referencia a la estructuración política de las clases dominantes en la lucha política de las clases empíricamente concebida —toma de conciencia y organización política de sus propios intereses— haciendo abstracción de las estructuras propias del nivel político «institucionalizado»: por eso debe referirse a las relaciones de clases dominantes y de clases dominadas, tales como ellas se expresan en el Estado hegemónico. En los otros tipos de Estado, en efecto, la ideología se presentaba como justificando la relación real global de las clases dominadas con las clases dominantes: los hombres mantenían a todos los niveles relaciones en tanto que seres naturalmente desiguales y sojuzgados, la función de dominación de la ideología consistía en una simple racionalización y justificación de esta desigualdad y de este sojuzgamiento, en el hecho de expresar en un universo «imaginario» coherente, las «razones» por las cuáles las relaciones humanas son y deben ser, lo que ellas son: la ideología no tenía función mediadora «en el interior» mismo de las contradicciones reales, ella constituía una transposición puramente «mistificadora» en un mundo ilusorio, de estructuras «asimila-

das» de dominación pública y económico-social. En el Estado moderno los hombres existen políticamente de una manera diferente de la que existen en el universo de la sociedad civil. Esta fijación del hombre político en tanto que individuo libre e igual a todos los otros no constituye, en tanto que tal, una «ideología» mistificadora: ella reside en una relación real —si bien abstracta y formal— de los hombres entre sí, pero solamente en el interior del universo político, en una estructura objetiva necesaria a las relaciones de dominación de clase en la formación capitalista. El papel propio de las ideologías consistirá aquí en el hecho de resolver, mediante numerosas mediaciones, la escisión real de los hombres-productores en seres privados y seres públicos, en el hecho de presentar —y es aquí que reside su carácter «mistificador»— sus relaciones reales en la sociedad civil como una réplica de sus relaciones políticas, de vencerles, por consiguiente, que ellas son globalmente sus relaciones políticas en el interior del Estado.

Las ideologías revisten así actualmente una función objetiva capital, propiamente política, en el funcionamiento del Estado moderno —función ético-política del Estado y la constitución hegemónica de la clase dominante, la de «sustituir» una relación real por otra —la relación po-

lítica por la relación económico-social, de reconstituir, por consiguiente, sobre un plano «imaginario» la unidad ideal de una escisión real, entre dos planos de realidad, el Estado y la sociedad civil. Este conjunto ideológico tendrá por consiguiente como papel, el de imponer al conjunto de la sociedad una concepción del mundo en la cual las clases hegemónicas son presentadas como representados efectivamente del interés general, a todos los niveles, de la sociedad, como entidades que detentan las llaves de lo universal, frente a los individuos privados, concepción del mundo, en la cual esos individuos son presentados como unificados abstractamente en tanto que participando a título libre e igual, a todos los niveles, en una comunidad «nacional» bajo la égida de las clases hegemónicas que se supone encarnan la voluntad popular. No insistamos sobre el contenido concreto de esas ideologías tales como ellas se expresan actualmente en las «masas-medias», en las ideológicas del consumo, de la sociedad de la abundancia, etc., pero indiquemos sus connotaciones políticas. Su denominador político común reside no tanto en el hecho de justificar a través de numerosas mediaciones, por supuesto, los intereses «económicos-corporativos» de las clases hegemónicas, sino en presuponer, componer o imponer la imá-

gen de una igualdad formal —en la sociedad civil misma, de individuos privados «idénticos» y «dispare» unificados abstractamente en la comunidad política ideal del Estado-Nación, en provocar una «identificación» del individuo, mediante su participación real en esta comunidad política presentada como su propia sociedad, con el conjunto de la sociedad y su integración a las relaciones de dominación de clases. El papel objetivo propiamente «político» de esas ideologías, consistiría así en privatizar a la vez la sociedad civil, manteniendo su molecularización —por consiguiente en despolitizar las clases dominadas— y en indicar a la vez su unificación abstracta por las instituciones objetivas del Estado político, por consiguiente, en estructurar la hegemonía de las clases dominantes. La constitución política hegemónica de las clases dominantes, reside precisamente en la sociedad moderna en el hecho de colocarse, a partir de sus intereses propios y por medio de las «ideologías» como unificando y «organizando» efectivamente el conjunto, a todos los niveles, de la sociedad molecularizada, bajo su égida. La tendencia permanente hacia una despolitización de las clases dominadas, constituye el factor determinante de una politización de las clases hegemónicas actuales y corresponde a las estructu-

ras objetivas del Estado hegemónico.

En ese contexto preciso, los análisis de Gramsci concerniente al papel de las ideologías en la constitución hegemónica de las clases dominantes, revisten toda su importancia: en efecto, por el hecho de la relación particular en la formación capitalista entre ideología y realidad y por la función concreta de esas ideologías cuyas connotaciones políticas se presentan allí como particularmente mediatizadas, se puede hacer constatar claramente la eficacia propiamente política, en esas formaciones, del conjunto del dominio ideológico, brevemente, una superpolitización necesaria de las ideologías, que se manifiesta en apariencia por su carácter despolitizado. Y por lo demás, ese carácter político de las ideologías aparece netamente en las ideologías actuales de la «masa»: las transformaciones reales en el cuadro del capitalismo monopolista de Estado que residen en la contradicción incrementada entre la socialización de las fuerzas productivas y la apropiación privada, lejos de provocar una desprivatización, incluso una «reificación» del individuo en la «masa-real» reificación que hubiera puesto fin a la molecularización de la sociedad civil y hubiera erigido la temática de la «masa» en ciencia connotando una desideologización —in-

cluso una despolitización— ubicada de hecho en el interior de esta molecularización. La relación entre ideología y realidad en las ideologías de «masa» es homóloga a ésta en las ideologías de la formación capitalista en general, la función propiamente política de esas ideologías reside en el hecho de sustituir las relaciones molecularizadas de la sociedad civil por otra relación que vehicula una pretendida «unidad» supuesta a la «imagen-Dios» de la clase dominante-hegemónica; la función política de las ideologías de la masanación es muy exactamente homóloga, habida cuenta de las transformaciones actuales de la sociedad civil y del Estado, a las de las ideologías del pueblo-nación.

Así, el concepto de hegemonía, insistiendo sobre el papel de las clases dominantes en el dominio de las ideologías, presupone las coordenadas objetivas que determinan su contenido y función particulares en el Estado político: el papel importante de los «intelectuales» en las estructuras hegemónicas de este Estado no es explicable solamente por las necesidades de un incremento de la productividad del trabajo —manifiesto en la función de la enseñanza del Estado-educador, etc.— o por la necesidad en la lucha política de clases, de un grupo que hubiera dado una homogeneidad y cohesión pro-

pías, abstractas y empíricamente concebidas a las clases dominantes, sino también por la función y el contenido concreto de esas ideologías con respecto a las clases dominadas en su relación con el Estado. Se sabe a este respecto que Gramsci ha abierto una nueva vía en una concepción marxista del grupo de los intelectuales, buscando delimitar este grupo mediante un análisis de la práctica» intelectual; él ha puesto en vigencia particularmente la importancia del aspecto de «dirección» y de «organización» de esta práctica. En ese sentido, el término «intelectuales» reviste una extensión mediante la cual comprende a la vez al grupo regularmente designado bajo ese término y aquéllos que se designan como «casta tecnocrática», «casta burocrática», etc. Ahora bien, si la importancia actual de la práctica intelectual así concebida es engendrada ella misma por el conjunto del sistema de relaciones en cuyo seno se inserta esta práctica, y especialmente por el papel que reviste la organización en el modo de producción y las relaciones de poder actuales; ella sólo puede, sin embargo, ser exactamente delimitada en sus relaciones con las estructuras ideológicas, consideradas ellas mismas en sus relaciones con la base y su importancia política propia en el Estado moderno. Brevemente, la impor-

tancia del papel de los intelectuales y de las ideologías en las relaciones de dominación hegemónicas de clase, tendrá que ser relacionada a la vez con el carácter de dirección y de organización de la práctica intelectual y con el contenido y la función de las estructuras ideológicas que esta práctica incrimina, en sus relaciones constitutivas en el interior del conjunto de relaciones de la formación social actual.

c) El concepto de hegemonía nos permite por lo demás rendir cuentas de un carácter particular del *poder político* respecto a las clases dominadas, el de las relaciones de «consentimiento» articuladas con las de coerción que él cristaliza y esto en la medida en que, en razón de la concepción que este concepto presupone, de las relaciones entre las superestructuras y la base, él reanuda los vínculos con la concepción marxista original del Estado que no ha reducido jamás esta institución a la pura «fuerza de represión», a un «instrumento o aparato de violencia», a una opresión «física», corolario de factura psico-social de la voluntad de clase. Este elemento de «fuerza» y de «violencia» constituye, en efecto, una característica general e indiferenciada del conjunto de la vida social en una sociedad dividida en clases y fundada sobre la explotación; él no puede en tanto que tal,

rendir cuentas de la génesis, de la especificidad y de la eficacia propia de un dominio superestructural particular.

De hecho, en lo que concierne el problema de la *fuerza*, podemos hacer constar en el Estado moderno la culminación de un proceso iniciado desde la aparición misma del Estado, culminación que parece vinculada con la separación moderna de la sociedad civil y del Estado. Engels y Lenin han señalado claramente que la aparición del Estado corresponde a la formación de una institución de «fuerza pública» que no coincide más con la población que se organiza ella misma en fuerza armada. Esta concentración del ejercicio de la violencia material organizada en manos del Estado es cumplida en el Estado moderno que detenta el monopolio de esta violencia, en oposición, por ejemplo, a la sociedad medieval en la cual la Iglesia y diversas castas de carácter mixto, económico-corporativo y público conservaban aún el privilegio de su ejercicio. Esta monopolización de la violencia organizada aparece así vinculada a la vez con la consolidación de la institución pública del Estado separado de la sociedad civil y con el hecho que los conjuntos económico-sociales que constituyen esta última se han visto despojados por el hecho mismo de esta separación y de la

privatización que de ello resulta, de su carácter «público» en beneficio exclusivo del Estado, carácter que precisamente les confería el privilegio de un ejercicio de la fuerza organizada. Este ejercicio aparece así vinculado con todas las etapas de evolución del proceso de producción, con las estructuras objetivas de dominación, que conducen a la constitución del Estado moderno. Las instituciones objetivas de este Estado no son en modo alguno «derivadas» de las relaciones de fuerza, el monopolio de la violencia organizada corresponde a la aparición del Estado político y, en esta medida, se manifiesta por la mediación de las estructuras particulares de un «Estado de derecho». Este monopolio de la violencia y las formas concretas que reviste su ejercicio, presuponen, de hecho, en tanto que tales, las relaciones políticas modernas de «libertad-sojuzgamiento» de «igualdad-de-sigualdad» en las cuales se inviste la explotación actual de clase en el interior del cuadro general de las instituciones modernas: las relaciones «políticas» actuales de dominación se presentan de este modo a todos los niveles, como relaciones de consentimiento y de dirección «acorazadas» de la forma específica de violencia que es la violencia «constitucionalizada» del Estado de derecho; las relaciones de opresión

directas evolucionan hacia relaciones políticas de hegemonía. En un Estado que corresponde a la formación de una clase hegemónica, las instituciones objetivas no pueden funcionar, en efecto, sin un cierto «consentimiento», acorazado él mismo de coerción, de los «ciudadanos»; ese consentimiento no es más que la expresión concreta respecto a las clases dominadas, de la explotación por un Estado que consiste de una representación-popular-de clase. El concepto de hegemonía reviste así una función capital en la medida en que nos permite el estudio, en todos los dominios, de esas unidades contradictorias características de la explotación política actual de clase y cuya aparición corresponde a la estructuración objetiva del Estado moderno, unidades tales como la dirección-dominación, la organización-fuerza, la legitimidad-violencia, el consentimiento-sujeción. Este concepto, por el hecho mismo que presupone como condiciones de posibilidad de su constitución una relación adecuada entre las estructuras objetivas del Estado moderno y las coordenadas de un «tipo» de modos de producción, permite precisamente deslindar el papel particular del ejercicio de la violencia en sus relaciones históricamente determinadas con las estructuras de este Estado y abrir el camino a un estudio científico del

«poder institucionalizado» actual de explotación. Aplicado el «poder político no institucionalizado» permite el examen de las formas concretas que revisten, en su ejercicio, esos caracteres contradictorios del «poder político» en general en una sociedad regida por la separación de la sociedad civil y del Estado. Y se sabe la importancia de la apuesta en juego: ¿No es precisamente uno de los problemas fundamentales de la sociología y de la ciencia política actuales, el de poner a punto un concepto del «poder» —particularmente el de «autoridad»— aplicado sea al Estado, sea a las «relaciones humanas» no institucionalizadas, sea a ambos, y que por sus características formales de organización, de consentimiento, de dirección, etc. pueda poner en tela de juicio la especificidad del poder político y el carácter de dominación de clase de todo «poder político» en una sociedad dividida en clases? Ahora bien, de hecho, el error de Gramsci fue a este respecto el de haber querido restringir el concepto de hegemonía y de distinguir en principio, en las estructuras de dominación y de explotación de la sociedad moderna, entre *poder directo de dominación —fuerza y coerción—* ejercido por el Estado y el gobierno «jurídico», —brevemente, por la sociedad política, término no empleado en el sentido marxista del Estado po-

lítico, sino prestado de la ciencia política general— y *poder indirecto de dirección intelectual y moral y de organización-hegemonía*: éste sería ejercido por la clase hegemónica en la sociedad civil por medio del conjunto de organizaciones habitualmente consideradas como «privadas» —la Iglesia, la enseñanza, las instituciones culturales, etc. Al seguir sosteniendo la concepción marxista descriptiva del Estado como «instrumento de coerción y de violencia», si bien Gramsci supo distinguir la importancia del carácter hegemónico del poder de explotación, él sólo pudo concebir esos dos aspectos de ese poder como manteniendo relaciones de complementariedad: «el más grande teórico moderno de la filosofía de la praxis, nos dice Gramsci de Lenin, sobre el terreno de la lucha y de la organización política... ha revalorizado, en oposición a las diversas tendencias 'economistas' el frente de la lucha cultural y construido la teoría de la hegemonía como complemento de la teoría del Estado-fuerza».⁹

Esta relación de complementariedad, término bastante vago, no ha sido situada por Gramsci en la relaciones de los diversos aspectos, —principal, secundario— del poder de dominación, en todos los dominios, en el interior de su constitución actual específica en tanto que «poder polí-

tico»: ella escinde, el hecho, el poder «político» en poder político institucionalizado —fuerza y poder político no institucionalizado— hegemonía, disolviendo así allí la especificidad de lo «político»: sin embargo, el término «político» aplicado sea a las estructuras del poder institucionalizado, sea a las relaciones políticas no-institucionalizadas sólo puede, de hecho, poseer una especificidad teórico-práctica propia reducida ella misma a la unidad contradictoria de las coordenadas del poder de «dominación» de la formación social actual. El concepto de hegemonía participa él mismo en la especificidad del conjunto de relaciones políticas que constituyen su campo de aplicación y de constitución. El puede dar cuenta a la vez del carácter de organización y de dirección del poder del Estado y del carácter de «coerción» del poder no institucionalizado. Así, en lo que concierne al Estado político, el poder «institucionalizado», lo hemos mostrado, se presenta a todos los niveles como unidad contradictoria de dirección-violencia, organización-coerción, etc. Y esto, no solamente en lo que concierne a su ejercicio

⁹ Sin embargo, a propósito del hecho que Lenin ha percibido en la institución del Estado la unidad contradictoria de organización-fuerza, ver su discusión con Struve en: *El contenido económico del populismo*.

en las relaciones políticas en el sentido formal del término —sufragio, elecciones, etc.— sino también en lo que concierne a su acción directa en tanto que poder-institución ya constituido «políticamente», en el dominio de la sociedad civil: en efecto, en los casos por ejemplo en que el Estado «interviene» en la esfera económico-social, esta intervención, del orden de la violencia o de la reglamentación es presentada como conforme al interés general de la «nación», como acción «legitimada» de un Estado de derecho. Por otra parte, en el caso del «poder no institucionalizado» de la clase hegemónica ejercido en la sociedad civil, debemos distinguir. Puede tratarse de una «fuerza» pura y simple, por ejemplo las relaciones en general en el interior de la empresa, vinculada directamente con la posición económico-social de dominación de esta clase y que, en este caso, no corresponde al dominio de lo político propiamente dicho: relaciones de fuerza y nosotros mencionamos aquí la distinción entre *Macht* y *Herrschaft** a despecho de la «doble función» del capitalista en el interior de la empresa, la de explotación y de dominación y la de organización-dirección del trabajo.

Como lo dice Marx: «Se puede... establecer como regla general que cuando menor es la autoridad que rige la división del trabajo dentro de

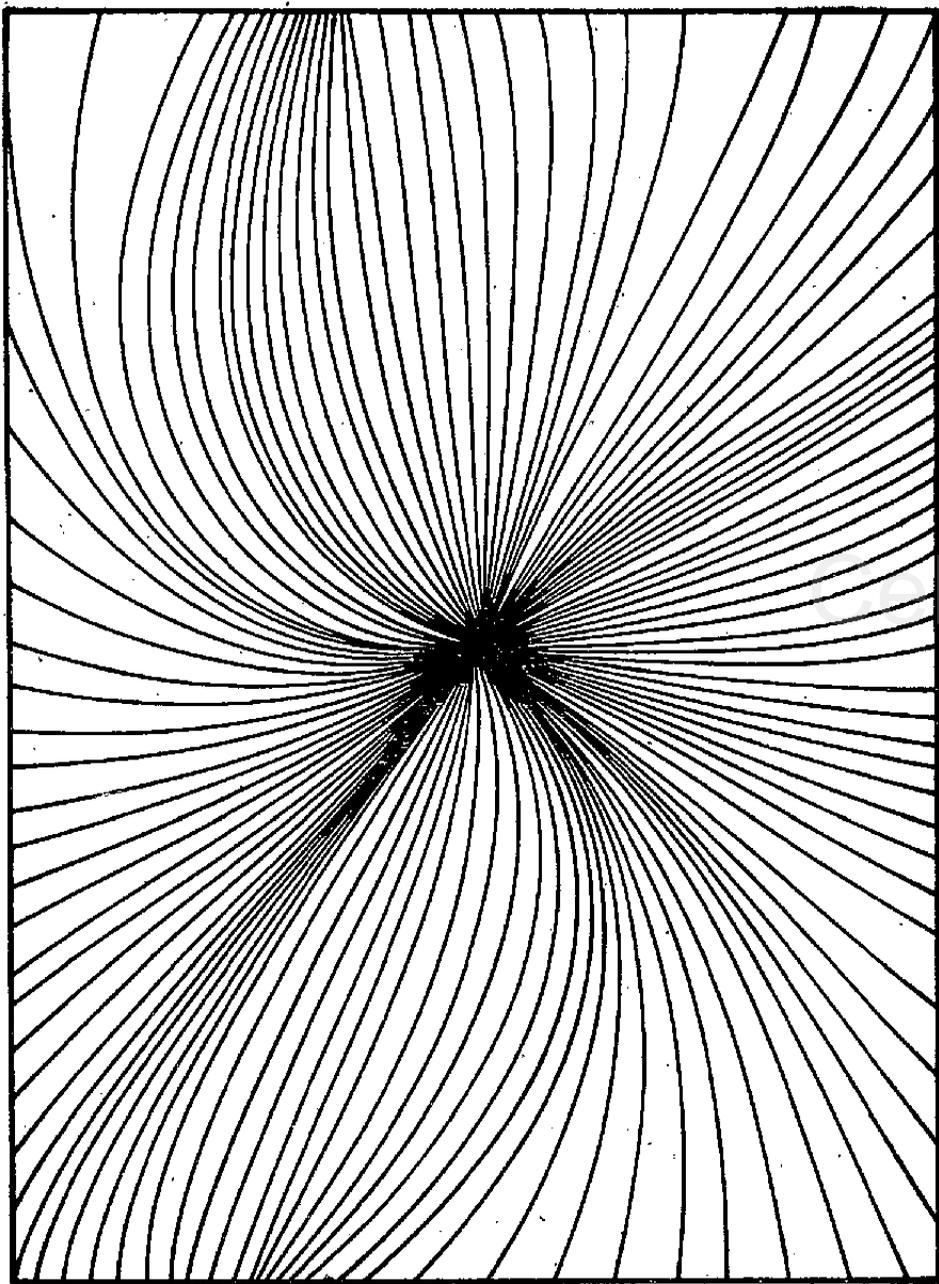
la sociedad, mayor es el desarrollo de la división del trabajo dentro del taller, mayor su sometimiento a la autoridad de uno solo.»¹⁰ Sin embargo, dentro de los marcos de un ejercicio del *poder político* por las organizaciones «privadas» que escapan a su «institucionalización» y a la «manumisión del Estado» —Iglesia, enseñanza «privada», diversos organismos culturales, etc. —brevemente, poder hegemónico en el sentido de Gramsci— ese poder se pre-

¹⁰ *Miseria de la filosofía*, Ediciones sociales, París, p. 107. Debemos señalar sin embargo que un estudio marxista de ciencia política concerniente al concepto de «poder» debe aún realizarse, el único existente de mi conocimiento es el de Sartre en la *Crítica...* y tiene que ver con una problemática distinta a la que exponemos. Es en el cuadro de dicho estudio que se podría decidir si hay que rechazar definitivamente el concepto de «sociedad civil» condenado hoy en día con excesiva presteza: me refiero a los artículos de Althusser. en efecto, el concepto de sociedad civil puede re-
corrtar totalmente el de modo de producción y puede no hacerlo según la concepción misma del modo de producción que, de todas maneras, por supuesto, no puede ser concebido en tanto que relaciones intersubjetivas. La sociedad civil comprende en todo caso un nivel específico de «luchas» —relaciones de poder— de clases, el nivel económico-corporativo— tradeunionista, la «lucha económica» sistemática y expresamente pensada por Lenin, Luxemburgo y Gramsci, como distinta de la «lucha política»: por el contrario, en la perspectiva de Althusser el modo de producción se traduciría necesariamente al nivel de toda «lucha» de clases por su contorno «político». Sin duda esta discusión no lleva lejos, sus consecuencias políticas son, sin embargo, claras.

senta a sí mismo como unidad contradictoria de organización y dirección intelectual y moral de una parte y de coerción de la otra. Esta «coerción» no proviene en este caso de alguna división técnica del trabajo, ni de alguna necesidad y eficacia psicosociológica de las relaciones humanas ni siquiera de la aplicación de la «violencia pública» detentada en exclusividad por el Estado; ella se vincula, bajo las diversas formas que reviste, con la posición económico-social de fuerza de la clase hegemónica en la sociedad civil *transpuesta*, sin embargo, en ese caso en poder político no institucionalizado: y esto en la medida exacta en que este poder tiene como objeto el mantenimiento de esa clase o en la toma del Estado «hegemónico» que se presenta como unidad de violencia-organización, coerción-dirección, etc. Este carácter de «doble pertenencia» del poder hegemónico de dirección, es por lo demás manifiesto si uno se refiere a su ejercicio considerado como «práctica intelectual». Efectivamente —y para dejar por el momento de lado las prácticas burocráticas o tecnocráticas consideradas como prácticas intelectuales— las relaciones «pedagógicas» docentes-enseñadas y las relaciones de «ministerio», sacerdote-creyentes, que tienen que ver en ese sentido

con lo político, no solamente por el contenido y la función particular de las «ideologías» que la ponen en tela de juicio, sino también por las formas del «poder» que la expresan en tanto que prácticas: a saber, por las relaciones sociales y, por consiguiente, por las relaciones de «poder» que ellas concretan con el poder político hegemónico, institucionalizado o no, expresado en el conjunto de esas relaciones sociales. Su carácter de «coerción» que se conjuga allí con el de dirección intelectual y moral o de organización, no puede ser explicado por la sola referencia ni a esas prácticas en tanto que tales —por una división técnica del trabajo cualquiera— ni por el solo hecho de su eventual «institucionalización», ni siquiera por su contenido «ideológico» y por su eventual diferenciación de la «ciencia», —lo que uno se sentiría tentado de hacer si se excluye, a la manera de Gramsci, de la práctica intelectual considerada como poder hegemónico su «momento» o «aspecto» de coerción para reservarlo al poder de Estado: él debe ser reducido, mediante numerosas mediaciones al carácter contradictorio del «poder político» de la clase hegemónica ejercido en la sociedad civil.

Le Temps Modernes, noviembre, 1965, N° 234.



DOCUMENTOS

DOCUMENTOS se crea para el lector interesado en conocer y valorar desde la Revolución, materiales de importancia histórica.

Carta de Carlos Marighella al ejecutivo del Partido Comunista Brasileño solicitando su renuncia

Río, 10 de Diciembre de 1966.

A la Comisión Ejecutiva.

Estimados Camaradas:

Escriboles para solicitar mi dimisión del actual Ejecutivo.

El contraste de nuestras posiciones políticas e ideológicas es demasiado grande y existe entre nosotros una situación insustentable.

En la vida de un combatiente, es preferible renunciar a una convivencia formal a tener que vivir en choque con la propia conciencia.

Nada tengo que oponer a los camaradas en lo personal.

En el trabajo bajo el título "Lucha interna y dialéctica", publicado en la "Tribuna de Debate" y en un folleto procuré dejar clara la idea que tengo sobre la innecesidad del tono personal en la lucha interna.

En verdad ninguna persona por sí sola está en condiciones de determinar la marcha de la historia, cosa que compete, sin ninguna duda —y antes de todo— a las masas trabajadoras.

Lo que hace ineficaz el Ejecutivo es su falta de movilidad, es no ejercer el comando efectivo y directo del Partido, en las empresas fundamentales del país, es no tener actuación directa entre los campesinos.

El centro de gravedad del trabajo ejecutivo reposa en hacer reuniones, redactor notas políticas y elaborar informes. No hay de este modo acción planeada, la actividad no gira alrededor de la lucha. En los momentos excepcionales, el Partido inevitablemente estará sin conductos para moverse, no oír la voz de comando, como pasó en ocasión de la renuncia de Janio y la deposición de Goulart.

Solicitando dimisión del actual Ejecutivo —como lo hago aquí— deseo hacer público que mi disposición es luchar revolucionariamente junto con las masas y jamás quedar a la espera de las reglas del juego político burocrático y convencional que impera en la dirección.

1. LA CIRCULACION DE LAS IDEAS

Una de las cuestiones en la cual el Ejecutivo se muestra temeroso y conservador es lo que se refiere a la aparición de libros y a la circulación de las ideas.

Hace aproximadamente año y medio publiqué el libro "Por qué resistí a la prisión".

La experiencia de las direcciones pasadas en materia de apariciones de libros, no es buena. Las direcciones ejecutivas dificultaban o impedían tal cosa por intermedio de subterfugios, al retener los originales o ejercer la censura previa.

Los camaradas del Ejecutivo actual reclaman, sin embargo, que sólo a posteriori es que vinieron a tomar conocimiento del mencionado libro. Aún así, no lo discutieron; sobre el mismo no emitieron ninguna opinión, a pesar de que fueron interpelados por militantes y otros dirigentes.

Ahora, pasado ya más de un año, los compañeros hacen autocríticas por la omisión, opinan sobre el libro y consideran buena la primera parte (la

cual hace el relato de la prisión). No están de acuerdo, sin embargo, con la segunda parte (la que expone los asuntos ideológicos y políticos), porque ésta —según piensan— es contra la actual línea del Partido.

Parece extraño condenar una parte del libro y no condenar igualmente la otra. Las dos partes son indivisibles. Una es discurrante de la otra. Hay una interacción entre ellas, una relación de causa y efecto. La resistencia a la prisión no habría ocurrido si los motivos políticos expuestos en el libro no la justificasen. Pero los compañeros no atienden a esta evidencia. Entran por el terreno de la abstracción y del agnosticismo kantista y separan cosas que son inseparables.

Y van más allá aún, al sostener la tesis de que un miembro de la dirección no puede escribir públicamente, discrepando.

La tesis es stalinista, pero ahí la tenemos de vuelta.

La discrepancia nunca es un hecho repentino, sino la maduración de un proceso contradictorio, que ayuda siempre que se abre el debate, sobre todo cuando el último fue trabado hace seis años atrás.

Y es exactamente en este momento —con los debates abiertos— que los compañeros afirman la imposibilidad de la discrepancia pública.

Se recae, así, en la "teoría de la unanimidad" la cual tanto daño hizo en el pasado. Se vuelve a la concepción anti-marxista y anti-dialéctica del "núcleo dirigente" monolítico sobrepuesto al colectivo. En suma, se trata de una tentativa de intimidación ideológica, el recurso a una forma de coacción para evitar la circulación de las ideas que son temidas. Sin embargo, revelar las contradicciones es una forma y hasta un mismo método para superarlas, siempre y cuando las ideas entran en confrontación una con las otras y la práctica es tomada como criterio para atestiguar la verdad.

2. DE DONDE VIENEN LAS DISCREPANCIAS

Nuestras discrepancias no son de ahora. Vienen de mucho antes. Crecieron a partir de los acontecimientos subsecuentes a la renuncia de Janio, cuando nuestra falta de preparación política e ideológica quedó demostrada. En 1962, ante el colectivo del Partido, critiqué los métodos no marxistas, los restos del individualismo en la dirección y la ausencia de una toma de posición ideológica frente a nuestra falta de preparación.

El golpe de abril —victorioso sin ninguna resistencia— mostró una vez más que política y sobre todo ideológicamente no estábamos de hecho preparados.

La resistencia a la prisión y el libro que trató del asunto sólo significaban aquella toma de posición frente a la falta de preparación y a la perplejidad general.

Esa falta de preparación ideológica y política del Ejecutivo —según pienso— se revela en sus concepciones, ya ahora puestas en duda por muchos militantes.

Son concepciones imbuidas del fatalismo histórico de que la burguesía es la fuerza dirigente de la revolución brasileña. El Ejecutivo subordina la táctica del proletariado a la burguesía, abandona las posiciones de clase del proletariado. Con esto, pierde la iniciativa, se queda a la espera de los acontecimientos.

El libro que publiqué bajo el título "La crisis brasileña" (ensayos políticos) es exactamente una contribución al debate ahora abierto sobre las posiciones de la dirección, posiciones que vengo combatiendo públicamente, amparado en el principio de la libre discusión.

No veo, ningún mal en combatir tales posiciones, pues lo que todos deseamos es un Ejecutivo en condiciones de ir hacia la acción y manejar el método dialéctico-materialista.

3. LAS ILUSIONES DE CLASE

Las ilusiones del Ejecutivo —perdónenme los compañeros— permanecen intactas.

Por eso es que las vimos reflejadas en las ilusiones de una buena parte de los dirigentes y militantes que creían en líderes burgueses, como Juscelino, Ademar, Amauri Kruei, Justino Alves y otros y tenían esperanzas en la resistencia que prometían hacer contra la dictadura.

El episodio de la "casación" (nota de redacción: eliminación de la vida política) de Ademar no fue, sin embargo, la última decepción.

Tenemos ahora el caso del "frente amplio". El Ejecutivo se manifestó con inequívocas simpatías por el "frente amplio", renunciando a criticarlo y a esclarecer a las masas su significado.

Lacerda —líder fascista— quiere hacer su propio partido, exhibiéndose como popular y reformista.

El Ejecutivo encuentra que todo eso es "un hecho político positivo" ("Voz Operaria", no. 22, nov. de 1966) admitiendo que el "frente amplio" venga

a tener la capacidad de luchar contra la dictadura, por las libertades y los intereses reales del pueblo brasileño.

La jugada de Lacerda es abrir nuevos caminos para servir al imperialismo norteamericano y evitar la liberación nacional de nuestro pueblo. Lacerda es incapaz —por su situación de clase— de luchar realmente por el pueblo, contra el latifundio y el monopolio de la propiedad privada de la tierra, en favor de los campesinos y en favor de la clase obrera. Lo que Lacerda pretende —según se deduce de los hechos— es la colaboración de clases, es la conciliación que lleve el apoyo a Costa e Silva.

El Ejecutivo calla sobre eso, ayuda a sembrar ilusiones.

Las ilusiones son justificadas en nombre de la propalada política amplia, en nombre del combate al sectarismo y al izquierdismo, mientras se desprecia la lucha en favor de la ideología del proletariado. Se olvida el papel del Partido marxista, de su independencia de clase y se cae en el seguidismo ante la burguesía.

En vez de combatir las ilusiones, el Ejecutivo se apresuró a combatir el revanchismo, adoptando una posición burguesa; como si no debiéramos señalar al proletariado los crímenes golpistas, denunciar sus crímenes y llamar a sus autores a la responsabilidad. Como si no debiéramos ajustar cuentas con la dictadura a la manera proletaria, o "a la manera plebeya", según diría Marx en su tiempo.

4. CAMINO ELECTORAL O CAMINO ARMADO

El Ejecutivo piensa aún infligir a la dictadura "derrotas electorales" capaces de debilitarla. Y da gran importancia al MDB (Movimiento Democrático Brasileño) señalándolo como capaz de permitir la aglutinación de amplias fuerzas contra la dictadura. O entonces apoya el "frente amplio" de Lacerda. ¿Eso no significa querer deshacerse de la dictadura delicadamente, sin ofender a los golpistas, uniendo griegos y troyanos?

En lugar de una táctica y una estrategia revolucionaria, todo es reducido abierta o veladamente, a una imposible e inaceptable salida pacífica, a una ilusoria redemocratización (impropia hasta en su término).

Parece que no se comprendió a Lenin, cuando en **Dos Tácticas** afirma que "los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza".

En otra parte, hablando sobre la victoria, agrega Lenin, que ésta "deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza armada de las masas, en la insurrección y no en tales o cuales instituciones creadas "por vía legal" y "pacífica". Después de haberse hablado tanto que a la violencia de las clases dominantes se contestaría con la violencia de las masas, nada se hizo para que las palabras coincidieran con los hechos. Se olvida lo prometido y se continúa predicando el pacifismo.

Hace falta el impulso revolucionario, la conciencia revolucionaria, la cual es generada por la lucha.

La salida en el Brasil —la experiencia actual lo está enseñando— sólo puede ser la lucha armada, el camino revolucionario, la preparación de la insurrección armada del pueblo, con todas las consecuencias e implicaciones que de ahí resulten.

Lenin ya había dicho en su obra mencionada:

"Es verdad que nuestra influencia, la de los socialdemócratas (es decir, la de los comunistas) sobre la masa del proletariado aún es muy insuficiente: la influencia revolucionaria sobre la masa campesina es insignificante; la dispersión, la falta de desarrollo, la ignorancia del proletariado y sobre todo la de los campesinos aún son terriblemente enormes. Pero la revolución aglutina las fuerzas con rapidez y las instruye con la misma velocidad. Cada paso dado en su desarrollo despierta la masa y la atrae con una fuerza irresistible hacia el programa revolucionario, el único que expresa de un modo consecuente y completo sus verdaderos intereses, sus intereses vitales".

5. RAZONES IRREVERSIBLES

El Ejecutivo cree en la dirección de la burguesía y este hecho es decisivo en la toma de posiciones. Según el punto de partida a propósito de esta cuestión, las demás cuestiones serán resueltas de una forma o de otra. La cuestión más importante, la fundamental, es la cuestión del poder. Los revolucionarios en Brasil no se pueden proponer otra cosa que no sea la toma del poder, conjuntamente con las masas. No hay por qué luchar para que el poder sea dado a la burguesía, para que sea constituido un gobierno bajo la hegemonía burguesa. Eso fue lo que se pretendió con el gobierno nacionalista democrático. Es lo que se pretende ahora, proponiéndose la conquista de un "gobierno más o menos avanzado", eufemismo que traduce la esperanza de un gobierno bajo la hegemonía burguesa, destinado a resolver los problemas del pueblo.

Eso significa la renuncia a la lucha por el poder a través de la acción revolucionaria, la confianza en el camino pacífico y electoral, la capitulación ante la burguesía.

La constitución fascista, autoritaria, que elimina el monopolio estatal, sustenta la actual estructura agraria retrógrada, que asegura la total entrega del país a los Estados Unidos, que reduce el Parlamento y la Justicia a instrumentos débiles del Poder Ejecutivo —tal constitución no permitirá ningún gobierno democrático por vía electoral.

Es necesario poner bajo tal constitución, derribar a la dictadura, establecer un gobierno apoyado en otra base, en otra estructura. Fuera de eso es permanecer diez, veinte años más, haciendo acuerdos electorales y ayudando a las clases dominantes y al imperialismo norteamericano a mantener el Brasil como una dictadura institucionalizada, al servicio de la represión del movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos. La conclusión no puede ser diferente, sobre todo frente a veinte años de acuerdos electorales hechos en el pasado, acuerdos electorales sin principios, los cuales nos desacreditaron y desgastaron junto a las masas. Son tentativas inviábiles, práctica y teóricamente, pues la época de las revoluciones democrático-liberales ya está ultrapasada.

Temeroso de la revolución cubana, el imperialismo norteamericano ahora, apoyado en las fuerzas armadas convencionales, no vacila en desencadenar los golpes militares, a la menor señal de avance en el camino de la liberación de los pueblos de nuestro continente. Y ni siquiera desiste o retrocede en el empleo de la guerra de agresión más brutal, como en Viet Nam.

La lucha por las reformas de base no es posible pacíficamente, a no ser a través de la toma del poder por vía revolucionaria y con la consecuente modificación de la estructura militar que sirve a las clases dominantes. El abandono del camino revolucionario lleva a la pérdida de confianza en el proletariado, transformado, a partir de entonces, en auxiliar de la burguesía, mientras el partido marxista pasa a ser apéndice de los partidos burgueses. La subordinación y la perplejidad ante la burguesía y su dirección conducen al menosprecio del campesinado en la revolución brasileña. De eso resulta la causa por la cual el trabajo en el campo, jamás se constituyó en actitud prioritaria, chocándose los esfuerzos en ese sentido con la indiferencia y la mala voluntad del Ejecutivo.

El campesino, sin embargo, es el fiel de la balanza de la revolución brasileña y sin él, el proletariado tendrá que gravitar en la órbita de la burguesía, como pasa entre nosotros, en la más flagrante negación del marxismo.

Sin el campesino, el Partido no hará otra cosa sino acuerdos políticos y acuerdos electorales de cúpula, para no hablar en patrañas.

Son razones que no pueden dejar de contribuir para mi pedido de dimisión, haciéndose imposible aceptar cualquier conciliación ideológica.

6. EL PROBLEMA DE SAO PAULO

El Ejecutivo —según me parece— subestima el Partido en las empresas, no ayuda a construirlo en ella con una fuerza indestructible.

Quien piensa en hacer la revolución tiene que apoyarse en las empresas y en la clase obrera. En Brasil, tiene que apoyarse en Sao Paulo, la concentración obrera fundamental y decisiva del país.

Sin embargo la situación del Partido en Sao Paulo es desastrosa, alejado como se encuentra de las empresas y alcanzado por las influencias ideológicas de la burguesía.

El Ejecutivo asistió indiferente al declive del Partido en Sao Paulo. Se inquietó, no obstante, y dio señal de contrariedad, cuando sin que su opinión fuera tomada en cuenta —los militantes de Sao Paulo eligieron para la dirección estadual a uno de los miembros del Ejecutivo y a otro dirigente nacional.

Intentando rechazar la iniciativa de los militantes, el Ejecutivo invocó una resolución inexistente, que prohibía a cualquiera de sus miembros pertenecer a una dirección estadual.

Lo que sería transformar el Ejecutivo en una especie de torre de marfil, sin actuación directa junto a las bases de empresas o del campo.

Inconformes los militantes de Sao Paulo ya habían alejado de su dirección estadual a todos los cuadros para ella designados por el Ejecutivo, los que no habían correspondido. Tanto más cuanto el Partido tomó el camino de apéndice de la burguesía, habiendo sido permitida en sus filas fuerte penetración e influencia de la ideología burguesa, particularmente del janicismo y del ademarismo.

Ganaban terreno entonces en Sao Paulo, las tesis de la burguesía, sintetizadas sobre todo en la llamada "conquista del poder local" y en la existencia de un Partido, cuyo nombre era evitado y substituido por la denominación de "movimiento comunista" en el cual no debía haber lugar "para los hombres cuya revuelta es llevar hacia el desajuste y el alejamiento de la convivencia social".

En vez de un partido revolucionario de masas, las tesis preconizaban un partido pacífico, bueno para entendimientos y acuerdos electorales.

Uno de los objetivos programáticos de esas tesis en circulación, en Sao Paulo, era "una restructuración democrática de la máquina administrativa, de los órganos judiciales y del aparato policial".

Las tesis mencionadas contribuían para descaracterizar y deformar el Partido y eran, al mismo tiempo una consecuencia de eso.

La conferencia estadual realizada en Sao Paulo, reaccionó contra las deformaciones y la influencia ideológica de la burguesía y rechazó *in totum*, aquellas tesis oportunistas.

En lugar de aplaudir la conferencia y sus resultados, el rechazo de semejantes tesis y la posición de los militantes eligiendo cuadros de su confianza para la dirección, aunque —sin consultar al Ejecutivo y sin llevar en consideración sus veredictos— el Ejecutivo se disgusta y trata de actuar en Sao Paulo, pasando por arriba de la dirección estadual.

Solamente ahora el Ejecutivo llegó a la conclusión de que precisa discutir el problema de Sao Paulo después que el Partido fue allí casi destruido y las tesis de la burguesía penetraron profundamente.

Si así es, que se definan las responsabilidades, que sean señaladas las causas que condujeron al Partido a la pérdida de sus bases en las empresas, que se diga por qué no se realizaba trabajo entre los campesinos y no se apoyaba el esfuerzo revolucionario de los estudiantes, por qué los intelectuales se distanciaban del Partido y por qué eran preferidos los acuerdos y entendimientos electorales.

Son deformaciones evidentes.

La causa principal de esas deformaciones se encuentra —según creo— en la debilidad teórica e ideológica del Ejecutivo.

Fue eso lo que lo llevó a no mantener vigilancia de clase, a permitir que cayeran documentos en las manos de la policía. La gravedad de la cuestión no está solamente en nombres revelados, sino también en permitirse —por inadvertencia— la revelación a la policía de asuntos internos del Partido.

La verdad es que el Ejecutivo está ausente del trato con el marxismoleninismo, no escribe trabajos teóricos, no generaliza la experiencia de la revolución brasileña, teme la publicación de libros y las ideas en ellos expuestas, se omite frente a cuestiones fundamentales, prefiriendo la conciliación y el ejercicio del paternalismo.

Es doloroso para mí escribirles como lo hago en este momento. Pero no sería de mi modo de ser dejarles de decir a Uds. ante el colectivo partidario y la opinión pública, lo que realmente siento.

No creo que el individualismo o la acción personal pueda solucionar todos estos problemas.

Las ideas son las que desempeñarán el papel decisivo. Y solamente ellas encontrarán eco.

La causa revolucionaria brasileña, la liberación de nuestro pueblo del yugo de los Estados Unidos, el empeño de la unidad del Partido alrededor de las ideas marxistas, están por arriba de cualquier acomodación, sobre todo cuando lo que más se exige de nosotros, comunistas, es justamente el coraje de decir y de hacer.

Sin más con saludos proletarios,

CARLOS MARIGHELLA.

Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la gran revolución cultural proletaria

(Aprobada el 8 de agosto de 1966)

1

NUEVA ETAPA DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

La gran revolución cultural proletaria que se desenvuelve actualmente, una gran revolución que llega al alma misma de la gente, representa una nueva etapa, aún más profunda y más amplia, en el desarrollo de la revolución socialista de nuestro país.

En la X Sesión Plenaria del Comité Central elegido en el VIII Congreso del Partido, el camarada Mao Tse-Tung dijo: Para derrocar el poder político, es siempre necesario ante todo crear la opinión pública y trabajar en el terreno ideológico. Así proceden las clases revolucionarias. La práctica ha demostrado como totalmente correcta esta tesis del camarada Mao Tse-Tung.

Aunque derrocada, la burguesía todavía trata de valerse de las viejas ideas, cultura, hábitos y costumbres de las clases explotadoras para corromper a las masas y conquistar la mente del pueblo, en su esfuerzo por restaurar su Poder. El proletariado debe hacer exactamente lo contrario: debe propinar golpes despiadados y frontales a todos los desafíos de la burguesía en el dominio ideológico y cambiar la fisonomía espiritual de toda la sociedad utilizando sus propias nuevas ideas, cultura, hábitos y costumbres. Nuestro objetivo actual es aplastar, mediante la lucha, a los que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, criticar y repudiar a las "autoridades" reaccionarias burguesas en el campo académico, criticar y repudiar la ideología de la burguesía y demás clases explotadoras, y transformar la

educación, la literatura y el arte y los demás dominios de la superestructura que no corresponden a la base económica del socialismo, a fin de facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema socialista.

2

CORRIENTE PRINCIPAL Y ZIGZAGS

Las amplias masas de obreros, campesinos, soldados, intelectuales revolucionarios y cuadros revolucionarios constituyen la fuerza principal en esta gran revolución cultural. Un gran número de jóvenes revolucionarios, antes desconocidos, se han convertido en valientes desbrozadores de caminos. Actúan con firmeza, vigor e inteligencia. Por medio de **dazibao**¹ y de grandes debates, exponen franca y plenamente sus opiniones, denuncian y critican en profundidad, y lanzan resueltos ataques contra los representantes abiertos u ocultos de la burguesía. En el curso de semejante gran movimiento revolucionario, es inevitable que ellos muestren tales o cuales defectos, pero su orientación revolucionaria fundamental ha sido siempre correcta. Esta es la corriente principal de la gran revolución cultural proletaria. Es la dirección principal en que la gran revolución cultural proletaria prosigue su avance.

La revolución cultural, por ser una revolución, encuentra inevitablemente resistencia. Esta resistencia proviene principalmente de aquellas personas infiltradas en el Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista. También proviene de la vieja fuerza de la costumbre de la sociedad. En la actualidad, esta resistencia es todavía bastante fuerte y tenaz. Sin embargo, la gran revolución cultural proletaria es, después de todo, la tendencia general e irresistible. Muchos hechos demuestran que tal resistencia se desmoronará rápidamente una vez que las masas populares sean plenamente movilizadas.

Debido a esta resistencia relativamente fuerte, la lucha experimentará altibajos e incluso repetidos altibajos. Esto no tiene nada de perjudicial. Tem-

¹ Dazibao es una forma de expresión creada por el pueblo chino en el movimiento de rectificación del estilo para movilizar a las masas y desarrollar la democracia. Son hojas amplias de papel donde la gente expone, con grandes jeroglíficos, agudas críticas o hace autocríticas. (N del traductor)

plará al proletariado, a las demás masas trabajadoras y especialmente a la joven generación, les proporcionará experiencias y lecciones, y les hará comprender que el camino revolucionario es zigzagueante y no llano.

3

PONER EN PRIMER LUGAR EL "ATREVERSE" Y MOVILIZAR AUDAZMENTE A LAS MASAS

El desenlace de esta gran revolución cultural depende de si la dirección del Partido se atreve o no a movilizar audazmente a las masas.

Actualmente, las organizaciones del Partido a los diversos niveles pueden dividirse en cuatro categorías según cómo dirijan la revolución cultural.

1) Hay organizaciones del Partido cuyos responsables se colocan a la vanguardia del movimiento y se atreven a movilizar con audacia a las masas. Ellos ponen en primer lugar el "atreverse", son intrépidos combatientes comunistas y buenos discípulos del presidente Mao. Estimulan el uso de los **dazibao** y los grandes debates. Animán a las masas a desenmascarar a los monstruos de toda clase y también a criticar los defectos y errores en el propio trabajo de ellos. Semejante dirección correcta es el resultado de dar prominencia a la política proletaria y poner al frente el pensamiento de Mao Tse-Tung.

2) Los responsables de numerosas organizaciones tienen una comprensión muy pobre de la tarea de dirección en esta gran lucha, su dirección está lejos de ser concienzuda y eficaz, y, en consecuencia, se encuentran en una situación débil y de incompetencia. En ellos, el "temor" prima sobre todo; se aferran a los reglamentos y fórmulas anticuados y no están dispuestos a romper con las prácticas convencionales ni a avanzar. Han sido sorprendidos por el nuevo orden revolucionario de las masas y, como resultado de ello, su dirección ha quedado a la zaga de la situación, a la zaga de las masas.

3) En algunas organizaciones, los responsables que han cometido errores de uno u otro tipo dan prominencia en aún mayor grado a su "temor" y tienen miedo a que las masas les pillen sus faltas. En realidad si ellos hacen una autocrítica seria y aceptan las críticas de las masas, el Partido y las masas los sabrán comprender. Pero si ellos no lo hacen así, cometerán

nuevos errores y se convertirán en obstáculos para el movimiento de masas.

4) Algunas organizaciones se hallan controladas por aquellas personas infiltradas en el Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista. Estos individuos tienen un miedo cerval a que las masas los desenmascaren y, por tanto, recurren a todos los pretextos posibles para reprimir el movimiento de masas. Acuden a tácticas tales como desviar la dirección del ataque y llamar negro a lo blanco con el intento de descarrilar el movimiento. Cuando se ven muy aislados y ya no pueden seguir manteniéndose, traman nuevas intrigas, lanzan ataques solapados, difunden falsos rumores y hacen lo imposible para borrar la distinción entre la revolución y la contrarrevolución a fin de atacar a los revolucionarios.

Lo que el Comité Central del Partido exige de los comités del Partido a todos los niveles es que persistan en ejercer una dirección acertada; pongan en primer lugar el "atreverse"; movilicen audazmente a las masas; cambien la situación de debilidad e incompetencia allí donde exista; estimulen a aquellos camaradas que han cometido errores pero que están dispuestos a corregirlos, a que desechen sus rémoras mentales y se incorporen a la lucha; y destituyan de sus cargos a aquellas personas que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, reconquistando la dirección para colocarla de nuevo en manos de los revolucionarios proletarios.

4

DEJAR QUE LAS MASAS SE EDUQUEN A SÍ MISMAS EN EL MOVIMIENTO

En la gran revolución cultural proletaria, sólo se puede adoptar el método de dejar que las masas se liberen a sí mismas, y no el de manejar todos los asuntos en su nombre.

Hay que confiar en las masas, apoyarse en ellas y respetar su iniciativa. Hay que desechar el "temor". No se debe temer que se den casos de desorden. El presidente Mao nos ha dicho frecuentemente que la revolución no puede ser tan fina, tan apacible, tan moderada, amable, cortés, restringida y magnánima. Hay que dejar que las masas se eduquen a sí mismas en este gran movimiento revolucionario y aprendan a distinguir entre lo justo y lo erróneo, entre la forma correcta de proceder y la incorrecta.

Es necesario lograr una plena y franca exposición de opiniones haciendo pleno uso de los *dazibao* y de los grandes debates, de modo que las masas clarifiquen los puntos de vista correctos, critiquen los erróneos y desenmascaren a todos los monstruos. De esta manera, las amplias masas podrán, en el curso de la lucha, elevar su conciencia política, incrementar su capacidad, distinguir entre lo justo y lo erróneo y trazar una clara línea de demarcación entre los enemigos y los propios.

5

APLICAR FIRMEMENTE LA LÍNEA DE CLASE DEL PARTIDO

¿Quiénes son nuestros enemigos? ¿Quiénes son nuestros amigos? Esta es una cuestión primordial para la revolución y es también una cuestión primordial para la gran revolución cultural.

La dirección del Partido debe saber descubrir a la izquierda, desarrollar y engrosar las filas de ésta y apoyarse resueltamente en la izquierda revolucionaria. Sólo de este modo será posible, en el curso del movimiento, aislar totalmente a los derechistas más reaccionarios, ganarse a los elementos intermedios, unirse con la gran mayoría y lograr, hacia el final del movimiento, unir a más del noventa y cinco por ciento de los cuadros y a más del noventa y cinco por ciento de las masas.

Hay que concentrar todas las fuerzas para asestar golpes al puñado de derechistas burgueses ultrarreaccionarios y de revisionistas contrarrevolucionarios, y desenmascarar y criticar plenamente sus crímenes contra el Partido, el socialismo y el pensamiento de Mao Tse-tung a fin de aislarlos al máximo.

El blanco principal del movimiento actual son aquellos elementos en el seno del Partido que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista.

Hay que poner cuidado en distinguir estrictamente a los derechistas anti-Partido y antisocialistas de aquellas personas que apoyan al Partido y al socialismo, pero que han dicho o hecho algo erróneo o han escrito malos artículos u obras.

Hay que poner cuidado en distinguir estrictamente a los tiranuelos de academia y "autoridades" reaccionarios burgueses de aquellas personas que tienen ideas académicas burguesas ordinarias.

6

ACERTADA SOLUCION DE LAS CONTRADICCIONES EN EL SENO DEL PUEBLO

Hay que hacer una estricta distinción entre los dos diferentes tipos de contradicciones: las contradicciones en el seno del pueblo y las existentes entre nosotros y el enemigo. No hay que tratar las contradicciones en el seno del pueblo como las existentes entre nosotros y el enemigo, ni tratar las contradicciones entre nosotros y el enemigo como aquéllas en el seno del pueblo.

Es normal que existan opiniones distintas entre las masas populares. La contienda entre opiniones diferentes es inevitable, necesaria y provechosa. En el curso del debate normal y exhaustivo, las masas populares afirmarán lo justo, corregirán lo erróneo y llegarán paso a paso a la unánimidad de criterio.

En el curso de los debates, se debe adoptar el método de presentar los hechos, argumentar y persuadir a otros por medio del razonamiento. Es inadmisibles forzar a someterse a la minoría que sostiene puntos de vista diferentes. La minoría debe ser protegida porque a veces la verdad está con ella. Incluso si la minoría tiene puntos de vista equivocados, se le debe permitir defenderse y reservarse sus opiniones.

Durante el debate, se debe recurrir al razonamiento y no a la coacción o la fuerza.

En el curso de los debates, todos los revolucionarios deben saber reflexionar por su propia cuenta y desarrollar el espíritu comunista de pensar con audacia, hablar con audacia y actuar con audacia. A condición de que marchen en la misma orientación general, los camaradas revolucionarios deben evitar todo debate interminable sobre problemas secundarios, con miras a fortalecer la unidad.

7

ALERTA CONTRA AQUELLOS QUE COMBATEN A LAS MASAS REVOLUCIONARIAS TILDANDOLAS DE "CONTRARREVOLUCIONARIAS"

Los dirigentes de algunas escuelas, entidades y equipos de trabajo han organizado contrataques a las masas que les criticaron en sus **dazibao**. Han

formulado incluso consignas como "oponerse a los dirigentes de una entidad o de un equipo de trabajo es oponerse al Comité Central del Partido, es oponerse al Partido y al socialismo, es contrarrevolución". De este modo, sus golpes recaerán inevitablemente sobre algunos auténticos activistas revolucionarios. Esto constituye un error de orientación y de línea y es absolutamente inadmisibles.

Cierto número de personas con graves errores ideológicos y, en particular, algunos derechistas anti-Partido y anti-socialistas, aprovechándose de ciertos defectos y errores surgidos en el movimiento de masas, difunden falsos rumores y chismes y se entregan a la demagogia, tildando deliberadamente de "contrarrevolucionarios" a componentes de las masas. Es preciso precaverse de los rateros de este tipo y denunciar a tiempo sus tretas.

Excepto los casos de contrarrevolucionarios activos sobre los que exista clara evidencia de asesinato, incendio, envenenamiento, sabotaje, robo de secretos del Estado, quienes deben ser tratados de acuerdo a la ley, no se tomarán medidas contra los estudiantes de las universidades, institutos y escuelas secundarias y primarias por problemas surgidos en el curso del movimiento. Para evitar que la lucha se desvíe de su objetivo principal, queda prohibido, cualquiera que sea el pretexto, incitar a las masas o a los estudiantes a luchar entre sí; incluso en lo que se refiere a los verdaderos derechistas, sus casos deben ser tratados en una etapa posterior del movimiento según la situación de cada uno.

8

SOBRE LOS CUADROS

Los cuadros pueden clasificarse, en líneas generales, en las siguientes cuatro categorías:

- 1) buenos,
- 2) relativamente buenos,
- 3) aquellos que han cometido graves errores pero que aún no son derechistas anti-Partido y anti-socialistas,
- 4) el reducido número de derechistas anti-Partido y anti-socialistas.

En circunstancias ordinarias, las primeras dos categorías (buenos y relativamente buenos) constituyen la gran mayoría.

A los derechistas anti-Partido y anti-socialistas hay que desenmascararlos a fondo, derribarlos, aplastarlos, desacreditarlos completamente y eliminar su influencia. Al mismo tiempo, se les debe dar una salida de modo que puedan iniciar una vida nueva.

9

GRUPOS, COMITES Y CONGRESOS DE LA REVOLUCION CULTURAL

En la gran revolución cultural proletaria han comenzado a surgir muchas cosas nuevas. Los grupos y comités de la revolución cultural y otras formas de organización creadas por las masas en numerosas escuelas y entidades, son cosas nuevas de gran importancia histórica.

Los grupos, comités y congresos de la revolución cultural son las mejores formas nuevas de organización mediante las cuales las masas se educan a sí mismas bajo la dirección del Partido Comunista. Constituyen el mejor puente por medio del cual nuestro Partido se mantiene en estrecho contacto con las masas. Son órganos del poder de la revolución cultural proletaria.

La lucha que sostiene el proletariado contra la vieja ideología, cultura, hábitos y costumbres dejados a lo largo de miles de años por todas las clases explotadoras, se prolongará necesariamente por un período muy, muy largo. Por lo tanto, los grupos, comités y congresos de la revolución cultural no deben ser organizaciones provisionales, sino organizaciones de masa permanentes y duraderas. Son adecuados no sólo para las escuelas y las instituciones, sino en lo fundamental también para las fábricas, minas y otras empresas, para los barrios y aldeas.

Es necesario criticar un sistema de elecciones generales, semejante al de la Comuna de París, para elegir los miembros de los grupos y comités de la revolución cultural y los delegados a los congresos de la revolución cultural. Las listas de candidatos deben ser presentadas por las masas revolucionarias luego de plenas discusiones, y las elecciones, celebradas después de que las masas hayan discutido las listas una y otra vez.

Las masas pueden criticar en cualquier momento a los miembros de los grupos y comités de la revolución cultural y a los delegados electos a los congresos de la revolución cultural. Si estos miembros o delegados demues-

tran ser incompetentes, pueden ser sustituidos mediante elecciones o destituidos por las masas después de discutirlo.

Los grupos, comités y congresos de la revolución cultural en los centros docentes deben estar compuestos principalmente por estudiantes revolucionarios. Al mismo tiempo, deben incluir a un cierto número de representantes de los profesores y empleados revolucionarios.

10

REFORMA EDUCACIONAL

Es una tarea de suma importancia en la gran revolución cultural proletaria transformar el antiguo sistema educacional y los antiguos principios y métodos de enseñanza.

En esta gran revolución cultural hay que acabar totalmente con la dominación de los intelectuales burgueses sobre nuestros centros docentes.

La política formulada por el camarada Mao Tse-Tung de que la enseñanza debe servir a la política proletaria y combinarse con el trabajo productivo, tiene que aplicarse en todo tipo de escuelas, para que todos los que reciben la educación se desarrollen moral, intelectual y físicamente, y lleguen a ser trabajadores cultos y con conciencia socialista.

El período de estudios debe acortarse. Las asignaturas deben ser menos y mejores. El material de enseñanza debe ser cabalmente transformado, en algunos casos comenzando por simplificar el material complicado. La tarea principal de los estudiantes es estudiar, pero deben también aprender otras cosas. Es decir, no sólo deben estudiar los libros, sino aprender el trabajo industrial, la agricultura y los asuntos militares y, cuando se presente el caso, tomar parte en la lucha de la revolución cultural para criticar a la burguesía.

11

LA CUESTION DE CRITICAR POR EL NOMBRE EN LA PRENSA

En el curso del movimiento revolucionario cultural de masas, la crítica de las ideologías burguesa y feudal debe ser muy bien combinada con la

difusión de la concepción proletaria del mundo y del marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Tse-Tung.

Se debe organizar la crítica a los representantes típicos de la burguesía que se han infiltrado en el Partido, y a las típicas "autoridades" reaccionarias burguesas en los campos académicos, incluyendo a todo tipo de puntos de vista reaccionarios en la filosofía, la historia, la economía política y la pedagogía, en las obras y teorías literarias y artísticas, en las teorías de las ciencias naturales, así como en otros campos.

La crítica a una persona por su nombre en la prensa debe ser decidida, después de una discusión, por el comité del Partido al nivel correspondiente o, en algunos casos, sometida a la aprobación del comité del Partido al nivel superior.

12

LA POLITICA HACIA LOS CIENTIFICOS, TECNICOS Y PERSONAL EN GENERAL

En el movimiento actual debe seguir aplicándose la política de "unidad, crítica, unidad" hacia los científicos, técnicos y personal en general, siempre que sean patriotas, trabajen con energía, no se opongan al Partido ni al socialismo, y no mantengan relaciones ilícitas con ningún país extranjero. Hay que proteger a los hombres de ciencia y al personal científico y técnico que han hecho contribuciones. Se les debe ayudar a transformar gradualmente su concepción del mundo y su estilo de trabajo.

13

LA CUESTION DE TOMAR MEDIDAS PARA LA COMBINACION CON EL MOVIMIENTO DE EDUCACION SOCIALISTA EN LA CIUDAD Y EL CAMPO

Las instituciones culturales y educacionales y los organismos dirigentes del Partido y del Gobierno en las ciudades grandes y medianas son los puntos focales de la actual revolución cultural proletaria.

La gran revolución cultural ha enriquecido el movimiento de educación socialista en la ciudad y en el campo y lo ha llevado a un nivel aún más alto. Hay que realizar aquélla en combinación con este último. Las diversas

regiones y departamentos pueden tomar medidas a este respecto a la luz de las condiciones específicas.

En aquellas zonas rurales y empresas urbanas donde se está desarrollando el movimiento de educación socialista, éste no debe ser perturbado y debe proseguir de acuerdo con los planes originales si éstos son adecuados y el movimiento marcha bien. Sin embargo, las cuestiones planteadas en la actual gran revolución cultural proletaria deben ser sometidas, en el momento apropiado, a la discusión de las masas, a fin de promover aún más vigorosamente la ideología proletaria y erradicar la ideología burguesa.

En algunos lugares se toma la gran revolución cultural proletaria como centro para impulsar el movimiento de educación socialista y realizar una limpieza en los terrenos político, ideológico, organizativo y económico. Se puede proceder de esta manera donde el comité del Partido lo considere adecuado.

14

EMPEÑARSE EN LA REVOLUCION Y PROMOVER LA PRODUCCIÓN

La gran revolución cultural proletaria tiene por objetivo hacer más revolucionaria la conciencia del hombre, lo que permitirá conseguir más, más rápidos, mejores y más económicos resultados en todos los campos de nuestro trabajo. Si las masas populares son plenamente movilizadas y se hacen arreglos apropiados, es posible llevar a cabo tanto la revolución cultural como la producción sin que sea afectada ni una ni otra, y garantizar una elevada calidad en todo nuestro trabajo.

La gran revolución cultural proletaria es una poderosa fuerza motriz para el desarrollo de las fuerzas productivas sociales en nuestro país. Es incorrecto todo punto de vista que contraponga la gran revolución cultural al desarrollo de la producción.

15

LAS FUERZAS ARMADAS

En las fuerzas armadas, la revolución cultural y el movimiento de educación socialista deben realizarse con arreglo a las instrucciones de la Comisión

Militar del Comité Central del Partido y del Departamento Político General del Ejército Popular de Liberación.

16

EL PESAMIENTO DE MAO TSE-TUNG ES LA GUIA PARA LA ACCION EN LA GRAN REVOLUCION CULTURAL PROLETARIA

En la gran revolución cultural proletaria, es indispensable mantener en alto la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-Tung y poner en el puesto de mando la política proletaria. Debe ser impulsado adelante, entre las amplias masas de obreros, campesinos y soldados y de cuadros e intelectuales, el movimiento para el estudio y aplicación creadores de las obras del presidente Mao, y debe tomarse el pensamiento de Mao Tse-Tung como guía para la acción en la revolución cultural.

En esta gran revolución cultural tan compleja, los comités del Partido a todos los niveles tienen mayor necesidad de estudiar y aplicar concienzuda y creadoramente los escritos del presidente Mao. En particular, deben estudiar repetidamente las obras del presidente Mao referentes a la revolución cultural y los métodos de dirección del Partido, tales como "Sobre la nueva democracia", "Charlas en el foro de Yenán sobre literatura y arte", "Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo", "Discurso ante la Conferencia Nacional del Partido Comunista de China sobre el trabajo de propaganda", "Acerca de algunos problemas de los métodos de dirección" y "Métodos de trabajo de los comités del Partido".

Los comités del Partido a todos los niveles deben atenerse a las directivas dadas por el presidente Mao a lo largo de los años, aplicar cabalmente la línea de "de las masas, a las masas" y ser alumnos de las masas antes de convertirse en sus maestros. Deben esforzarse por evitar la unilateralidad y estrechez de miras. Deben promover la dialéctica materialista y oponerse a la metafísica y al escolasticismo.

Bajo la dirección del Comité Central del Partido encabezado por el camarada Mao Tse-Tung, la gran revolución cultural proletaria logrará sin duda una brillante victoria.

Los autores

Lucio Colletti, director de la revista italiana *La Sinistra*, docente libre de la Universidad de Roma.

Oscar Lewis, antropólogo norteamericano, autor de *Los hijos de Sánchez*, *Pedro Martínez*, etc.; su libro *La Vida. A Puerto Rico family in the culture of poverty*, publicado en 1967, ganó el premio nacional del libro en Estados Unidos.

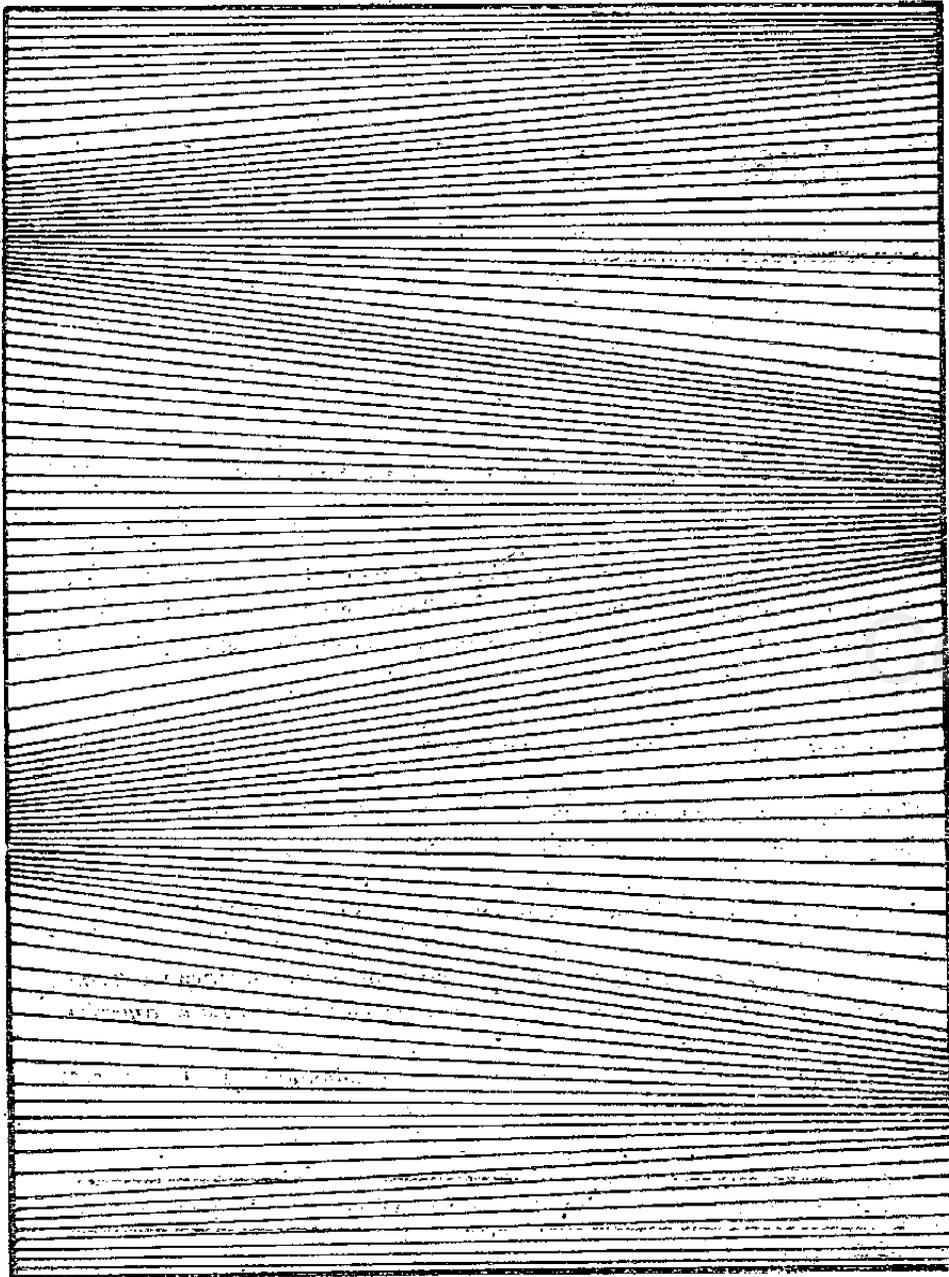
Aura Marina Arriola, socióloga guatemalteca.

Gregorio Selser, especialista en cuestiones de América Latina, autor de *Sandino, general de hombres libres*.

Ignacio Urdaneta, combatiente venezolano, militante del MIR.

André Gunder Frank, economista y sociólogo alemán-norteamericano, recientemente publicó el libro *Capitalism and underdevelopment in Latin America*.

Nicos Poulantzas, joven ensayista marxista, colaborador de *Les Temps Modernes* y *New Left Review*.



Para suscribirse a

pensamiento c r í t i c o

(revista mensual)

diríjase,

en el territorio nacional a:

Distribuidora Nacional de Publicaciones,

Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana,
precio de la suscripción anual: \$4.80;

en el extranjero a:

Departamento internacional del Instituto del Libro,

19 No. 1002, Vedado,
La Habana, Cuba,

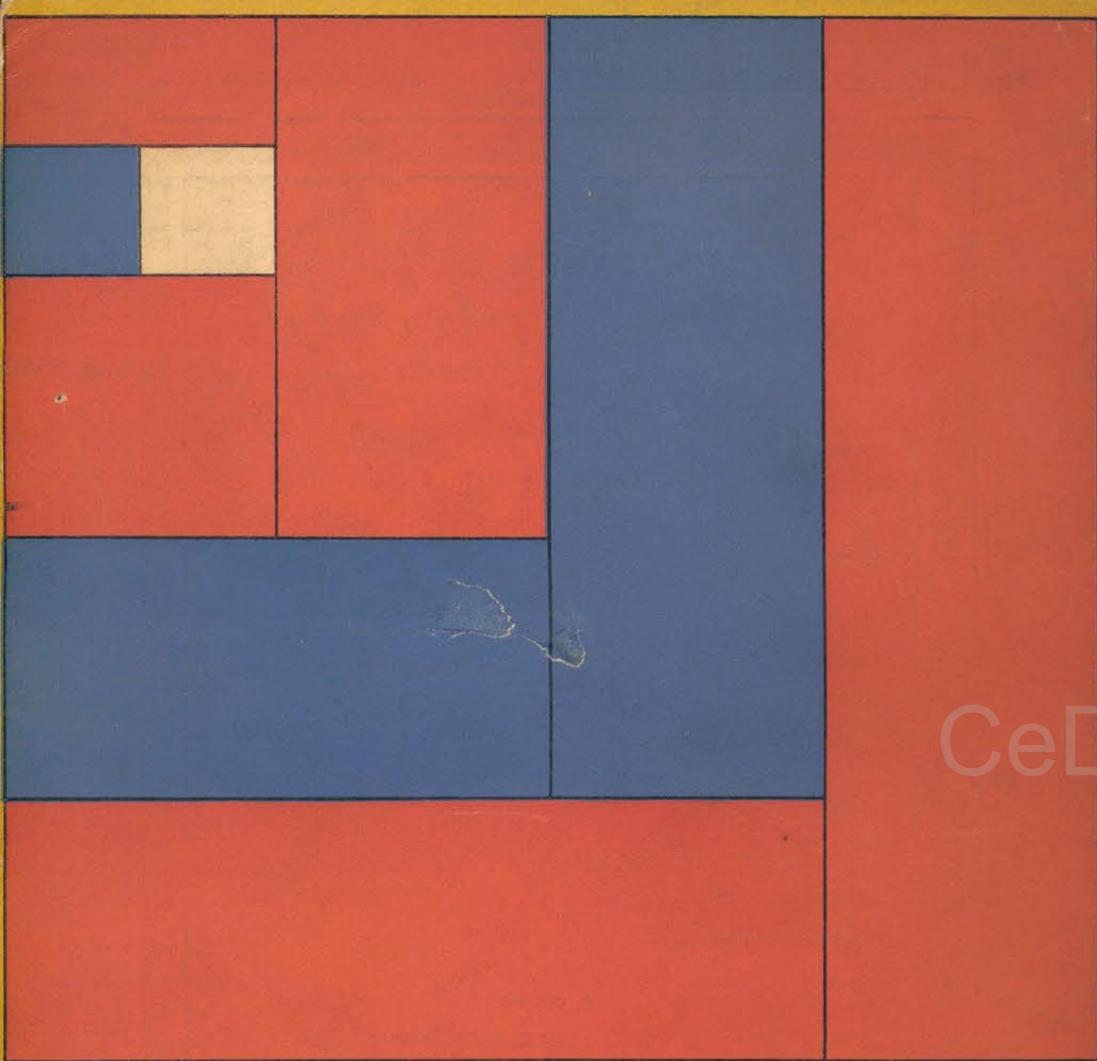
precio de la suscripción anual;

correo marítimo: 5.00 dólares canadienses;

correo aéreo,

para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares
canadienses,

para Europa: 25.00 dólares canadienses.



CeDInCl